

EILANA OSORIO PÁEZ

La Leyenda

Se necesita el quinto elemento 1



La Leyenda

Saga se necesita el quinto elemento

Libro 1

EILANA OSORIO PÁEZ



Título original: Saga se necesita el quinto elemento – **La Leyenda**.

Autor: Eilana Osorio Páez.

eiopaez.wixsite.com/eilana

eiopaez@hotmail.com



© 2018 Primera Edición – Todos los derechos reservados del autor.

Publicado por Eilana Osorio Páez

Distribuido por AMAZON.COM

Dedicado a

Indiscutiblemente a Dios quien me permitió nacer, crecer y vivir en el núcleo de mi familia, que no es la mejor del mundo, pero ha sido la escuela perfecta para fortalecer mi carácter. Gracias papi por enseñarme que la vida no es color de rosa, que todo merece un sacrificio y la transparencia es la clave del éxito personal, Gracias mi viejo. A mi madre le agradezco tanto y a ti mi vieja gracias por lo que aprendí y porque aún sigues enseñándome. Ese ejemplo de resistencia y confirmando que la vida es corta, en la cual debemos encontrar nuestro propósito y así triunfar. Gracias a ustedes dos por regalarme el ramillete de hermanos que tengo. Y sobre todo a ellos con los que he disfrutado mucho, compartido no solo enceres cotidianos sino sentimientos más profundos como llantos, sonrisas, disgustos, enojos, frustraciones, miedos, tristezas y triunfos que nos han enseñado a fortalecer los lazos sagrados de la familia.

A ustedes por apoyarme en este mundo nuevo y por insistirme en mostrar mis pensamientos al mundo. Ustedes que leían cada capítulo, que insistieron e insistieron. Esperar y descubrir lo que nos deparará el mundo.

Gracias al hombre que se levanta a diario a mi lado, que me hace reír hasta que el estómago me duela, que me hace enojar y que aún después de todos estos años de matrimonio sigue removiendo las mariposas en mi estómago, y que ha aguantado las largas horas de la noche con la luz encendida, mientras saco historias de mi cabeza. Gracias amor por sembrar en mí lo más valioso que tenemos y es la razón por la cual luchamos a diario, con el fin de lograr de nuestro hijo un hombre de bien. Te amo hijo y para ti es esta historia. No saben lo agradecida que estoy por apoyarme a cumplir mi sueño, por el tiempo que les quito para escribir y por todo lo que me aguantan. Gracias, Gracias y simplemente gracias. A mi familia quiero decirles... que los amo.

Índice

CAPÍTULO 1 EL ENCUENTRO
CAPÍTULO 2 EXTRAÑO SUEÑO
CAPÍTULO 3 LA ADVERTENCIA
CAPÍTULO 4 DESCONCIERTO
CAPÍTULO 5 ¿COMPROMETIDA?
CAPÍTULO 6 FALSO NOVIAZGO
CAPÍTULO 7 EL COMPROMISO
CAPÍTULO 8 SU LLEGADA
CAPÍTULO 9 EL ATAQUE
CAPÍTULO 10 EL BAILE
CAPÍTULO 11 MI CUMPLEAÑOS
CAPÍTULO 12 EL NOVIAZGO
CAPÍTULO 13 ANTES DE LA BODA
CAPÍTULO 14 LA BODA
CAPÍTULO 15 DESUBICADA
CAPÍTULO 16 LOS DÍAS PASARON
CAPÍTULO 17 LA MISA
CAPÍTULO 18 UN REGRESO INESPERADO
CAPÍTULO 19 EL ATENTADO DE ANTONIO
CAPÍTULO 20 EL COMPROMISO DE MI PRIMA
CAPÍTULO 21 LOS PREPARATIVOS Y LA BODA
CAPÍTULO 22 LA LLEGADA DE EDUARDO
CAPÍTULO 23 LA GRAN REVELACIÓN
CAPÍTULO 24 EL RELATO DE ANTONIO
CAPÍTULO 25 EL DESCUBRIMIENTO
CAPÍTULO 26 CONFESIONES
CAPÍTULO 27 ANTONIO
CAPÍTULO 28 MI DESPERTAR
CAPÍTULO 29 EL RELATO
CAPÍTULO 30 LA LEYENDA
CAPÍTULO 31 SEIS AÑOS DESPUÉS
LA CARTA
EPILOGO

CAPÍTULO 1

El encuentro

Cabalgaba de regreso de la escuela con mi prima. Huíamos despavoridas con nuestro uniforme azul a cuadros, camisa blanca y ese horrible gorro que nos tapaba el cabello. Donde se entere la hermana rectora de nuestra fuga sería causal de expulsión —mi prima desde hace tres años vivía con nosotros, quedó huérfana, mis tíos murieron en un repentino accidente en unos de sus acostumbrados viajes—. Aunque, cada año, desde que cumplió los nueve pasaba las navidades con nosotros. Gracias a Dios mi prima no los acompañaba en ese viaje y agradezco al cielo por dejarla vivir con nosotros. Con ella realizaba mis travesuras, aventuras y locuras, Manuela y yo tenemos el mismo temperamento rebelde, libre y bromista, de cierta forma somos las niñas descarriadas de nuestras distinguidas familias.

Habíamos soltado los caballos del carruaje, como siempre al terminar las clases mi padre nos enviaba al cochero, pero el nuevo empleado no me inspiraba nada de confianza, tiene algo atemorizante. Se quedó esperando a que saliéramos de clase, algo que ninguno había hecho hasta el momento. Faltaba la última hora y en un descuido de la institutriz salimos del aula, desatamos los caballos y salimos a galope. No me dio ningún remordimiento dejar al nuevo empleado como un bueno para nada.

Nos detuvimos en el bosque porque no podíamos parar de reírnos, sin darnos cuenta que nos habíamos retirado mucho del camino que conduce a la casa y al percatarme me puse alerta. No es que crea lo que dicen de este lugar sobre fantasmas y leyendas de animales extraños. Es solo que me intimida, hace que mis nervios se alteren, le temo desde niña. Me gusta la naturaleza y los animales, me siento ligada a ella de una forma que aún no he podido definir. Pero lo que encierra al pueblo hace que me dé escalofríos.

—Creo que ya dejamos atrás la escuela —habló Manuela, tenía la respiración agitada y ese brillo de alegría en sus ojos.

—No debemos estar aquí —comenté mientras mi piel se erizaba—. ¡Corre! —grité.

Echamos a correr de nuevo los caballos, Manuela siempre acata lo que le digo cuando mis instintos me alertan. No sé bien qué pasó, de un momento a otro mi prima desapareció, era cierto que iba adelantada, pero era imposible que se hubiese

esfumado, me tranquilicé, a lo mejor ya pudo haber retomado el camino. En ese instante, sentí que alguien respiraba a mis espaldas y el temor me invadió, se fue transformando en un miedo profundo, me imaginé un gran demonio tratando de alcanzarme, recé para que mi caballo lograra sacarme del bosque.

Miré por encima de mi hombro, quería ver que me seguía. Porque es seguro que algo me persigue. Solo vi el bosque tornarse oscuro, como si una nube negra se hubiese apoderado de él y a su vez se materializaba en una figura humana, una risa surgió de alguna parte —“muy pronto”—susurró una voz macabra. Cuando miré al frente, ante mí había un carruaje con dos grandes caballos, uno blanco y otro gris. Vi tres personas adentro, una de ellas al parecer el más joven observaba en dirección al bosque, mi caballo iba desbocado, no tuve tiempo de tirar de la rienda y ocasioné un choque con los animales detenidos. A lo mejor miraban lo que también yo había visto. Salí volando por encima del carruaje, pensé en el fuerte golpe que me daría con los árboles que había al otro lado del sendero, cerré mis ojos para recibir el impacto, que no llegó. Me sujetaron la mano, el joven que miraba salió del carruaje y alcanzó a detenerme en el aire, dejándome en el suelo. Todo fue tan rápido que me provocó un leve mareo al soltarme, no conté con equilibrio y me caí. De todos modos, gracias a ese hombre me había salvado, de lo contrario otro escenario sería mi situación. Solo tuve un leve maltrato en las manos al ponerlas en el suelo para estabilizarme de la vuelta que había realizado. Me quedé varios segundos recuperando el aliento y los nervios, respiré profundo antes de ponerme en pie. Él esperaba ante de mí, extendió su mano y con agrado le ofrecí la mía, era mi salvador. Al mirarlo quedé embelesada, ese joven tenía el rostro más hermoso que nunca antes había visto, era muy alto, de cabello castaño claro, sus ojos eran verde claro, parecía un ángel. Me miró con tal ternura, esos ojos eran los más bellos que los míos habían visto en su corta vida, su mirada me atrapó.

—¿Se encuentra usted bien señorita? —su voz ocasionó un colapso respiratorio en mi pecho, por eso demoré un poco al contestar.

—Eso creo —respondí bajando la mirada. ¡Me avergoncé! — Muchas gracias, señor.

—Es una gran satisfacción constatar que se encuentra bien, señorita —dijo con amabilidad, unió sus cejas, sé lo que está pensando, no es correcto que una señorita este sin chaperona y menos montando a caballo.

Lo miré de nuevo y noté que tenía un porte distinguido, “¿será otro aristócrata?”, ojalá no lo sea. Me regaló una deslumbrante sonrisa, no pude apartar la mirada de su perfecto rostro, sus ojos eran como el verde de un lago

puro, sus cejas pobladas, nariz perfecta, sus labios eran tan sensuales, me cautivaron y me perdí por un segundo en un extraño deseo. Sin lugar a dudas él se parecía a un ángel. Escuché el galope de otro caballo, y trajo a mi mente el recuerdo de mi prima, ella no estaba conmigo y el temor se apoderó de mi otra vez. ¡Cómo pude dejarla en ese bosque, sola!

— ¡Mariana!, ¡Mariana! —está alarmada.

Salí corriendo mirando al bosque en varias direcciones con la ilusión de encontrarla, me sorprendió verla venir por el camino, al verme soltó un jadeo de alegría. Se bajó del caballo y corrió a mi encuentro.

—¡Qué susto me diste! ¿Dónde te metiste?, sabes que no puedo llegar a la casa sola, me matarían después de lo que acabamos de hacer.

—Fuiste tú la que me dejó sola —le reproché.

El joven llegó a nuestro lado, la cara de mi prima se transformó, y puso la expresión más tonta al verlo, una extraña punzada se materializó en mi pecho. El distinguido caballero tomó la mano de mi prima y se presentó.

—Antonio D’Montecarlos —besó su mano, una gran decepción se apoderó de mí. Es un aristócrata, debe ser engreído y frío.

—Manuela Stoward —dijo realizando la inclinación correspondiente y sonrojándose, ¡qué tonta se vio!

—¿Y usted es? —algo cambió en él, su mirada se había transformado en dos témpanos de hielo. No tenía esa calidez de hace unos minutos, la mirada que ahora me ofrecía era calculadora, fría y penetrante.

—Mariana Granados —le sostuve la mirada, alcé mi cabeza, no tengo motivo para no hacerlo. Tampoco sé el porqué de mi reacción, solo sigo mis instintos, me incliné y le ofrecí mi mano para seguir con el saludo pertinente.

—Agradable sorpresa —dijo, se dio la vuelta dejándome con la mano estirada y mi inclinación a medias.

¡No me ofreció su mano! Se debe saludar según nuestras costumbres, se ve muy mal no saludar como lo mandan las normas de una buena educación. ¡Qué maleducado! ¿Cómo una persona cambia tan rápido de modales? Hace un segundo me pareció un verdadero ángel y ahora es un inculto. Sentí tanta rabia, solo que no se lo demostré, saqué valor y un poco de altivez de donde no sabía que la tenía y me hice la digna.

—Gracias de nuevo por salvarme, señor.

—No fue nada —contestó por obligación.

Tenía un aire de señor que me produjo dolor de estómago. Detesto a la gente que se creen los dueños del piso por donde caminan, pasando por encima de los

menos favorecidos, le di la espalda y subí al caballo, causando asombro en el rostro de los señores que estaban dentro del carruaje.

—No es de señoritas montar igual a los hombres —comentó el joven.

Lo miré furibunda. Manuela también se había montado de la misma manera, pudo percibir la antipatía de ese hombre y me secundó.

—No me interesa causar buena impresión —le dije, miré a la dama del carruaje y le sonreí—. Debería intentarlo usted también, eso haría que ningún hombre le gane en una carrera a galope.

Dicho eso, tiré de la rienda y espoleé el caballo este echó a correr. Debo reconocer que ese maleducado era hábil, se apartó con sigilo para que no lo golpeará. La sangre hervía por mi cuerpo, que tipo tan... tan, ¡tan, tan! Manuela no dijo nada, me miró de vez en cuando mientras cabalgamos a casa, sabía que tenía mil preguntas. Al llegar, mi madre bordaba, su rostro se sorprendió al vernos llegar sin el cochero. Al dejar los caballos en el establo en manos de un lacayo mi prima rompió el silencio.

—¿Qué fue lo que pasó?

—En la recámara te cuento, ahora se nos viene algo peor —dije entre dientes al ver el rostro de mi madre al acercarse transformado en una esfera roja, se alzó el vestido para correr con más comodidad. Nos conocía muy bien, sabía que, al presentarnos de esta manera, era porque alguna travesura habíamos realizado.

— ¿Dónde está el carruaje? —preguntó furiosa.

—El muy flojo se quedó dormido, no me agrada ese tipo y nosotras tenemos muchos deberes. Debíamos regresar temprano.

— ¡Mariana! —gritó entre dientes.

—Es verdad tía.

—¡Eres igual a ella!, no se puede confiar en ninguna de las dos. Si tu tío — miró a mi prima—, y tu padre —me miró a mí—. Si se entera, no voy a interceder por ustedes.

—Aceptaré el castigo que me imponga. No te enojés, no nos pasó nada — respondí.

Tomé a Manuela por la manga del uniforme y la llevé hasta la casa, vi como mi madre alzaba sus manos al cielo soltando un suspiro.

—¡Niñas! —nos gritó desde la puerta de la entrada, nosotras ya estábamos en el primer escalón de las escaleras.

—¿Señora? —respondimos al mismo tiempo.

—En la noche tendremos una importante visita, son nuestros nuevos vecinos. Gente muy importante e influyente —enfaticó—. El Sr. Marcos quiere la mayor

colaboración y atención para con ellos.

—Mamá, ¿por qué tanta pleitesía a unos desconocidos? —hice una mueca de disgusto.

—No son desconocidos, tu padre ya los conoce desde hace unos días de su llegada de Inglaterra. Están inspeccionando sus propiedades y solo se quedarán un par de semanas. Si no encuentran algo de interés —no me agradó el tono que utilizó para la última frase que pronunció.

—¡Odio a los aristócratas mamá! —era cierto, tenía una mala actitud ante todos los que miran como si el piso les perteneciera.

—Pues no deberías, eres una de ellos, tienes mucho pasado en tus apellidos —dijo.

Le hice una mueca de desprecio ante su comentario, según la historia, nuestros descendientes son ingleses. Desde muy niña mis padres se mudaron a tierras francesas. Mi padre había realizado varios negocios que le salieron muy bien y eso incrementó la fortuna y el prestigio de nuestro apellido. No estamos muy relacionados con nuestros familiares ingleses por parte materna, y con la relación paterna hay un misterio total, no hay ningún contacto con la familia española. Por lo tanto, la única familia que me interesa, se reduce a las personas que viven conmigo.

—Quiero que estén presentables en la tarde, cenaremos con ellos.

—Como usted ordene señora de Granados.

—¡Mariana! Es muy importante que no dejes al señor Granados en ridículo.

—¡Madre! ¿Crees qué soy capaz de semejante acto? —escuché a Manuela sofocar las ganas de reírse. No me contestó, con solo ver su mirada penetrante fue suficiente.

—A las siete estaremos listas tía.

Corrimos escalera arriba para entrar a nuestra habitación. Dormíamos juntas, en parte, porque Manuela después de la muerte de mis tíos sufría pesadillas y en mi caso porque con ella me sentía un poco más segura y esa sensación de que vendrían por mí, disipaba un poco.

—Ahora si me vas contar todo, no entendí nada de lo que pasó con ese hombre encantador con el que hablabas —dijo suspirando y cayendo en su cama.

—¿Te pareció encantador? —hice un mal gesto mientras me sentaba en el borde de la cama.

—Bueno, estoy de acuerdo que fue muy descortés, pero no me negarás que es hermoso.

—Lo que tiene de atractivo lo tiene de orgulloso, engreído y descortés —dije

con tono agrio, la verdad es que aún tenía vergüenza por su falta de educación y su frialdad al dejarme con la mano extendida. Le relaté los acontecimientos que sucedieron en el bosque y como por poco pierdo la vida de no ser por él. Me escuchó con suma atención.

—El resto de la historia ya la conoces.

—No entiendo, fue amable y luego cambió tan repentinamente, un verdadero caballero no actúa con tales modales.

—No lo sé —me quedé pensando—. Tal vez, al escuchar nuestros apellidos se dio cuenta que no somos tan importantes, él parece de la realeza —extendí mi cuello lo más que pude para tratar de imitarlo.

—Estamos entre las familias más respetables del pueblo —comentó mi prima.

—No tenemos tierras en otra parte que no sean en la región.

Situación que me alegra, amo la hacienda —mi casa es una de las haciendas agrícolas más prosperas de la región, no tan grande, pero si bien distribuida. Es de dos pisos, en la parte superior quedan las habitaciones y el cuarto de costura de mi madre, en el primero quedaba la gran sala, el comedor de diez puestos, el despacho de papá, el living donde reciben a los invitados, la cocina y las habitaciones de Úrsula mi nana y dos colaboradores más.

—¿Lograste ver lo que te persiguió?

—No muy bien, era como una nube negra y una risa tenebrosa me dijo que se acercaba el día —hablé casi en un susurro, recordando el susto que había pasado.

—Mariana... —mi prima se pasó de cama y me abrazó con fuerza—. Hace meses no te pasaba nada de esa índole.

—Lo sé —alejé los temores de mi mente para no sugestionarme más de la cuenta—. Hagamos los deberes para poder disfrutar el fin de semana, además debemos arreglarnos, tendremos un gran acontecimiento en la casa de los Granados —hice una mueca. Nos sentamos cada una en nuestros escritorios y nos sumergimos a realizar los deberes escolares, que por fortuna no fueron muchos, terminé antes que Manuela, ella continuaba con el trabajo de historia, no quiero hacerla sentir mal, por eso decidí seguir fingiendo que las hacía.

Mientras tanto, tomé mi diario y decidí escribir el acontecimiento de hoy. Al abrirlo me di cuenta que desde el otoño pasado no me había sucedido nada sobrenatural, miré la fecha:

Agosto de 1780

Querido diario. Mi prima, el padre y tú son los únicos que saben lo que a veces

me pasa, estoy segura, algo tenebroso quiere apoderarse de mí. No de mi alma, pero si presiento que soy la clave de algo y mi cuerpo pronto será necesitado, temo por ello. Sigo asistiendo a misa, trato en lo posible no faltar, las pesadillas disipan en su totalidad al comulgar. Espero no volver a ver en mis sueños a ese rostro feo y mal oliente que se abalanza encima de mí.

Mayo 1781

Querido diario. Hoy experimenté el mayor susto en mi vida, jamás había sentido tanto miedo. Galopaba en el bosque con mi prima y nos separamos o nos separaron. Me quedé sola, al percatarme, algo me acechaba, lo que era logró erizar mi piel por completo y solo pude echar a correr en el caballo, temía ser alcanzada, y más miedo sentí al escuchar su risa y las tenebrosas palabras, “pronto llegará el día”.

Luego. Pasé la más grande vergüenza que nadie antes me había hecho sentir. Conocí al hombre más bello de este mundo, con los ojos más bellos, su mirada era penetrante. bellos y me perdí por un instante dentro de ellos. Pero lo que tiene de lindo lo tiene de altanero, orgulloso, prepotente y maleducado. Debo confesarte, se parece a un ángel. Lo único claro es que si me lo vuelvo a topar lo dejaré en ridículo para estar empatados, por más que me haya salvado la vida.

Me tomó del brazo de una forma que jamás pensé que un ser humano lograra hacerlo. Es muy ágil, parece... me pareció un hombre frívolo. Es un aristócrata presumido.

Cerré mi diario, lo guardé en mi baúl privado. Seguía enojada, el solo recuerdo me sacó de mis cabales.

—¿Ya terminaste? —le pregunté a Manuela que jugaba con el lápiz en su boca.

—¿Cómo haces para hacer las labores tan rápido, y ser tan indisciplinada en la escuela?

—Porque son fáciles, además, todo lo digo según mi punto de vista, no el de Aristóteles, Platón o Galileo. Fueron sabios, pero de ellos saco lo que creo importante y lo resumo.

—Por eso eres el dolor de cabeza de la Señorita Benedetti —soltó la risa.

—Debemos arreglarnos, si oscurece no podemos maquillarnos y hacerlo con velas no es lo mismo. Si no has terminado, mañana te ayudo.

—¿Cómo se llamarán nuestros vecinos? —me encogí de hombros ante su

pregunta. Era un tema que carecía de mi importancia.

—Ni me interesa saberlo —le respondí entrando al lavado, Úrsula había preparado el baño, lo tomé primero, había llenado la tina, dejé a mi prima terminando su lección de historia. Quería estar hermosa en la cena de hoy, una vez más seguí mis instintos y en esta ocasión me alertan de algo bueno, reacciono según lo que me advierten. Así pasó cuando supe que Manuela llegaría a la casa, no sabíamos de la trágica noticia, mis tíos habían muerto, fui la primera en contárselo a mis padres.

—Padre... Madre... tía Betty y tío Luciano murieron. Y Manuela vendrá pronto, estoy contenta por ella, ¿la dejarán dormir conmigo? —ellos no dijeron nada, se quedaron asombrados en el comedor. Fue mi madre la que se acercó y me consoló por el mal sueño. No era desconocido, yo sufría de terribles pesadillas. A los quince días se presentó el abogado de mis tíos con Manuela, él les contó a mis padres lo que había ocurrido. Fue una sorpresa para ellos concederme a mí el don de presagios como les dijo nuestro sacerdote. El día en que llegó mi prima, supe que sería bueno tenerla a mi lado, la mañana era encantadora, las flores del jardín se mostraban más vivas que nunca y muchos animales se me acercaron en diferentes momentos de la mañana y así ha sido. Desde que ella llegó las pesadillas disminuyeron considerablemente.

Algo iba a pasar esta noche en mi casa, espero sea bueno y no como lo de esta mañana. Tal vez sea diferente, por eso debía arreglarme. Al salir del baño Manuela entró, me puse el vestido azul, me dejé el cabello suelto y me gustó como contrastaba el color con el vestido, aún no sabemos de dónde viene el extraño color de mi cabello, no se sabe si es violeta desvalido o rosa envejecido o los dos al mismo tiempo. Es liso hasta los hombros para luego ondularse hasta caer en largos gajos.

—Hoy te ves hermosa, si te arreglaste así... debes de tener algún presentimiento o ¿conocerás a tu príncipe azul? —no aprobé el comentario de mi prima.

—No seas tonta, sabes que no pienso en eso y menos para casarme, por ahora soy muy joven, vamos a cumplir dieciocho años. De hacerlo debe ser con un hombre diferente, un caballero a quien no le importe ensuciarse las manos para trabajar si es necesario y no ordenar. Soy de las que piensa que nosotras las mujeres estamos para algo más que cuidar niños y atender a un marido.

—Para muchos ya estamos solteras, nuestra presentación ante la sociedad fue hace mucho tiempo —nos miramos y soltamos una carcajada, después de ese baile, no quise asistir a ninguno y mi prima tomó la misma decisión, las

invitaciones llegaban y por más que mi madre insistía no me presentaba a los bailes.

Terminé de arreglar a mi prima. Su cabello era rizado de color castaño claro, se los acomodé a un lado, que dejaba ver el medio escote de sus hombros. Resaltando su color de piel.

—Quedaste preciosa y es hora de bajar, nuestros invitados de honor llegaron hace más de quince minutos —hice una mueca y mi prima soltó una carcajada—. Te vas a casar con uno de ellos y estarás locamente enamorada de él, ya lo verás.

—Deja de decir tonterías Manuela. No creo que Dios me tenga ese destino, sé que él me ama mucho.

Bajamos. Parecía que el sol no se hubiese ocultado, la casa estaba iluminada con velas por todas partes, me pareció fantástico. Me encantan las velas, creo que guían el camino espiritual de los seres humanos. Tal vez me caigan bien los vecinos, si debo invitarlos más seguido a cenar con tal de ver mi casa como lo está ahora, lo haría gustosa. Escuchamos las voces que provenían del living, mi padre acostumbra a recibir ahí las visitas antes de llevarlos al comedor. Manuela entró primero, yo me retrasé un poco, seguía observando la casa. Mi madre puso gran esmero en que luciera de esa manera, ¿cómo lo habría logrado?, las voces habían cesado abruptamente cuando entré al living. Me di la vuelta para comprobar con mis propios ojos lo que había pasado, me quedé fría, estática al igual a una escultura de mármol. Manuela me miró con cara de, ¡no es posible! Y yo fijé la mirada en el joven Antonio D’Montecarlos, quién me miraba con asombro o ¿admiración? Su rostro era de... ¿Qué pretendía el destino?, a él le brillaron los ojos por un instante, como cometa en el firmamento. El joven sentado a su lado lo miró arrugando su frente, todos se levantaron para recibirnos. Mis padres miraban de un lado al otro y por la expresión de sus rostros, noté lo desconcertados que quedaron con nuestras reacciones. Estaban dos señores adultos que supuse eran los padres y al detallarlos bien son los mismos que se encontraban en el carruaje esta tarde.

Ahora había un nuevo joven, igual de apuesto al descortés, me pareció que era menor, no mucho, la diferencia debía de ser un par de años por lo menos. El señor Granados fue quien rompió el hielo y nos sacó del estado en el que nos había envuelto la incómoda situación. “Esto es inaudito” pensé para mis adentros.

—Hija, te presento a la familia D’Montecarlos.

—Un placer —me incliné, mordiéndome la lengua para no sacar a ese hombre

de la casa, Manuela hizo lo mismo, y los invitados se presentaron con mucha educación.

—Siéntense —dijo mi padre.

Tomamos nuestros asientos. Mi prima no dejaba de mirarme, sus ojos eran dos libros abiertos y estaban a punto de salirse, por mi parte me sentía nerviosa, las manos comenzaron a sudarme. Antonio me analizaba, no pude comprender su mirada, nadie me había mirado de esa manera. Parecían dos miradas al mismo tiempo, como una espada de doble filo.

—Sr. Frederick, siga usted narrando el inconveniente de tuvieron en la tarde, cuando se le presentó de la nada ese caballo —me sonrojé, yo sentí una punzada en mi estómago, ese inconveniente sin duda era yo.

—El caballo era cabalgado por una imprudente joven que casi se mata de no ser porque yo la sujeté del brazo —comentó Antonio de manera desafiante, parecía disfrutar con ello. Sentí la sangre subirse a mi rostro, “imprudente...” ¿Este caballero quién se cree?

—Qué insolencia la de esta juventud, hoy en día no respetan —dijo el señor Granados.

—La imprudente soy yo papá —le devolví la mirada de superioridad que parecía estar enojado conmigo o ¿sorprendido?, demostré que no me gustan los cuentos a medias tintas, las cosas deben ser llamadas por su nombre. Él arrugó su frente, no pensó que yo reaccionara de esa forma. El rostro del señor Granados estaba rojo por la vergüenza que yo le ocasionada, su propia hija y la mirada de mi madre me recordó el comentario de la tarde, debía decir algo para mi defensa—. Al parecer padre hay personas que juzgan sin saber los motivos y discúlpeme señor y señora D'Montecarlos —los miré—. Mi caballo se desbocó por algo que lo asustó en el bosque y se estrelló contra los suyos, no pude agradecerles en la tarde por la forma en que su hijo se comportó, ustedes mismo lo vieron fue bastante descortés, me dejó con la mano estirada al presentarme —tuve la sensación que el hermano de Antonio, aunque, no recuerdo ahora su nombre, se mordía los labios, ¿se burla de mí?

—Eso es cierto —comentó el señor D'Montecarlos y vi en los ojos de su hijo mayor la rabia, pero al mismo tiempo un gran desconcierto. Algo en mí no le terminaba de gustar, de eso estoy completamente segura.

—Me disculpo por tan mal proceder señorita, carezco de palabras por mi conducta. Espero en un futuro quitar la mala imagen que tiene de mí —nos miramos el uno al otro, nos desafiábamos sin lugar a dudas, es extraño nuestro comportamiento si apenas hace unas horas que nos conocemos. No hay nada

más que un reto para mí. Jamás me ha gustado perder, hasta el momento la suerte me ha acompañado.

—Mariana... —la voz de mi madre hizo eco en mis oídos, logrando desviar mi atención y concentrarme en ella.

—No le has agradecido por haberte ofrecido sus disculpas.

—No tengo porque —volví a mirarlo, me desconcertó su rostro. Él parecía estar sofocando las ganas de reírse, ¡pero qué insolencia!, ¿se burla en mi cara? Úrsula entró a informarnos que la mesa estaba lista. Apareció en el mejor momento.

Fui la última en salir, aunque Antonio salió antes y un par de veces se giró para mirarme. “*Se sigue burlando de mí*”. Me dieron ganas de darle una bofetada, pero me contuve, soy una señorita bien educada. Los señores D’Montecarlos parecían ser señores dulces, sus ojos eran sinceros, ellos eran los que se avergonzaron por el comportamiento de su hijo.

El segundo hijo, caminaba al lado de mi prima, se cayeron muy bien, él es diferente a su hermano, por lo menos es más educado, un poco más bajo, y aun así también es alto. Al analizar la situación me di cuenta de que por azares de la vida estábamos emparejados —me pareció extraño—. Mis padres, sus padres, mi prima y su hermano, todos salieron del brazo de su educado anfitrión, pero el mal educado que me tocó por descarte y por no haber nada más, no se dio por enterado. Caminó primero, dejándome a mí de última, me dieron ganas de hacer una pataleta, ¿por qué me ofusca tanto ese desconocido?

La cena quedó exquisita. La señora Granados había sacado los mejores cubiertos y la vajilla importada de Inglaterra. Recuerdo que solo una vez lo había hecho y fue en uno de mis cumpleaños; también sacó el mantel que le había traído su esposo de la india en su último viaje y del que siempre se refería ante sus amigas. Yo había quedado frente a él. Es increíblemente hermoso, mis padres se sentaron a cada extremo, los señores D’Montecarlos quedaron a mi lado y la pareja más joven, que pareció entenderse a la perfección quedaron al lado del él. No dejaba de mirarme cada vez que tenía ocasión, me incomodó. Si comía de una forma me miraba diferente, si hablaba de algo parecía reprocharme por lo dicho. Me estaba cohibiendo y eso me desquiciaba. Yo no podía dejarme, saqué orgullo y también lo miré, pero eso fue motivo para malos entendidos entre nuestros padres y mientras nos tomábamos una copa de vino, mi padre realizó el peor comentario de su vida.

—Hacen linda pareja —botamos el vino sin ponernos de acuerdo, casi me ahogo y él miró con desaprobación a sus padres, me percaté de ello mientras me

limpiaba la boca.

—Discúlpenme —dije apenada, ¿cómo se les ocurre decir semejante disparate? Manuela me miraba con insistencia, nos entendemos muy bien, ella parecía escuchar lo que yo quería decirle. “Sácale la mayor información a su hermano y así poder saber a qué atenerme con semejante personaje”. Nos reunimos por unos minutos en el living antes de su partida, mientras se despedían nuestros padres.

—Ha sido una cena encantadora —le dijo la Sra. Antonieta a mi madre.

—Me alegra que le haya gustado, espero volverla a ver —se dieron un par de besos en cada mejilla antes de salir.

Los señores se estrecharon las manos. Manuela seguía del brazo del hermano de Antonio quien parecía disfrutar encantado de su compañía, se despedían oficialmente.

—Fue un placer conocerlo un poco más y créame, no me decepcionó —lo miré—. Es usted tal cual como me lo imaginé —comenté con sarcasmo a Antonio antes que se fuera, él sonrió un poco.

—Créame, es mutuo el sentimiento —dicho esto me extendió su mano para despedirse, y yo solo esperaba ese momento, todos nos miraban. Me incliné ante su hermano que, esperada a su lado, lo miré a él, continuaba con la mano extendida, me di media vuelta y salí directo a las escaleras.

—¡Mariana! —esa voz ya la conocía, este fin de semana me quedaré encerrada. No miré a mis espaldas, tomé uno de los candelabros del pasillo y me dirigí a mi recámara. A los pocos minutos entraba Manuela, con una cara de amor a primera vista.

CAPÍTULO 2

Extraño sueño

Esa noche no pude dormir, estuve desvelada, tenía una agradable sensación y al mismo tiempo un gran desasosiego. Manuela dormía profundamente. Sonreí al recordar su manera de ingresar a nuestra habitación después de que se fue la distinguida familia D'Montecarlos, parecía flotar en el aire.

—¡Estoy enamorada! —exclamó dejándose caer en su cama, se le levantó su vestido.

—No lo conoces aún, no puedes decir eso —refuté.

—No soy tan exigente como tú, además conmigo fue encantador.

—En eso te doy la razón, su hermano es un burdo que no debería llamarse caballero —me quejé—. Es el hombre más descortés, maleducado, inescrupuloso y petulante que he conocido en mi vida, puede que sea un caballero, que esté relacionado con la realeza ingresa, que sea un Lord de algún lado y eso no le quita lo, lo, ¡lo mala persona! —mi prima me miraba detalladamente.

—A Eduardo —alcé una ceja al escucharla llamarlo de esa manera tan íntima, ella lo notó y se ruborizó—. Él me pidió que siempre lo llamara por su nombre de pila y que nunca le dijera Lord. Y no te salgas del tema. Como te decía, a él le causó mucho asombro ver a su hermano enfrentarse con una dama de esa manera. Ante todo, son caballeros muy importantes en la sociedad de Inglaterra, me dijo que nunca lo había visto así tan...

—¿Altanero? —terminé la frase—. El Lord también es muy atractivo, ¿se llama Eduardo?

—Es hermoso, más que Antonio y no le digas Lord —arrugué mi frente, no me cae bien el mayor de los D'Montecarlos, pero es mucho más atractivo, aunque eso no le quite lo descortés, sonreí. Mi prima quedó enamorada.

—Si esa es tu apreciación, no soy nadie para contradecirte prima —le lancé la almohada en la cara de ensoñación que tenía.

—Mis tíos están furiosos contigo Mariana —se puso seria y suspiró sentándose en el borde de la cama, quedó frente a mí.

—Manuela... ¿Qué cara puso cuándo le di la espalda?

—Bueno, fue muy extraño. Eduardo lo miró y se burló, dijo algo así como que “ya era hora”. ¿A qué se refirió? —se encogió de hombros—. No sé, pero la

situación lo dejó desconcertado, con una mezcla de rabia, ira y al mismo tiempo fascinación. Te aseguro que la situación que experimentó Lord Antonio fue tal, que por un segundo pensé que saldría corriendo de la casa. Supo controlarse y se despidió con amabilidad de nosotros, te pasaste prima.

—Ahora ya estamos a mano y a él si le dices ¿lord? —alcé una de mis cejas y por más que traté contenerme fue imposible, solté una carcajada.

—Lord Antonio D`Montecarlos no me ha dado la confianza para llamarlo de otra manera y toma mi consejo —me mira—. No debes igualarte con un caballero. Eso no es lo correcto, ¿dónde quedaron los años de educación que hemos tenido con la institutriz y ahora en la escuela? —Manuela se parece más a la doctrina que mi madre nos ha inculcado, debo ser sincera conmigo misma, yo no me veo en el papel de mujer abnegada, yo quiero disfrutar la vida, conocer o estar destinada para algo más importante que atender a un hombre y mucho menos a aceptar como cordero obediente a lo que él decida hacer conmigo, no quiero eso. Veo como muchas de mis conocidas son casadas sin amor, y en sus ojos noto la vida tan triste que llevan al lado del hombre que sus padres aceptaron.

—¡Qué!, ¿te enamoras a primera vista y ya cambias de pensamiento? Eres más dócil que yo, y te recuerdo que juramos no someternos al yugo de un hombre. Sabes que para mí el hombre y la mujer deben estar por igual, tenemos diferentes roles en la vida, pero soy de la creencia de ser iguales.

—Naciste en el tiempo equivocado prima, debiste haber nacido el próximo siglo.

No le dije más nada. Nos cambiamos de ropa y nos acostamos, ella se quedó dormida suspirando por su amor. Mientras que a mí me daba dolor de estómago pensar en el nombre de Antonio, espero no verlo de nuevo. Traté de conciliar el sueño y al rato me quedé profunda.

Me despertó el cantar del gallo, ya eran las cuatro de la mañana, tomé la vela y entré al baño, debemos asistir a misa. Tomé el chalé del mismo color del vestido verde aceituna.

—Manuela. Despiértate ya deberías estar lista para ir a misa —le dije a mi prima.

—Ya bajo —me contestó con los ojos cerrado.

La dejé sentada en la cama, bajé a tomar el desayuno. De lunes a viernes asistía a la misa que dan en la escuela antes de tomar las clases, el fin de semana la escuchaba junto con el pueblo, la eucaristía, la celebraba el padre Gumersindo. Al entrar a la cocina la señora de Granados se encontraba

preparando el desayuno, me ofrecí a ayudarla. La cocina siempre me ha gustado, preparo cualquier variedad de alimentos y al parecer les gusta lo que hago, mi mamá aceptó, noté que seguía molesta conmigo.

—¿Qué vamos hacer contigo Mariana? —el tono con el que me habló no lo había utilizado en sus acostumbrados regaños.

—Quererme señora bonita —le contesté mientras tomaba el pan y lo ponía en las cestas para llevarlo a la mesa.

—Creo que por quererte tanto, es que te comportas como una niña maleducada, dejándonos tan avergonzados —me dolió el comentario. Estaba decepcionada por mi proceder.

—Madre... —comenzó a llorar, eso me partió el alma. Adoro a mis padres como a nada en el mundo, soy su única hija y parezco más bien su nieta, me concibieron después de quince años de casados. Eso hizo que me malcriaran un poco, soy la luz de sus ojos. Ellos saben que soy de corazón libre, comprendí que les había dolido mucho mi comportamiento irrespetuoso o más bien a quien le había faltado.

—Prométeme... —dijo entre dientes, luego se detuvo—. No viene al caso, te conozco y sé que ese joven no te cayó bien.

—No es eso mamá, lo que pasa es que no fue un caballero cuando nos conocimos, es un altanero, arrogante, maleducado que se cree que por ser un lord debemos tratarlo como si fuera un príncipe de Inglaterra. Pero en sus ojos se ve que es un caballero y me da mucha confianza.

—¿Y entonces? —noté el cambio en su voz, se esperaba por algo.

—Se cree superior y hasta ahora conmigo no ha tenido ni la más mínima gota de amabilidad. No tengo por qué portarme bien con él, si él cambia de actitud. Yo...

—¿Tú qué?

—Yo trataré de ser más amable —suavicé un poco la situación.

—Todo es un simple orgullo, te recuerdo que él es una persona muy importante, su apellido tiene mucha historia y títulos. ¿Qué hacemos contigo? Tal vez sea el indicado...

—¿A qué te refieres con el indicado?, además, los títulos solo hacen que las personas sean frías.

—Nada, solo que a ti también te falta un poco más de nobleza. Presumes de ella y no miras tus errores.

Intenté hablar, pero preferí callarme. La había hecho llorar y eso me hizo sentir mal. Terminé de ayudarla y nos sentamos en la mesa, el señor Granados se

encontraba muy serio. No me regaló esa bella sonrisa ni me dirigió la palabra por un buen rato. Úrsula retiró los platos de la mesa y decidí ser yo la que rompiera el silencio, era la causante de ello.

—Muy bien —dije en voz alta—. Disculpen mi comportamiento en la noche de ayer —suspiré—. Les prometo que si vuelvo a ver a Lord Antonio D’Montecarlos me disculparé.

—¡Esa es una de las condiciones que tienes, y no solo con él te disculpas, sino con toda su familia! —habló mi padre en tono alto, no era su costumbre—. ¡Estás castigada!, la otra condición, es que no saldrás de la casa en el día de hoy ni la semana entrante, asistirás a la escuela y regresarás con el cochero.

—¡Papá tengo misa! —jamás me la habían quitado y he realizado peores travesuras.

—Hablaré con el padre Gumersindo el día de hoy, y que venga a la casa a que tomes la santa comunión. Solo asistirás a la de mañana domingo y la semana entrante las tomarás en la escuela.

—Pero...

—¡Pero nada señorita! —gritó—. ¡Pero nada! —me sobresaltó su comportamiento. Me quedé callada, mis padres jamás me habían hablado de la forma, mi madre siempre me regañaba y en esta ocasión habló conmigo, papá nunca me había alzado la voz para referirse a un llamado de atención y míralo. Se me formó un nudo en la garganta—. Te he pasado muchas, solo que —lo vi tan decepcionado—. Tu actuar anoche fue el peor. ¿Crees qué puedes ir por la vida haciendo lo que se te antoje? Fue decepcionante tu comportamiento señorita. No sabes la tristeza que me ha causado Mariana Granados, eran caballeros ingleses, con una reputación intachable, con los que pensaba hacer grandes negociaciones y mi propia hija me deja en ridículo, primero como una salvaje al estar en el bosque sin compañía y luego protagonizando el acto más descortés que una señorita de buena familia podría hacer —no tuve corazón para refutarle a mi padre, los ojos se me llenaron de lágrimas, escuchando mi comportamiento resumido en las palabras de mi padre me hacían ver como la peor de las mujeres. No dije nada, era mejor permanecer callada. Quedé sorprendida por la reacción de ellos, las lágrimas no tardaron en salir de manera silenciosa. Era tan consentida y mimada que al alzarme la voz me entraba un sentimiento en el pecho. Vi dolor en ese par de ojos de mis progenitores, supongo que merezco la reprimenda.

—Ya sabes el castigo y mañana en la misa, te disculparás con toda la familia.

Me mordí la lengua, en resumen, era eso. Le he faltado el respeto a ese tal

caballero y ahora por su culpa me regañaban como nunca antes lo habían hecho. Sentí una presión en mi pecho, pero logré hablar.

—Solo les pido que puedan traer al padre para no tener pesadillas en la noche —miré a mi prima, parecía estar igual de asombrada, me levanté y me dirigí a la recámara.

Esperé a que salieran, observé el carruaje alejarse desde el balcón, nuestra habitación queda en la parte superior de la entrada de la casa, podíamos ver quienes llegaban y cuando se iban, es una alcoba amplia y lo que más me gustaba de ella es que contaba con la mejor vista de la hacienda. Los campos de sembrados se vislumbraban en el costado derecho. Me percaté que contrataron a un nuevo cochero, al menos me hizo caso y despidió al anterior, que algo malo encerraba, era misterioso o más bien tenebroso. Me miraba de una forma lujuriosa, me intimidaba. ¡Gracias a Dios!, trabajó solo dos días. Manuela me dijo adiós con la mano y yo le correspondí el gesto. Me quedé en casa con Úrsula y el personal que cuidaba la casa, no quise bajar, me acosté, después de un largo tiempo los parpados comenzaron a pesarme por la desvelada de anoche.

Me quedé dormida. No estaba segura del tiempo que había pasado, sé qué era un sueño. Me encontraba en el bosque tenebroso corriendo de algo una vez más. La oscuridad era abrumadora y una sombra negra se acercaba a mí, corría desesperadamente, tropezaba con cada raíz de los árboles que se atravesaba en el camino, lloraba por algo, tenía mucho miedo. Sabía que lo que me perseguía se abalanzaría en cualquier momento y así lo hizo. Traté de quitármelo con todas mis fuerzas, era muy fuerte. Logré soltarme del monstruo y retomé mi huida y volví a sentirlo, riéndose a mi espalda, de repente una hermosa luz a cierta distancia se apareció. Quería llegar a ella, había una persona, de ella salía la luz, no se movía, unas grandes alas salían de su espalda. Era reconfortante esa luz, no lo podía ver por el resplandor, le pedí ayuda, pero no se movió, aun así, corrí con todas mis fuerzas, estiraba mis manos para alcanzarlo y me faltó poco para entrar en esa luz, comprendí que era un ángel, el monstruo se interpuso antes de llegar a él. Vi el rostro horrible de mi perseguidor, con ojos eran rojos, no supe que hacer nada, el miedo volvió. ¿Por qué mi ángel no interfería?, le pedí ayuda y no sé si me miraba, su luz era cegadora, no lograba verle el rostro. Solo unos plateados e inexpresivos ojos que luego se fueron transformando en color verde, eran penetrantes.

—¡Aléjate de ella! —habló el ángel.

El monstruo se ríe y se abalanzó sobre mí, yo no dejaba de ver al ángel,

comencé a gritar y tratar de alejar las manos que intentaban estrangularme, sus largos dedos huesudos se acercaban más y más, con lágrimas en mis ojos forcejeaba, sin quitar la vista del ser iluminado. En ese instante nuestras miradas se encontraron, el ángel por fin se fijó en mí. ¿Dónde he visto esos ojos?

—¡Mariana! —gritó mi madre zarandeándome con desesperación.

—¡Déjame! ¡Ayúdame! —le gritaba al demonio y al ángel a la vez.

—¡Hija! Por el amor de Dios reacciona —volví a la realidad, miré a mí alrededor y estoy en mi habitación, mi madre me sostenía en los brazos, mientras que papá y el padre Gumersindo miraban la escena desde la entrada, asustados. Manuela se sentó a mi lado, comencé a llorar incontrolablemente, ya me sentía protegida, pero no era suficiente.

—Vuelven de nuevo, otra vez me persiguen —logré balbucear.

—Ya pasó hija —me acariciaba el cabello—. Perdónanos, perdónanos por dejarte sola.

—Mariana... —se le quebró la voz a mi padre—. Lo siento hija.

—Padre Gumersindo, por favor, dele la santa eucaristía —intervino mi prima—. Es cierto que eso le ayuda, hace mucho no le sucedían esas crisis.

—¡Porqué jamás ha faltado a su misa de las seis!, solo yo sé sus temores, conozco su tormento y con todo el respeto, ustedes no deben quitarle su sanación. Pueden castigarla las veces que quiera, pero no le quiten el derecho a estar con Dios —los regañó el sacerdote.

—No era nuestra intención —le contestó el señor Granados.

No dejaba de llorar y aferrarme a los brazos de mi madre. Hace mucho no tenía pesadillas, olvidé por completo lo feo que eran esos sueños. Cuando el cura me dio el cuerpo de Cristo pedí con el corazón —mientras oraba en silencio—. Que me enviara al ángel de la guarda, ese sueño significaba algo, no sabía qué, pero me daba algo de tranquilidad, oré para qué el demonio no vuelva a aparecerse. Al terminar, le pedí al Padre que se quedara para confesión y aceptó gustosamente.

Nuestro párroco era de avanzada edad con un alma de ángel, confiaba en él, aunque las maestras dicen que me consiente más de lo necesario y me acolitada muchas travesuras. Él siempre se escuda en decir: —Son solo bromas, pero tiene el alma más pura que muchas de ustedes y yo sé lo que les digo. Conozco muchos de sus secretos y créanme, las travesuras de Mariana son alegrías para el corazón.

Nos dejaron solos. El sacerdote se sentó en la cama de Manuela y yo me arrodillé echándome la bendición.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebido —me dio la bendición una vez más.

—¿Qué pecados has cometido, hija?

—Me culpo por haber hecho llorar a los seres que más amo en el mundo, por haberle causado disgusto a mis padres.

—¿Ya le pediste disculpas? —como siempre lo vi acariciar su crucifijo, sentado en la cama, siempre hace eso.

—Sí, esta mañana.

—¿Por qué te castigaron? —por más que él trata, le cuesta contener su alegría al verme, no lo logra, hay algo en mí que lo hace mirarme con adoración.

—Porque fui grosera con el caballero que llegó al pueblo, y no solo con él, también con toda la familia D`Montecarlos, en especial con Lord Antonio D`Montecarlos —hice una mueca al pronunciar su nombre, el Padre se asombró cuando lo mencioné—. ¿Usted también me va a regañar por lo que hice?

—Hija es que él es... —se detuvo—. Dejémoslo así, ¿le tienes miedo?, ¿temes o ves algo malo en él?

—Aparte de lo aristocrático, frío, descortés y prepotente, nada, sin dudas es un hombre en el que se puede confiar, es solo que le caigo mal por alguna razón, no comprendo su comportamiento, me mira con rabia, como si le hubiese hecho algo. No me estima, y yo no tengo porqué rendirle pleitesía.

—Eres igual que un animal salvaje pequeña, indomable —me puso la mano en la cabeza—. ¿Quieres contarme el sueño?

—Era igual a los anteriores, solo que en esta ocasión había una hermosa luz y no pude alcanzarla. Había un ángel dentro, era cegadora la luminosidad. Él le pidió al demonio que me dejara, fue reconfortante, al menos tengo una salida para esos tenebrosos sueños, la próxima vez debo correr más rápido —el padre Gumersindo me miró sorprendido.

—A veces tienes la capacidad para percibir situaciones... —se detuvo y miró lejos, como si estuviera reviviendo mi sueño o quien sabe en qué estaría pensando.

—¿A qué se refiere?

—A nada pequeña, solo que ya llegó la luz a estas tierras.

—Siempre ha habido luz, lo único oscuro es el bosque que rodea el pueblo.

—No sientes... qué pronto se acabará eso.

—No, estoy entre dos sentimientos que no logro identificar. Le confieso que temo.

—Escoge el bueno —dicho esto me dijo mi penitencia y me regaló la

bendición.

Me sentía mucho mejor, estar bien con Dios hacía que lograra vencer a mis pesadillas. Ese día lo pasé en la recámara la mayor parte sola. Mis padres me quitaron el castigo y les dije que no, me lo merecía por lo descortés. No por lo hecho a la familia D'Montecarlos, sino, por cómo me comporté con ellos y por esa razón yo sola me autocastigaba. Reconocieron mi actitud y el castigo se mantuvo, solo con la condición de que la misa no se movía ni se prohibía jamás en la vida.

El resto del día pasé obsesionada con el ángel del sueño, y sobre todo con la mirada que él me había ofrecido. Esos bellos ojos... no sé dónde los he visto, al llegar la noche soñé con los hermosos ojos que me miraban como si le importara.

CAPÍTULO 3

La Advertencia

Fui la primera en arreglarme, el nuevo cochero era un hombre corpulento, moreno y con ojos de agradecimiento a toda hora. Me dio una gran tranquilidad cuando me ayudó a subir al carruaje para asistir a la misa dominical. Sentí la mirada de mis padres al tener contacto con él y al comprobar que le sonreí al nuevo trabajador, soltaron un suspiro de tranquilidad.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté mientras le ayudaba a mi madre a subir.

—Jasón, para servirle señorita —inclinó su rostro, volví a sonreírle.

—Vas a trabajar muchos años con nosotros Jasón, esperábamos a una persona como tú —su mirada fue cálida. En ella pude ver su agradecimiento por mi comentario.

—Me alegra que te guste Mariana. Eso de cambiar tanto de empleado no me agrada —sonreí por el comentario de la señora de Granados, mientras arreglaba su postura distinguida. Es una señora hermosa, tiene los ojos azules, papá dice que son el mismo océano, yo los tengo igual, su cabello es café con visos blancos por las canas, pero aún a sus 54 años seguía siendo una mujer muy bella.

—Si logran leer las miradas de las personas, se evitaría tener que estar prescindiendo de las personas no gratas —sonrió y puso sus ojos en blanco.

El Viaje hasta el pueblo en carruaje era poco más de media hora. Salimos a las seis para llegar a tiempo y poder saludar a nuestros conocidos, todos nos congregábamos en el jardín, que era una maravilla, para hablar mientras sonaban las campanas que anunciaban el inicio de la eucaristía. El Padre se desvivía por mantener su jardín impecable, lleno de cientos de flores, árboles de diferentes especies. La iglesia se encontraba en la plaza del pueblo, majestuosa ocupando una cuadra, la casa cural quedaba en la parte trasera de la capilla. Ya se aglomeraba la gente cuando llegamos. El señor de la casa fue el primero en salir, le brindó la mano a su esposa para ayudarla a salir, Jasón nos ayudó a Manuela y a mí, mi prima al bajarse parecía una garza estirando su cuello en todas las direcciones.

—No los veo —dijo.

—¿A quiénes? —pregunté.

—¡Mariana!, a los D'Montecarlos —puse mis ojos en blanco, ¡era el colmo!, pero no le dije nada.

—Niñas, no se queden atrás —nos llamó mi madre.

Manuela se adelantó, yo, sin embargo, me quedé arreglándome el vestido. Me dirigía a la iglesia, y me percaté de lo que hacía el jardinero de la parroquia, trataba de arreglar unas flores, pero en vez de eso, trataba de matarlas. Tengo una afición por la naturaleza, cada vez que veo el maltrato por parte de la gente me indignan. Me acerqué dándole la espalda a la gente, era un hombre muy, muy delgado.

—Disculpé señor, no parece usted un jardinero —le reclamé. Al girarse me sobresalté. Era el cochero que mi padre había despedido, en sus ojos había un odio maquiavélico que me estremeció el cuerpo.

—¿No le bastó con sacarme de su casa señorita? ¡Qué! ¿Ahora piensa sacarme de nuevo? —su voz era igual de repugnante que sus ojos.

—¡El problema es que usted no sabe hacer nada! —contesté secamente.

Se levantó erguido. Era un hombre huesudo y mal oliente, no lo había visto tan descuidado con su aseo personal, solo trabajó dos días, ésta era la tercera vez que lo trataba. Aunque eso no me aterró tanto como el escucharlo reír. Era la misma risa de mis sueños. Quedé paralizada, él se acercó un poco y pronunció las palabras más escalofriantes.

—Se acerca el día en que el mundo cambie, nada será igual, sus días se acabarán y usted pronto gobernará con su amo, se cumplirá la profecía.

Por unos segundos quedé sin poder pronunciar una sola palabra. Fue Jasón quien se percató de mi estado, era la única persona que se encontraba cerca. Ya estaban ingresando a la iglesia, les daba la espalda, no creo que se dieran cuenta de estado alterado, vi correr a nuestro cochero y el antiguo trabajador se retiró del lugar.

—¿Se encuentra bien señorita? —preguntó Jasón. Afirmé, me puse la mano en el pecho por un segundo y traté de recuperar mi respiración, tenía ganas de correr, pero no sabía a donde y ¿por qué?, al darme la vuelta me encontré con la mirada fija y penetrante de Lord Antonio D'Montecarlos. Como un vigilante e imponente juez, me observaba desde la parte superior de las escaleras antes de entrar a la iglesia, desde ahí podía ver perfectamente con quién hablaba, en su mirada vi un desprecio letal. No pude sostenerle la mirada, seguía demasiado sugestionada y no quería seguirle el juego a nadie y menos a él. Alcé la vista y ya había desaparecido, fue cuestión de segundos. *¡Qué rápido se mueve!* —pensé.

Caminé lentamente, quería obtener más tiempo para estabilizar mis nervios, menos mal me topé con dos compañeras de la escuela y las saludé, hablé

trivialidades por unos minutos, y me ayudó a despejar la mente, me disculpé con ellas y me dirigí al lugar donde había visto a mis padres y a mi prima. Al llegar noté que se acercaban los hermanos D'Montecarlos, ambos del brazo de dos elegantes damas. Sentí una punzada en el estómago al verlo del brazo con otra mujer — *¡Qué te pasa Mariana!*, me dije, no es de tu incumbencia lo que ellos hagan—. Los jóvenes saludaron, yo ni lo miré, vi que Manuela bajaba su cabeza un poco, la pobre, debió ser duro para ella ver a su enamorado del brazo con otra mujer. Aunque, debo de ser justa, mi prima es mucho más bonita que la que lucía orgullosa del brazo de Lord Eduardo. Se escuchó la primera campanada, era el momento de ingresar, fue mi padre el que volvió a ponerme en apuros.

—*¡Mariana!*... —lo miré y me hizo señas en dirección a Lord Antonio. Mi rostro cambió de color, ¿por qué debo disculparme con él al lado de esa mujer?

—Creo que está ocupado —me incliné para susurrarle al oído.

—*¡Discúlpate!* —en sus ojos vi su determinación, me mordí los labios.

Alcé mi rostro y ahí estaba él, mostrando superioridad, con una sonrisa de satisfacción como si hubiese escuchado la conversación, su actitud me enervó más, no podía descifrar su mirada, era una mezcla de rabia, repudio y por segundos su mirada brillaba, es muy extraña. Respiré profundo y tragándome las lágrimas le pedí disculpa con el mayor sarcasmo que pude.

—Lamento haberme comportado como lo hice en la tarde de ayer señor D'Montecarlos—le sostuve la mirada. Él parecía disfrutar de algo, miró a la dama que tenía a su lado, le dio un beso en la mano, la trataba con caballerosidad, esa gentileza conmigo no la ha tenido. Volví a sentir el dolor en el estómago, al mirarme vi dos témpanos de hielo. ¿Qué le he hecho a este señor para que me trate de esa forma?

—Disculpas aceptadas señorita y le recuerdo que soy Lord Antonio D'Montecarlos —su voz fue tan falsa, igual a la mía y su... él es tan... ¡engreído aristócrata! —. Espero que podamos mantener una buena amistad.

—No veo cómo, las personas de su alcurnia no me agradan —dije lo más bajo posible—. Gracias a usted me castigaron.

—*¡Mariana!* —mi padre intervino, espero que no haya escuchado mi comentario, porque de lo contrario aumentará mi castigo una semana más.

Sonó la última campanada de aviso, me di la vuelta y tomé el brazo de Manuela que seguía cabizbaja por lo que presencié. Los distinguidos hermanos ingresaron primero, me quedé viendo su porte — ¡qué refinado!

Después de la eucaristía, esperé a que terminara la conversación que se generó entre el Padre y ellos. Escuché al sacerdote aceptar gustoso una invitación por

motivos de unos familiares, mis padres me esperaban, les había dicho que quería confesarme de nuevo. Los hermanos se retiraron y Lord Antonio me miró de reojo, llegaron hasta donde mis padres me esperaban y se retiraron juntos, por fin nos habían dejados solos. Por mi parte no dejé de mirar al hombre que por alguna razón yo no le agrado, ¿por qué me gusta verlo? Me senté en una de las bancas, la confesión sería rápida. Bueno, no sería una confesión, solo quería notificarle al padre Gumersindo lo sucedido antes de entrar a misa, lo extraño que fue encontrarme ese tipo en su jardín. Para el párroco fue más sorprendente, él no había contratado a nadie para dicho oficio.

—¡Cómo le dije!, ese hombre estaba matando las plantas y al acercarme me dijo que ojalá no hablara con usted, porque lo echarían —las cejas del cura se encontraron y formaron una línea gruesa y gris.

—Es muy extraño hija, del jardín solo nos encargamos Louis y yo —se quedó pensativo—. Debes estar muy atenta, he escuchado rumores de personas que han salido heridas por causas muy extrañas y dicen que cosas horribles están tomando auge —no le entendí, se levantó y caminó al altar, no sabía que en ese lugar había un compartimiento secreto, sacó algo de ahí, un cofre y extrajo algo. Se sentó a mi lado para entregármelo, era una cruz un poco diferente. En realidad, no era la tradicional, era un cuadrado sin que las puntas se tocaran y en el punto donde se unen los cuatro óvalos “en el centro”, había una rosa en alto relieve. Era de plata muy bonita—. Trata de llevarla contigo siempre Mariana. Es un medallón muy sagrado, para mí es un crucifijo, pero es más que eso y creo que llegó el momento de que esté en el lugar al que pertenece, es hora que la legítima dueña lo tenga —tampoco le entendí. Vi el medallón y me pareció hermoso.

—¡Gracias, es precioso! —me eché la bendición y guardé el objeto en mi bolsa—. Nos vemos mañana Padre.

—Hasta mañana hija —mis padres me esperaban cerca al carruaje, y antes de bajar las escaleras y como no dejaba de pensar en lo que me dijo el párroco. ¿Qué cosas pasan en el pueblo?, no me percaté que alguien se dirigía a mí.

—Si no te hubieras disculpado obligada, te habría creído —di un salto ahogando un grito. Era la voz del aristócrata que estaba oculto al lado derecho de la capilla, al parecer haciendo alguna ofrenda.

—¡Me asustaste!

—No te he dado la confianza para que me tutees y ¿ni siquiera acabando de confesarte tienes la conciencia tranquila? — ¡¿a este hombre qué le pasa?!, lo miré con cara de pocos amigos, tal vez su apellido tenga más peso al mío, pero

no le he faltado en ningún momento.

—¿Qué problema tiene usted conmigo? —pregunté.

—Ninguno —dijo airoso—. Es solo curiosidad.

—¿De qué? —alcé mis cejas. No contestó. Nos limitamos a mirarnos, di por terminada la conversación y salí directo a encontrarme con mi familia, no me despedí de nadie ni miré a ningún lado, me encontraba demasiado enojada, ¿cómo logra alterarme? Manuela entró al carruaje después de que subí. Al parecer no fue un buen día para ninguna de las dos, ella decepcionada y yo enojada.

Mi madre ingresó y cuando mi padre se disponía a imitarla escuché que Lord Antonio lo llamaba. Me alerté, mi prima me miró y comprendí que se hacia la misma pregunta “y ahora ¿qué querrán?” Traté de agudizar el oído sin tener éxito, no escuché nada. Solo cuando el señor Granados dijo que los esperaba, no me percaté de que estaba encima de mi madre, al mirarla me quité lo más rápido que pude y desvié la mirada al otro lado de la ventanilla. Sentí unos ojos sobre mí. Al llegar a la hacienda, Manuela y yo sin decirnos una sola palabra nos encaminamos a nuestra recámara. Necesitaba hablar lo que había sucedido, al cerrar la puerta mi prima comenzó a llorar en su cama, me senté en la mía sin dejar de mirarla.

—¿Manuela?

—Déjame llorar Mariana. No tengo idea porque me dolió tanto verlo en compañía de otra mujer y no me regañes.

—Yo no he dicho nada —me encogí de hombros.

—Pero lo ibas a hacer —me miró un segundo y volvió a ocultar su rostro en la almohada. Dejé que se desahogara.

Eso hizo que me diera más rabia, hace un par de días nuestras vidas eran normales, felices y ahora mi prima llora y a mí se me retuerce las entrañas por la rabia. ¿Quiénes eran ellos para cambiarnos la vida de un momento a otro?, que importa lo que piensen de nosotras. ¿Por qué no me puede ser indiferente? Esperé a que se calmara.

—¿Ya podemos hablar?

—Me ha dolido tanto, me dio celos.

—Celos ¿de qué?, perdóname, no eres nada de ese joven que parece ser encantador con todas las damas.

—Es que.... Mariana yo sentí que era la mujer que él había estado esperando, por como hablaba y me miraba... fue... —suspiró—. No lo entenderías. Sentí magia, pero solo la sentí yo.

—Manuela —no tenía nada que decirle. Era cierto, no sé a lo que se refiere.

—Dejémoslo así. Más bien, cuéntame, ¿te pasó algo?, saliste echando chispas de la iglesia.

—Me topé con el distinguido lord Antonio D'Montecarlos —medité un momento—. No logro entenderlo, me cuesta tener un concepto de él. Sabes muy bien mi capacidad perceptiva, pero con él... pierdo todo sentido. A veces me mira con rabia, otras veces con recelo, otras con odio y repulsión y en algunas ocasiones me mira como... diferente —no iba a comentarle que en algunas ocasiones en sus miradas le veía un brillo ardiente.

—Son raros, ¿cierto?

—Muy raros —miré a mi prima y soltamos la risa.

Escuchamos el galopar de unos caballos, me asomé al balcón y ahí estaban ellos de nuevo. Él montado en un caballo blanco, ¡qué hermoso animal!, su hermano montaba uno de color gris, me dio curiosidad. ¿A qué vendrán?, Manuela se ubicó detrás de mí, mordiéndose las uñas, no podía evitar la ansiedad, y yo estaba igual.

—¿Para qué quieren hablar con mi tío? —a veces creo que mi prima me lee el pensamiento.

—Si te soy sincera, temo a lo que puedan hablar con él.

No hablamos más. Ella se sentó en su cama y yo caminé de un lado al otro. En parte quería saber el momento justo en que se retiraban, se tardaron mucho. Mi madre nos sorprendió al entrar a la recámara con una gran sonrisa en su rostro.

—¡Niñas!, a que no adivinan —parecía flotar, sonreí al verla. Era igual cuando recibía flores de mi padre, a pesar de la edad ellos parecían tener un noviazgo eterno—. Los jóvenes D'Montecarlos le solicitaron permiso a Marcos para visitarlas.

—A Manuela —corregí y me alegré por mi prima.

—A las dos —enfaticó mi mamá.

Me quedé asombrada, solo fui consciente de los saltos que hacía Manuela. Yo no podía... ¿qué tramaba ese joven?, es obvio que no le agrado. ¿Por qué solicita permiso para cortejarme? Me sentí mareada, algo no encajaba y hasta no estar segura de sus intenciones no bajaría la guardia, me comportaré según como se comporte él.

—Madre, creo que ellos ya cortejan a otras mujeres.

—No hija, les pregunté por esas señoritas, se rieron y nos juraron que son sus primas —recordé la conversación con el padre Gumersindo. Que habían llegado unos familiares—. Y desde que las conocieron a ustedes, quedaron interesados,

pero callaron hasta ver interés por parte de ustedes y hoy en la iglesia, constataron que no les son indiferentes.

—Madre... se deben referir a Manuela. Yo no reflejé nada.

—Al contrario, el joven lord Antonio es muy detallista. Nos comentó que tú estabas tranquila y al verlo de la mano con la prima cambiaste de expresión — ¿Qué?, pensé para mis adentros. ¡Yo no cambié y él no puede leer pensamientos!, ese señor se trae algo entre manos, tal vez ridiculizarme o algo similar. Se habrá enterado que a ningún chico le he permitido cortejarme, seguro apostó. Veo más lógico eso a que yo le guste *¿le gusto?*

—Niñas, los señores D'Montecarlos, las esperan en la sala.

—Estoy castigada —repliqué.

—El señor Granados te quitó el castigo.

—Lo siento, pero estoy castigada y si le intereso de verdad, “Lord Antonio”, no tendrá problemas en esperar una semana —dicho esto me acosté en la cama, haciendo una pataleta. Manuela me miró perpleja y sin contar con la expresión que tenía mi madre. No dijeron nada, salieron y una vez estuve sola, me escondí en la pared mirando por el balcón, para verlo partir. Escuché ruido y movimiento de caballos, al salir al balcón, pude verlo y reírme un poco. Apostaría que nunca habría recibido un desprecio como este, lo vi montarse ágilmente en su caballo, nunca negaré lo varonil que es, sus facciones son simétricas, parecía que lo hubiesen esculpido, es hermoso. Alzó la vista y por un segundo su mirada no fue recriminatoria, al contrario, fue una estrella fugaz y duró lo que dura una... solo un instante. Para convertirse en la más sarcástica, fría y calculadora de todas las miradas, su rostro cambió, parecía hacer un esfuerzo superior para contenerse. También salió lord Eduardo con Manuela del brazo, la ayudó a subirse en su caballo, luego se montó en el suyo. ¿A dónde van?, mi prima me saludó tímidamente, tenía un brillo especial en sus ojos. Antonio fue el último en darme la espalda, miró a la planta baja, supuse que mis padres lo miraban, por eso decidió convertirse en un caballero. Inclino su cabeza en son de despedida con una... —para que decir mentiras—. Era la sonrisa más bella de este mundo, yo solo pude mirarlo embelesada sin apartar mis ojos hasta verlo desaparecer en el camino. Los vi doblar a la izquierda, supuse que irían a la reunión que tenían los D'Montecarlos esta tarde en su casa.

Pasé la tarde pensando en él. No comprendí nada de lo que pasaba y me encontré ansiosa por la llegada de Manuela, quiero interrogarla. ¿Por qué me importaba tanto?, hasta ahora solo me ha tratado mal, no pude concluir nada. Mi cabeza era un enredo de pensamientos y sensaciones, ¿por qué me sentí así

cuándo lo vi del brazo con otra mujer? ¿Me molestó? —suspiré, tengo muchas preguntas—. Le estoy dando más importancia de la que tiene. Tomé mi bordado y comencé a trabajar, así la espera no se me hace eterna.

CAPÍTULO 4

Desconcierto

No pude seguir con el bordado, tomé la llave de mi bolsa y abrí el baúl, donde guardé el medallón que el Padre me había dado, era muy bonito, no muy grande, se le podía poner una cinta y llevarlo colgado. Lo miré detenidamente y en el centro, tenía grabada una extraña flor, me gustó lo bien tallada que estaba en alto relieve. En general el obsequio me agradó, no entendí lo que dijo sobre que ya era hora que lo tuviera su dueña. Lo dejé en el tocador, tomé mi baúl secreto, en el guardo lo que creo invaluable, pensé en guardar el medallón en ese lugar, pero me arrepentí. Era mejor tenerlo siempre conmigo, saqué lo único que tenía. Mi diario, me senté en el escritorio con vista al balcón, suspiré y redacté lo sucedido, necesitaba dejar plasmado los extraños sucesos del día, debía escribirlos, la ansiedad me estaba consumiendo.

Mi prima ha tardado más de lo debido también fue inusual que mi madre la dejara ir sin Úrsula, aunque es de nuestro conocimiento que el Padre estará en el mismo lugar y yo aquí con los nervios alterados, quiero que Manuela llegue pronto, ¿qué es lo que quieres saber Mariana? Es el colmo que desde que llegó él a tu vida, estés girando a su alrededor —me recliné, suspiré—. Me senté a escribir.

Mayo 15 de 1781

Querido diario.

El día de hoy me sucedió algo muy extraño, por una parte, recibí una advertencia del antiguo cochero, de ese hombre que no me inspira nada de confianza. ¡Ya lo decía yo!, no era de fiar. Me habló en el mismo tono en que lo hacen en mis sueños. Dijo: “se acerca el momento, nada será como antes”, me dio tanto miedo... lo extraño es que él no trabaja para el Padre. Al parecer solo me esperaba para advertirme, te confieso que siento demasiado miedo. Anhele algún día dejar de sentirme así.

Por otra parte, el joven Antonio me desconcierta. Sé que no le agrado, aun así, sus actos son contradictorios. No es consecuente con lo que dicen sus ojos, no he podido hacerme a una idea de su carácter, cambia muy seguido. En

cuestión de segundos me mira de una forma que podría derretirme y en otras ocasiones es tan frío y calculador que indigna.

No sé qué pensar de él, no le temo y eso es lo extraño, siento seguridad al tenerlo cerca. Siempre con su porte distinguido... solo a ti te lo confieso, es tan atractivo, su arrogancia lo hace más interesante. Pero no me gusta un hombre así. ¿O tal vez sí? ¿Quieres saber cómo es? Te lo diré:

Es alto, su contextura es muy masculina, tiene un porte y una elegancia arrogantemente hermosa, seguro de cada movimiento, sus facciones son simétricas casi perfectas. Es... parece un ángel. Lástima que es tan extraño y altanero, me hace sentir como si fuera una mentirosa o falsa. Siento que él me percibe así, tampoco sé que le habré hecho, aparte de lo de anoche. Que, por cierto, ¡ya estamos a mano! Por eso te digo que me desconcertó su solicitud de permiso para cortejarme. No lo entiendo, vino a que lo acompañara a la reunión en su casa, y lo rechacé. Me justifiqué con mi castigo y me está pesando, dentro de mí hay un extraño sentimiento... ese de querer verlo otra vez.

Cerré el diario, lo dejé en el escritorio, tomé un libro y comencé a leerlo, traté de concentrarme, sin tener éxito. Abrí mi diario, leí dos veces lo que acababa de escribir, me sorprendí al darme cuenta la manera en cómo visualizaba a lord D`Montecarlos. Si cae en manos de otra persona creerá que estoy enamorada de ese individuo. Quise arrancar la hoja, pero me arrepentí, nadie lo leerá. No tengo porqué arrancarla, lo guardé en el baúl y lo puse en su puesto.

Me acosté en la cama a esperar a que mi prima llegara y me contara los pormenores. ¿Cuál es la demora de Manuela? Úrsula ingresó a la recámara, dejó la merienda en la mesa, comí gustosa, tenía mucha hambre, regresó a los veinte minutos y se llevó el plato. Era costumbre para mí comer en la recámara por tanto castigo, aunque en las anteriores mi prima me acompañaba, era la primera vez que tomaba el castigo sola y es peor, lo único que puedes hacer es, pensar y pensar, no tienes con quien hablar, tu acompañante es tu mente y esta es la peor consejera, es más que un castigo.

Pensaba y pensaba en lo mismo, lo sucedido en el día de hoy, ¿por qué me odian tanto algunas personas?, con el antiguo cochero, puede haber algo de resentimiento y eso lo entiendo, pero no al punto de ser amenazada y por el otro lado, el lord Antonio D`Montecarlos, a él no le hecho nada, salvo pagarle de la misma forma que me ha tratado. Su mirada es la que más me inquieta, es como si sufriera por mi culpa, yo no le he hecho nada.

Pasó el tiempo y mis pensamientos volaban de un lado al otro, me encontraba

sumergida en ellos que no me di cuenta el momento en el que Manuela había llegado, escuché el galopar de un caballo y un carruaje, me precipité a llegar al balcón. Ese era el carruaje del Padre y lord Eduardo iba a un lado.

Suspiré con alivio, pues no quería verlo, ¿o sí? Por lo menos tenía una semana para hacerme a la idea que rondaría mi casa. No dejaré que presuma a mi costa, mi prima entró en la habitación irradiando felicidad por todo su ser.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunté mientras ella hacia acoplo de sus emociones.

—¡Es el hombre más perfecto de la tierra, Mariana!, no sabes lo galante que es, el Padre te manda saludos —me tomó del brazo y nos sentarnos en la cama. Luego cerró las ventanas, la tarde se ocultaba poco a poco, dentro de poco tendríamos que prender las velas, pero las encendió con anticipación. Comprendí que hablaríamos por un buen rato y no quería ser interrumpida por la funesta oscuridad de la noche.

—No sabes lo encantador que son los miembros de la familia, efectivamente son personas muy importantes.

—Menos uno —aclaré.

—No. El mayor de los D`Montecarlos es el más encantador de todos —uní mis cejas—. Es un verdadero caballero, tal vez fue descortés, presumo que no lo será más y tratará de mostrarte su verdadera personalidad.

—No lo creo. No es a ti a quien mira como si fuera lo peor del mundo —dije en son de queja—. Más bien cuéntame de ti, dime todo desde que saliste de esta habitación.

—Bueno, no vas a creerlo. Cuando bajé los dos jóvenes esperaban en el living, a Eduardo le brillaron los ojos al saber que aceptaría sus visitas, en cambio la mirada de su hermano fue abrumadora. Mariana, él te esperaba, mi tía le comentó que tú estabas castigada por el comportamiento del día de ayer, a lo que él sonrió al escuchar el motivo por el cual no podías bajar, mi tía le transmitió tu comentario.

—¿Cuál? —no recordaba haberle dicho nada.

—Que si de verdad le interesaba esperaría gustoso la semana de castigo —me puse fría, mi madre no pudo decir eso, yo se lo dije a ella, no para que lo transmitiera fuera de las paredes de nuestro cuarto—. Y él le contestó que eso era un castigo compartido, por esa razón también se ausentaría los siguientes días. ¿No te parece romántico?

—¡Eso no pudo decirlo él! —dije sorprendida—. Eso es cursi.

—Pues lo dijo, luego en su casa, te confieso que es hermosa. Sus padres son

muy finos y lo que tienen se ve que son adquisiciones invaluableles y bastantes antiguas para mi gusto. El alma de la reunión sin duda fue lord Antonio, es tan alegre, jocosos, respetuoso. El padre Gumersindo se encontraba emocionado de una forma extraña por la llegada de ellos, me dio la impresión que ya los conocía, tal vez era el sacerdote de la parroquia a donde asistían en Inglaterra. Sus primas también son encantadoras, lástima que no las conocerás, parten dentro de tres días y tú seguirás castigada.

—¿Primas? —quería cerciorarme.

—Sí. Las acompañantes de esta mañana son sus primas paternas, lo que dijo mi tía es cierto, viajaron con su madre para ver donde era que vivirían sus primos favoritos, se nota que se quieren mucho —sentí un alivio en mi interior, lo reprimí, lo mandé al fondo de mi ser—. También me enteré que no viven con sus padres, sino en otra hacienda, una que queda a media hora del pueblo en sentido contrario a la nuestra, la alquilaron con intención de compra. Sabes, te esperaban Mariana, no solo a mí, también a ti. Escuché decir a una de las primas que era la primera vez que los hermanos demostraban interés ante una mujer. Eso dice mucho, ¿no lo crees? —Manuela me miró, me desconcertó lo que me contaba de él, al ver indiferencia por mi parte siguió con su relato—. La cena fue exquisita, Eduardo no se separó de mí ni un segundo, me pidió disculpas por haberme hecho llorar, ¿cómo se dio cuenta? —se encogió de hombros—. A lo mejor al bajar seguía con los ojos rojos. Me dijo que recompensaría con besos todas las lágrimas que derramé por él, casi me muero al escucharlo decir eso, es tan romántico.

—Si tú lo dices —yo analizaba cada palabra que me dijo con respecto a él. Al parecer no es como lo imaginaba.

—¿Sabes lo más importante?

—¿Qué?

—Se quedarán indefinidamente, están muy interesados en permanecer en estas tierras —mi prima suspiró—. Se quedarán por nosotras —susurró al final.

—Manuela, yo no logro imaginarme al lord Antonio como lo describes. Me cuesta.

—Ya lo comprobarás dentro de una semana —dijo convencida.

Volví a desvelarme. No asimilaba lo que me dijo mi prima, de ser así... ¿qué se sentiría dejarme cortejar por un hombre tan atractivo?, sentí una sensación extraña en el estómago, no te ilusiones Mariana —me respondí—. Espera a ver el cambio con tus propios ojos y si es como dice Manuela, ¡dale rienda suelta a lo que sientes! Ya era muy entrada la noche cuando logré quedarme dormida.

Los días de la semana fueron eternos, pasaba con mi prima en la mañana y en las tardes ella se ausentaba porque el joven Eduardo la visitaba, ellos caminaban alrededor de la hacienda bajo la supervisión de mi madre, en las noches me contaba lo romántico y las atenciones que él tenía, era un verdadero caballero, me alegró mucho por ella. Yo deseaba que llegara el viernes, era el día en que se acababa mi castigo. Estaba impaciente, hoy me visitará y reconozco que anhelo verlo, se ha convertido en una necesidad verlo. Quería comprobar con mis propios ojos lo que Manuela hablaba de él.

Me sorprendí a mí misma y sé que Manuela también lo sospechó, ella prefirió no mencionar nada, me conoce muy bien. Me sentía muy feliz, cuando estoy así, las mañanas son más claras, la luz del sol es más cálida, las flores se dejan mecer por la fresca brisa esparciendo su aroma y los pájaros cantan alegremente sus melodías. Varias aves se posaron en las ventanas de la escuela y en cada lugar en donde me encontraba, noté que mi prima me observaba a mí y luego al animal.

Ella sospecha del misterioso vínculo que tengo con los animales. Nunca se lo he confesado, lo intuye, ni siquiera al Padre en confesión se lo he mencionado, pero los animales me escuchan y yo les entiendo. Cuando me encuentro feliz parece que los bellos seres del cielo se aglomeraban a cantarme, compartiendo mi felicidad, mi madre realizó un comentario al respecto mientras desayunamos.

—Hace poco más de tres años no escuchaba a los pájaros cantar de esa forma. Desde esta madrugada no he hecho más que escuchar esas hermosas melodías.

—Sí. La última vez que tuvimos algo parecido fue cuando llegó Manuela —le respondió mi padre.

Era cierto. Esa mañana yo también me sentí feliz y desde el día que llegó mi prima ha sido una gran bendición. ¿Será lo mismo con él?, decidí arreglarme, deseaba verme como una reina. No resistí mucho, tomé mi diario para plasmar mi felicidad, necesitaba sacar los nervios, ¿sentirá los mismos nervios al venir a visitarme?

Mayo 20 1781

Querido diario.

Hoy tengo la misma alegría que el día en que llegó mi prima a nuestras vidas. La mañana parece ser consecuente con mi estado de ánimo, las flores emanan su aroma por la hacienda, el viento tiene una deliciosa frescura y el canto de los pájaros es el mejor de los regalos. A lo mejor es un presentimiento, ojalá y

Antonio D'Montecarlos sea lo que estoy esperando. No sé qué siento por él, reconozco que no puedo controlar mis nervios. Hoy viene a visitarme, estaré al margen para no recibir una sorpresa.

Me arreglaré como nunca antes lo he hecho, quiero darle una buena imagen, no sé por qué quiero hacerlo, ya sabes, sigo siempre mis instintos.

Cerré el diario y terminé de arreglarme con esa tonta sonrisa en mi rostro, me había puesto un vestido de color blanco con lila, recogí mi cabello dejando que los gajos cayeran al lado derecho, me maquillé un poco, casi nunca lo hago, pero hoy es un día especial, me miré al espejo y recordé las palabras de mi prima la tarde en que llegaron a visitarnos —“tal vez encuentres tu príncipe azul”—. Era increíble, la percepción de Manuela casi siempre termina por ser cierto. Me estoy ilusionando más de la cuenta con lord Antonio. Se ha convertido en lo más importante de mis pensamientos, lo recuerdo a cada instante. Será por lo que me ha comentado Manuela, lo describe como el hombre que siempre he soñado para compartir mi vida, para caminar de la mano a su lado.

CAPÍTULO 5

¿Comprometida?

Me demoré más de lo debido arreglándome. El vestido que había escogido era uno de los que mejor me quedaba, aunque el azul de hace una semana es mi favorito, éste también servirá para la ocasión, suspiré ante el espejo, me veo bien. Me dirigí al balcón, no tardarán en llegar, quedé sorprendida, sus caballos se encontraban amarrados en el portal de mi casa. ¿Tan distraída me encontraba que no los escuché llegar?, mis manos comenzaron a sudar. ¿Por qué Manuela no me aviso?, ella debe saber de su llegada y tal vez este con ellos, ¿qué hago?, será que bajo como si nada y... no, mejor no. Eso sería evidente, saben que nuestra habitación queda al frente de la entrada. ¿Cuál es la demora?, en este instante de incertidumbre se adueñaban de mis nervios, mi madre llegó con mi prima.

—Quedaste muy linda hija.

—Gracias —bajé la mirada, soy un manojo de nervios.

—Los hermanos D'Montecarlos llegaron hace media hora —comentó mi madre—. Se encerraron desde entonces en el despacho con el señor Granados, desconozco el motivo y reconozco que el misterio me tiene con los nervios alterados —se encogió de hombros—. Parece ser importante.

—¿Me quedo hasta que me llamen?

—No lo sé —se volvió a encoger de hombros—. Quédense aquí las dos y yo las llamaré cuando salgan del despacho.

Afirmamos al tiempo. ¿Qué estará pasando?, hay mucho misterio alrededor de ellos. Pasaron más de diez minutos y yo sentí que fueron horas, mi madre apareció sonriente y nos notificó que bajáramos, en los ojos de ella noté algo diferente.

—No me miren así, no es nada. Es solo que tu padre está muy serio —bajó su mirada.

—Dile que no pienso ser descortés con lord Antonio.

—Se lo diré —me brindó una cálida sonrisa. Me acerqué a Manuela mientras caminábamos por el pasillo. Aun entraba el cálido sol por cada ventana, las manos seguían sudando por los nervios, en las escaleras lo vi esperándome. Para mi sorpresa en sus ojos había tal repulsión, que sentí un escalofrío por todo mi cuerpo, me incliné un poco y le susurré a mi prima.

—Perdóname, la mirada lord Antonio no es nada cortés —traté que la voz me

saliera normal, mi pecho se encogió ante ese sutil desprecio.

Ella quedó más desconcertada que yo, él irradiaba tanta ira y desprecio al mismo tiempo, que no supe entenderlo. Algo no está bien, las piernas me temblaron y sorprendentemente el sol se ocultó. Saqué valentía dentro de mí y bajé los escalones, este hombre planea amargarme la vida y no se lo permitiré. Lord Eduardo se acercó a Manuela y la saludó, su hermano hizo un esfuerzo grande para imitarlo, cuando tocó mi mano experimenté una sensación que jamás había sentido, una fuerte corriente recorrió todo mí ser.

—Debemos pasar a la mesa tengo que notificarles una decisión —la voz de mi padre fue lo más seca y tajante, miré a mi prima.

Nos sentamos en el comedor. La señora de Granados le pidió a Úrsula que nos trajera la merienda. Las manos me temblaban, el silencio fue sepulcral, vi como Manuela miraba a lord Eduardo, le exigía una explicación sin obtener respuesta, él solo bajó su cabeza. Úrsula llegó con tazas de té y una canastilla llena de galletas. No me atrevía a mirar lord D'Montecarlos, pero si sentí que él lo hacía, supe que algo malo sucedería, era la primera vez que mi instinto fallaba. Fue mi padre el que rompió el nefasto silencio y lo hizo como era su costumbre en estos días, de la peor manera y sin preparación alguna.

—Lord Antonio pidió tu mano Mariana y yo se la concedí —miré a mi progenitor con asombro, ¿qué pasó aquí?, así sin más, no puede ser cierto, abrí mi boca y sé que las mujeres en la sala también lo hicieron. ¿Acababa de entregarme?, no sé cuál era mi expresión. Por unos largos segundos sentí que el comedor me daba vueltas. ¿Qué pasó?, escuchaste mal, me consolé yo misma.

—No he terminado la escuela —susurré, no sé si me escucharon. Debe de haber un error, vi que todo se tornaba negro, el sol se había ocultado rotundamente, se aproximaba una tormenta y era yo quien la provocaba. Intenté hablar, pero las palabras no encontraron el camino. Decidí mirar al hombre que se había propuesto volverme la vida desagradable, haberme tropezado en su camino fue el peor error que me pudo pasar. Miró a su alrededor, notó la oscuridad repentina en medio de una tarde encantadora, luego miró a al señor Granados quien a su vez también se percató del cambio del clima. No comprendí esa mirada entre ellos, era como si acabaran de comprobar algo.

—Te casas antes de dos meses —su voz fue tan cruda, no dejaba refutar nada.

—Estoy estudiando —logré decirle. No aparté la mirada de Antonio si él quería jugar a arruinarnos la vida el uno al otro, así será.

—Eso ya no será problema mío. Dentro de dos meses quien decidirá por ti será tu esposo —¿qué?, ese hombre demostraba ser lo peor, un ser sin escrúpulos

y manipulador al que mi padre me entregaba como si nada. Como un intercambio de alimentos, ¿mi opinión no cuenta?, ¿a qué se debe su cambio para entregarme a un hombre como él? Nunca había hecho nada contra mi voluntad. No podía ser ese señor mi padre, él no me obligaría a hacer lo que no quiero.

Para mí, el matrimonio es sagrado, no es un simple compartir, debo enamorarme del hombre con el que pasaré el resto de mi vida, mis padres saben cómo pienso, ellos saben cuál es mi punto de vista. Jamás se los he ocultado, en varias ocasiones me dieron a entender que no me casarían a la fuerza, al llegar ese momento, sería yo la que decidiera con quien casarme, por eso nunca me obligaron a asistir a las dichas fiestas y ahora me entrega así, cual propiedad sin sentimientos.

—No quiero casarme padre —lo miré—. ¿Qué te pasa?, ¡jamás me obligarías a hacer algo que no quiero! —le refuté.

—¡Y por esa razón te convertiste en lo que eres! —dijo gritándome.

—¡Y según tú en quién me he convertido! —le grité levantándome de la silla, lo había irrespetado en tutearlo y en enfrentarlo. Pero él me irrespetaba a mí, ¿cómo me entregaba a los brazos de un hombre al que ni siquiera conozco?, mi madre y mi prima se levantaron también, ellas estaban desconcertadas. No conté con la reacción de mi padre, nunca me lo hubiera imaginado. Su bofetada fue tan impactante que me desorientó, la mejilla me ardía, como si me hubieran puesto un hierro hirviendo en la piel, no fue tanto el golpe sino la ira con que lo hizo, fue tal el impacto que caí al suelo, arrastrando conmigo la silla. Jamás me había pegado, yo era su niña mimada, la luz de sus ojos, él siempre me consintió, el dolor que sentí en mi pecho fue abrumador. ¿Por qué me pegaba?, ¿por qué se transformó en un hombre autoritario?, ¿qué estoy pagando?, todo esto es ¿por una descortesía al no saludar?

Eso es lo único indebido que he realizado y no justifica un maltrato. Mi corazón se encogió, un dolor incalculable e indescriptible recorrió mi pecho, fue intolerable, mi madre me ayudó a levantar, las lágrimas corrían por mi rostro, me las limpié, pero fue imposible detener el llanto. Ellas también lloraban, la mirada de lord D'Montecarlos era menos severa, él aguantaba la mano del señor Granados, quería volver a pegarme. Lord Eduardo abrazaba a mi prima, la habitación me daba vueltas y yo no lograba entender nada.

—Marcos... ¡por el amor de Dios! ¿Qué te pasa? —le exigí mi madre.

—No te metas mujer, ¡tú tienes algo de culpa por no prestarle atención a tu hija! Lo que nos hizo es una blasfemia para nosotros.

—¿De qué demonios hablas?! —le gritó.

—¡No te metas! —¿mi papá le gritó a mamá? —. Llévate a Manuela a su recámara, no he terminado con... —su mirada fue igual de repulsiva a las que me hacía lord D'Montecarlos, me aferré a los brazos protectores de mi progenitora, temía que me pegara otra vez si ella se va de mi lado. Pero lo hizo, sus manos le temblaban más que las mías, yo era un torrente de llanto, no entendía su actitud. Lord Antonio le dijo algo al oído, al parecer él se hacía cargo, me llevé la mano a la boca mientras los presentes salían y nos dejaban solos. Se acercó un poco y yo me alejé, caí de nuevo al tropezarme con la silla y comencé a arrastrarme por el piso. Escuché el aguacero que se desató, el agua caía a cantaros, los relámpagos iluminaban la tarde oscura, el cielo también lloraba conmigo.

—Eres una excelente actriz, deberías pertenecer al teatro de Paris —fue tan sarcástico.

Me digné a mirarlo, sin importar que se diera cuenta de mi estado. Tenía mi alma dolida, me sequé las lágrimas para verlo mejor y ahí, con su rostro erguido, mirando cómo me arrastraba, disfrutando de una victoria. *Ayúdame señor* —supliqué en mi interior.

—¿Por qué quieres casarte conmigo si me odias tanto?, ¿cómo hiciste para que mi padre me tratara así?, ¿quién te crees para venir a arruinarme la vida y mis planes?, eres el peor hombre que he conocido en mi vida. No sabes lo que te desprecio lord Antonio D'Montecarlos. ¡Te odio!, eres el ser más ruin, despiadado y malvado, al que le faltan agallas para conquistar a una mujer sin necesidad de obligarla. Si esperas que te amé te quedarás esperando, ¡te desprecio y te voy a odiar con toda mi alma! —grité, saqué toda mi rabia.

—No comparto ese mismo sentimiento y tampoco apruebo el comportamiento del señor Granados, no podrás salirte con la tuya Mariana Granados, no mientras yo viva. Eso te lo aseguro, eres un animalito salvaje, pero soy buen domador de bestias y con respecto a lo de amarme. Te aseguro que lo harás tanto que abarcará todo tu pecho.

—¡Me das asco, eres un loco demente!, no entiendo tu juego, te portas mal conmigo... ¡¿qué te he hecho?! —salí corriendo a mi habitación, dejándolo en el comedor sin importarme que pensara, actué como una niña. Me acosté en la cama, lloré, lloré y lloré, no hablé. Mi madre se había indignado con mi padre, no aprobó su comportamiento. Manuela me acariciaba el cabello, me dieron un té de hierbas para los nervios, me estaba durmiendo. Comencé a pestañar hasta que me quedé dormida.

La mañana siguiente fue diferente. El cielo sigue encapotado, oscuro, triste con ganas de llover en cualquier momento, el sol no se asomaría hoy. Recordé la conversación entre mi madre y mi prima, habían tenido una larga charla en mi honor cuando pensaron que dormía. Desde que recuerdo mis padres nunca habían discutido como lo hicieron anoche, después de que los hermanos D'Montecarlos se fueron. Las dos se quedaron hasta altas horas de la noche hablando al respecto, mientras que yo peleaba con el sueño, traté de entender un poco más lo que pasaba y el porqué de esa decisión tan absurda.

—Fue muy extraño tía, no entiendo nada —comentó mi prima.

—No reconocí a Marcos esta tarde. ¿Cómo se atrevió a dar la mano de mi niña sin su consentimiento? ¡Cómo! —se limpió las lágrimas, la imaginé con su redondo rostro y sus ojos azules enrojecidos por el llanto.

—Eduardo no quiso decir nada al respecto, dijo que era mejor, que nosotras no lo supiéramos. Dijo que era por el bien de la familia. Tía, ¿están en la ruina?

—¿Qué dices?

—Es la única explicación viable, a lo mejor por malos negocios solicitaron ayuda a los D'Montecarlos. Antonio aceptó a cambio de la mano de Mariana.

—No es descabellada tu apreciación, pero no estamos en la quiebra hija.

—Mariana lo odia —dijo.

—Si. Aunque gracias a él, Marcos no le dio otra bofetada, pensé por un momento que le pegaría correazos, no comprendo su enojo ni la razón de su furia. No está bien lo que hace con la niña y no podemos hacer nada, lo más absurdo es que no puedo odiar o repudiar al joven Antonio, me cae muy bien. Es el causante del llanto de mi hija, pero eso es lo que siento, una infinita confianza.

—Lo mismo me pasa a mí tía.

Me arreglé para la misa, no tomé desayuno, no quería ver a mi padre. Salí con Manuela sin hablar por el camino, tomé la santa eucaristía, mi mente se encontraba en otro lugar, quería que la tierra me tragara. Analicé cada palabra de ayer, ¿podría ser tan orgulloso?, de tomar esto igual a una apuesta a ganar, no entiendo el beneficio de eso ¿por qué quiere lucirme como su esposa si ni siquiera se ha dignado a cortejarme?

—Pensé que hablarías con el Padre —Manuela rompió el silencio de camino a casa.

—Para él soy una especie de trofeo, no le daré gusto, tengo poco más de un mes para que se aburra de mi a tal punto que desista de la boda ¿puedo contar contigo?

—¿Qué piensas hacer? —mi prima me miró y luego miró por la cortina del

carruaje.

—¡Lo qué se me ocurra! —dije casi gritando voy a quitarle esa sonrisa de superioridad—. Pero te juro que jamás lo amaré —mi prima me miró al pronunciar la última frase.

—Yo no diría eso... —la miré con cara de pocos amigos.

Al llegar a casa, lord Antonio hablaba con mi padre en el despacho, se me revolvió el estómago. Estos serán nuestros términos de ahora en adelante, le haré cuanta travesura se me ocurra. Entré a la casa con un poco más de alivio en mi interior, al analizar mis posibles planes me llenaba de satisfacción, por lo menos puedo pensar en eso. Me llamaron, tomé de la mano a Manuela y la arrastré conmigo, no quería estar a solas con ellos, no miré a nadie, mantuve la vista en el piso.

—Hay que arreglar los por menores de la boda —dijo mamá con algo de resignación.

—¿Es qué no están arreglados? —pregunté mirando al señor Granados y luego a él.

—¡No seas altanera Mariana! —me reprendió el señor de la casa.

—¡Altanera! —grité.

—La semana entrante organizaremos una pequeña reunión donde se oficializará tu compromiso. La boda se realizará dentro de un mes y medio lo que significa que para la segunda semana de julio te casarás.

—¿Algo más? —al ver que se quedaron callados di la vuelta y me dirigí a la recámara.

Mayo 22 1781

Querido diario.

No sabes cómo me siento. Es como si a un pájaro silvestre lo hubieran atrapado y es obligado a vivir de por vida en una jaula.

Así estoy. ¿De qué me acusan?, la mirada de los dos es eso, una acusación. Me van a casar, perdona por las gotas de lágrimas que están cayendo en tus hojas, pero no puedo contenerlas. Hice un gran esfuerzo para reprimirlas mientras hablaba con ellos hace un momento sobre los preparativos de la boda más falsa de la humanidad.

¿Qué hice? ¿En qué he faltado?, mi padre me hace pensar que he sido libertina y jamás he besado a nadie. Ni en sueños. Porque sabes que no lo hago,

por miedo a ver cosas que me persiguen. ¿Por qué Antonio me odia tanto?

Cerré mi diario con lágrimas en los ojos. Me acosté y volví a dormirme, no quería hacer nada ese sábado, pero ahora yo no decido que hacer en mi vida, ahora deciden por mí. Qué frustración la que regocijaba mi pecho, como era posible que decidieran de esa forma tan abrupta, aún seguía sin entender. ¿Cuál es el propósito de ese hombre en hacerme su esposa si a duras penas me tolera?, siempre está mirándome, culpándome de algo.

CAPÍTULO 6

Falso noviazgo

Manuela me despertó para comer algo, ella sabía que no había probado bocado desde la mañana, desayunaron sin mí, siempre se ha preocupado cual hermana mayor, me ofrece una amistad sincera, daría la vida por salvar la mía.

—Estás, horrible —dijo mientras ponía un plato de caldo en la mesa, no es que las sopas sean mi plato favorito, las tomaba de vez en cuando.

—Así me siento —le contesté en un susurro, temí volver a llorar.

—Mi tío está esperando a que comas algo para hablarte.

—Él ya no está hablando, solo impone —me quejé mientras me tomaba la primera cucharada.

—Yo no entiendo Mariana.

—Estoy en las mismas Manuela —respondí.

Así fue. Mientras que mi prima bajaba con los platos, mi padre entró a la recámara e impuso un sin fin de condiciones a las que debía cumplir de carácter obligatorio. En otro momento me hubiese revelado, pero con el temperamento de ahora preferí callar y aceptar lo que me imponía, temo que me vuelva a pegar.

—Mariana, recibirás visita lord D'Montecarlos los mismos días que tu prima. Asistirás de la mano con él en la misa dominical y a cada reunión a la que sean invitados después de que se oficialice su compromiso, así será mientras vivas con nosotros. Los sábados podrás reunirte toda la tarde y arréglate por qué no debe tardar en llegar.

—¿Algo más? —debí mirarlo horrible, no podía ocultar mi ira, no dijo nada, ni se despidió. A mí me dio dolor en el pecho de saber que pasaría dos horas diarias y media tarde del sábado con ese individuo a solas. Sé que mi madre pasará dando vueltas por la casa y la puerta de la biblioteca no se cerraría, aun así, era mucho tiempo. Había dejado mi diario en el tocador para que se secase la hoja que mojé por causa del llanto.

Me percaté del medallón, al que el Padre llamó crucifijo, se me olvidó guardarlo. Lo tomé en mis manos, acaricié la flor, bueno más bien la presioné. Esta vez sentí una gran vibración que emanaba de ella. Sentí tanto alivio, comprendí de alguna forma que Dios me acompañaba. Tomé una cintilla blanca la metí en el orificio que tenía para poder colgármelo. Dejé la cinta un poco más larga y poder llevarlo por debajo del vestido, quería portarlo.

Caminé toda la casa, pero no me hallaba. Sería suficiente con tener que atender la visita para tomar té, vendría a las tres de la tarde, me visitará mi supuesto prometido. Salí al balcón y varios animales llegaron, me conecté con ellos, comencé a sentirlos. Del árbol saltó una ardilla, varios pájaros se posaron en la baranda, todos ellos me animaban de alguna forma, sabía que tenía algún vínculo con la naturaleza, pero esta vez fue diferente. Me obedecían, podría sentirlo. También subió un conejo que se puso en mi pie, al sentirlo lo tomé en brazos, era como tener algodón en las manos. No eran con palabras nuestra comunicación, me enviaban energía, cálida y reconfortante. Al cabo de unos segundos el balcón y los alrededores de la hacienda se llenaron de animales, miraban al balcón. Tal vez parezco una loca, sé que ellos me apoyan. El sol comenzó a salir, reclamando su majestuosidad y me sentí feliz, comprendí que no toda mi vida se había perdido, no mientras los tuviera a ellos. Acaricié al conejo con mi rostro, las aves también se dejaron acariciar, sonreí ante la magnificencia de lo que experimentaba, ¿seré normal? Los animales creen en mí, me adoran y no sé por qué, se siente tan bien ser querida en este momento.

—Los quiero —susurré y mi día cambió.

No todo era malo, me extrañé verme sonreír e inconscientemente me arreglé para atender al invitado. Decidí ser tolerante con él hasta donde pudiera, no me doblegaría ante nada y si tenía la oportunidad le haría alguna travesura, ¡claro qué lo haría! El vestido que me puse era verde pálido, los colores de mis vestidos en su mayoría eran en tonos suaves, tenía dos diferentes; Uno verde aceituno y el otro era negro, los usaba así para que mi cabello lograra resaltar, me hice una cola alta, me miré al espejo.

—Ya estoy lista —dije. Escuché el galopar de los caballos. Han llegado y Manuela salió del baño arreglada.

—Quedaste muy bonita —le dije.

—Gracias, se notará si no me pongo al lado tuyo Mariana. Hoy te ves... diferente. Te ves magnífica, irradias otra aura —a veces creo que mi prima tiene el don de la clarividencia, acierta en muchas cosas. Debía ser cierto, desde que me puse el medallón me sentía diferente. Mi madre abrió la puerta.

—Niñas, sus respectivos novios las esperan.

—Gracias tía —Manuela salió corriendo, yo arrugué mi cara, debía fingir cortesía a ese individuo.

Mi padre nos dejó solos en la biblioteca, él me miraba sentado en una de las sillas, vestido impecable, su elegancia y glamur a floraba por su ser, y ese traje negro le quedaba increíble. Nunca lo he negado, él es físicamente perfecto,

aunque su cuerpo no compaginaba con su manera de ser. Se quedó un minuto observándome, ¿por qué me miraba así?, luego sus bellos ojos se transformaron en dos témpanos de hielo.

—Tu padre quiere que nos conozcamos un poco más.

—No me nace conocerte —le respondí.

—Por favor siéntate, no muerdo —qué cínico fue, pero su cinismo lo hace ver más atractivo.

—¿Y qué vamos hacer?, ¿jugar a tú haces una pregunta y yo respondo? —lo desafié con la mirada.

—No es mala idea, antes quiero aclararte, no soy de esos hombres detallistas, románticos y mucho menos atento a eso del cortejo —arrugué mi frente e intenté hablar, pero él siguió—. Eso no quiere decir que no me intereses —me quedé callada no pude pronunciar palabra—. Quiero que seamos amigos Mariana, tenemos poco más de un mes para entablar algún vínculo de amistad al menos.

—¿Cómo haces para cambiar tan rápido de estado de ánimo?, parece que el actor del teatro es otro —le devolví la frase que utilizó ayer y él sonrió ante mi comentario.

—Insisto, deberíamos tratar de conocernos un poco, no quiero que la gente note mala relación entre los dos. Pronto tú te enamorarás de mí —le di un latigazo con la mirada.

Nos quedamos mirándonos, me di cuenta que se incomodó con mi insistencia. Se levantó y caminó hasta la ventana que tenía vista al frente de la hacienda dándome la espalda. Comprendí el juego, él quería fingir un noviazgo armonioso, quería aparentar —en el fondo yo no deseaba que fuera así—. La conclusión de mi pensamiento evocó en mí un sentimiento que nunca antes había sentido, jamás había despreciado a alguien, supongo que era eso. Si él quiere falsedad, así será, haré hasta lo imposible para que él se aburra y al mismo tiempo me necesite. Me convertiré en su peor dolor de cabeza. Él se dio la vuelta y no contaba con mi cercanía dio un paso atrás empuñando sus manos y realizando un gesto de desagrado.

—Lord Antonio ¿lo sorprendí? —dije cuando estaba a menos de veinte centímetros de distancia—. Creo que quien se enamorará será otro —dicho esto, tomé un libro del estante, rodé una silla y me puse al frente de la ventana, abrí las puertas y dejé que la brisa fresca ingresara a la estancia, el aire me relaja, es como si de todos los elementos ese fuera el más fiel a mí. Me senté en la silla y comencé a leer el libro que tenía en mis manos.

—¿Se supone que así serán nuestras conversaciones? —pude notar que trataba

de contener la risa. Eso hizo que me diera más rabia.

—No me interesa hablar con usted —le lancé una mirada retadora, hizo un gesto con su boca, tomó otro libro, sentándose de nuevo en el mueble y comenzó a leerlo.

En eso se convirtieron nuestras visitas diarias, en un par de palabras que consistían en buenas tardes señorita, gracias caballero. Hasta mañana señorita y si mis padres no estaban cerca, que duerma mal caballero. Me aburría esa situación y no quería sentarme a leer otro libro. Por mi mente pasó un sin números de travesuras, la idea es que desistiera de la boda, Manuela desde que tenía novio y yo desde que fingía tenerlo, nos habíamos distanciado un poco. Mis padres le daban permiso para asistir a cuanta invitación recibía de lord Eduardo, y Úrsula era quien la acompañaba, él la invitaba a todas partes. Parecía estar muy enamorado de ella, cosa que me alegraba, pero me alejaba de mi mejor amiga, reduciendo a minutos el tiempo para hablar, solo en las noches cuando no me encontraba dormida. Se enamoró perdidamente del hermano de lord Antonio y me alegraba por ella, encontró a un buen hombre, le enviaba flores a la casa, la buscaba al salir de la escuela para cargarle sus libros, le dejaba notas de amor, salían a relacionarse en fiestas, celebraciones, comidas y reuniones de beneficencia. En todas las celebraciones asistía lord Antonio y en las que yo no era participe. La vida social de mi prima cambió tanto en una semana, mientras que yo me quedaba encerrada en la casa porque no se había oficializado nuestro supuesto noviazgo. Que, por cierto, el dichoso acontecimiento será el día de mañana. Mi madre había arreglado la reunión en un abrir y cerrar de ojos, hasta mi vestido era nuevo y lindo, tenía una diversidad de tonos púrpuras, según ella ya era hora que dejara de usar colores claros, pronto sería una señora de familia, no me agradó cuando dijo eso. Todo creía menos formar una familia con él. Mi padre no me hablaba y al hacerlo seguía en la misma tónica, le temía a ese hombre gruñón en el que se había convertido y sin saber el motivo, por eso evitaba toparme con él. Mientras, en mi casa corría un aire de furor por el acontecimiento de mañana, la recepción de las flores, las mesas de los invitados, la cristalería, en fin, había tal revuelo que no quise ni pensar en el dichoso día del matrimonio. No mostré ningún interés ante nada, mi madre y Manuela fueron las que pusieron el esmero de tener todo listo para el gran día.

—Mariana arréglate que hoy cenaremos con los hermanos, no demoran en llegar —dijo mi prima al entrar a la habitación y me encontró acostada en la cama, aun sin cambiarme.

—¡Esto es una farsa! —dije a media voz.

—Tal vez, y el lord Antonio no es tan malo, acéptalo de una vez.

—No me trata con el mismo afecto, como lo hace con el resto del mundo.

—Se ha portado muy bien en esta semana y parece que se están conociendo un poco más.

—Si para ti conocerse es leer un libro por dos horas al día —comenté—. Desde que me comprometí no hemos hablado como nos hubiese gustado a las dos.

—Tenemos que hablar de muchas cosas ¿cierto? —asentí haciendo un puchero—. Por ahora arréglate.

Me levanté desganada y me dirigí al lavado. Al terminar de retocarme un poco y comprobar que todo estuviera en su sitio, se me vino a la cabeza que podría arreglar el día con una pequeña broma. Cansada de la misma rutina y un poco de diversión no creo que esté de más, me castigarían y no lo vería por algunos días. Sonreí ante la idea de hacerle algo, a lord D'Montecarlos como era su costumbre desde que los conozco a las seis llegaron, son muy puntuales. Nos reunimos en la sala principal, me saludó con caballerosidad —“*qué hipócrita y falso eres*”, pensé—. El hermano me miró en ese preciso instante, como si me hubiera escuchado. La conversación giró en torno a la reunión de mañana, mientras que Úrsula ponía la mesa, nosotros esperábamos en el salón de recepción al otro extremo del comedor. Pedí excusa.

—Discúlpenme un momento —mi padre me miró con ojos acusatorios, no le presté la menor atención. Me dirigí sigilosamente para mirar la mesa y me di cuenta de que faltaba un plato, entré a la cocina, si lord Antonio se sienta en el lugar de siempre desde que me frecuenta, era el último plato que faltaba en poner. Tomé el frasco donde guardan la sal y a su sopa le puse dos cucharadas rellenas y revolví, salí por la parte de atrás, Úrsula no demoraría en entrar, di la vuelta a la casa, entré por la ventana que siempre pasa abierta en el pasillo del primer piso, me deslicé y subí las escaleras para luego bajarlas para aparentar que bajaba de mi recámara, mientras bajaba los invitados pasaban a la mesa y “mi prometido” me esperaba al pie de ellas, le gustaba fingir caballerosidad ante mis padres. Me brindó su mano, y un gesto mío bastó para que la bajara.

—No es necesario tanta educación —lo miré enarcando una ceja.

—Gracias por evitar que te toqué —me susurró al oído, noté que su tono de voz cambió y a mí no me gustó ¿por qué?, sentí una punzada de rabia dentro de mí y al mismo tiempo, ganas de salir a llorar, ¿qué ganaría al casarse conmigo si no quiere tocarme?, entré al comedor, con mis pensamientos puestos en su comentario de mal gusto. Se percataron de algo al verme el rostro un poco alterado, les ofrecí

una leve sonrisa. Lord Antonio se sentó frente a mí, él prefirió comer un pedazo de pan, antes de tomar su apetitosa sopa, en un par de cenas anteriores comentó que Úrsula cocina delicioso. Sonreí ante ese comentario, ese par de días fui yo quien cocinó. Habíamos iniciado, no quise mirarlo, pero no aguanté, lo miré y esperé a que se tomara la primera cucharada. Le doy un crédito, se pudo tragar la sopa salada, se puso rojo y en sus ojos vi su rabia, le sonreí con tal ternura —¿*Te gusta la sopa querido?* —me hubiese gustado que él escuchara algunos pensamientos, fue su hermano quien me miró y luego miró a lord Antonio que estaba rojo.

—¿Pasa algo lord? —preguntó mi madre.

—Nada, señora Matilde —contestó después de que se tomó casi toda la copa de vino.

—¿No le gustó la sopa? —mi comentario sonó tan mezquino y por mi ser recorrió la calidez de una tonta victoria, solo por hacerle pasar un mal rato para mí era una gran victoria.

—Parece que está un poco salada —no apartó la vista de mí y yo sonreí, era evidente que sabía que yo era la causante de su mal momento.

—Lástima, la mía en cambio esta deliciosa —me llevé otra cucharada a la boca, aunque no me gusta mucho las saboree, la sopa ha sido mi dolor de cabeza desde niña.

—¿Mariana? —la voz de reproche del señor Granados me produjo un poco de nervios, pero quería que me castigaran y así no tener que verle la cara. Eduardo estaba fijo en mi rostro, jamás me había mirado de esa forma y su hermano cerró sus ojos para luego sonreír con ironía, mientras que mis padres cambiaban de color—. ¿Qué le has hecho a tu prometido? —me habló entre dientes. Eso era lo que necesitaba que se enojara y me golpeará si fuera preciso. Ojalá dejándome algún golpe notorio y poder cancelar la dichosa celebración de mañana.

—Nada señor Marcos —intervino lord Antonio—. Mi querida prometida me está demostrando que le importo, ¿cierto querida? —tomó de nuevo la cuchara y una tras otra se tomó el caldo. ¿Cómo lo consiguió? ¡Le dará daño de estómago! Un ser humano no aguanta ese grado de sal. Se me subieron los colores al rostro, la sangre me hervía y él parecía estar feliz. La reunión terminó por fortuna mía, me dirigí a mi recámara decepcionada, quería tener un castigo, y no conseguí nada. Al contrario, conseguí una gran y cínica sonrisa de victoria en su cara. Me acosté una vez se fueron, mañana sería oficial nuestro compromiso, provocándome un dolor en el pecho, quería dormir un poco para olvidarme de este mundo.

Mayo 29 1781

Querido diario.

Hoy es el terrible día... se hará público mi boda con el distinguido señor Antonio D'Montecarlos. No sabes la rabia que siento al tener que fingir afecto. He decidido hacerle cualquier cantidad de bromas, pero ha sido en vano, no sabes lo feo que se siente al ser obligada a hacer lo que no eres. Me siento falsa e hipócrita y sonreírle a la gente... nos vamos a convertir en la pareja del momento. Aún no logro entenderlo, y mi padre se encierra en el despacho, se ha alejado de la sociedad, A veces me pregunto ¿qué es lo que he hecho? Mañana te contaré lo que fue ser comprometida.

CAPÍTULO 7

El compromiso

Los invitados esperaban en el jardín, vinieron a ser testigos del acontecimiento por el cual hablarán los próximos días, mi madre invitó a todas las familias importantes del pueblo, hasta personalidades de la ciudad y eso que es una reunión sencilla. Desde el balcón de la habitación de mis padres observé el jardín. Se ve muy bello, ellos están felices, lástima que yo no puedo sentir lo mismo. Me dirigí al tocador donde esperaban para terminar de arreglarme y acomodaron un mechón rebelde de cabello. Manuela seguía las instrucciones de mamá para arreglarme el peinado con pequeñas flores de jazmín, el vestido era la última tendencia y elegante. ¿Hasta cuándo podré aguantar dicha mentira?, y si salgo corriendo y me voy de la casa, ¿a dónde voy?, no he salido de estas tierras, tampoco tengo dinero. Me picaron los ojos, sentía tristeza por lo que me pasaba, no aguantaré mucho, las lágrimas están a punto de salir.

—Vas a dañar el maquillaje —dijo mi prima.

—No sé para qué me llenaron el rostro con esos polvos, nunca los he usado y me siento ridícula.

—Mariana. Jamás te verás ridícula, eres la niña más linda de la región —amor de madre—. Bueno, ustedes dos son las niñas más lindas del pueblo —suspiró mientras seguía con su labor—. Me agrada lord Antonio y también he visto que últimamente te arreglas más de la cuenta al recibirlo, eso quiere decir que te importa. Presiento que te hará feliz hija —miré a Manuela, ella sabía el motivo de tanto arreglo, pero ni yo tengo claro lo que en el fondo sentía por él.

—Te ves muy bonita —sonreí.

—Preciosa —declaró mi madre.

Respiré profundo antes de salir del pasillo y bajar las escaleras. Sabía que el tiempo que durara la celebración debía estar sonriente y del brazo del verdugo que se apoderó de mi alma, de pensarlo me daban náuseas. Mi padre entró en mi recámara en horas de la mañana, a advertirme sobre mi comportamiento, dijo que estaría muy pendiente de mis acciones, por si cometía alguna desfachatez. Enfatizó que me pegaría por las travesuras que he cometido desde la escuela y por las que cometeré. Ese comentario me entristeció, pensé que una fecha como esta sería en pro de mi felicidad, y es todo lo contrario, siento que voy a la hoguera y no a mi reunión de compromiso. Antes, a él le agradaban la mayoría

de mis ocurrencias y en muchas se reía cuando las escuchaba, ahora le parecen aterradoras, no comprendo su cambio, ahora se dirige a mí con desprecio, no quería hacerlo enojar otra vez. El dolor lo sentiría por dentro. No le daré el gusto de verme derrotada.

Lord D'Montecarlos esperaba en el despacho y algo si debía agradecerle a mi madre y a mi prima por la dedicación que tuvieron al arreglarme. Con el rostro de asombro al verme por parte de él, fue lo más satisfactorio, por unos largos segundos su mirada quedó deslumbrada ante mi presencia. Al mirarme de esa forma, hacía que mi corazón latiera con tal fuerza que temía que escuchara el golpetear de la sangre a través de las venas. El encanto no duro mucho, él es experto en cambiar de emociones, como esta vez puedo jurar que le costaba mantenerla.

—Es hora, que comience la farsa —le dije, mirándolo.

—Hagamos nuestros mejores papeles —contestó.

Salimos del despacho y antes de atravesar la puerta principal, los invitados esperaban aglomerados en el jardín, al lado derecho de la casa. Me ofreció su brazo, aunque no deseaba acercármele, la situación lo ameritaba, al hacerlo sentí una descarga de energía, ¿habrá percibido lo mismo?, por un instante nuestras miradas se fundieron en una sola, me costó apartarme de sus hipnotizadores ojos. Algo pasó, no estoy loca, el medallón que tenía bajo mi vestido emanó la misma energía de la otra vez que lo tomé en mis manos.

Las personas presentes nos miraron al hacer nuestra aparición, algunos de ellos ya sabían lo de nuestro compromiso, que solo hasta hoy se oficializaba. La reunión nos trasladó a un estado de tolerancia y sobre todo de tratarnos bien el uno al otro, aunque si él me tratara indiferente yo ya no podía responderle de la misma manera, algo cambió en mí, desde que lo toqué. Sonreíamos por un lado y por el otro, abrazos de amigos, conocidos y de personas que era primera vez que las veía. Lo cierto es que lord Antonio no me soltó en ningún momento y más extraño aún, yo no quería que lo hiciera.

La sensación era incomprensible, siento que nuestras conciencias luchan por repudiarnos, mientras que nuestros cuerpos y almas querían mantenerse juntas o por lo menos eso fue lo que sentí, es como tener comunicación con lo intangible —disfruta el momento Mariana—. Me dije a mi misma al comprender que no me era del todo indiferente, jamás lo había sido, desde que lo conozco, él me ha importado más de lo que he querido reconocer.

Me sorprendí a mí misma lo mucho que sonreí y cambiaba de color cada vez que sentía su mirada en mi rostro. Él como siempre elegante, con un traje negro como

era su costumbre y hoy tenía una capa puesta que lo hacía ver más distinguido. Me gustó la cantidad de veces que él se fijó en mí, menos mal tenía guantes puestos, porque me habría delatado el sudor en las manos. Mi padre tomó la iniciativa y llamó la atención de los invitados, que compartían la tarde a nuestro lado —comentó con orgullo que su hija contraería matrimonio con lord Antonio D'Montecarlos. Los presentes aplaudieron y mi rostro se fue transformando del pálido al rojo encendido, mi prometido me ayudó a subir los escalones para llegar donde mi padre hablaba —era una improvisada tarima que construyeron para la ocasión—. Para hacerme entrega del anillo de compromiso.

—Puedes quitarte los guantes, por favor —su voz fue amable, angelical, le obedecí, sin importar que me temblaban las manos.

—Dame un segundo —le dije, mientras luchaba con torpeza por quitármelos.

Los dos sonreímos, él también estaba... ¿nervioso?, lo miré y me ofrecía la sonrisa más bella que le he visto o ¿yo lo vi así? Sacó de su bolsillo una pequeña caja negra, mi corazón palpitaba afanosamente, las piernas no las sentía y pensé que me fallarían, abrió la cajita y sacó una argolla, tomó mi mano fría igual a la nieve, introdujo el anillo en mi dedo.

En ese instante el mundo pereció a mí alrededor, dejé de escuchar los aplausos, la brisa, no vi el anillo, mi vista se perdió, en los ojos más hermosos que he visto en mi vida. Unos ojos que brillaban como una noche estrellada —tenía un extraño matiz plateado alrededor de ese bello color verde—. Sentí que algo volvió a su sitio, como si mi vida hubiera estado a la deriva, perdida en la tierra y al ver el cambio en sus ojos, ahora eran plateados quedé anclada en ellos, se convirtieron en mi camino a seguir. Fui consciente de la picazón de mis ojos, no me percaté que una lágrima rodaba por mi mejilla hasta que su dedo recorrió la trayectoria. Jamás había experimentado esa sensación por todo mi cuerpo, mi torrente sanguíneo sufrió un frenesí dentro de mi piel, mi corazón a punto de estallar, no dejamos de mirarnos, el hormigueo que experimentó mi cuerpo ante su contacto me hizo estremecer. Tampoco nos percatamos de nuestro acercamiento, él tenía su rostro contrariado como si le doliera algo.

Gracias al cielo mi madre se abalanzó sobre mí. Rompiendo la burbuja que nos rodeaba.

—¡Estoy feliz hija! —no volví a mirarlo. ¿Qué pasó?, ¿tenías que haberte puesto romántica?, Mariana él no te ama. Entonces ¿por qué me confundía de esa manera?, muchas personas se nos acercaron y poco a poco nos fueron separando. Me abrazaban y a él le estrechaban la mano, no tuve el valor para volverlo a mirar, sabía que él si lo hacía, no apartó su mirada de mí, tampoco

pude volver a mi color natural de piel, sentía mi rostro caliente. No dejaba de preguntarme ¿qué fue lo que pasó entre nosotros? No volvimos a estar cerca el resto de la tarde y tampoco me atreví a mirar el anillo que pesaba en mi mano izquierda, temía hacerlo. Cayó la noche y los invitados se habían retirado, solo quedaban los integrantes de nuestras familias. Hablaban del éxito de la reunión, mientras yo seguía sumergida en mis recuerdos de la tarde, Antonio seguía mirándome a cada segundo. Algo cambió, sé que fue así, no sé si en él, pero en mi si cambió todo. Solo que no lo diría, no sin antes estar segura de sus sentimientos hacia mí. Me despedía de mi futura familia, mi prometido fue el último en salir, hablaba con mis padres, lord Eduardo lo esperaba montado en su caballo y los padres de los hermanos subían a su carruaje, Manuela se dirigió a nuestra habitación. Nos habían dejado solos.

—Hasta mañana lord Antonio —debió de extrañarse por la calidez de mi voz.

—Ya puedes dejar el formalismo, seré tu esposo, puedes llamarme Antonio.

—A si lo haré Antonio.

—Mariana... No estaré por una semana, debo viajar a Paris, tengo algunos asuntos inaplazables —¿se iba?, sentí rabia.

—Que te vaya bien. Eso quiere decir que descansaré de tu presencia por unos ocho maravillosos días —porque fui tan déspota. ¿Acaso me enojé por su partida?, decidí mirarlo y ahí estaba la mirada que le temía tanto, algo dentro de mí se estremeció. ¿Será que durante toda la tarde me miró así?, y yo como una tonta pensando algo diferente.

—Solo quería informarle —el tutearnos solo duró segundos—. Que tenga una buena noche, señorita —noté un poco de amargura en su voz y apretaba su mandíbula, no esperó una respuesta de mi parte. Se apresuró a salir, caminando más rápido de lo habitual, salió apresurado en su caballo, mientras que yo me quedé inmóvil en el umbral de la casa viéndolo desaparecer de mi vista. Me dieron ganas de correr tras él.

—¿Mariana? —llamó mi madre, di la vuelta y entré en la casa, al sentarme en el borde de mi cama, noté la mirada de Manuela impaciente. En ella había miles de interrogantes, había buena iluminación al lado de nuestras camas. Sabía que era para poder ver mis expresiones.

—¿Qué quieres saber? —hable.

—¿Qué pasó mientras él te ponía el anillo? —que directa, realizó la pregunta de la cual no tenía respuesta.

—¿Por qué? —necesitaba tiempo, tomé mi camisola de dormir y mientras me desvestía en el lavado. Ella se limitó a meditar un poco.

—Mariana... Fue mágico, de alguna forma todos los presentes nos conectamos con lo que ustedes sentían, era una vibración tan cálida, uno frente a frente sin dejar de mirarse. Te lo juro prima, aunque no se lo demuestren, ambos están interesados más de lo que creen.

—No es así —intenté mentir, ella me conoce muy bien, desvié la mirada.

—Claro que sí. Él te buscaba con la mirada y perdóname no era cualquier mirada, desbordaba felicidad, se le quería salir el alma por los ojos. Eduardo también quedó sorprendido por su actuar.

—No fue esa la mirada que vi al despedirse de mi —comenté en voz baja.

—¿Y cómo lo despediste tú? —suspiré, había sido grosera lo reconocí.

—Le dije que pasaría unos maravillosos días sin su presencia —haciendo un gesto de arrepentimiento.

—¿Qué?, ¿cómo quieres que te mirara después de eso?

—Me pasé, ¿cierto? —me mordí el labio.

—¿Estás enamorada?

—¡No! Es solo que... —comencé a jugar con el anillo.

Bajé la vista y al repararlo me doy cuenta que es antiguo, con una piedra en forma triangular, el color era rojo o violeta al menos con la tenue luz eso parecía. Manuela se sentó a mi lado con la vela y la acercó a mi dedo, era de un rojo desvalido, sin llegar a ser rojo ni rosado, ni morado. Era único ese color, era hermoso y me quedó perfecto, a la medida.

—Se parece al tono de tu cabello —la miré—. Si parece tu color, mira —tomó mi cabello y lo puso al lado de la piedra—. Lo ves, y no es un color común.

—Es raro —dije.

—No... es único y no es coincidencia —dijo en un susurro.

No dijimos nada más. Ella se metió en su cama y yo di vueltas en la mía acariciando mi anillo hasta que me quedé dormida. Al día siguiente después de la misa, me senté en mi escritorio para hacer los deberes de la semana entrante, sin poder concentrarme. El viento susurraba una tenue tristeza, un vacío en el aire, como si le faltara algo, ¿oh yo era la vacía? Quería ver a Antonio. Eso era, no me sentía completa si él no se encuentra cerca, ¿qué me había pasado?, necesitaba tenerlo cerca, al menos saber que está en el pueblo y no de viaje en Paris —suspiré al recordar sus ojos, que tiene su mirada que me envuelve y me hace sentir llena, ya no tengo remedio, ya era imposible retroceder el tiempo. Tomé mi diario y escribí en él.

Mayo 30 de 1781

Querido diario.

Como describir lo que siento, ayer cuando Antonio me entregó el anillo de compromiso tuve la sensación de que él y yo éramos uno, en sus ojos vi al hombre más hermoso que existe en la faz de tierra. Es como si por mucho tiempo dos piezas estuvieron separadas, y al contacto, nuestros mundos giraron quedando sincronizados, como engranados, espero que me entiendas. Yo aún no lo comprendo. Mi cuerpo anhela estar cerca del suyo, no sé si él se identificó con lo que pasó en la reunión, tal vez sí, fue como si por fin la tierra tuviera un soporte en el Universo y que este giraba alrededor de ella, así me sentí, me anclé a él, encontré el camino que tenía perdido sin saber que lo estaba, sus ojos plateados eran mi sendero a seguir, pero fui muy grosera con él al despedirme y me ha pesado el haberle dicho esas palabras que no quería decir, me tomó por sorpresa su ausencia por una semana.

Hoy desperté con la sensación de ausencia en mi interior, temo a mi sentimiento, ya no tengo vuelta de hoja, esto se está tornando más fuerte que yo. Él hace que mi sangre corra vertiginosamente por mis venas, me hace sentir miles de mariposas en mi estómago cada vez que me roza. Ayer sentí todo eso, temo enamorarme de él y no ser correspondida. Sigue mirándome con recelo, frialdad y odio, no sabes lo que me está doliendo eso, deseo ser importante en su vida.

Por otro lado, el anillo que tengo en mi mano parece antiguo y es como si en algún momento, en una vida pasada me hubiese pertenecido. ¡Me encanta! Igual que Antonio. No será lo mismo esta semana sin verlo, para mí no brillará el sol.

Cerré mi diario y miré mi mano. Tomé mi cabello y bajo la luz del día comprobé que era cierto lo que me dijo Manuela, era del mismo color. Abrí de nuevo el diario y redacté esa casualidad.

P.D. Casualmente el color de la piedra del anillo es igual al de mi cabello.

Ya era jueves, los días se fueron lentos, aburridos y sobre todo solos. Nos encontrábamos realizando los deberes de la escuela cuando llegó el correo. Mi madre lo tomó y llamó a Manuela, quien salió corriendo y al cabo de los segundos regresaba con una carta en la mano, suspirando, supuse que era de lord Eduardo. De repente entró en mí una ansiedad y una punzada de tristeza al

mismo tiempo, no he dejado de pensarlo en ningún momento, al parecer él no ha sentido lo mismo. Lord Antonio no me escribió, por lo menos sí lo hizo su hermano, así podría saber qué día llegarían. Me senté en la cama para escuchar lo que mi prima se disponía a leer.

—Vamos léela —la animé.

—Por supuesto —me miró con picardía. Dicha carta era una pequeña nota de amor, la leyó en voz alta.

—Quería Manuela —comenzó a decir—. No sabes la falta que me has hecho en estos días que no he disfrutado de tu amada compañía. El estar lejos evoca en mí el anhelo más nefasto de soledad abrumadora. Solo cuento los días para volver a fundirme en tus hermosos ojos. Espero llegar el sábado.

—¿El sábado? —solo faltan dos días para que llegue.

Recordé la vez que tuvimos nuestra primera charla de novios, donde enfatizó que él carece de ese tipo de romanticismo. Sonreí, no debo ponerme triste él me lo advirtió.

—Esta es para ti Mariana —mi prima llamó mi atención, en su mano reposaba una pequeña nota sellada con mi nombre.

—¿De quién? —no puede ocultar la emoción que me dio ver que me escribió a mí también una carta.

—Del Sumo Pontífice —respondió, con una mueca de “haber”—. De lord Antonio, ¿de quién más? —y con una pícaro sonrisa me la entregó, me temblaron las manos, me escribió, ¿por qué lo haría?, miré el pequeño sobre marcado con una perfecta caligrafía. Solo decía mi nombre, no pude contener la risa, aún estaba un poco asombrada de que me hubiese escrito. ¿Qué me dirá? ¿Una carta como la de mi prima? —. Anda, ábrela y dime que te dice —me animó.

—Ya voy —no pude ocultar mi felicidad, deslicé mi dedo dentro del pequeño sobre para romper el sello, había una pequeña nota y en él y solo había tres simples palabras:

Llego el sábado.

Sentí pena conmigo misma. ¿Qué creíste Mariana?, ¡que él te escribiría una carta romántica!, intenté hablar, pero en el momento no me salieron las palabras.

—¿Solo dice eso?, ¿ni siguiera tu nombre? —preguntó sorprendida mi prima, yo no pronuncie una sola palabra, me dio tanta pena y al mismo tiempo mucha rabia. Como pude ilusionarme con él, que tonta soy, respiré profundo y dejé que

la rabia saliera de mí.

—¿Qué creías?, no se le puede pedir más a un cerdo —dije en un tono agrio, dejé la nota en la mesa de noche y salí en busca de mi caballo, necesitaba salir. Sin pensarlo dos veces corrí directo al pueblo, no sabía qué hacer, tenía ganas de llorar, sé que mi madre pondrá el grito en el cielo por salir sola. Al darme cuenta ya había llegado a la iglesia y decidí entrar. El monaguillo del padre Gumersindo, era un joven delgado, narizón y con gafas, de cuerpo atlético y muy servicial, siempre que me ve, hace una reverencia como si yo fuera alguien de la realeza.

—Hola —saludé al joven que entretenido arreglaba la parroquia, me miró y sonrió como si fuera lo más especial del mundo—¿Se encuentra el Padre?

—No. Está dándole la bendición a un enfermo —inclinó su cabeza ante mí, sonreí ante ese acto.

—¿Te molesta si me quedo un rato?

—No —se apresuró a decir—. Es su casa.

—Gracias Louis.

No dije nada más, me dirigí a la primera banca y solo fue sentirme sola para que el dolor saliera. ¿Por qué me siento tan triste?, es que no merezco un poco más de afecto, yo no lloraba por eso, lloraba porque acababa de confirmarme a mí misma, que el interés o la magia era de mi parte. Él no sentía nada por mí y eso me mataba.

Después de meditar por un largo tiempo, llegué a la conclusión de que ese sentimiento lo sabría mi diario, nadie más, para el resto del mundo lord Antonio D'Montecarlos solo me agradaba como amigo, a sabiendas que ya estaba irrevocablemente enamorada de él. Salí temprano de la iglesia para llegar de día a la casa y poder escribir lo que me quemando por dentro.

Junio 4 de 1781

Querido diario.

Hoy comprobé que estoy irrevocablemente enamorada de Antonio D'Montecarlos. Esto solo lo sabes tú.

Mi prima recibió una pequeña carta muy romántica, donde lord Eduardo le decía que era lo mejor del mundo. ¿Por qué a mí me toca siempre lo difícil? Sabes que fue lo único que escribió —llego el sábado—. Así sin más, si al menos me hubiese escrito un querida Mariana. Pero no, fue otra vez el más seco del

mundo, creo que lo hizo por cortesía más no porque le agrade. No sabes diario lo que me muero por verlo sin esperar nada a cambio, aunque me toque ser indiferente, siempre estaré feliz de verlo. Lo que estoy sintiendo por él se ha convirtiendo en lo más importante de mi vida, todo ha pasado a un segundo plano y solo puedo pensar en sus hermosos ojos.

CAPÍTULO 8

Su llegada

Mi corazón palpitaba mientras me arreglaba, me puse el vestido blanco y azul marino, recogí el cabello en una alta cola de caballo, dejando que cayera a un lado de mi hombro, me apreté un poco las mejillas para que queden sonrojadas de manera natural —suspiré para mis adentros, al recordar que no le intereso—. Manuela se vestía. No estoy tranquila, los nervios amenazan con salir y apoderarse de la situación, debo ser fuerte, y reconozco que por dentro no me puedo engañar, la felicidad que sentía porque lo vería, era cada vez más fuerte. En contados minutos entrará por la puerta y aunque nadie se lo imagine, me muero por verlo, quiero perderme sin que él lo sepa en esos bellos ojos, los mismos que se había convertido en mi sendero a seguir.

Mi prima salió hermosa, ella si demostraba sus sentimientos, desde que amaneció no deja de brincar, cantar y sonreír, me dieron ganas de hacer lo mismo, pero no podía, no quiero darle más larga a mis sentimientos, sin saber al menos que siente él, le arreglé el cabello, le amarré con una cintilla del mismo color de su vestido rosa.

—Quedaste linda.

—Si no me siento cerca de ti —me miró sonriendo. Qué lindo es tener un amor correspondido, me dije.

Escuchamos el galopar de unos caballos y mi corazón comenzó su propio frenesí, parecía un tambor, nos miramos, y salimos corriendo al vernos a los ojos. Me detuve al finalizar el pasillo, quedé en el inicio del descenso de las escaleras. Manuela bajó corriendo y se lanzó a los brazos y de no ser por la agilidad de lord Eduardo, tal vez se habría caído, pero él la recibió. Fue sobrecogedor verla sonreír, lord Antonio estaba mirando la escena, ellos salieron de la casa como era su costumbre a caminar los alrededores. Me dieron ganas de hacer lo mismo, aunque a mí me recibiría el piso si me tiraba de esa manera. Bajé lentamente, conteniendo mis emociones que querían liberarse y demostrar lo que sentía, me detuve frente a él y lo noté diferente, siempre ha sido seguro de sus movimientos, y ahora ¿dudaba?, no sabía si saludarme o caminar en dirección a la biblioteca. Nos quedamos cual par de tontos en el inicio de las escaleras, mirándonos.

—¿Qué tal el viaje? —decidí romper el silencio, que lo único que lograba era

ponerme más nerviosa.

—Agotador —sonrió al responderme.

—Debes descansar —mi voz era condescendiente.

—¿Qué tal la semana en la escuela? —¿está interesado en mí?, no pude evitar sonrojarme, reprimió una leve sonrisa, le hice señas y nos dirigimos a nuestro tradicional lugar de visitas.

—Igual... aunque mi anillo fue novedad —salió el comentario lo más casual, recordando las expresiones de mis compañeras el lunes, se aglomeraron a mí alrededor para ver con sus propios ojos el hermoso anillo de compromiso.

—Me alegra —dejó que entrara primero, me pareció muy caballeroso, nunca había tenido esa amabilidad conmigo.

Nos sentamos y no sabíamos que hacer, en otras circunstancias yo tomaba un libro y le hubiese dado la espalda para leerlo, pero en esta situación no quería ser descortés. Deseo verlo, si al menos pudiera tocarlo sin avergonzarme. No tengo nada de confianza y solo puedo deleitarme con admirarlo sentado en el sillón, parecía irreal, tan hermoso igual a un ángel. Nuestras miradas se cruzaron en más de una ocasión haciéndome sonrojar.

—Fue muy gentil al enviarme una carta —lo miré y él estaba con sus pobladas cejas unidas—. Supongo que fue muy difícil escribir esas líneas —sonrió, no comprendí la mágica expresión de su rostro.

—La verdad “esas” si —hasta ahí llegó mi estúpida ilusión—. Mariana debo irme —fue peor esa sensación, se me formó un nudo en la garganta al escucharlo decir que no pasaría las dos horas conmigo, tenía una semana de no verlo y ¿solo duro veinte minutos? —. Vine a decirte que el jueves tengo una reunión de beneficencia y debemos asistir —intenté hablar, pero él siguió—. No podré venir a diario, el martes trataré de hacerlo, no te prometo nada —su expresión no fue fría, era inescrutable no pude identificarla. Dicho esto, se levantó, sentí que la sangre me subía a la cara y no aguanté más.

—¿Te queda muy difícil pedir el favor? —contesté, tratando de ahogar las ganas de llorar. Enarcó una ceja.

—¡¿Y ahora que hice?! —se encogió de hombro. ¡Hombres!

—Nada. Pasar por encima de la gente sin su consentimiento y no darse por enterado —había alzado la voz más de la cuenta, salí de la biblioteca antes de que las lágrimas salieran, no sabía hasta donde podía contenerlas.

—¿Mariana? ¡Mariana! —no le contesté. Antes de llegar a las escaleras la mano de Antonio me tomó del brazo. No quería verlo, faltaba poco para llorar.

—¿Qué hice? —su pregunta pareció un susurro.

—¿A qué horas pasas por mí? —mi voz sonó lo más bajo posible, con mi vista fija en el suelo. No lo vi, podía jurar que él sonreía.

—Solo necesitaba esto —su mano tomó mi mentón y me obligó a verlo a la cara, su contacto envió un torrente de energía por todo mi cuerpo.

—¿Verme llorando?

—Sí y no —no se le borró esa hermosa sonrisa—. Quería estar seguro —abrí mi boca, pero él la silencio con su dedo. Sacó de su abrigo un sobre con mi nombre sellado—. Si te escribí una carta, solo que me arrepentí en el último momento y por eso te dije que fue muy difícil escribirte las tres palabras que te envié. Pero ahora...

—¿Ahora qué? —mi corazón latía tan fuerte, su mirada no era como las anteriores, en ellos había un extraño brillo y percibí su nerviosismo.

—Estoy seguro que seremos buenos amigos —¿solo amigos?, las lágrimas emergieron sin remedio alguno recorriendo mi rostro. Él sonreía, contento por algo que no supe, sus ojos eran dos ráfagas de fuego que abrazaron mi ser. Sus manos tímidamente las limpiaron, pero ellas seguían saliendo sin poder contenerlas, soy una verdadera tonta. ¿Cómo lloraba ante él?, sacó su pañuelo y me lo ofreció—. ¿Por qué lloras? —por la forma que me lo preguntó supe que le interesaba, aun así, necesitaba estar completamente segura.

—¿Te importa?

—Por supuesto Mariana —mi comentario lo hirió.

—Por muchas cosas y por favor no me preguntes —me sequé las lágrimas que no dejaban de salir.

—Paso por ti el jueves antes en la tarde.

—De acuerdo —nuestras miradas se encontraron ya no tenía por qué ocultarle nada. Se dio cuenta de todo, soy una completa estúpida por demostrarle mis sentimientos.

—¿Puedo pedirte un favor adicional?

—¿Cuál? —le respondí con mi rostro mirando el piso.

—Puedes ponerte el vestido azul y dejarte el cabello suelto, ¿por favor? —levanté mi rostro más por asombro que por cualquier otra cosa. Esperaba una respuesta, no dije nada, solo asentí. Su sonrisa pareció iluminar la estancia, sin contar que yo ya no podía más con emoción dentro de mí pecho—. Nos vemos... ¿mañana? —preguntó.

—¿No va a estar ocupado? —quise asegurarme.

—Es domingo, nunca he faltado a misa y recuerdo haberte pedido que me hablaras con más cercanía, seré tu esposo —bajó su mirada.

—Claro. Trataré de adaptarme al nuevo trato. Que pases buena tarde —le dije.
—Por supuesto que lo haré. Aunque tengo muchas preguntas, solo espero aclararlas pronto.
—¿Qué preguntas?
—Algunas —arrugué mi frente porque tenía que ser tan misterioso.
—Perfecto —le dije mirando de nuevo el piso.
—Toma —me dio la carta que tenía en su mano.
—Solo quiero... —se detuvo, a mí me temblaba la mano, me la entregó. ¡Me ha escrito una carta!, me miró por unos segundos, antes de retirarse. Lo vi montarse en su caballo y me regaló la sonrisa más sincera de este mundo, y por primera vez su sonrisa era acorde con su mirada. Salí corriendo a mi habitación, me senté en la cama y con tal desespero abrí el sobre y me dispuse a leer.

Junio 2 de 1781

Estimada Mariana.

Te extrañará que te escriba y créeme que para mí también ha sido un gran acontecimiento hacerlo, pero lo necesitaba. Sé que ante tus ojos soy un ser malvado, egocéntrico, tajante, frío y calculador, comprendo que me tengas en ese concepto y te aseguro que no me importaría de no ser, porque se ha despertado en mí un sentimiento diferente y nada planeado.

Te pienso a cada momento, cierro mis ojos y tu rostro está en mis sueños, me sorprende constantemente sonriendo ante tu recuerdo. No sé si te intereso, estoy deseando con el alma que así sea, deseo ser parte de tu vida. He cometido muchos errores contigo y quiero compensarte, pero temo que me odies tanto que no permitas que entre en tu vida. Anhele que me conozcas como realmente soy y lo que soy, espero algún día demostrártelo si me lo permites una vez regrese.

Te confieso, no soy bueno con las cartas, es la primera que le realizo a una dama.

Tuyo.

Antonio D'Montecarlos.

Me quedé por un momento en blanco. Tenía tanta emoción dentro de mí, que no pude reaccionar de otra manera. ¡Él también me ama!, comencé a gritar y

saltar, brinqué por mi cuarto, del balcón a la cama, salté cual niña de 5 años. Era imposible calmarme, dentro de mí no cabía la felicidad, él sentía lo mismo que yo. Guardé en mi baúl lo que considero lo más valioso y al parecer se comenzará a llenar, dejé la carta y el pañuelo, tomé mi diario y escribí lo esencial.

Junio 6 de 1781

Querido diario.

Te escribo para decirte que soy la mujer más feliz del mundo. Antonio me ama, no sabes la emoción que tengo dentro de mi pecho. Él también siente lo mismo, hoy tomó mi rostro, secó mis lágrimas, me sonrió como hasta el momento no lo había hecho. Presiento que mi cumpleaños será inolvidable, lo amo. Te amo Antonio D'Montecarlos. Eres el dueño de mi alma, cuerpo y sentimiento. Seré tuya siempre.

Cerré el diario y me tiré en la cama para volar en mi nube personal. Soñaba con aferrarme a sus brazos y le sonreíamos al mundo por lo que sentíamos. Estoy tan feliz, me sentía completa. Mi prima entró a la habitación y sonrió al verme con cara de enamorada.

—¿A qué se le debe esa cara de felicidad? —preguntó mientras se sentaba en su cama.

—A esto —me levanté para sacar la carta del baúl y se la entregué para que la leyera, la miré. Mi prima se llevó una mano a la boca y la otra al corazón. Ella es una completa romántica.

—Mariana, pero si... él también... ¿Cierto?

—Sí. El mismo sentimiento Manuela, también me ama y tú eres una completa bruja —le dije sonriendo—. Todo lo que dices se cumple.

Ella no contestó, solo sonrió.

CAPÍTULO 9

El ataque

Esperaba impaciente a mi familia para asistir a la misa dominical, hoy me pareció eterna la espera, mi afán era verlo. Tomaba el té, cuando Manuela ingresó a la cocina bailando el vals nupcial, ahora si expresaba mis sentimientos. Mi prima tomó a Úrsula por la cintura obligándola a bailar con ella.

—Señorita, me regañará la señora.

—Hoy es un día especial, no lo ves —intervine uniéndome ellas.

Nos sirvieron el desayuno en la mesa, no comí casi, solo pan y leche tibia, sin embargo, me demoré mucho comiendo, mi mente revivía a cada momento del día de ayer, recuerdo la forma en cómo me miraba, ese brillo especial en sus ojos. Anoche fueron largas las horas hablando de él y tratando de desenredar su comportamiento para conmigo, nos quedaron muchos vacíos. Y eso no me importaba, sabía que los sentimientos eran mutuos y ahora la idea de la boda era lo mejor que podía pasar, por la conversación con mi prima me enteré de ciertas decisiones de Antonio, por ejemplo. Se ausentaron para comprar la casa en la que se alojaban y la va a arreglar para convertirla en nuestra casa matrimonial, lord Eduardo vivirá con sus padres y eso regocijó de alegría a Manuela, pasarán más tiempo juntos.

El viaje para mí fue eterno, no veía la hora de llegar a la iglesia, él es muy puntual, ¿me esperará en la entrada?, una vez el carruaje dobló la esquina de la casa cural, mi corazón comenzó su carrera desbocada al amor. Él me esperaba a la entrada del jardín de la parroquia, bastó mirarlo para que mi corazón descansara, y comenzaron otras sensaciones a emerger. Vestía un traje azul turquí, ese color realzaba el tono de su piel, a él le queda perfecto, no permitió que Jasón me ayudara, él fue quien me ayudó a descender del carruaje. El contacto con su mano hacía que las cosquillas se afianzaran en mi estómago, sus ojos brillaban, como adoro esa mirada.

—Se ve usted... bueno, espero poder... te ves muy hermosa... —la pena se concentró en mi rostro, era una situación nueva, ganas de correr, gritar y al mismo tiempo no hacer nada, él sonreía y realizaba un sin número de expresiones en su rostro, intentó hablar, y no logró articular una palabra más. Tenía problemas para hacerlo, decidí hablar.

—Usted... disculpa, te ves muy bien —sentí mi rostro arder—. Gracias por la carta... —ahora fui yo la que no pudo seguir hablando.

—¿Los mismos sentimientos? —asentí, mi mirada se incrustó en el suelo. Escuché el suspiro de tranquilidad que emergió de su pecho. Mis padres habían entrado a la iglesia, iba a comenzar la santa misa, Manuela del brazo de lord Eduardo y nosotros aun en el mismo lugar, creando nuestro propio vínculo que se trataba más en sentir que de hablar.

—Mariana —fue una adoración cuando dijo mi nombre—. ¿Sería muy atrevido de mi parte cortejarte o ya no tengo oportunidad? —el corazón me iba a explotar, sentí mi rostro caliente, logré responderle.

—Si lo piensa un poco mejor, desde ayer comenzó a hacerlo.

Escuchamos la primera campanada y esta vez era yo la que entraba del brazo del hombre más atractivo que ha pisado el pueblo. Me quedé a su lado, experimentando por primera vez como nuestros cuerpos emanaban corrientes de un lado al otro, no me concentré en la eucaristía, para que mentir, no se dé que habló el padre Gumersindo. Fui consciente de las miradas de Antonio, acariciaba la palma de mi mano, en más de una ocasión nos tocó mordernos la lengua, con la intensión de sofocar la risa, faltaba muy poco para que acabara la santa misa. Cuando un grito aterrador nos tomó desprevenidos, nosotros dos nos habíamos sentado en la última banca, pues fuimos los últimos en entrar a la iglesia. En ese instante los hermanos D'Montecarlos se miraron y salieron precipitados de sus lugares en dirección a la puerta. Intenté seguir el ritmo de sus pasos largos, fue imposible.

En la puerta había un joven con la ropa ensangrentada, a punto de caer. Antonio logró sostenerlo antes de que se desplomara, es tan ágil, su hermano lo miró como si pudieran comunicarse sin hablar. Así como mi prima y yo.

—Comenzaron los ataques —creo que escuché decir eso a lord Eduardo.

—Debemos curarlo —Antonio llamó al Padre, quien se demoró para llegar por la aglomeración de personas interesadas en ver lo que sucedía, poco a poco fueron calmados por un grupo de hombres en los que se encontraba el papá de mi prometido. El joven me miró y alzó su mano para que yo se la tomara, miré a los hermanos atónita. Sus miradas no decían nada.

—Sálvame... —susurró mirándome, me arrodillé a su lado, sentí que debía hacer algo, pero no sabía qué.

—¡Antonio! —Llamó lord Eduardo—. Debes ir a buscar la medicina, tal vez funcione.

—¡Ayúdenme! —gritaba el joven.

—¡Padre! —gritó Antonio. El sacerdote asomó su delgado cuerpo con un frasco en la mano.

—No creo que le ayude. Este es para ataques... de otro tipo —se miraron entre ellos. ¿Por qué todo debe ser un misterio?, es que no podían decir que lo atacó un animal y ya.

—Debo ir —habló mi prometido, mi alma se estremeció. ¿Ir a dónde? —. Esto es de bestias. Esa medicina no le hará efecto, no me tardo, Eduardo sostenle —al momento de quitar la mano del cuerpo del joven, vi la desgarradora herida que tenía en el cuello y parte del pecho, como si le hubiesen arrancado un gran pedazo, tenía tres grandes zanjas desde la parte del cuello hasta donde iniciaba su corazón.

—¡Me arde! —gritaba.

—No te tardes sabes que tiene poco tiempo.

—¡Antonio! —me levanté y lo alcancé en el borde de las escaleras, no quería que se fuera, ese animal podría hacerle daño.

—No me pasará nada —se adelantó a decirme, al ver mí rostro.

—Cuídate —sonrió un poco. Vi que quería decirme algo, se contuvo. Corrió hasta su caballo y salió como apresurado en dirección a su casa, si era a donde me habían dicho que vivían, se demoraría una hora, entre ir y volver. Di la vuelta y en el piso quedaron el joven, lord Eduardo y el padre Gumersindo.

—Ayúdame... —volvió a decirme el herido, con agonía en sus ojos, me imploraba que lo ayudara. Pero ¿qué puedo hacer? En ese instante a mí mente se revelaron imágenes de extrañas hojas. Los ojos de lord Eduardo se posaron en mí, escuché una voz que me susurraba, no era tenebrosa, más bien parecía mi voz. Traté de escuchar, volvieron de nuevo las imágenes. El joven me miraba, en sus ojos había mucha agonía y volví a escuchar la voz.

—*Ve al jardín.*

Corrí al jardín, siguiendo las instrucciones de esa cálida voz que susurraba. No me percaté del Padre quien salió detrás y me observaba con asombro sin decir nada, no sé cómo explicar lo que sucedía en mí, algo nacía en mi interior. Mi mente registro una hoja y comencé a buscarla en el jardín al que con tanto esmero protegía el cura. Entre tantas plantas, flores y árboles buscaba la imagen que había visualizado y en el extremo izquierdo encontré a la primera. No sé cuál es su nombre, solo corrí a recoger las necesarias, luego llegó otra imagen y así continué hasta completar cinco clases de hojas, en unas eran tres, otras dos y

una fueron cinco hojas.

—*Mézclalas con agua bendita y pónselas en la herida del joven.*

Al devolverme a la iglesia noté que el sacerdote me miraba, y fue inescrutable. No teníamos tiempo que perder, le grité mientras corría escalera arriba para entrar a la iglesia, le pedí permiso de tomar agua bendita. Cuando me acerqué donde lord Eduardo el aspecto del muchacho se tornaba verde y sus facciones desencajadas por completo, no era el mismo joven que hace unos minutos interrumpió la eucaristía. No me detuve, la gente rezaba en sus asientos y no me importó, atravesé el pasillo como alma que lleva al diablo en sus espaldas. En el altar cogí el cáliz del padre, vertí las hojas, le adicioné agua bendita, no tenía con que machacar las hojas, miré a mí alrededor y visualicé un candelabro delgado en el extremo derecho del altar. La gente me observaba, lo tomé y también el vino de la eucaristía, corrí hasta el lugar del joven.

—¿Qué haces?

—Lord Eduardo, trato de salvarlo.

—Vas a convertirte en mi cuñada, no me digas lord, lo desteto desde que nací —sonreí—. Ahora dime, ¿Qué haces?

—No lo sé, pero se salvará —dije.

—Padre por favor, dele de beber, mientras termino de preparar las hojas —obedeció y al darle el vino el joven profirió un agudo grito tenebroso y escalofriante, la gente lloró y comenzó a orar en la iglesia. La mezcla ya estaba lista.

—Ayúdame Eduardo —en mi mano unté un poco de la mezcla que acabada de hacer—. Échale agua bendita —él me miraba extrañado, pero obedeció al instante. El grito fue escalofriante. Le unté la mezcla por las tres heridas, al principio gritó, luego poco a poco su llanto se fue aminorando, hasta quedar en un agitado respirar. Antonio entró, no se demoró, apenas ha pasado un poco más de un cuarto de hora, por lo mucho, se quedó mirando al joven, miró a Eduardo quien se encogió de hombros, se conocían muy bien con solo mirarse. Luego depositó su intrigante mirada en la mía, también me encogí de hombros.

—Vaya, al parecer no es necesario esto —levantó un frasco verde—. Padre debe tener uno de esto para... otra ocasión —él se acercó al muchacho para ayudarlo a llevar a la casa cural, me quedé con mi prima, que todo el tiempo estuvo observando mis movimientos. Me miraba desconcertada, me espera un par de preguntas apenas se le presente la oportunidad.

—Mariana. ¿Cómo supiste que hojas eran las correctas?

—Manuela —la miré—. Hablamos en la casa ¿te parece?

—Claro, todo fue muy extraño.

Llegaron los hermanos D'Montecarlos. Escuché que el Padre calmaba a los feligreses, diciéndoles que habían controlado la situación y el joven se encuentra a salvo. Manuela se aferró al cuerpo de Eduardo y él la estrechó contra su pecho. Quería hacer lo mismo, pero aún no sé si deba, Antonio me miraba, ¿pensará lo mismo?

—Fue admirable lo que hiciste —noté admiración.

—Nada que tú no hicieras —lo miré—. No te demoraste.

—Mi caballo es veloz —desvió su mirada, nuestros cuerpos a un metro de distancia, reclamaban más cercanía. Quería hacer lo mismo que mi prima, deseaba aferrarme a él, ¡que impotencia!

—¿Qué lo atacó? —parecía muy informado al respecto. Se quedó callado por un momento y antes de hablar me miró, tenía su frente arrugada.

—Parece ser un lobo o... —sentí que me mintió.

—Debe ser un lobo enorme por las heridas que le dejó en el cuello, casi lo decapita —sonrió ante mi comentario.

—Debo irme Mariana —no quería que se fuera, nos miramos con la misma intensidad que venimos haciéndolo, apartó su mirada. Antonio mostraba una ansiedad, algo le está afectando. En sus ojos vi temor... pero ¿de qué?, ¿de lo nuestro?, ¿de mí? Apoyó su cuerpo en la pared, por primera vez vi miedo en esos ojos, me partió el alma de verlo con esa expresión, como si se culpaba por algo.

—Antonio... no fue un lobo ¿cierto?, no me mientas. Hay cosas en el bosque...

—¡Muy peligrosas Mariana! —contestó apretando su mandíbula, de un momento a otro lo tenía cerca, dio tres pasos e intentó tomarme del brazo, pero se contuvo, en sus ojos había preocupación—. Prométeme que no entrarás al bosque, por favor —¿cómo me iba a negar?, no mientras él me lo suplicaba de esa manera y además porque le tengo miedo.

—¿Quién eres? —sus ojos taladraron los míos, frunció sus cejas.

—Mariana... hija nos vamos —otra vez mi madre. ¿Por qué siempre aparece en el momento menos oportuno?, no quería irme, así no nos tocáramos yo quería tenerlo cerca, me basta con solo verlo, cerró sus ojos, suspiró y luego dijo.

—Yo también —su comentario fue un susurro.

—¿Qué? —no le entendí.

—Te veré el martes —yo asentí, me incliné porque sabía que él no se acercaría más—. Recuerda tu promesa —por un segundo no comprendí su comentario, pareció notarlo y recalco—. No vayas al bosque.

—Despreocúpate. Le temo —bajé la mirada—. Cuídate —al decirle eso decidí mirarlo. En sus ojos había una luz de alegría, que es lo que lo detiene a abrazarme, su cuerpo no fue consecuente con su mirada. No nos tocamos, aunque tanto él como yo lo deseábamos, mi madre me tomó por el brazo, Manuela se despidió y nos siguió. No dejé de verlo y no apartó su mirada hasta que mi padre se le acercó y hablaron por unos minutos. Algo debió decirle, la mirada de mi progenitor no fue tan despreciable como lo había sido en los últimos días.

Cuando llegamos a la hacienda Úrsula organizaba la mesa para servir la comida. Por causa del ataque, nos retrasamos y llegamos al medio día, fue evidente la mirada de mis padres a cada instante y la de mi prima, que parecía perforar mi mente con su forma acusante de mirarme. A mis padres les puedo decir una pequeña mentira, pero a ella es imposible. Al terminar nos encerramos en nuestra habitación, me senté en la cama pensando en todo lo que pasó, en el revuelo de la iglesia, sentía la incesante mirada.

—Manuela qué quieres que te diga, yo no sé —la miré, era cierto no puedo explicar lo que había pasado—. Es cierto.

—Mariana no es lo que preparaste, parecías estar iluminada, como si te envolviera una luz. No sé si otras personas se dieron cuenta, pero yo sí y lo sabes —era cierto, ella tenía el don de la revelación o adivinación no tan desarrollado, en muchas de las situaciones en las que opinaba se cumplían, siempre acertaba en sus comentarios—. Creo que el padre Gumersindo también lo notó, te siguió a todos lados y su rostro reflejaba alegría, era como si esperaba que pasara lo que te pasó —negó con la cabeza, se llevó las manos a la cara. Intentaba encajar las piezas, le costaba comprenderlo, tal vez es hora de que le cuente ciertas cosas—. No lo entiendo.

—No debes entender nada —la tranquilicé.

—Están pasando cosas muy raras —me miró—. Ayúdame a aclarar mi mente —me encogí de hombros. ¿Yo en qué podía ayudarla?

—¿Cómo?

—Si te pregunto... ¿tú me responderás con la verdad?

—Siempre lo he hecho.

—Bueno —me retaba—. ¿Qué te pasó hoy?, dime ¿qué te impulsó a correr y buscar las hojas correctas?

—Una voz que escuché dentro de mí, era la de una mujer.

—¿Una voz? —mi respuesta la desconcertó—. ¿Y qué más?, no omitas nada por favor. Me da dolor de cabeza —había tanta necesidad en sus ojos, decidí contarle mi secreto.

—Manuela... cuando el muchacho me pidió que lo ayudara. A mi mente llegaron varias imágenes de plantas, hojas de árboles y no les sé el nombre, venían a mí, luego escuché la voz que me dijo que fuera al jardín. Tú sabes la cantidad de variedad de plantas que tiene el Padre, es muy meticuloso y celoso con su jardín —mi prima me observaba concentrada en mi narración—. Bajé corriendo y te juro que las hojas se iluminaban ante mí, fueron cinco especies diferentes, las tomé como si fuera experta en el tema. La voz me volvió a susurrar que las machacara con agua bendita. Sabía que tenía poco tiempo, al regresar a la iglesia fui consciente que el Padre me observaba de esa forma y tienes razón, en su mirada había alegría. No me detuve por eso, me dirigí al altar y tomé el cáliz, lo llené con agua bendita que él mantiene en los pilares y con el candelabro comencé a machacar las hojas. No volví a escuchar la voz y te seré muy sincera en el fondo sé que era mi propia voz —la miré—. ¿Me entiendes?, el resto ya lo sabes, no dejaste de mirarme en ningún momento.

—Y Eduardo tampoco... a veces creo... —se detuvo, negó con la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. Son ideas mías.

—Manuela a veces tienes más razón de la que tú crees —ella me miró fijamente—. Ahora que dije.

—Lo que pasa, es que creo que Eduardo puede leerme el pensamiento. Como también creo que de alguna forma tú puedes hablar con los animales y controlas el estado del tiempo y las brisas giran en torno a tu estado de ánimo —me quedé fría. No era necesario confesarle mi secreto, ella lo descubrió. Me dejó sin palabras, bajé la mirada, al escucharla parezco una loca.

—¡Cómo dices eso!

—Por eso te dije que no era nada —bajó su mirada. Había acertado en todo y si mi prima decía que Eduardo lee los pensamientos, debía de tener algo de cierto.

—Los hermanos D'Montecarlos son misteriosos ¿cierto?

—Sí... ¿les temes? —me preguntó.

—No. Ellos me dan mucha seguridad, cuando Antonio está a mi lado siento que él tiene la fuerza para enfrentarse al mismo diablo con tal de defenderme —sonreí ante mi comentario—. Lo amo Manuela —mi prima sonrió—. Él se ha

convertido de una forma increíble en la razón de mi vida, siento que mi alma le pertenece, sin importar nada. Soy suya y desde hace mucho tiempo —miré el anillo.

—¿Qué sería lo que atacó a ese joven? —me encogí de hombros.

—Antonio iba a comentar algo, pero llegó mi madre en ese instante —miré a mi prima. —. Ella siempre se las arregla y aparece en el momento menos oportuno, espero que no lo haga cuando nos estemos dando el primer beso —me puse roja después de decir eso, nunca pienso antes—. Discúlpame —mi prima soltó una risita nerviosa—. ¿Y ahora qué?

—Mariana, creo que se demorará para besarte —se levantó, prendió las velas, se ocultaba el sol. Dentro de poco nos llamarán a cenar.

—¿Por qué lo dices?, ¿Tú no te has besado con Eduardo? —no podía creerlo. Ellos tenían casi un mes de novios oficiales su relación era perfecta.

—No. Aunque anhelo que lo haga —arrugó su frente. Sin duda estaría tratando de entenderlo—. Creo que es muy tradicional. Él es muy raro, bueno los dos son muy extraños —nos miramos por un momento y comenzamos a reírnos, casi siempre nuestras conversaciones terminaban en de esa forma, nos llamaron para cenar.

CAPÍTULO 10

El baile

12 junio 1781

Querido diario.

Te he tenido abandonado en estos cinco días y es mucho lo que debo decirte. En primer lugar; Me están pasando cosas algo extrañas, no son malas. Se han presentado varios ataques de animales feroces, aunque no creo que sean ellos quienes los provocan. Las personas del pueblo viven temerosas, igual que yo, sé que quien ha conformado un grupo de hombres para cazarlos ha sido Antonio, temo por su vida, me moriría si le pasara algo. Por otro lado, el domingo tuve una revelación muy extraña.

A mi mente llegaron miles de hojas medicinales, no sé lo que eso pueda significar. No tengo estudio en plantas y eso es lo más raro. Pero gracias a eso se han salvado varias personas del pueblo. En segundo lugar, mi papá ha cambiado de actitud, eso me hace sentir mejor, lo amo y tú lo sabes. En tercer lugar. Hoy me visita Antonio, muero por verlo, él se ha convertido en el centro de mi vida, por eso no te escribiré más por hoy. Te escribo mañana. Voy a arreglarme.

Al cerrar el diario me acosté, mirando al techo. Manuela seguía en el baño, por eso había aprovechado para escribir en mi diario. Él llegará en cualquier momento, a cada día envía saludos con mi padre, no he dejado de pensarlo ni un instante, su recuerdo vive conmigo, su hermosa sonrisa, su mirada, cada parte de él la recuerdo como si lo estuviera viendo.

¿Será posible que uno pueda amar de la forma en que lo estoy amando?, siento que él es mi alma —sonreía sola. Quién iba a pensar que amaría tanto al hombre que hace veinte días fue el causante de tanto llanto—. Escuché el galopar de un caballo, me levanté rápido de la cama en dirección al balcón, un hombre moreno se bajó y preguntó por mí —arrugué mi frente no lo conozco y ¿qué desea hablar conmigo?

—¡Señorita Mariana! —llamó Úrsula.

—¡Ya voy! —grité. Al acercarme, noté que era un señor fuerte, sencillo,

limpio y muy educado, tenía la misma expresión de mi cochero Jasón, eso me generó una gran confianza.

—Disculpe, mi nombre es Martín, soy el capataz de la hacienda de los D'Montecarlos, mi expresión cambió y debió reflejar algo ya que se apresuró a decir—. No debe alarmarse, el joven se encuentra bien.

—Qué alivio me das —respondí en un susurro, pero no siento que sea cierto, algo en torno a Antonio no está bien.

—Él le pide disculpa por no poder venir a visitarla en la tarde de hoy, sin falta el jueves a las cuatro, pasa por usted y le envía esto —me entregó un sobre con mi nombre. Sonreí al ver que era otra carta, no es tan insensible después de todo.

—¿Puede esperar mientras yo le escribo una? —sonrió.

—Por supuesto. Creo que por esa razón me envió a mí.

—Entre por favor.

Lo invité a pasar dejándolo sentado en el living, se rehusó en un principio, y al final aceptó. Le solicité a Úrsula que le llevara una bebida, pues debía de estar fatigado. No conocía la hacienda de mi prometido, sé que queda a casi cuarenta minutos del pueblo en dirección contraria a mi casa, y nosotros estamos a la misma distancia del pueblo, lo que significa que cabalgó más de una hora el señor.

Me senté en la silla del despacho para redactar la nota, y antes de hacerlo leí mi segunda carta, era increíble lo mucho que ha cambiado y sin querer he despertado en él la sensibilidad, la carta lo demostraba, me mordí los labios de puros nervios. ¿Qué me habrá escrito?

12 de junio

Querida Mariana.

Lamento con el alma no poder verte el día de hoy. Anhelaba con todo mi corazón volver a ver la hermosura de tu rostro. Se presentó un percance en la mañana que me obliga a ausentarme, prometo estar sin falta el jueves. Quiero que sepas que la lejanía ha causado en mí un cambio irrevocable. Deseo verte, te he pensado a cada instante, no puedo apartar tu hermosa sonrisa de mis pensamientos.

PD: Disculpa a mi hermano ante Manuela,

*Te recuerdo.
Tuyo.
Antonio.*

Suspiré, estreché la carta contra mi pecho y rápidamente tomé papel y pluma para escribirle unas cortas palabras.

12 de junio

Querido Antonio.

No sabes la tristeza que me da no poder verte hoy, deseo verte el jueves. Me sorprendió enormemente comprobar que eres más sensible de lo que crees, gracias por escribirme. No sabes lo grato que es para mí saber que me encuentro en tus pensamientos y que no soy la única que se distrae en sus labores por tener la mente en las nubes en compañía de un apuesto caballero.

Prométeme que te cuidarás, temo por ti, mi padre me informó de las cacerías con varios hombres del pueblo. Rezo a diario para que la bendición de nuestro Señor celestial te proteja de todo mal.

*Te espero el jueves,
Tuya
Mariana*

P.D.: el sábado cumpla mis 18 años. Estas cordialmente invitado. Será una reunión familiar, enviaré la invitación a la casa de tus padres, si no te molesta.

Doblé la hoja y la introduje en un sobre, se la entregué a Martín, quien esperaba. Lo acompañé a la puerta y lo vi partir. Quedé un poco triste porque deseaba verlo, es un hombre muy ocupado y debía acostumbrarme, dentro de poco seré la Señora D'Montecarlos y no quería convertirme en una mujer celosa e insoportable con mi esposo, debo comprenderlo y apoyarlo. Cuando entré al cuarto, Manuela esperaba arreglada.

—Mariana no demoran en llegar, debes arreglarte rápido.

—No van a venir —le mostré la carta que tenía en la mano—. Se les presentó un percance.

—¿Eduardo me escribió?

—No —y hasta ahora lo notaba, Eduardo es el más atento.

—¿No? —vi la desilusión en su rostro.

—Antonio escribió algo para ti —le extendí la carta—. Léelo —mi prima la tomó y se sentó en su cama a leerla, creo que la última frase la leyó más de la cuenta. Luego suspiró.

—Algo le pasó a Eduardo por eso él no pudo venir.

—¿Por qué dices eso?

—Porque así lo siento Mariana. ¿Te acuerdas que se me cayó el plato mientras lo lavamos en la mañana?

—Sí.

—En ese instante sentí la presencia de Eduardo, solo que la reprendí en el nombre de Dios —no dije nada, últimamente creo en todo lo que dice, la abracé con fuerza.

—No pienses en nada malo, si fuera grave Antonio me lo habría dicho.

—No... son muy misteriosos. No nos involucrarán en lo que hacen.

—¡Oh en lo que son! —comenté. Ella me miró, me entregó la carta y tomó otro vestido para cambiarse el que tenía puesto, yo doblé mi segunda carta y la guardé en mi baúl.

Las horas se hacían largas, eternas a la espera del jueves, que gracias a Dios era mañana. Me dirigí a la cocina con la intención de ayudar a mi mamá y a Úrsula en los preparativos de mi cumpleaños. Preparé la masa para realizar varios pastelillos, la cocina me agrada, nos criaron bajo una estricta doctrina y tanto mi prima como yo éramos expertas en hacer delicias, pero también en volver la cocina un completo desorden, nos gustaba jugar con la harina.

—Marianaaa... Manuelaaa... si no fuera porque los pasteles les queda como si los mismos ángeles los preparan, no las dejaría meter las manos —nos regañaba la señora Granados, mientras que nosotras nos untábamos masa en la cara cada vez que alguna se descuidaba—. ¡No sé para que se ponen delantal! Creo que me tocará hacerles uno que les cubra las manos, la cara y el cabello.

—No te enojas mamá, mira que dentro de poco yo viviré en otra casa —le dije con un toque de nostalgia, no he pensado mucho en eso, viviré lejos de mi familia y formaré la mía—. Y prepararé esta delicia, sola en mi nueva casa.

—Voy a extrañarte hija, ya quedan pocos días, pronto te casarás —dejé de jugar, noté la voz quebrada de mi madre.

—Señorita Mariana la necesitan en la sala —dijo Úrsula.

—¿Quién?

—Su padre —las miré y se encogieron de hombros, yo sentí un ligero malestar en el estómago.

—Madre ¿por qué no me acompañas?

—Mariana. El señor Granados ya es el mismo otra vez —arrugué mi cara, era cierto, pero aún le tenía mucho miedo, no me molesté en quitarme el delantal, ni en limpiarme la cara, salí tal cual me encontraba.

Me arrepentí al instante de haber entrado a la sala, al menos debí quitarme el delantal. Papá hablaba con Antonio, mi corazón palpité con fuerza, me dieron ganas de correr a sus brazos, me encontraba hecha un desastre. Él por el contrario vestía diferente, tenía un pantalón negro un poco ajustado con sus botas por fuera, una camisa de seda blanca manga larga, informal, parecía un cazador. No, era más bien un domador, en su cintura colgaba un látigo, se veía muy atractivo —me quedé sin habla—. Al ser consciente que me iba a casar con el hombre más bello del mundo y será mío dentro de poco, una oleada de calor se apoderó de mi rostro. Al llegar al lugar en el que yo lo esperaba inmóvil, me di cuenta que él se había acercado más de lo que acostumbraba hacer, sus ojos brillaban como dos ráfagas de fuego, su sonrisa me sumergió en una nube, logré hablar por fin.

—Esto es una verdadera sorpresa —desvié la mirada al sentir que se acercaba. Estoy hecha un desastre—. Disculpa, no te esperaba hoy, así que no... no me dijiste que vendrías —escuché su risa.

—No seas tonta, de cualquier forma, te ves hermosa. Me agrada que te guste la cocina —su manó tomó mi mentón, decenas de mariposas se estrellaron en las paredes de mi estómago. Mi padre nos dejó solos, nuestras miradas se encontraron y en sus ojos vi lo que había esperado estos días, mi sendero a seguir—. Ya no podía pasar un día más sin verte Mariana. No tengo mucho tiempo, pero necesitaba verte.

—¿Puedo abrazarte? —pregunté.

—Hace mucho deseo que lo hagas y... —no lo dejé terminar, me lancé a sus fuertes brazos, él me tomó por la cintura, mientras que yo me adueñaba de su cuello, me alzó, mi rostro se fundió en su cuello y se me humedecieron los ojos, por fin él se encontraba entre mis brazos.

—Eres real —susurré.

—¿A qué te refieres? —me dejó en el suelo y tomó mi rostro entre sus manos.

—A que eres mi ángel y puedo tocarte —me miró desconcertado, sus ojos brillaban, su mirada era cristalina igual a un lago. Mi mano se alzó para tocar su rostro y cuando lo hice un hormigueo recorrió mi cuerpo, se estremeció ante mi contacto—. Hace mucho soñaba con tocarte —sonreí y nos perdimos en el

profundo océano de nuestras miradas. Vi su alma y era lo más puro que había visto en mi vida, un par de lágrimas se escaparon, él me las limpió de nuevo.

—No quiero verte llorar.

—Son de felicidad —dije.

—No sabes lo feliz que me haces el saber que puedo ser tu felicidad —no le contesté. Me tomó de la mano, era la primera vez que lo hacía, como un par de novios. El calor volvió a mi rostro, salimos de la casa y entendí, era la hora de irse.

—Ya debo irme y no sabes lo feliz que me has hecho —dijo.

—No quiero que te vayas —me acerqué tímidamente a él y comprendió, me abrazó una vez más, se sentía tan bien estar en sus brazos.

—Debo hacerlo —me soltó y apretó mi mano—. Debo hacerlo —había una firmeza en su voz que no dejaba duda alguna. Solo asentí.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti —me besó la mano y se montó en su caballo—. Nos vemos mañana y el sábado por supuesto que estaré en el cumpleaños de mi novia —comentó en voz alta para que le pudiera escuchar. Le sonreí, era la primera vez que decía esa palabra y la dijo con tanta devoción, produjo en mí un sin números de sensaciones de la emoción. Me quedé mirándolo, esperando a que desapareciera de mi vista. Entré en la cocina flotando en una nube, con la sonrisa pegada en mi rostro.

—Madre. Tu hija va a ser la mujer más feliz de este planeta, cuando sea la señora D'Montecarlos. —escuché las risas de todas en la cocina.

Terminé de arreglarme. Manuela bajó hace más de veinte minutos a recibir la visita de Eduardo en la sala. Él había llegado en la tarde, no irían a la fiesta, él seguía mal de salud, al parecer era algún virus. Mi prima tenía razón, le había pasado algo, se quedaría en casa de sus padres el día de hoy, porque Antonio estaría conmigo y no podía atenderlo, y después de una gran charla con mi padre, aceptaron que yo saliera sin chaperona. Ellos se ven muy unidos, por encima se les notaba lo mucho que se querían. Escuché un carruaje, me asomé por el balcón y sonreí al darme cuenta que era mi novio. Salí de la habitación y traté de controlar los nervios, era la primera vez que saldríamos a solas. Mientras bajaba las escaleras él saludaba a mi familia, no se había percatado de mi presencia hasta que giró en dirección a las escaleras. En ese instante sus ojos brillaron una vez más, se acercó y me ofreció su mano para ayudarme a terminar de bajar. No fue necesario que me dijera nada, con su mirada lo decía todo.

—Antonio, Mariana no debe llegar tarde a casa, sé que irán sin acompañante y pronto será su boda —le dijo mi padre—. Sé que es temprano, pero ustedes aún no se han casado —los dos sonreímos y mi rostro cambio de color con rapidez.

—Así será don Marcos, prometo cuidar a su hija —le contestó—. Ahora, ella es mi vida —lo miré, mi madre se llevó la mano al corazón y Manuela suspiró ante el comentario. Me ayudó a subir al carruaje, quién lo conducía era Martín.

—Te ves, hermosa y gracias por complacerme.

—Pensé que no lo habías notado.

—No soy ciego, me gusta ese vestido, aunque ninguno de los que te has puesto te quedan mal, es solo que este te queda muy bien, es el que más me gusta de los que te he visto —no me miró, su vista la tenía en el piso del carruaje. ¿tiene vergüenza? —. Y gracias por aceptar mi sugerencia del cabello suelto —me miró y yo quedé sin habla, si supiera lo feliz que me hace al mirarme de esa forma, las manos me sudaron, tímidamente las tomó y durante el viaje permanecieron entrelazadas, volví a flotar en mi nube personal, no me atreví a verlo, durante el camino no dejé de sentir mi rostro colorado, ojalá no se dé cuenta de mi estado, aunque en varios momentos sentí sus ojos sobre mí y me pareció que reprimía las ganas de reírse.

Habíamos llegado, era mi primera salida sin mis padres y al entrar al salón, quedé sorprendida, el lugar era increíble. Antonio no me soltó y me presentó a un sin números de personas, reconozco, no recuerdo ningún nombre, he vivido toda mi vida en un pueblo y no me relaciono con nadie y menos con la gente de la ciudad, él solo tiene un par de meses y conocía a más de medio pueblo, al parecer también es popular en la ciudad, en una hora había dicho mi nombre un centenar de veces. Nos ubicamos en nuestra mesa.

—¿Quieres tomar algo? —lo miré. Intenté hablar, no sabía que pedir, me puse roja y actué avergonzada. Cedí, me encogí de hombros y decidí ser franca con él.

—Nunca he estado en una reunión de estas, así que no sé qué pedir. Tú estás más familiarizado, ¿puedes sugerirme algo? —el calor abordó mi rostro, él soltó una sutil sonrisa de satisfacción y me besó en la mano.

—Me encantas —dijo.

—¿El saber que soy una completa ignorante? —le contesté con un poco de rabia. ¿Por qué se burlaba de mí?

—No. Jamás pienses eso, es solo que eres tan inocente —esa respuesta fue peor, sentí que mi cara ardía, debía verme sonrojada—. No te avergüences Mariana, no sabes lo feliz que me siento al saber que a mi lado vas a experimentar muchas co... —dejó la frase sin terminar y ahora él era quien

cambiaba de color.

—Se sonroja lord Antonio D’Montecarlos —le comenté, mirándolo, él no correspondió. En ese instante llamó al mesero y pidió un cóctel, que supuse era para mí ya que lo solicitó sin alcohol y para él un trago fuerte y seco. La gente nos miraba y sonreían al vernos, no necesitaban disimular, nuestra boda era la sensación del año en la sociedad.

—¿Sabes bailar Mariana? —afirmé. Si sabía bailar, asistí a una clase de baile y me considero buena bailarina. Pero jamás había bailado con un hombre, me dieron nervios

—No lo tome a mal, es solo que... —lo miré.

—Jamás has bailado con un hombre —me besó la mano—. Será un honor para mí señorita.

Debo reconocer que bailaba increíble, éramos uno para el otro. Encajamos a la perfección, los presentes nos miraban y nos aplaudían, nos convertimos en el centro de atención, no se podía estar más feliz, en sus brazos y al compás de la música. Flotábamos en nuestra propia nube, y como todo cuento de hadas el mágico tiempo se acaba, fue él el que me despertó del perfecto sueño que vivía al permanecer a su lado.

—Ya es hora de llevarte, si no, mi suegro se enojará conmigo.

—¡No! —fue un reproche, me cubrí el rostro con las manos. Porque será que no pienso las cosas, antes de decirlas.

—No te avergüences, yo tampoco quiero separarme de ti —me tomó por la cintura, comprendí que después del abrazo de ayer nos costaba mucho estar separados. Durante el viaje de regreso, me apoyé en su regazo, él me aferró a su pecho, la noche estaba muy fría y sus brazos me proporcionaba una calidez embriagadora, en más de una ocasión sus labios rozaron mi cabello, toda mi piel se erizaba por la emoción cada vez que lo hacía. No hablamos y creo que no era necesario.

—Llegamos mi lord.

—Gracias —contestó Antonio.

—Tu cochero es muy rápido —sonrió.

—Nos vemos mañana —me acompañó hasta la puerta de mi casa. No nos habíamos soltado desde que me subí al carruaje y no quería soltarlo, me besó la mano—. Nos vemos mañana —volvió a decirme antes que mi madre abriera la puerta.

—Hasta mañana —le dije.

—Que tenga buena noche señora Matilde.

—Que duerma bien lord Antonio y gracias por traer sana a mi niña. Tenga cuidado con el bosque.

—No se preocupe, dormiré en casa de mis padres. Ellos tampoco quieren que me regrese a la mía a estas horas, además, mi hermano sigue un poco delicado.

Dicho esto, me miró, inclinó la cabeza y se dirigió hasta el carruaje. Mi madre se quedó cerrando la puerta y yo subí corriendo a la habitación para poder mirarlo por el balcón, lo vi doblar a la izquierda, sonreí al saber que esta noche, él dormiría cerca de mi casa, pues sus padres viven cerca.

CAPÍTULO 11

Mi cumpleaños

Me despecé. Manuela no estaba en la cama, dormí como nunca antes, tenía la vaga sensación de haber sido cuidada toda la noche. Desperté con una tranquilidad en mi interior que jamás había sentido, y creo que mi relación con Antonio tiene algo que ver. El Padre siempre venía a darme la santa comunión en mi cumpleaños, hoy no me acercaría al pueblo, me bañe una vez me prepararon el baño, me puse una bata, tomé mi diario y plasmé en él, la felicidad que tenía.

14 de junio de 1781.

Querido diario.

Hoy es mi cumpleaños número 18, y no sabes lo feliz que me siento, por primera vez desde que tengo uso de razón dormí tranquila, tuve el mejor sueño de mi vida. Soñé que mi ángel me cuidaba. El jueves fue la mejor noche del mundo, tal vez eso fue lo que hizo que durmiera tranquila. Te cuento que bailamos toda la noche y no me alejé de Antonio en ningún momento, baila increíble, es que él no tiene nada malo, todo lo que hace, lo hace perfecto. Y estar en sus brazos es como si me perteneciera. Estoy enamorada de él, no sabes cuánto lo amo, no sabes lo que siento cada vez que me abraza, a lo mejor fui un poco atrevida al pedirle que si podía hacerlo... ya no aguantaba.

Quería comprobar que fuera real. Espero que no sea pecado, pero siento que lo amo más que a mí. Antonio se ha convertido en mi vida y deseo ser suya.

Cerré mi diario, aún era muy temprano, además es sábado. Como era mi costumbre me levanté a la misma hora y como no iría a misa hoy, decidí meterme en la cama de nuevo hasta que fueran las seis. Tenía tanta emoción, me quedé profunda de nuevo y no sentí cuando entraron mis padres y mi prima.

—¡Feliz cumpleaños! —quedé sentada en la cama del grito que pegaron. Ellos soltaron la risa, mi padre volvió a ser el mismo.

—Pensé que ya te habías arreglado —comentó mi prima.

—Tenía mucho sueño —contesté.

—El Padre no demora en venir, sabes que tu cumpleaños es sagrado —mi madre tenía razón, yo soy la consentida del padre Gumersindo, él era como el abuelo que nunca tuve.

—Solo debo vestirme, ya estoy bañada.

—Feliz cumpleaños hija —era la voz que me agradaba del señor Granados, me lancé a sus brazos, y él me esperó igual que antes—. Hija mía. Lamento...

—No te preocupes, tus razones tendrás, de igual forma amo a Antonio, así que, si no fuera por ti, él no fuera mi prometido. Míralo de esa forma, así no te sentirás mal —le di un beso en su cabellera canosa, él era 7 años mayor a mi madre. Me regocijé en los brazos de mi progenitora y de mi prima.

—Toma mi reglo —Manuela me entregó una caja que tenía muchos orificios. Al abrirlo comprendí el porqué, era un lindo conejo, lo saqué y lo abracé con fuerza—. Es para que en tu nueva casa no te sientas sola —se le quebró la voz, era cierto, dentro de poco nos separaríamos.

—Manuela... —la abracé.

—Este es el nuestro —mi madre se secaba las lágrimas—. Es para que nos recuerdes siempre.

—¡Son mis padres!, siempre los recordaré, además viviré en el mismo pueblo, no digas... —me abrazó con lágrimas en sus ojos.

—Hija este es el último cumpleaños que pasarás en tu casa, el próximo estarás con tu esposo.

—Ya es hora de vestirme. Estamos muy melancólicos y quiero celebrar.

Le entregué el conejo a Manuela, mientras me arreglaba, me puse el vestido que mi madre había confeccionado. Era de gamas azules, hermoso, ella sabía que ese era mi color favorito, también hizo una cintilla para el cabello, había descubierto que a Antonio le gustaba mucho. Escuché que tocaron la puerta. ¿El Padre madrugó en la mañana de hoy?

—¡Mariana! —llamó mi madre. Cuando bajé a la sala había un hermoso ramo de flores blancas. Se iluminó el día, corrí a mirar la tarjeta y comprobar quién me las envió y solo decía:

Anhelo.

—¿De quién es? —preguntó Manuela, me encogí de hombros, ella tomó la tarjeta de mi mano—. ¿No dice nada más?

—No. Las flores están muy lindas —me acerqué para sentir su aroma, en ese instante volvieron a tocar la puerta, Úrsula la abrió y entró con otro ramo de

rosas, estas eran de color amarillo, tomé la tarjeta y en ella solo habían escrito:

Hacerte.

Mi prima tomó la nueva tarjeta y sonrió.

—Entrarán varios ramos de flores, hasta que terminen de completar la frase —sonreí.

—¿Antonio? —me sonrojé al contemplar el rostro de los presentes. Era obvio, era mi novio y prometido, tal vez este sea su regalo de cumpleaños. En total recibí en menos de una hora catorce ramos de flores; de varias clases de flores, desfilaron los girasoles, las rosas, hortensias, los tulipanes, las dalias, los lirios, claveles, las margaritas, orquídeas, entre otras, en cada ramo venia una tarjeta con una palabra. Mi prima y yo las pusimos en orden sobre la mesa para armar la frase y citaba así:

Anhelo hacerte feliz hoy y el resto de nuestras vidas juntos. Feliz cumpleaños.

Antonio.

—Es un verdadero romántico Mariana —brincamos como niñas, solo afirmé con un leve movimiento de cabeza, me conmovió, Él me amaba igual que yo, una persona que envía ese tipo de detalles es porque ama a la otra persona. Una inmensa alegría se adueñó de mí ser y como siempre el día fue consecuente a mi estado de ánimo.

Cuando el Padre llegó estaba radiante, mirando cada ramo de flores que pusimos en diferentes lugares de la casa, el aroma a flores era penetrante y agradable, me moría de ganas por verlo y abrazarlo —suspiré—. Aún no era horas para que llegara, me tocaba esperar a la comida. La familia D’Montecarlos por fin llegó, sus padres fueron los primeros en ingresar a la casa, siempre tan elegantes y al mismo tiempo tan sencillos, Eduardo me entregó dos regalos.

—Uno mío, el otro es el de mis padres. Como sabrás, soy el niño de la casa —sonreí, su hermano negaba levemente al escucharlo.

—Gracias.

Antonio no entró, él me miraba desde la terraza de la casa, me hizo una pequeña seña para que me acercara, dejé los regalos en la mesa al lado de la puerta, donde mi padre acostumbraba a poner el sombrero cada vez que llegaba

de sus labores. Al acercarme me ofreció su mano que tomé como el mejor de los regalos.

—Estas, definitivamente hermosa, me encanta verte de azul. ¿Es tu color favorito?

—Sí —me besó la mano.

—El mío es....

—El blanco —me apresuré a decirle, me miró intrigado—. Tu caballo es blanco —le dije—. He notado como lo quieres... —decidí detenerme, me encogí de hombros ya que estaba diciendo bobadas, y no supe porque dije eso.

—Qué perceptiva eres —sonrió y volvió a besarme la mano—. Es cierto, me gusta el blanco —lo miré.

—Gracias por las flores, se convirtieron en el mejor regalo que he tenido en mi vida —desvié la mirada, sabía que dentro de poco me pondría roja—. Eres romántico —escuché su risa.

—Ese no es mi regalo de cumpleaños —lo miré confundida, él reprimía las ganas de reírse, sacó de su abrigo una caja rectangular de terciopelo negro y me lo entregó—. Este es mi regalo, las flores solo eran una antesala y recompensa por los malos momentos que te hice pasar en un confundido momento.

No dije nada, miré mi mano y abrí la caja, en su interior había una hermosa pulsera en oro y piedras preciosas —lo miré, él ya lo hacía, no comprendí su expresión y se veía hermoso —pasé mi dedo por el lujoso obsequio. Era deslumbrante.

—Antonio... es preciosa, gracias.

—Era de mi madre —nuestras miradas se unieron—. Mi verdadera madre —ahora si quedé confundida—. Es una larga historia, prometo contártela en otra ocasión —me sonrió—. Hoy es tu día.

—¿Me lo prometes? —quería saber todo sobre él.

—Vas a conocer mi verdadera historia, Mariana —tomó la caja y sacó la pulsera, me la puso para luego entrelazar nuestras manos—. Ahora te pertenece, eres su nueva dueña —volvió a besarme la mano, y no la soltó en el resto de la tarde.

La reunión fue muy amena y no por el esmero que siempre le pone mi madre a todo lo que hace, sino porque Antonio y yo estábamos en nuestra propia nube, nos alejamos de las conversaciones que se realizaron en la casa, él solo quería estar a mi lado igual que yo. Pasó jugando con mi cabello y lo que me gustó es que para donde iba él me seguía.

CAPÍTULO 12

El noviazgo

Me desperté como era mi costumbre a las cuatro de la mañana, al recordar que era domingo y la misa es a las ocho me sumergí otra vez en las tibias cobijas. No volví a conciliar el sueño, me distraje de la mejor manera que tenía en estos últimos días, en mi Antonio. En esta semana no nos habíamos visto mucho, me dijo que ocuparía las horas en el arreglo de nuestra casa que había comprado a las afuera del pueblo. Las dos semanas siguientes a mi cumpleaños han sido un verdadero cuento de hadas, pasábamos más horas de la cuenta, me recogía en el colegio, me ayudaba con las tareas —es muy inteligente. En una de esas tardes hablamos de mi futuro.

—No quiero que dejes de estudiar —dijo, mientras jugaba con un mechón de mi cabello.

—La escuela es para niñas de casa, yo seré una mujer casada —comenté—. Aunque no sé dónde está la diferencia —él se mordió los labios—. ¿De qué te ríes?

—De nada —su dedo recorrió mi mejilla, Antonio ejerce en mi un sin fin de sensaciones y me han hecho adicta a ese tipo de caricias, es un revitalizante para mi felicidad. Necesito permanecer cerca de su cuerpo, reconozco que él también se extrémese ante mis caricias—. Ese tipo de instituciones es para señoritas y por eso es prohibido —dijo mientras seguía jugando con mi cabello en el despacho de mi padre—. Lo que sí puedo hacer es conseguir un profesor particular, para que al menos termines tus estudios —fue muy razonable yo me encogí de hombros.

—Lo que tú digas.

—Qué considerada —sonrió—. No pensé que fueras tan condescendiente.

—Lo soy cuando tienen la razón —lo miré—. Y me parece bien, que no me quedaré sin culminar mis estudios.

—Así será.

Con eso me demostró que no es un hombre mezquino, mis padres cada día lo adoraban más, el padre Gumersindo no dejaba de alagarlo y de comentar que no pude encontrar un hombre tan digno para mí, aunque a veces lo notaba preocupado por algo. Mi prima, feliz por mi felicidad y Eduardo en más de una ocasión me dio las gracias por hacer feliz a su amada. Asistí a las reuniones sociales y en una de esas me enteré que era un hombre humanitario, eran dueños

de varias instituciones de beneficencia, orfanatos, hospitales. A mi mente llegó ese recuerdo cuando asistimos a una reunión y escuché al organizador hablar de los hermanos D'Montecarlos.

—¿Qué te pasa? —se mostró preocupado al ver mi cambio de ánimo.

—Discúlpame —le había susurrado, lo miré a los ojos, él enarcó una ceja, si supiera lo atractivo que se ve haciendo ese gesto.

—¿Por qué? —me tomó la mano sin dejar de mirarme.

—Por lo que te dije la tarde en que nos comprometimos —parecía estar retrocediendo en su memoria.

—Lo de malvado... —sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—No eres así, me equivoqué en todo, te pareces más a un ángel —me miró como solo lo hacia él, haciendo que mi mente se perdiera por unos segundos en el profundo universo de sus ojos—. Eres mi ángel —la última palabra fue un susurro, bajé la mirada.

—Mariana... —sentí la adoración al mencionar mi nombre—. Yo también te debo miles de disculpas si ese es el caso —volví a mirarlo y nos quedamos así por un largo rato. En ese instante me dieron ganas de besarlo, solo que me daba pena hacer algo así. Evaporé la tentadora idea—. ¿Te podrás acostumbrar a las obras? —preguntó.

—Deberías hablar con el Padre, te dirá quién es la que lo ayuda a organizar las pequeñas obras de la parroquia —arrugó su frente—. La parroquia no tiene tanto dinero, por lo tanto, son pequeñas recaudaciones para personas necesitadas —le sorprendí, mi comentario lo dejó pensativo.

—Cada día me sorprende más contigo y por el dinero no te preocupes. Financiaré esas deslumbrantes obras —ahora si me dieron ganas de tirarme encima a besarlo, me contuve, no me habían criado para eso, mucha gente nos miraría.

—También serán las tuyas —le dije.

—Las nuestras Mariana —besó mi mano.

—Gracias —entrelacé mis dedos con los de él.

Me di la vuelta en la cama, dándole la espalda a Manuela. Pronto amanecerá, deseaba que el tiempo corriera para verlo en la misa, tenía un día de no hacerlo, aunque en toda la semana él siempre se había escapado unos minutos para visitarme. Me encanta cuando me dice; “no soporto pasar un día sin ver tus hermosos ojos”.

—¿Por qué te gustan? —le pregunté hace un par de días mientras

caminábamos los alrededores de la hacienda, tomados de la mano. Mi madre se había sentado en la banca para mirarnos, era muy discreta, nos dejaba hablar con tranquilidad, pero siempre bajo la mirada de alguien mayor.

—Adoro el cielo... y tus ojos son de ese color, azul claro.

—Los tuyos son extraños —respondí. Sonreíamos mucho por pequeñeces—. ¡Conín! —así se llama mi conejo. Se apareció en nuestro camino, lo tomé en brazos, para acariciarlo y besarlo. Él me observaba—. ¡Qué! —le dije cuando me miró de esa forma, esa era la mirada cuando lo desconcertaba.

—¿Por qué lo dejas suelto y no lo mantienes en tu casa?

—Porque es un animal del bosque —dije.

—Pero fue un regalo, podría perderse.

—Antonio, no me gusta encerrar a los animales que no son domésticos. Además, debe tener su madriguera en algún lugar, que para él es seguro y pasa todo el día en la casa como te puedes dar cuenta, es más feliz así —debía parar, si seguía hablando terminaría por confesarle lo que me pasa con los animales y por ahora no lo creo necesario.

—Gracias —su mirada fue pícara—. No me encerrarás y podré seguir siendo libre —lo miré, intenté hablar, pero comprendí a lo que se refería.

—No voy a permitir que estés con otra mujer, tu... —no dejó que terminara, soltó una carcajada y me abrazó fuerte contra su pecho.

—¿Mi novia es celosa? — ¿por qué será que siempre hablo sin pensar? —. Jamás miraré a otra, Mariana —tomó mi mentón, obligarme a mirarlo—. ¡Jamás! —se acercó, por un segundo pensé que me iba a besar, se contuvo en el último instante, acarició mi mejilla con la suya, sentí cuando apretó su mandíbula, como si algo le doliera.

—¿Te pasa algo? —sonrió con ternura negando levemente.

—No. Es solo que ciertas cosas me cuestan la primera vez —no entendí, abrí mi boca, tomó a Conín con una mano y con la otra me guió de regreso la casa—. Ya debo irme. No terminaré la casa si tardo tanto en visitas y quiero que esté arreglada para la noche de bodas.

Recordé todas las flores que me había enviado desde mi cumpleaños. En el baúl guardé una de cada ramo que me ha enviado con su respectiva tarjeta, guardé sus pañuelos, sus cartas y mi diario, en el que escribo adorando a Antonio, hablo de él, en todas las páginas sale a relucir su nombre, ¿será posible amar tanto?, tuvo razón, mi sentimiento hacia él no me cabe en mí pecho. Anhelaba celebrar nuestra boda, deseo que llegue el viernes, nos quedaban solo

cinco días para unirnos de por vida. Nos pasábamos las tardes contemplándonos, nuestras miradas eran constantes. Él se convirtió en mi todo, era mi sendero a seguir, y creo que él siente lo mismo, en muchas de las reuniones me hacía partícipe de sus decisiones, ya sea para invertir, comprar o donar y eso me agradaba, muchos de los caballeros que hablaban con él, lo miraban extrañado, ellos acostumbrados a una sociedad donde el hombre es el que impone y lo que dice se cumple. Pero Antonio no es así, respetaba mi opinión, si no me parecía algo simplemente les decía que lo pensaría, era importante estar de acuerdo.

—¿Lo haces por mí o lo haces por ti? —pregunté aquella noche, en una cena de negocios, en unos de los mejores restaurantes de Paris, el pueblo queda a varias horas en carruaje. Parecía orgulloso, mi padre le dio la confianza para quedarnos dos días en la ciudad, u Úrsula estaba feliz por salir del pueblo, no puedo negar los nervios que me invadieron, sé que mi nana está con nosotros, pero ella también nos daba mucho espacio para estar solos y mi futuro esposo es todo un caballero.

—Por los dos —me miró—. No quiero cohibirte Mariana, quiero que seas tú siempre, la niña que no piensa antes de hablar, la que se alegra con el roce de las flores, la que juega como infante con los animales, la misma que entrega el alma cada vez que toca —me sorprendió, se humedecieron mis ojos.

—¿Así es cómo me percibes?

—Sí. No quiero encerrarte, entendí muy bien el mensaje la otra tarde —no aguante, las lágrimas salieron recorriendo mi rostro.

—¿Siempre tendré que limpiarte las lágrimas?

—Sin falta alguna —eso era un sí rotundo.

—Tendré que comprar más pañuelos —una leve sonrisa asomó de sus labios—. Con este ¿llevas tres?

—Te los devolveré una vez estemos casados.

—Son tuyos.

—Gracias —eran mi mayor tesoro, lo que él me da lo guardo en mi cofre personal.

Por fin asomó el sol. Manuela se desperezaba cuando Úrsula entraba con agua caliente para llenar la tina y así poder bañarme.

—No te demores Mariana —le escuché decir.

—No lo haré.

Deseaba llegar pronto a la iglesia, anhelaba entrelazar mis dedos con los suyos y que me abrazara, me gustaba sentir su mano apoderándose de en mi cintura. Por fin se detuvo el carruaje, él no me esperaba, no pude evitar mi preocupación al

igual que mi prima, desde que los conocemos no han faltado a la misa dominical, me apresuré a entrar a la iglesia y tampoco los vimos. El padre Gumersindo nos llamó desde el altar.

—Buenos días Padre, bendición —dije.

—Que Dios te bendiga hija —con su mano hizo la seña de la santa cruz—. Tengo un recado para ti.

—¿De Antonio? —asintió.

—Pasaron un momento a eso de la seis a recibir su santa comunión y me dijo que no te preocupes, que en la tarde te visitará, está tratando de terminar los arreglos de la casa y tiene secuestrado a su hermano ayudándole —continuó sonriente, para nuestro sacerdote no hay mejor partido para mí que Antonio—. Solo le quedan cinco días para dejar la casa como la mereces —el Padre término de arreglarse—. Me cae muy bien ese joven, te hará feliz hija.

—Gracias —no le presté atención a la misa, pensando en Antonio, sin él nada era lo mismo. Al llegar a la casa, Manuela se tumbó a dormir.

—¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué? —refutó con los ojos cerrados.

—Dormir tanto últimamente.

—¿Por qué será? No eres tú la que se queda hasta altas horas de la noche bordando con perlas el encaje del vestido de novia que llevará mi mejor amiga al altar —esa fue la respuesta más larga y conmovedora.

—Tienes razón —me le tiré encima para abrazarla y besarla en la mejilla—. Eres la mejor amiga y prima del mundo. ¿Cómo está quedando mi vestido?

—Mi tía tiene manos mágicas para la costura y el bordado, mañana te lo medirás. Ahora Mariana déjame dormir.

—Con todo gusto.

Salí de la habitación, mi madre encerrada en su cuarto de costura, mi padre en el despacho, creo que haciendo los papeleos para entregarme la dote que me correspondía, también sé que mi padre desea entregarme la herencia en vida para que mi esposo la administre. Recordé que hace dos noches mientras hablábamos en el despacho, el señor Granados tocó a relucir ese tema.

—Sr. Marcos, no le faltará nada a Mariana conmigo —le decía Antonio, mientras jugaba con mi cabello.

—Ya lo sé mi lord, Pero Mariana es mi gran heredera aparte de Matilde y Manuela.

—Como guste, no dejaré que ella gaste nada, lo mío pasará a ser de ella —era inevitable no emocionarme al escucharlo.

No tenía nada que hacer y esperar hasta la tarde me parecía demasiado tiempo. Entré en la cocina, tomé una canasta mediana y en ella deposité varios panecitos, una jarra de leche, una de agua, té, también puse varias frutas, un mantel, cuatro vasos y salí a buscar mi caballo. Le dejé una nota a mi madre con Úrsula, comunicándole que fui a visitar a Antonio —sé que me regañaran por salir sin chaperona, pero qué más da, me caso en unos días, le informé que regresaría antes de las seis, menos mal tenía el vestido gris, era el que menos enaguas debía ponerme, es más ligero y preciso para montar a caballo. Amarré la canasta y me dirigí a la que sería mi futura casa, el viaje fue agotador y largo, no pensé que quedara tan lejos. No podía correr a galope, tenía una canasta con frascos de vidrio en el interior, así que fui muy precavida. Me tardé dos horas, era alrededor del mediodía y realicé cuentas, solo podía quedarme hasta pasada las tres de la tarde, no quería que me cogiera la noche. No quería pasar a oscuras por el bosque y en el trayecto me tocaba pasarlo dos veces. En esos tramos fue cuando eché a correr el caballo, se me eriza la piel con recordarlo —es extraño, las veces que salgo con Antonio no sentía miedo, no he sentido miedo—. Por fin había llegado. Mi futura casa era una mansión, desde la colina se lograba ver, era de color blanco, sonreí.

Entré en el sendero que se desviaba del camino principal y conducía al interior de la casa. Ya es hora de verla como mía, mientras me acercaba visualicé a los hermanos cargando un tronco de madera que debía pesar media tonelada cada uno y ellos parecía que cargaban una ramita. Eduardo no tenía camisa puesta — ¡vaya cuerpo el que tiene!, pensé—. Antonio vestido con su particular ropa informal, su pantalón negro con su camisa de seda blanca desabotonada hasta la mitad del pecho —sufrí un colapso mental—. No se había percatado de mi presencia y yo pensé como pocas veces lo hago. *¿Y ahora yo que digo?* No es bien visto que una señorita llegue a sí a buscar a su novio sin ser anunciada antes. En ese instante Eduardo me miró y a los segundos lo hizo su hermano, arrojó la madera al piso y corrió a mi encuentro con una sonrisa de sorpresa en su rostro.

—Mariana... ¿Qué haces aquí? —se apresuró a bajarme del caballo, fue muy rápido y como si yo no pesara nada. Bueno, sí cargaba un gigante tronco, mi peso no debe ser mayor al de una pluma.

—¿Te molesta? —bajé la mirada—. Tal vez fue muy imprudente, pero ya no aguantaba las ganas de verte —suspiré, ya le había dicho, me abrazó fuerte, en respuesta, no fue descabellado el haberme presentado así.

—Claro que no me molesta, por el contrario. Ven —me tomó de la mano y en

la otra llevaba la canastilla que había traído. Me sentó en una banca, sus manos acunaron mi rostro, sus ojos brillaban de felicidad.

—No puedes entrar —miró a la puerta—. Es una sorpresa y espero que te guste —asentí—. Me halagas... Mariana no sabes lo que me ha gustado verte aquí.

—Necesitaba verte —suspiré.

—Y de paso ¿tener un día de campo? —me sonrojé—. ¡Eduardo! —lo llamó y este se asomó por el lado derecho sonriendo, ya tenía camisa puesta y era igual a la de su hermano salvo que la de él era gris.

—Busca a Manuela, te esperaremos, nos vamos al lago para pasar un día de campo —le señaló la canasta, Eduardo sonrió como si fuera un niño que le acababan de quitar un castigo.

—Gracias hermano —salió a la parte trasera de la casa y en cuestión de segundos galopaba en su caballo gris en la dirección en la que yo había llegado.

—¿Puedo ver los alrededores?

—No. Confórmate con la entrada porque no puedo hacer nada —me tomó de la mano y caminamos hasta las escaleras. Me percaté que las jardineras estaban sin flores, ya estaban marcados los lugares donde se sembrarían.

—Esa será tu tarea —como si leyera mi mente.

—Antonio, la casa se ve muy grande para nosotros dos.

—No por mucho tiempo... —se detuvo. Lo miré y él cambió de color, su rostro se tornó rojo, aun así, me miró a los ojos—. Vendrán los niños —¡claro!, que tonta.

Me estrechaba contra su cuerpo, se apoyó en la baranda y me abrazó. Sus brazos se convirtieron en dos barrotes de hierro alrededor de mi cintura, me besó en la frente y un hormigueo recorrió mi cuerpo, se me erizaron los vellos. Jamás me habían besado en ninguna parte que no fuera mi mano, le escuché un leve quejido, intenté moverme, pero él no me lo permitió. Sus labios no se despegaron de mi frente, al cabo de un rato dijo algo en voz baja que no entendí muy bien.

—Ya no será tan difícil la próxima vez —creo que dijo eso.

—¿Qué?

—No me prestes atención —suspiró.

Su mejilla acarició mi rostro, cerré mis ojos, quería sentir sus caricias, nuestros labios a centímetros, era la primera vez que nuestros labios se aproximaban tanto, él se detuvo y desistió de besarlos. Cuando dejó de acariciarme abrí mis ojos y ahí estaba él, adorándome, sus ojos se tornaron

cristalinos con un extraño, pero hermoso matiz plateado alrededor de ellos. Su dedo índice tocó mi labio, arrugó su frente y apretó su mandíbula, parecía dolerle, ¿qué le duele?, sus ojos parecían encendidos, como el fuego de una chimenea, pegó su frente a la mía suspirando.

—Pronto podré —lo dijo en un susurro o eso me pareció escucharle.

—¿Puedo hacer lo mismo? —parecía estar sufriendo.

Subí un escalón más para quedar a su nivel, tomé su rostro en mis manos y comencé a acariciarlo de la misma forma que él acababa de hacer conmigo. Su piel se estremeció más que la mía, le besé a frente, y fui más atrevida, lo besé en ambas mejillas, la respiración de Antonio comenzó a ser más pronunciada, le besé la punta de la nariz y me abrazó tan fuerte que me despegó del piso.

—Solo faltan cinco días, no me tientes Mariana —su respiración era agitada.

—Discúlpeme —dije.

—Seré tu esposo, y ya habíamos saltado la barrera de las formalidades, por favor no me trates de usted.

—Entonces discúlpame.

—No tengo nada que disculparte.

En ese momento llegó Eduardo con Manuela sentada en la silla de su caballo y él en el anca. Mi prima me miró y en sus ojos vi la felicidad más grande del mundo. Arrugué mi frente, ¿se han besado?, pareció entenderme, asintió. Me quedé un segundo analizando, yo no tenía media hora de haber llegado y Eduardo ¿solo se demoró... unos cuantos minutos en ir a mi casa y regresar?

—¿Una carrera hasta el lago? —Antonio le pasó la canasta a su hermano y este comenzó a galopar.

—Nos vemos en unos segundos —le dijo—. ¡Martín! —el capataz llegó con su caballo blanco, tomó mi mano, rodeó mi cintura y me acomodó en la silla como iba Manuela.

—¿Y mi caballo?

—Déjalo aquí, ya es hora que se adapte a su nueva casa, yo te llevo de regreso —dicho esto, se montó, fue muy rápido—. En cinco días te darás cuenta, prometo decirte todo, dame hasta la noche de bodas por favor.

—¿Cómo se llama tu caballo? —pensé por un segundo lo que me había dicho y eso aumentaba su misterio, tengo mucha curiosidad con lo que tiene que decirme.

—Capricho —sonreí—. ¿Te gusta la velocidad? —afirmé, si supiera uno de mis sueños es volar, atravesar el viento, así como lo hacen las aves. Él acarició a su caballo, su brazo me rodeó por la cintura para agarrarme y comenzamos a

galopar muy rápido ¿podría un animal de estos correr de esa manera?, en un segundo habíamos alcanzado a Eduardo, Antonio volvió a tocar su caballo y aminoró el paso hasta obtener un ligero trote. Manuela y yo cruzamos un par de miradas, no es normal lo que ellos hacen y lo extraño es que no tengo miedo. Ella por el contrario me gritaba mil cosas y su novio estaba pensativo, parecía reprimir las ganas de reírse, escuché la risa de su hermano, jamás lo había visto tan feliz. Supuse que llegamos al lugar porque era hermoso, un claro inmenso, rodeado de árboles altos, el pasto era igual de verde a los árboles y en medio había un gran lago, casi del mismo color de los ojos de Antonio. Él se bajó, me tomó por la cintura y me ayudó a bajar, lo hizo tan lento que sentí su respiración en mi rostro, mi corazón comenzó a palpar y fui consciente de la alteración de mi pulso, me besó en la frente.

—¿Ya no te duele? —mi pregunta lo tomó desprevenido.

—Te diste cuenta —me tomó de la mano y nos dirigimos al lago. No hablamos más, él intercambió un par de miradas con su hermano.

Mi prima y yo sacamos el mantel y lo extendimos en el suelo, nos sentamos y pasamos la mejor de las tardes juntos. Antonio es un gran anfitrión y muy divertido, me hizo reír mucho, cuenta historias de una forma jocosa, fue maravilloso verlo despreocupado, relajado, verlo en una faceta juvenil, lo hace ver más atractivo si es que puede ser más bello de lo que es. Eduardo tomó la mano de mi prima y se alejaron a caminar los alrededores, mientras que yo me había convertido en el centro de admiración de mi prometido, parecía adorarme. Su mano acarició mi cabello por enésima vez y se acercó a darme un tierno beso en la mejilla, mi corazón era un delatador. Con solo un roce, se aceleraba y yo no podía controlarlo. Escuché su risa.

—Me encanta ese sonido —lo miré, no supe a qué se refería, no había escuchado nada—. El sonido de tu corazón —sabía que era un delator.

—¿No piensas responderme lo que te pregunté al bajar del caballo?

—No por ahora y no te asustes no te haré daño.

—Eso ya lo sé —lo miré, me gustaba eso, mirarlo directamente.

—Jamás permitiré que te hagan daño Mariana. No importa... —dejó de hablar, arrugó su frente, ¿qué pasará por su mente?, hay momentos en que parece pelear consigo mismo y soy la causante de eso—. No me prestes atención.

—¿Ya es hora de irnos? —asintió. Estábamos muy cerca el uno del otro y jugaba con mi cabello que se había convertido en su juguete favorito.

—Me gusta mucho tu cabello —sonrió, al parecer estábamos pensando en lo mismo—. Me encanta, se me ha convertido en una adicción. Es raro, jamás

había visto ese color. Reconozco que he tratado de encontrarle un tono similar, pero no encuentro comparación.

Sus dedos se deslizaron por la parte de atrás de mi cuello, el pulso y mi corazón comenzaron una carrera para ver cuál de los dos se aceleraba más. Mi sangre recorrió de una forma vertiginosa por todo mi cuerpo y ni hablar del impacto que tuve cuando sus ojos me miraron, parecían encendidos, su frente arrugada y su mandíbula apretada, a él también le pasó lo mismo, sufrió un cambio al tocar mi piel. Nunca nos habíamos tocado, aparte de la de las manos. Él me había tomado por la cintura sobre la tela de un vestido, el que tenía puesto hoy mostraba un pequeño escote en la espalda que quedó tapado con mi cabello —intentó decir algo, pero no fue capaz de articular palabra y yo quedé igual, nos miramos. Contemplando la forma en que mi cuerpo reaccionada a su tacto, mi cuerpo le pertenecía de eso no cabe duda, le pertenezco. Él parecía no entender algo, aunque no me atreví a preguntárselo.

—¡Ya es hora de irnos! —gritó mi prima, se subió en el caballo y Eduardo brincó para sentarse en el anca.

—¿Te ayudo a recoger? —se ofreció Antonio.

—¡Gracias! —de regreso, otra vez volví a sentir sus brazos, me aferré a ellos mientras él poco a poco me abrazaba más hasta que nuestros cuerpos quedaron pegados, besaba mi cabello.

—No quiero llegar rápido a mi casa —sonrió.

—No pensaba hacerlo —recosté mi cabeza en su pecho y contemplamos el atardecer, no fue consciente de que habíamos llegado, me ayudó a bajar del caballo, al frente de mi casa ya eran pasadas las cinco de la tarde. No quería desprenderme de su lado.

—Yo tampoco quiero —lo miré confundida, sus ojos tenían ese leve matiz plata y me percaté que Eduardo le sonreía a mi novio, recordé lo que me dijo Manuela, que le parecía que Eduardo podía leerle el pensamiento, ¿habrá hecho lo mismo conmigo?

—¿Te veo mañana? —pregunté.

—Claro que sí, el miércoles y el jueves no podré. Tengo la casa sin terminar y quiero dejarla lista antes de nuestra luna de miel —se puso rojo y desvió la mirada. ¿Qué pasará en la noche de bodas? Eduardo contuvo la risa, lo miré a él y luego a Antonio, los dos se reían y comprendí que ellos pueden comunicarse de alguna forma.

—¿Te estás riendo de lo que acabo de pensar? —le hablé a Eduardo, a él le extrañó mi comentario, pero no lo negó.

—Piensas muy poco y cuando lo haces... —alcé mi mano para que detuviera su comentario.

—Ni se te ocurra —sentí mi rostro rojo y el calor se apoderó en mi cuello. Antonio soltó una carcajada y me estrechó contra su pecho. Manuela miró a su novio quien se encogió de hombros.

—Quédate a cenar —no quiero alejarme.

—Como digas.

—Gracias —antes de acostarme, tomé una vela para escribir en mi diario.

12 de julio de 1781

Querido diario.

Una vez más te escribo para plasmar mi felicidad. Reitero lo que siento por Antonio y sé que él lo está de mí. Conocí nuestra casa, aunque solo la vi por fuera, no me dejó entrar porque será una sorpresa, también quiero hablarte que él parece ser algo más que un ser humano, su caballo es muy veloz, igual que sus movimientos. Te confieso, estuve a punto de besarlo, a último momento me contuve, te digo que ejerce en mí una especie de dominio y me encanta, y a ese sentimiento le tengo miedo. Es algo desconocido y no sé qué pueda pasar.

Ya solo faltan cinco días para nuestra boda. Te seguiré escribiendo.

La semana pasó muy rápido y no descansamos en ningún momento. Mi madre y mi suegra salían una y otra vez a organizar el salón donde se realizará la celebración después de la ceremonia, también duraban horas en la iglesia preparando lo concerniente a la cantidad de flores que estarán en la parroquia, el padre Gumersindo antes del matrimonio nos dio un sin número de advertencias, consejos y deberes en la vida marital.

Mi vestido me quedaba a la medida como siempre, la única pequeña discusión con mi madre fue por el tocado de la cabeza, es súper pesado y debía tener el cabello recogido, por ese motivo no acepté, el peso lo hubiera aguantado, le quedó muy bonito, pero no iba a privar a Antonio de verme con el cabello suelto.

—Mariana me demoré mucho haciéndolo —me decía, mientras me lo medía frente al espejo en el cuarto de costura.

—Mamá... me lo pongo si puedo lucir el pelo suelto.

—¡No te verías elegante!

—No lo quiero —le dije un poco mal humorada, teníamos un buen rato

discutiendo lo mismo—. Quiero verme linda para quien será mi esposo, el resto no me interesa.

—¿Y si te hago una especie de coronilla al estilo princesa? —preguntó.

—Me pongo lo que sea siempre y cuando lo pueda llevar suelto.

—¡Gracias a Dios! —alzó los brazos al cielo.

—¿Por qué te preocupas tanto?

—Mariana... ¿dónde se supone que iba a pagar el velo?, las mujeres puras entran de velo al altar.

—No te entiendo, ¿a qué te refieres con puras?

—Esa conversación la tendremos mañana antes de tu boda —se puso roja—. Ahora debo continuar con tu vestido. Salí mirándola, todo el mundo guarda secretos, Antonio me confesará algo y me dirá tal cosa en la noche de bodas, mi madre una charla antes de la boda, en fin.

CAPÍTULO 13

Antes de la boda

Mi prima se quedó dormida mientras hablábamos, ya no podía más por causa del cansancio de los preparativos de la boda. A mí no me dejaron hacer nada, según mi madre era para no amanecer demacrada en el mejor día de mi vida, lo único que hice fue guardar mis pertenencias en los baúles, mañana pasa Martín por ellos y los llevará a mi nueva casa. Me dio nostalgia dejar el lugar donde crecí con mis padres, nunca me había separado de ellos y dejar mi cama, mi cuarto, la casa en la que pasé los años de vida que tengo, mi nana... Aunque me siento feliz, viviré con el hombre que amo con toda mi alma, y aun así no deja de ser nostálgico separarme de mi familia. Sé que estaré en las mejores manos, con un buen hombre, caballero y no puedo ocultar que es el más bello que he visto. No podía dormir, a él su hermano le celebraba una reunión —sentí un poco de celos—. Él festejando y yo muriendo de los nervios, esperando a que el tiempo pase metida en la cama con mi camisola de manga larga. Me desvelé, los nervios no me dejaron conciliar el sueño, la ansiedad es muy grande. Escuché un leve toque que provenía del balcón, al darme la vuelta, una sombra se filtraba por el cristal de la puerta, me llevé un gran susto, pero al reconocer la silueta, salí lo más rápido de mi cama, tomé la levantadora, no podía salir en esa forma, caminé con los pies en puntilla y abrí la puerta, no quería despertar a Manuela.

—¿Cómo lograste treparte hasta el balcón? —le susurró a Antonio, me sonrió con picardía.

—Te queda muy bien esa bata —su tono de voz fue bajo y juguetón, era rosada y me tapaba desde el cuello hasta a mis tobillos.

—Ya sé que es fea —entendí el mensaje, él sonrió.

—Quería verte... estos dos largos días en los que no te he visto me ha parecido un severo castigo —me tomó la mano y me llevó al extremo izquierdo del balcón. Si Manuela se despierta no nos vería y podíamos dejar de hablar en susurros.

—Yo también quería verte.

—¿Qué hiciste hoy? —preguntó mientras jugaba con mis dedos.

—Empacar —suspiré—. Ya están listas mis pertenencias para que Martín las recoja mañana —le acaricié el rostro.

—Mañana a primera hora envió a buscarlas, no sea que te arrepientas y me

plantes en el altar —me miró de reojo para ver mi reacción, yo arrugué mi frente.

—Yo no te haría eso.

La noche nos cubría, estábamos con la luz de la luna mirándonos. Sus manos se deslizaron por mi cintura, en esta ocasión fue como si me estuviera tocando la piel, tenía puesta la bata y no la cantidad de trapos que habitualmente nos ponemos. Solo un par de telas delgadas era lo que impedía que Antonio tocara mi piel, esa que ardía con su roce. Nuestra respiración comenzó a agitarse, la otra mano la introdujo en mi cabello, la energía que emanaban nuestros cuerpos parecía palpable. Su dedo pulgar rozó mi labio inferior, toneladas de mariposas emergieron en mi estómago, nuestros cuerpos agitados y aún no ha pasado nada entre nosotros.

—Nunca he besado a nadie —dije en un susurro.

—Por eso me gustas tanto —se acercó lentamente, su aliento embriagó mi rostro, haciéndome olvidar todo a mi alrededor, cerré mis ojos a la espera de que tomará la iniciativa, pero no fue así. Posó sus labios en mi frente, en mi mejilla, su respiración se tornó más rápida luego escuché un fuerte suspiro, me tenía aferrada a su cuerpo, abrí mis ojos y los de él centellaban, se controlaba y no sé cómo lo hacía. Yo me perdí en un mundo desconocido de emociones y deseos que jamás había sentido—. Mañana... bueno, lo que falta para mañana —susurró.

—No —susurré—. No es pecado besar a la novia —me quejé, él sonrió.

—Ya debo irme, solo quería verte.

—¡No!, ¡no!, ¡no!... —mis brazos se aferraron a su cintura en señal de resistencia—. No quiero que te vayas, quédate por favor.

Me aferré aún más a su cuerpo y oculté mi rostro en su pecho. ¡Qué imprudente soy!, besó mis cabellos y se alejó de mí, creo que su autocontrol se desvanecía. Cuando se disponía saltar desde el balcón, se detuvo a mirarme —algo debió de decirle mi rostro, tal vez el dolor por la frustración—. Su control cayó, se devolvió y me tomó en sus brazos, de un momento a otro sus labios se fundieron en los míos. Se entendieron, yo aún no daba crédito, por fin sus dulces labios besaban los míos. Él profirió un quejido, alejó su rostro del mío para soportar lo que le pasaba ¿por qué le duele?, después de unos segundos se calmó, no me soltó y yo no supe que hacer, me limité a mirarlo.

—¿Qué te pasa? —no contestó, suspiró profundo, tomó mi rostro en sus manos, sus ojos tenían un color plata líquida y cristalina. Volvió a besarme, el beso se prolongó, no quería despegarme de la miel de sus labios, del néctar de su

aliento. Comprendí que el mar no puede ser mar sin su orilla, que un ave no podría vivir sin sus alas, que los árboles sin el agua. Mientras me fundía en sus labios me afirmé a mí misma que yo no lograría vivir sin Antonio, él enredó sus dedos en mi cabello y me hizo lanzar un suave gemido, lentamente me alejé, nuestras respiraciones exaltada, me costó un tiempo retomar el ritmo regular de ella.

—Mañana ya serás mía —susurró. Yo subí en la nube más alta, flotando en ella, la felicidad no cabía en mi cuerpo.

—Lo anhelo —volvió a besarme. Esta vez con más fuerza y una seguridad, su lengua recorrió toda mi boca, conociéndola y su forma de besarme desorientó mi cordura, necesitaba abrazarlo más, mis manos se enredaron en su cabello, él mordió mi labio inferior. Dios, esto es la gloria.

—Que duermas bien —consiguió decir al cabo de unos minutos.

—No creo que pueda —me abrazó más fuerte, me besó en la frente y salió brincando por el balcón, me asusté cuando lo vi saltar. Se hará daño, traté de detenerlo, pero fue en vano, es muy rápido, me asomé y me di cuenta de que no se lastimó, me sonrió. Se dirigió a donde había dejado su caballo, no lo vi doblar, la oscuridad era total, escuché los cascos del caballo sobre la tierra. Me costó mucho conciliar el sueño, la felicidad abarcaba todo mi ser, su beso fue lo más placentero que me había pasado en la vida. Me quedé dormida, aunque parecía que no o tal vez soñaba, en todo caso, yo era la observadora, sabía que me encontraba en algún lugar del bosque, una deslumbrante luz iluminó todo alrededor. Había un hombre con hermosas alas gigantes desplegadas desde su espalda, en su mano reposaba un látigo de fuego azulado, su respiración agitada. Quise acercarme a él, lo vi alterado, no le vi el rostro, me daba la espalda y no se percató que poco a poco me acercaba. Antes de llegar a su lado él se llevó las manos a su rostro y cayó de rodillas profiriendo un grito que me enfrió por completo las entrañas.

—¿¡Por qué Mariana!?! —su voz fue tan desgarradora y había tanto dolor en ella que me dieron ganas de llorar a mí también, lo que sentía ese hermoso ángel lo sentí yo, un vacío tan grande y un dolor profundo me embriagó. ¿Cómo supo mi nombre?, quise consolarlo, él lloraba y su dolor se convirtió en mi dolor, no pude moverme, algo me sujetaba de la mano, traté de soltarme, pero me fue imposible. No miré lo que me detuvo, no podía apartar la vista del dolor que expresaba ese ser alado. Quería consolarlo, comencé a forcejar con lo que me aferraba la mano.

—¡Mariana!, ¡Mariana! —gritó Manuela. Me desperté, mi prima me sujetaba la

mano, ya era de día, en su rostro había tal desesperación, me abalancé a ella para abrazarla fuerte, un par de lágrimas corrieron por mi mejilla—. ¿Otra pesadilla? —me preguntó ella.

—No. Es que alguien sufre por mí y no pude consolarlo.

—Fue solo un sueño —acarició mi cabello—. Hoy es tu boda, no pienses en nada que no sea eso, por favor —ordenó. Afirmé, ella tenía razón, se quedó un par de minutos a mi lado, mientras que poco a poco entraba de nuevo a la realidad, mi mente me ayudó en eso. Trajo el recuerdo de Antonio anoche en el balcón y no pude evitar una leve sonrisa.

—Bueno, al parecer ya te sientes mucho mejor —comentó mi prima.

—Anoche Antonio vino aquí —hablé tímidamente.

—¡Anoche! —Manuela se sentó frente a mí, sabía que quería verme a los ojos.

—Anoche —no le aparté la mirada—. ¡Y me besó! —me llevé la almohada a la cara cuando sentí que mi rostro cambiaba de color—. Fue lo más bello de mi vida —le dije con la cara tapada.

—¡Qué! Mírame —así lo hice, ella tenía una sonrisa en sus labios.

—Besa delicioso —confesé—. Bueno nunca había besado, pero lo que sentí fue maravilloso.

—Prima, se cómo debes sentirte —me miró—. Es lo mismo que sentí el domingo pasado, ¿recuerdas?, cuando Eduardo también me besó —mi prima arrugó su frente y bajó la mirada—. Mariana...

—¡Qué!, no te calles, dime lo que piensas —sé de la sagacidad que tiene mi prima.

—¿Cuándo te besó, se quejó? o ¿parecía que le dolía algo?

—Sí. ¿A Eduardo le pasó lo mismo? —asintió.

—No creo que seamos las primeras mujeres que ellos besan. Son muy guapos y supongo que miles se les ofrecieron. ¿No te pareció extraño?

—Manuela lo concierne a los hermanos D'Montecarlos es muy extraño —me mordí el labio—. Pero son los extraños más maravillosos, no me interesa lo que sea, amo a Antonio —dije. Nos miramos y soltamos la risa al comprender las majaderías que decíamos.

—Yo también amo a Eduardo —mi madre entró con Úrsula y varios utensilios en una cubera.

—Buenos días hijas —para mis padres mi prima era una hija más y así se lo hacían sentir.

—Buenos días mamá —respondí.

—Buenos días tía.

—Úrsula, llena la bañera y pon los pétalos de rosas en el agua para que suelten su fragancia, después del desayuno, debes verter el agua caliente.

Miré a Manuela y ella con cara de “¿mi tía que hace?” Úrsula la obedeció, la escuché en el lavado haciendo lo que le ordenaron. Mientras tanto mi mamá tomó a mi prima de la mano y la sentó en el tocador, le desenredó el cabello y comenzó a enrollarle una cantidad de tubos, se quejó en más de una ocasión.

—¡Auch!, tía, pasito.

—No te quejes, eres la dama de honor de tu prima y debes quedar igual de linda que la novia —sonreí al ver la cara que tenía en el espejo, hacia muecas graciosas.

—Sabes que es imposible —ella siempre decía que yo era más bonita, pero en su voz jamás hubo envidia o resentimiento.

—Ninguna Stoward es fea y hoy te lavarás en mi baño.

—¿Por qué? —preguntó antes que yo.

—Porque Mariana se debe preparar para su boda.

—Amaneciste misteriosa madre —dije mientras que mi prima arrugaba la cara por otro jalón en el cabello.

—Ya estás lista Manuela —me contuve las ganas de reírme.

—Menos mal Eduardo no me visita hoy y por esta casa que ni se aparezca. Se asustaría con solo verme —la señora Granados puso los ojos en blanco y yo no aguanté más y solté una carcajada.

—Sra. Matilde, el baño está listo —comentó Úrsula.

—Gracias, por favor sírvenos el desayuno. Ya bajamos.

—Con gusto.

Me comí todo, era gracioso ver a mi prima con esos rollos en la cabeza, mientras que a mi madre le preocupaba algo, a mi padre no lo había visto en la mañana, había salido a que arreglaran el carruaje que me llevaría a la iglesia con flores.

—Mariana debo hablar contigo —su tono sonó a problemas.

—Claro —automáticamente nos levantamos Manuela y yo.

—Solo tengo que hablar con Mariana —enfaticó mi nombre. Manuela me miró y yo me encogí de hombro—. Hija vamos a tu cuarto, desviaba la mirada, noté su preocupación. La seguí, mientras que mi prima se quedó mirándome sentada en la mesa, escuché a Úrsula decirle.

—Cuando se case la Sra. Matilde, hablará con usted.

Ahora sí estaba intrigada. ¿Por qué tanto misterio para una conversación? ¿Y

qué sabe Úrsula que no se debe saber sino hasta que uno contraiga matrimonio? Al entrar a mi cuarto mi madre cerró la puerta con pasador, me senté en la cama a esperar a que me dijera cual era la causa de tanto recelo. Se sentó en la cama de Manuela y su rostro cambiaba de colores.

—Ahora entiendo... —dijo.

—¿Cuál es el problema madre?

—¡Hija! —suspiró—. Hoy es día muy especial para ti.

—Ya lo sé, no veo la hora de ser la esposa de Antonio.

—Déjame terminar por favor —me regañó—. Es muy difícil tener que decirte lo que pasará, por favor presta atención —cerré la boca como si fuera a cocerme los labios, mi madre puso los ojos en blanco—. Hoy dejarás de ser una niña y te convertirás en una mujer, una vez que te cases, pasarás a tener ciertas obligaciones en las cuales, no solo es atender tu casa, sino también satisfacer las necesidades de tu esposo —no comprendí a donde querría llegar, pero en ningún momento me miró a los ojos—. Me refiero hija, a que hoy en tu noche de boda deberás entregarte a tu esposo.

Mi madre siguió hablando tan específicamente que ahora la que se sonrojaba era yo. No podía creer que eso pasara y mucho menos que esa, era la forma de concebir los hijos. He estudiado en colegio de monjas toda mi vida, mis padres son muy devotos y respetuosos con las tradiciones familiares y sociales, fui criada en un ámbito de total reserva en estos temas. Era tan ingenua en ese aspecto, que solo hasta esta mañana supe lo que un hombre y una mujer hacen.

—Mariana no pongas esa cara hija, respira por favor —ahora era ella quien trataba de alejar mi preocupación—. Tienes el requisito necesario para que no sea tan literal lo que te dije —no le entendí nada.

—¿A qué te refieres? —mi voz temblaba.

—A que amas a lord Antonio, así como yo amo a tu padre y en ese caso es muy diferente. No habrá nada mejor que eso hija ya lo verás.

—Dijiste que dolerá —sonrió con ternura.

—Solo la primera vez, luego te molestará un poco por un par de días y sentirás una molestia en tu vientre, después lo disfrutarás —bajó el rostro y sus mejillas se ruborizaron.

—¿Tú lo disfrutas?

—¡Esa pregunta no se le hace a una madre! —me regañó.

—¡Pero mamá! Hoy vienes y me dices muchas cosas y cuando quiero hacerme una idea, ¿me contestas así?

—Hija —me miró por un segundo, respiró profundo—. Te puedo decir que

amo tanto a tu papá que deseo sus caricias siempre, soy muy feliz en sus brazos —suspiró ante algún recuerdo—. Temía por ti al principio de tu noviazgo cuando él no era de tu agrado, porque no quería que fuera forzado hacer lo que te dije. Ahora, mi temor se alejó, he visto como se miran el uno al otro, será una noche maravillosa hija, ya lo verás, tu boda no significará nada comparado con lo que vivirás en los brazos del hombre al que amas —intenté decir algo, pero preferí dejar la conversación ahí.

—Gracias.

—Ahora debes bañarte, tendrás que permanecer en el agua por más de una hora, es importante que el aroma de las rosas penetre en tu piel.

—¿Y para qué? —mi madre contuvo una leve sonrisa.

—Para que tu noche de bodas sea mejor —no le entendí y tampoco quise preguntarle.

Desde hace una hora estoy metida en la tina y no dejo de pensar en la conversación que tuve con mi madre. Comprendí los comentarios de Antonio, recordé la tarde de campo cuando pensé en qué se hacía en la noche de bodas y Eduardo escuchó mi pensamiento, por eso se reían los dos. Ellos deben de saberlo —me tapé la cara—. ¿Por qué me pasan esas cosas a mí?, he aprendido a bloquear mis pensamientos y casi nunca pienso, y ahora al hacerlo hay un lector de mentes cerca. Por eso Antonio me dijo anoche que mañana sería suya —sentí calor en mi rostro—. ¿Cómo podría desnudarme ante él?, me verá... Los nervios emergieron para no dejarme en ningún momento.

Salí del agua al ver mis dedos arrugados, ya era medio día, me puse la ropa interior y al salir del lavado, mi madre ya se había arreglado y lucía un traje verde aceituna le resaltaba su rostro. Ayudaba a mi prima a arreglarse, tenía un vestido de color azul.

La decoración de la boda fueron los colores favoritos de los novios, el blanco y azul. Mi madre me ayudó con mi traje de novia, era bellissimo, el vestido era de cuello alto, tenía un leve escote en los hombros de donde caían las mangas al estilo de la época griega, era ligera la tela, y al movimiento de una leve brisa se alejaban de mi brazo para dejar al descubierto los delicados guantes que solo lo sujetaba el dedo del medio, el resto quedaban al aire libre para el anillo de boda sin ningún problema y poder lucir el de compromiso, el largo del guante me llegaba hasta el codo, perfectamente bordados, el encaje del dorso era el mismo bordado con pequeñas perlas, su cola era larga, majestuosa e imponente. Mi madre se lució con mi vestido, se notó la dedicación y el amor al hacerlo. Tenía

muchos nervios.

—¡Estás, preciosa hija!

—Estás hermosa prima —se me humedecieron los ojos. Quería escribir en mi diario la dicha y los últimos acontecimientos.

—¿Me pueden dejar sola un momento?

—¿Vas a escribir? —me preguntó Manuela.

—Sí, necesito calmar mis nervios, por favor —las dos salieron sonriendo, tomé el cofre en donde había guardado mi diario, pronto vendrá Martín para llevarse mis pertenencias.

Julio 17 de 1781

Querido diario.

Tengo tanto que escribirte y tan poco tiempo para hacerlo, trataré de resumirlo. Ayer Antonio vino en la noche, me demostró lo desesperado que estaba por verme. No sé lo que es, él no parece normal, es muy misterioso, pero no me importa. Lo amo, es la razón de mi vida y creo que él tiene el mismo sentimiento, Anoche me besó, él me dio mi primer beso y no sabes lo que sentí al tener sus labios unido a los míos. Fue como, si le rociaras agua a una planta reseca.

Estoy esperando con mi traje de novia, dentro de poco estaré casada, y te confieso que mi madre hoy me dijo de algo que jamás se me hubiera ocurrido anhelo que pase. Deseo con toda mi cuerpo y alma entregarme a él, aunque me muero de los nervios, jamás me he desnudado ante nadie. ¿Cómo podré mirarlo a los ojos cuando pase eso entre nosotros? Te escribo mañana. Y te prometo contarte lo que pase entre él y yo.

P.D.: Esta madrugada tuve un extraño sueño, el ángel de la otra vez está agonizando por causa del dolor, ese dolor lo sentí, es como si me hubieran arrancado el corazón del pecho, sufre y no pude consolarlo, ¿qué significará?

Cerré el diario, escuché un carruaje, al asomarme al balcón era Martín —se había demorado—. Bueno, ya vino por mis pertenencias, era un hecho, no regresaría a esta casa. Las mariposas de mi estómago volvieron a salir a la superficie, guardé el diario con llave y lo puse sobre el baúl grande para que no se le quedara a Martín.

—Hija... estás hermosa —mi padre entró en la habitación con un ramo de flores de color blanco, eran unos hermosos capullos de rosas.

—Gracias papá.

—¿Puedo abrazarte?

—¡Claro! —su abrazo me gratificó, mis nervios no podía controlarlos, las manos me sudaban. ¿Y si no llega a la iglesia? ¡No! Él me ama al igual que yo. ¿Por qué pienso en esas tonterías? Lo único que consigo es alterarme. Ya es hora.

CAPÍTULO 14

La boda

En el trayecto a la iglesia no pude concentrarme, era un completo enredo de sensaciones, emociones, miedo, alegría, siento un revuelo en mi estómago. Mi madre y mi prima se fueron en otro carruaje hace más de media hora. Entramos al pueblo y mi corazón parecía el aleteo de un colibrí, latía tan rápido que no podía contar las palpitaciones. Jasón detuvo el carruaje frente a la iglesia, me quedé sin respiración por unos minutos. Ya era hora, las piernas no me respondieron, mi padre se bajó y con una sonrisa me dijo.

—Mariana baja —quise que el tiempo se detuviera, pero me acordé del beso de anoche, lo mucho que me gustó sentirme en sus brazos —no seas cobarde, él te ama, me animé, respiré y le di la mano a mi padre, no es momento de arrepentimientos, en el altar me esperaba el hombre de mi vida. Manuela se puso adelante, ella tenía en la mano una canasta con pétalos de rosas rojas, los esparciría por el camino a recorrer hasta el altar.

—Manuela... ¿Antonio ya está en el altar? —tenía que preguntar.

—¡Claro! está serio, pero deben ser los nervios —asentí.

—Sí. Yo casi no puedo caminar, siento que me fallarán las piernas.

—No te dejaré caer hija —mi padre me tomó del brazo me aferré a él, sentí que el piso se movía, ¿será normal el mareo?, el cuerpo me tiembla. Mi prima comenzó su tarea, caminó esparciendo los pétalos mientras que caminábamos al mismo ritmo, en la entrada de la iglesia escuché el ritmo de mi corazón, literalmente se iba a salir del pecho. No me atreví a verlo, ya sabía que si lo hacía no podría apartar la mirada de sus hermosos ojos. Me distraje mirando la decoración, había flores en cada entrada, en las bancas tenía un ramo igual al mío envueltas en una malla de color azul y amarradas con cinta de un tono más fuerte. Los invitados sonreían al verme caminar, reconozco que esta manera de caminar era lo más lento de la vida. Por fin... Eduardo se ubicó al lado de su hermano y... ¿por qué tan serios?, parecían tener la mente en otro lado, Antonio no me miró.

—Antonio te entrego a mi hija. Cuida de ella —mi padre me besó en la mano y puso mi mano sobre la de él, un estremecimiento recorrió mi cuerpo al sentir su mano.

—Así será —le respondió con la voz más áspera que le había escuchado desde

que lo conozco, una punzada de dolor se asomó en mi interior. Lo miré, el medio sonrió, su mirada fue inescrutable, no mostraba emoción alguna, el velo me impedía verlo con claridad, su mirada era diferente. Apartó la vista, ¿es por los nervios?, tal vez esa era su forma de demostrarlos. Alejé de mi cualquier sentimiento de temor —él te ama—. Me dije. Comenzó la santa eucaristía, el Padre mostraba su felicidad por llevar a cabo mi unión con Antonio, quien no me miró y eso me preocupó un poco, se escuchó la pregunta.

—Lord Antonio D’Montecarlos, ¿aceptas cómo esposa a Mariana Granados Stoward para amarla, respetarla, venerarla, cuidarla en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte los separe? —él me miró de reojo, le sonreí, se demoró un poco para contestar, y volvió la sensación de temor, por un segundo temí que no aceptara casarse conmigo.

—Acepto —quedé fría al escucharlo hablar, noté la obligación en su voz. ¿Se arrepintió?, eso sería imposible, un ser humano no cambia de esa forma tan abrupta, estás nerviosa, me dije, al mirarlo, él me sonreía. “lo ves”, me tranquilicé. El Padre me hizo la misma pregunta y yo respondí mucho más rápido que él, solo que mi respuesta fue un poco más extensa.

—Acepto. Y no solo para amarlo en esta vida, sino también para amarlo en todas las vidas después de esta —lo miré, tenía su frente arrugada. Volvió a la seriedad que lo había caracterizado en toda la ceremonia.

El Padre ordenó ponernos los anillos, y mientras sellábamos nuestro pacto matrimonial el clima cambió, teníamos una tarde muy linda despejada y se oscureció de repente, no me había dado cuenta que Eduardo no se encontraba en su puesto. Miré a Manuela y ella con sus ojos me gritaba que no sabía porque se ausentó. Realizamos las promesas reglamentarias y me puso el anillo. Tuve la misma sensación que experimenté cuando nos comprometimos, mi anillo era igual al de él, salvo que al mío le faltaba un pedazo, era el complemento del de compromiso, juntos formaban una sola pieza.

—Lo que Dios ha unido, no podrá ser separado por el hombre, los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

El hormigueo en mi estómago salió de nuevo, se había oscurecido, supuse que iba a llover, quedamos frente a frente para besaros, noté que Eduardo se incorporaba en su lugar, parecía agitado y su cabello lo tenía desordenado. La oscuridad desapareció y el sol se imponía de nuevo, Antonio tomó mi velo, lo puso detrás de mi cabeza, mi corazón palpitaba, le sonreí y se acercó a mis labios para posar los suyos. No fue el mismo beso de anoche, éste en cambio me transmitió una oleada de temor que no pude identificar. No me besó, pegó sus

labios en los míos, la gente estalló en aplausos y yo sentí que me habían puesto una daga en mi pecho, mi madre se abalanzó hacia mí y por primera vez lo agradecí. Antonio se alejó de mi para saludar a su hermano o hablar con él, se secreteaban, permaneció a mi lado sin tomarme la mano. ¿Qué le pasará?, mi mente acudió a su defensa, debe estar nervioso por lo que va a pasar en la noche —no seas tonta—. Me llené de pensamientos que podían calmarme. No te preocupes por el beso, si se demoró para besarme es porque es muy tímido y hacer eso en público no es de su agrado. Me calmé.

Quedé sorprendida por lo hermosa que quedó la recepción, Antonio permaneció a mi lado sin tocarme. A veces lo descubría mirándome, era una mirada triste y me esquivó toda la tarde —está nervioso—. Así que fui yo la que tomó la iniciativa de imponer mi derecho sobre él, le tomé la mano y me aferré a su brazo, él iba a comentar algo, y se detuvo cuando la gente comenzó a hablar de lo lindo que nos veíamos como pareja.

—Con todo respeto lord Antonio, hacen muy bella pareja, su esposa es muy hermosa —dijo el alcalde, él le sonrió, me miró y su mano acarició mi rostro, me estremecí de emoción. Comprendí que se encontraba nervioso. El miedo se alejó y comencé a disfrutar mi fiesta matrimonial, no podía sentirme más dichosa, era un sueño convertido en realidad, aunque apresurado, pero en el fondo satisfecha por encontrarme a un hombre como él.

El salón fue decorado con los mismos arreglos florales de la iglesia, flores en cada mesa, las sillas con cintas azules y lazos colgantes, era como estar observando el cielo, un contraste de azul y blanco que me gustó mucho, mi boda de alguna forma recreaba el viento y con ese elemento tengo una gran afinidad, mi madre supo cómo decorar.

Permanecemos juntos y tomados de la mano, la reunión dio pie a sonreír por un lado y por el otro. El padre Gumersindo derrochaba alegría.

—Otra vez en mis brazos —le dije, nos habían alejado porque bailamos con personas diferentes. Él no comentó nada, apoyé mi rostro en su pecho, a él le incomodó ese gesto, no le presté atención, me aferré a él hasta que terminó el baile. Nos desplazábamos de mesa en mesa para hablar con los invitados, tomados de la mano, él trataba de ocultar su irritación. Mi madre desde el fondo del salón me hizo llamar con la mano.

—Amor, discúlpame un segundo, me está llamando mi madre —miró con recelo y buscó a mi madre, luego afirmó. No me gustó ese gesto, arrugué mi frente, di la vuelta y caminé en dirección a mi progenitora.

—¿Qué pasa mamá?

—Es que se me olvidó entregarte algo hija y es esencial para esta noche —se alteró y se enojó consigo misma—. ¡Cómo se me olvidó!, aun así, debo dártelo.

—No hay problema, dámelo y ya —dije.

—¡No! Como se te ocurre, te espero en el pasillo, que no se den cuenta hija.

—¿Por qué el misterio?

—En unos minutos te espero allá.

—Bien —mi prima se dio cuenta de lo misteriosa que actuó mi madre y de lo nerviosa que estoy. Aun no comprendo cómo lo hacía, no se le escapaba nada. Se acercó, no habíamos hablado desde esta mañana.

—¿Cuál es el misterio? y ¿qué es lo que aún no comprenderé? —me reclamó y yo quedé fría sin poder decirle nada.

—No es nada malo. Solo que... lo sabrás en su debido tiempo —se me subieron los colores al rostro—. Es complicado y penoso, créeme muy penoso.

—No es justo —mi prima es igual de ingenua, como lo era yo antes de la conversación que llevé a cabo esta mañana. Que, por cierto, me esperaba en el pasillo.

—Manuela, debo ausentarme un segundo. Ya regreso, si Antonio me pregunta dile que estoy en el baño, me di la vuelta sin esperar respuesta. Al llegar al pasillo mi madre me esperaba impacientemente.

—Hija, se me olvidó entregarte esto y debes ponértelo en la noche —me miró con vergüenza y salió apresurada.

Miré lo que tenía en la mano, era una bolsa de papel, en ella había una camisola con un par de velos, encaje y seda transparente con una cinta en la cintura y en los hombros —no me iba a poner eso hoy—lo doblé apresuradamente antes de que me vieran en el pasillo—. Y ahora ¿dónde lo guardo? —¡Ay! Dios—. Me acordé de la cinta del medallón, me lo quité y amarré la bata indecente en la pierna, en ese lugar no lo verán. ¿Mi madre cómo pudo hacerme esto?, me arreglé el vestido, di la vuelta y Antonio me esperaba al final del pasillo, me puse nerviosa —¿se habrá percatado de la bata? Dios que vergüenza, me sonrojé.

—¿Te pasa algo? —volvió el tono déspota y su mirada se tornó fría y calculadora.

—No, y tú me estás mirando como antes —respondí al llegar a su lado, apretaba su mandíbula.

—Nos necesitan para el brindis —dijo entre dientes y cerró sus ojos por un momento, cuando los abrió volvieron a su estado normal. No le pregunté nada respecto a sus cambios. Él me había dicho que en la noche de bodas me lo

explicaría, solo debía esperar un par de horas, él es extraño y no me importa.

Le sonreí, lo tomé de la mano y caminamos hasta los invitados, compartimos un poco con cada uno. Ya había anochecido, pronto nos tendríamos que ir y mi corazón se aceleró. Algo si es seguro, no me pondré lo que amarré alrededor de mi pierna. Realizamos el brindis y llegó la hora de retirarnos. Antonio tenía un poco de afán, eso me puso más nerviosa. Los invitados nos abrazaban, mi madre lloraba y mi prima igual.

—No será lo mismo la casa sin ti Mariana —dijo Manuela entre lágrimas.

—Regresaré dentro de tres semanas —le acaricié el cabello, miré a Antonio y le pregunté—. Podrá pasar algunos fines de semana en la casa ¿cierto amor? —me atemorizó su mirada, era lo más frívola.

—Claro, será un placer tenerte en casa —besó la mano a mi prima.

Los invitados más allegados salieron a despedirnos junto con mi vieja y nueva familia, mi querido esposo me ayudó a subir al carruaje, no sé si seré capaz de controlar los nervios. Estoy muy, pero muy nerviosa, las manos me sudaban. Antonio no me tocó, ni siquiera intentó acariciarme durante el trayecto a nuestra casa, había oscurecido mucho. ¿Estará igual de nervioso que yo?, no me atreví a mirarlo. La hacienda estaba iluminada con faroles solo en la entrada, la oscuridad reinaba en el interior, mi esposo no me ayudó a bajar, algo descortés, aunque los nervios pueden hacer que uno se olvide de ciertos detalles. Abrió la puerta, entró y yo me detuve en el umbral. ¡No pensaré cargarme!, mi madre me dijo que eso hacen los hombres, él se giró y se percató del desplante y lo corrigió, no había luz suficiente en la sala para ver sus expresiones.

—¡Ah! Se me olvidaba —dijo con sarcasmo, fue tan frío, y ese miedo volvió, me tomó en brazos y dijo la primera frase desconcertante.

—Bienvenida a mi casa Mariana Granados —¡mi casa!, no, nuestra casa, me llevó a una de las habitaciones que quedaban al lado izquierdo del segundo piso, abrió la puerta y los nervios volvieron a mí, ahora más intensos. ¿Pasará lo que dijo mi madre y en el fondo yo deseaba?, ¿me besará por todo el cuerpo?, me dejó en la entrada mientras que él se acercó a uno de los candelabros, lo encendió y se dirigió al siguiente, en total encendió dos lámparas y tres candelabros esparcidos por la inmensa habitación, era muy acogedora, la cama matrimonial fue ubicada en la mitad de las dos enormes ventanas, Antonio se acercó a ellas y corrió las cortinas a cada lado, no habló ni una sola palabra, se dirigió a la segunda ventana y realizó lo mismo. Noté que había dos puertas, una supongo que era el cuarto de baño y la otra, tal vez un balcón —sonreí—. La cama tenía un edredón blanco y sus cojines de un azul cielo. Miró atreves de la

ventana por unos segundos, me acerqué y le tomé la mano, pero no conté con su reacción y mucho menos con su manera de hablarme.

—¡No vuelvas a tocarme Mariana Granados! —su timbre voz fue tan frío y desconcertante, puedo decir que me habló en un tono alto y me tomó por sorpresa.

—¿Qué te pasa? —susurré, sabía que algo había cambiado y que esta noche no pasaría nada de lo que dijo mi madre, y jamás me esperé lo que él comenzó a decir. Alejó mi mano bruscamente, se dirigió a la puerta de la habitación y la cerró, yo aún seguía inmóvil al pie de la ventana.

—Ya no pongas esa cara de niña ingenua —dijo—. Ya sabes quién soy y lamento decirte que no se cumplirán tus planes.

—¿Qué?, ¿cuáles planes? Antonio soy tu esposa —le mostré el anillo—. ¿Qué te sucede? —soltó una carcajada forzada.

—¿Mi esposa?!, si, de algo servirá eso, por lo menos hará más difícil que tu plan se cumpla y el de los tuyos.

—¿De qué hablas? —traté de mantenerme firme, pero no sabía hasta donde—. ¿Por qué me tratas así?

—Sabes... casi te creo. ¡Bueno te creí! —gritó—. No sabes lo que pasaré por haber cometido ese estúpido error. Aunque estoy a tiempo de arreglarlo, así que deja a un lado ese papelito y muéstrate tal cual eres.

—No te entiendo —mi voz se quebró, trataba de comprender lo que pasaba, pero no entiendo nada.

—¿Así es cómo quieres jugar? —dijo mientras caminaba de un lado al otro, yo continúo en el mismo lugar, temía moverme.

—¡Jugar a qué! —exclamé.

—Tengo tiempo y paciencia —se cruzó de brazos—. Te cansarás de ser una mansa paloma y saldrá de ti lo que necesito para mandarte al infierno a donde perteneces.

Hasta ahí llegó mi autocontrol. Mi corazón estalló dentro de mí o por lo menos eso fue lo que sentí, las lágrimas emergieron y se me formó una opresión en el pecho, pensé que se desgarraría algo dentro de mí. No podía ser cierto, esto no debía de estar pasándome, no entendía nada, mi respiración se aceleró, lo miré y deseé no haberlo hecho, él tenía la mirada más fría, déspota y acusatoria, como si estuviera frente a un juez esperando una condena.

—Porque... —traté de hablar, no salieron las palabras, mi rostro bañado por las lágrimas, traté de respirar—. ¿Por qué me dices esas cosas Antonio?

—Lord Antonio o lord D'Montecarlos para la próxima —y esas palabras

fueron una daga en mi pecho, no pude hablar, no podía hacerlo, las piernas me fallaron, mi cuerpo dejó de ser mío por un instante. Caí de rodillas, él se acercó, se inclinó solo para enterrar la daga que estaba matándome.

—Deja el drama, parece real.

—¿Qué parece real?

—Me casé contigo solo con un fin y ya que no quieres mostrarte como realmente eres. Te diré las condiciones de este desagradable matrimonio y las reglas a las que deberás someterte.

Las lágrimas corrían por mi mejilla, no quería escuchar lo que me decía, me mataba con sus frías palabras y no se daba cuenta. Traté de protegerme, me abrazaba intentando proteger mi alma que gritaba para que la dejara salir, ella tampoco quería escuchar lo que le decía.

—Por favor Antonio...

—¡Lord! No te lo repetiré nuevamente. Mantendremos la farsa de luna de miel, permanecerás encerrada en la casa por las siguientes tres semanas igual que yo, cuando podamos salir, haremos creer que somos la pareja más feliz de este mundo. Ten presente que desayuno, almuerzo y ceno en casa, procura no estar a esas horas rondando, porque no quiero que me amargues la mañana, la tarde o la noche —cada palabra la registraba, sin procesarla, es lo mejor, las alejo de mi corazón y mi alma, ambos están en una encrucijada, están desorientados, no comprenden lo que pasa. Lo miré, en él había tanta rabia, mi mano intentó tocarlo, y él la alejó golpeándola tan fuerte que me lastimó.

—¡Te dije que no me toques! —gritó. Ya no pude más y comencé a híper ventilar y de mi salió un llanto desgarrador, no podía verlo con claridad, las lágrimas no me lo permitían. ¿Por qué Antonio me trataba así? —. No me interesas como mujer, jamás podría estar con una que ha sido... No. Que ha hecho cosas que en mi vida pensé que se hacían. Eres tan sucia Mariana que no quiero envenenarme con tu presencia, cometí el error de besarte y ya lo pagué muy caro, pero no volveré a caer en sus sucias manos —se alejó, se dirigió a la puerta mientras yo miraba al vacío. Se detuvo en la mesa de la entrada, no pude pronunciar palabra, el llanto no me lo permitió. Tomó mi cofre y lo tiró en la cama—. Ahí debes guardar tus porquerías.

Salió y me quedé mirando fijo el infinito, ¡le dijo porquería a mi cofre!, la piel se me erizó por el dolor que tenía en mi pecho, tiró lo que con tanto amor yo he guardado y son sus regalos. Él era mi vida, ¿cómo pudo referirse a mi sentimiento de esa manera?, no aguanté más. Me puse la mano en el pecho, temía que mi corazón dejara de latir. No podía ser cierto, ¿cómo logró cambiar todo?, me acosté

en el piso y comencé a llorar amargamente. Tenía tal desconcierto, era como si fueran otra persona, sentía tanto dolor y dudo que pueda soportarlo, ¿por qué Dios me pone esta prueba? Quería morirme —Dios ayúdame—. Recordé el medallón, el que parecía un crucifijo, me subí el vestido y desaté la bata que tenía en mi pierna, lo tomé y lo puse en mi pecho. No recuerdo hasta que horas de la noche lloré, tirada en el piso, solo fui consciente de llorar y llorar hasta que apreté el medallón y algo me pasó. Mi alma se desconectó del mundo del dolor, me trasladé a uno en el que no sentía nada, era mejor así. Si regresaba a la realidad moriría de dolor, por ahora prefería el lugar de mi mente, en el que no sentía nada y logré quedarme dormida.

CAPÍTULO 15

Desubicada

Escuché que alguien me llamaba.

—Señora —habló una mujer, no reconocí la voz, me moví, traté de abrir mis ojos, pero me dolía hacerlo. Estaba muy oscuro, las velas seguían encendidas ¿qué hora eran? A mi lado había una mujer bastante morena, algo rellena y con cara de ángel.

—Debe levantarse del piso y debe quitarse ese vestido.

—¿Quién eres? —preferí mantener los ojos cerrados, me dolían mucho.

—Me llamo Clementina, soy el ama de llaves, me encargo de la casa del del joven Antonio, levántese —me ayudó a caminar. Debe tenerle mucho aprecio, le dice joven en no lord.

—Gracias, ¿aún es de noche?

—No. Ya son las ocho de la mañana, y nada que sale el sol, el día parece noche, lo extraño es que estamos en verano. Jamás había pasado un fenómeno de estos en esta región y en ninguna parte que yo sepa —me dejé ayudar por la amable mujer, el día solo era consecuente a mi estado de ánimo y a como me sentía, recordé las palabras de Antonio, las lágrimas volvieron a salir, y en esta ocasión con un llanto que no pude controlar. Me alejé un poco de la mujer que me auxiliaba, como pude llegué al lavado y comencé a quitarme el vestido de novia. Me puse lo primero que encontré, al parecer mis pertenencias las acomodaron en sus respectivas cómodas. Salí y Clementina me esperaba con una bandeja de comida.

—No tengo hambre.

—La tendrá —la dejó en el nochero, me acosté y le pedí a Dios que me volviera a dormir, aferré el medallón. En ese estado mi alma no agonizaba, mi corazón no sufría y mi conciencia no pensaba. Dios me escuchó, en un instante me quedé dormida.

No recuerdo qué hora era cuando desperté, debía ser más de medio día, la bandeja de comida era diferente, la amable mujer debió cambiarla, me di la vuelta, no quería comer, no tenía hambre, quería que la tierra se abriera y me sepultara, quería morirme. El dolor volvió otra vez y el llanto surgió de nuevo, ¿es qué aún me quedaban lágrimas?, sentí escalofrío, toda mi piel se erizó por el dolor. ¿Por qué

Antonio me trató de esa manera?, tenía el pecho sangrando, como si no tuviera corazón o tal vez se encogió. Mi alma agonizaba, el llanto fue más fuerte, no me iba a contener, no podía. La buena samaritana abrió la puerta, es una mujer amable, tenía en sus manos una taza.

—Señora —se acercó la mujer—. Tomé al menos este té, le ayudará. No ha comido nada.

—Quiero morirme —susurré.

—No diga eso.

—¡Quiero morirme! —grité, necesitaba sacar mi tristeza, comencé a moverme de un lado al otro en cama, gritando y retorciéndome—. ¡Quiero morirme! —Clementina dejó la taza en una de las mesas y corrió a abrazarme, trataba de darme consuelo. Esto es peor que una pesadilla, no me controlé y tampoco quería, necesitaba sacar el dolor que me quemando por dentro.

—Cálmese señorita, por favor, cálmese —la misericordiosa mujer me tomó en sus brazos y me arrulló. Me trató como una madre consolando a su hija, sus cálidas manos me acariciaron el cabello, me arrullaba—. Todo estará bien —me calmé y dejé de patear, pero el llanto siguió y siguió.

—Él no me ama —dije—. Él no me ama Clementina y ¡eso me está matando, aquí dentro! —grité, poniéndome la mano en el corazón.

—Hay que esperar señorita, las cosas tomarán su curso —aferré mi amuleto ya se había convertido en eso, era mi boleto de salvación, con aferrarlo me dejaba inconsciente, me desconectaba del mundo.

Clementina me ponía paños de agua fría en la frente, mi cuerpo se estremecía, me dolía como si me hubieran arrastrado o golpeado a palo.

—¿Señorita me escucha? —era la voz de la mujer que se había convertido en mi salvadora.

—Me duele, me duele el cuerpo —le dije.

—Tiene fiebre muy alta, no puedo bajársela, por favor, ponga de su parte. Necesito un poco de ayuda.

—Quiero morirme, no te esfuerces —susurré.

—Está delirando otra vez —mi mente reconoció esa voz, mi cuerpo temblaba, no podía abrir mis ojos, lo que, si es cierto, es, que estaba en deuda con esa amable mujer que demostró ser más compasiva aun sin conocerme.

—La fiebre ha aumentado, no ha comido en estos cuatro días, ha pasado dormida la mayor parte del tiempo, se está muriendo. Si el señor no quiere un médico, que me diga y yo busco al curandero o que me dé permiso y la ayuda de la otra forma. Ya no sé qué hacer para bajarle la fiebre.

—¿Qué habrá pasado? —ese era Martín.

—El señor me dijo cosas horribles de la señorita Mariana en la mañana de la boda y no las creo. Mírala, parece un ángel y está sufriendo mucho por el desprecio del señor. Él jamás se ha comportado de esta forma tan inhumana —se le quebró la voz.

—¿Te has encariñado con ella Clementina?

—Creo que la han juzgado mal y en ella hay algo que me implora ayuda. ¡Martín!, está lejos de su madre, es una niña y no fue bienvenida, no hará nada para salvarse, quiere morirse, ha sido lo único que ha repetido. También dijo que él no la amaba y eso la mataba por dentro —escuché un suspiro—. Ésta muy enamorada del joven Antonio, lo he sentido en su llanto —volví a quedarme dormida. Pero esta vez soñé, estaba en una cama de hierba, en la tierra, mi almohada era la raíz de un hermoso y frondoso árbol, frente a mí había un hombre alado que iluminó todo a su alrededor, la luz fue cegadora, me fue imposible verle el rostro. Tomó mi mano, sentí una gratificante energía, que agradable es tenerlo en mis manos y así como apareció se esfumó, se fue, la oscuridad volvió a reinar, sentí un vacío. ¿Dónde estoy?, comencé a tocar a mí alrededor y sentí el crucifijo en mi pecho. El dolor volvió al reconocer que era la habitación de la casa de Antonio. Ya no me dolía el cuerpo, la fiebre había desaparecido, sentí un hambre atroz. Clementina entró con un candelabro en la mano y una vasija en la otra.

—Está despierta señorita —percibí alegría en ella.

—Tengo mucha hambre —dijo—. Gracias por tus cuidados, me has tratado con amabilidad y sin conocerme, te lo agradezco de corazón.

—Ya mismo le traigo algo de comer, no me tardo —dejó el recipiente en la mesa ubicada al lado de la puerta.

—¿Qué horas son?

—Es de madrugada —dijo antes de cerrar la puerta.

—¿No has dormido?

—Un poco. No se preocupe por mí ya le preparo algo de comer.

La escuché hablar en el pasillo con alguien, la tristeza no se había alejado de mí, solo esperaba a que fuera consciente para hacerse notar. Clementina no demoró en llegar, tenía una bandeja con pan aliñado y caldo calentado. Fue una bendición probar alimentos, me sentía muy débil, no pude con la cuchara, así que la dulce mujer me ayudó a dármela.

—Gracias —dije.

—Ahora duerma, tuvo tres días de fiebre alta, debe recuperarse. Vendré en la

mañana con su desayuno.

—Eres un ángel.

Sonrió ante mi comentario, me dejó sola y esta vez no logré concebir el sueño. Mi mente recordó cada palabra de Antonio, las lágrimas salieron esta vez en silencio, no soportaba el dolor de mi pecho, no podía entenderlo, en qué parte nuestra historia cambió. ¿Cómo un ser humano se transforma en un ser desconocido?, es como si fuera otra persona antes de nuestra boda era un caballero y ahora... ¿a qué se debe su indiferencia?

Logró mentirme, su papel fue tan convincente. Me afearé a la almohada y ahogué el grito que emergió en mí, era imposible que aún me salieran lágrimas, los ojos me duelen, no fue mucho lo que podía abrirlos. No pedí dormir, dejé que el llanto reprimido saliera y liberara un poco mi alma. Lloré y lloré, cada recuerdo vivido con él era una tortura, traté de recordar en que parte él mintió en nuestra relación, no logré detectar nada. Supo mentirme y yo como una tonta le creí. Las horas pasaban, escuché movimientos en la parte exterior de la casa, animales, el sonido de un carruaje. A los pocos minutos Clementina entró con algo blanco en sus brazos.

—Vino su prima a dejarle esto, me pidió que lo cuidara mientras usted llegaba de su luna de miel —la última frase la dijo mirando el piso.

—Es perfecta esta luna de miel —dije con amargura.

—Tome —dejó en la cama una bola blanca que salió corriendo en dirección a mí, era Conín, mi conejo, me dio tanta alegría verlo y sentirlo, se aferró a mí, una ola de energía estremeció mi cuerpo, podía jurar que escuché su voz dentro de mi mente. A lo mejor ya me volví loca—. Ya le traigo su desayuno —dijo Clementina, no respondí, abracé el conejo, tuve la conexión más extraña de mi vida. Tal vez... no esté bien de la cabeza, pero me alentó saber que para ciertos seres soy indispensable. Mi conversación fue mental.

“Los Animales tienen frío, no han visto el sol en estos días” —habló Conín.

“Es por mi culpa, me duele el alma”.

“Te necesitamos. Si tú estás triste, la naturaleza también”.

“¿Qué dices?”

“Eres nuestra fuente de energía” —no entendía lo que me decía Conín.

“¿Energía?...”

“Sí... debes superar tu dolor, ser fuerte, por nosotros” —se aferró a mi cuello y una descarga de imágenes jamás vistas se revelaron ante mí, vi el mar, la nieve, las montañas, los ríos, cientos de animales: salvajes, marinos, aéreos, terrestres, de todas las clases. La naturaleza se comunicaba conmigo de una forma mágica,

quedé perpleja, me alentaron y agradecí al cielo. Ellos susurraron

“ayúdanos. No hay sol, mi señora”.

—Perdónenme —les dije.

Clementina entró con el desayuno, ya no me sentía tan vacía, más bien resignada, el dolor seguía perturbándome y así permanecerá hasta que comprenda el porqué de su comportamiento, debo saber por qué se casó conmigo si no me ama.

También debo saber por qué me puedo comunicar con la naturaleza, es cierto lo que me dijeron, no debía arrastrarlos conmigo, el daño de miles de especies que dependían de mí no debe verse perjudicados por mi dolor personal. Aunque no entiendo lo que me pasa, fue celestial la conexión que experimenté, por esa razón dejé de influenciar el clima, lo liberé, me concentré, las nubes negras se disiparon y el sol volvió. Yo soy la que está sufriendo y así seguiré. Sola. Se filtró un rayito de luz por la cortina, Clementina sonrió, abrió las ventanas iluminando la inmensa estancia. Me dolieron más los ojos, pero fue gratificante sentir el calor.

—Ya era hora, la oscuridad me mataba. No se señorita, en los días oscuros se respiraba una terrible nostalgia en el ambiente —sonreí levemente ante su comentario.

—Debo bañarme —mi piel se palpaba pegajosa por mis cambios de temperatura. Clementina colaboró con el agua caliente para la tina, me mostró donde guardó mi ropa, los zapatos, mis prendas, había un espacio grande desocupado.

—¿Por qué están vacíos los cajones? —ella realizó una sutil mueca.

—En ese lado ubiqué la ropa del joven Antonio —bajó la cabeza—. Él me ordenó sacarla en la mañana de su boda.

—¿Por qué? —no escuché respuesta—. Entiendo, sé que él es tu patrón, le debes fidelidad, por mí no te preocupes. Ya nada me importa —Clementina pareció morderse los labios.

¿Qué había pasado? traté de no pensar en eso, no de día. Esperaría a que fuera de noche para sacar el dolor que me oprimía el pecho, al quedarme sola me limpié, el agua me pareció tan reconfortante. Al mirarme al espejo me fue imposible reconocer la mujer que se reflejaba, me era imposible creer que esa mujer fuera yo, mi rostro desencajado, tenía unas pronunciadas ojeras, sin contar con la hinchazón de mis ojos, me los toqué y me dolieron —. Esa mujer no eres tú —mi voz interior reclamó. Me retiré del tocador y volví a la cama, las lágrimas ya recorrían mi mejilla.

CAPÍTULO 16

Los días pasaron

SEGUNDA SEMANA

TERCERA SEMANA

5 de agosto 1781

Querido diario.

Sé que han pasado muchos días. Y perdona mi ausencia, no me encontraba en condición de escribirte. Sé que prometí hacerlo al siguiente día de la maravillosa noche de bodas, pero no fue así. En cambio, recibí una descarga de insultos, desprecios, indiferencias y todo lo malo que le pueda pasar a un ser humano.

Es triste que Antonio no me ame y no sabes el dolor que me ha causado descubrirlo. No entiendo con qué fin juró ante el altar si no le intereso como mujer y le produzco asco, han pasado tres semanas y no lo he visto desde la “noche de bodas”, estuve enferma y no le interesé en lo más mínimo. Ya no tengo alma, se ha escondido en algún lugar de mi cuerpo, mi corazón quedó destrozado, ¡no comprendo lo que pasó! ¿Por qué mintió de esa manera? Que ganaba con ilusionarme. Él me trató como una cualquiera, y aunque te parezca raro, lo sigo amando. Yo no soy igual a él, no sé cambiar de estados de ánimo y menos de sentimientos, yo le entregué mi alma a sus miradas, a sus besos. Pero, a él parece no impórtale en lo más mínimo.

Estoy desecha, lloro todas las noches, su desprecio e indiferencia me matan, me quema por dentro, sé que no debo seguir así. Solo que no me siento con las fuerzas necesarias para verlo y enfrentarlo, supongo que en algún momento debo hacerlo y qué exigirle una explicación y diga cuál fue mi falta, él me acusa de algo que hice... y mientras ese día llega yo sigo reviviendo mi historia a su lado, tratando de entender por qué cambió de esa manera tan abrupta.

Trato de no llorar en el día, Clementina se entristece al verme. Solo esa noble mujer se ha conolido de mí. A ella le debo el estar viva.

Lamento escribirte estas palabras, no sabes lo que diera por cambiar las cosas, no sabes lo que diera porque me amara como yo lo amo. También quiero decirte desde que estoy en esta casa no he asistido a misa y no he tenido pesadillas y no escucho voces, por el contrario, en muchas ocasiones he soñado con un ángel cuidándome, no le he visto el rostro, pero sueño con él muy seguido, él vino en esos días en los que estuve enferma, creo que es mi ángel de la guarda. Solo él y Clementina han sido mi soporte para tan oscuros días.

También quiero comentarte la experiencia que viví con Conín, fue el mensajero de una verdadera conexión celestial. Por el dolor que sentía, había ocasionado un cambio histórico en el mundo, dejé que la noche se adueñara del día y eso estaba matando a mis animales. Te parecerá extraño, siento que los animales son míos, todos. Mi vida ha cambiado, nada parece ser real en ella.

Cerré mi diario, era muy temprano, me bañé, no me importó el agua fría, a pesar de eso causaba un efecto de relajación en la inmensa bañera, me di cuenta que era jueves, el próximo domingo tendríamos que ir a la misa dominical. ¿De dónde sacaré fuerzas para fingir que somos felices? Ya es suficiente de este encerramiento, quería ver otros rostros, ver a mi madre, abrazarla, si supiera la falta me ha hace y ver a mi prima. Si ese era el sacrificio a pagar con tal de verlas,

lo tomaré con agrado. No debo nada, ya no tengo porqué encerrarme. ¿Seré capaz de verlo?, salí del agua, me vestí y al sentarme en el tocador noté que mis ojos seguían hinchados y el rostro demacrado, no voy a morirme, aunque quisiera, eso no pasará. Le sonreí a la mujer del espejo, tal vez esto se llame resignación.

—No te pareces a Mariana —me dije a mí misma—. No tienes que esconderte —y tenía razón, no he hecho nada malo, salvó algunas bromas en la escuela a compañeras que me parecían antipáticas. Me maquillé, recogí mi cabello y lo envolví alrededor de sí mismo, lo tapé con un gorro parecido al que utiliza en escuela, era feo, pero la tela que se adhirió al contorno de mi cabeza. Si todo fue mentira lo que él me dijo entonces no le gustaba verme el cabello suelto. Se me formó una vez más el nudo en la garganta, suspiré y me dije a mí misma que en la noche lloraba—. Con este peinado parecía una mujer mayor —hablar con uno mismo no es nada agradable, mis ojos carecían de expresión alguna y la risa no se asomaba por mi rostro desde hace varios días—. Debes ser fuerte. No llorarás frete a él, sus palabras las ignorarás cada vez que te las diga, guarda el dolor hasta que vuelvas a esta habitación y estés sola, no le sigas el juego —le ordené a la mujer del espejo.

Acaricié el medallón, lo observé y lo guardé debajo de mi vestido y salí, la casa admiré la majestuosidad de la misma, es grande, con bellos acabados en madera de todos los tonos y de buen gusto, no lo niego. Cada parte parecía haber sido elaborada con la mayor dedicación y esmero posible. Al bajar las escaleras me topé con Clementina que traía el desayuno.

—Señorita... —noté su nerviosismo, lo que me confirmó que Antonio estaba en la casa.

—Comeré en el comedor, Clementina —abrió los ojos en señal de que era una mala idea, le quité la bandeja de sus manos y me dirigí al comedor donde él desayunaba, al verme se sorprendió. Puse el desayuno en la mesa y me senté mirándolo, le salía la ira por los ojos.

—¿Tenías que dañarme la hermosa mañana?! —se levantó tirando la servilleta, no le presté atención, ignoré su comentario, continué desayunando. Se alejó, me dejó sola, los ojos se me humedecieron, pero me contuve.

—En la noche —susurré.

Al terminar caminé la casa, conociéndola, admirándola y descubriendo el maravilloso talento del carpintero contratado por Antonio. El color blanco y madera predominaba, supongo que ese fue el único requisito que pidió. En el estudio había un enorme cuadro de Capricho labrado en alto relieve de color blanco en madera. Era hermoso, lo admiré por un largo tiempo, algo que también

predominaba eran los ventanales grandes. Había unos candelabros torcidos adheridos del marco de la chimenea — ¿serán por la moda? —. Uní mis cejas, no me gustó, pero no los enderece, no era mi casa, había una gran biblioteca y muchos libros que me parecían antiguos. En el recorrido noté que no había un solo jarrón con flores —aunque se enoje las pondré—. Dejé la cocina para lo último y es increíble, grandísima, Clementina lavaba los platos y yo comencé a mirar donde quedaba la despensa. Me dieron ganas de cocinar, tomé una vasija y la llené con agua, dejándola en el horno y comencé a picar verduras. No me percaté que Clementina me observaba hasta que habló.

—Señorita ¿qué hace?

—Cocinando, ¿hay algún problema? —me mordí el labio.

—No piense mal, el señor me dijo que no la dejara cocinar porque... —se detuvo.

—¿Puedo envenenarlo? —respondí, mi pecho se estremeció y la daga penetró más en mi interior. Ella afirmó con un sutil movimiento, respiré profundo, en la noche lloras Mariana, le sonreí sin emoción alguna—. Quédate, así te darás cuenta que no lo enveneno —la miré—. Déjeme hacer algo, me estoy volviendo loca. Él no tiene por qué enterarse, por favor —le supliqué.

—Sé que usted no mataría a nadie, pero él se enojará mucho conmigo —tenía razón, sería injusto con la única persona que me ha tratado como un ser humano. Dejé picar, puse el cuchillo a un lado y me disponía a retirarme—. No me importa que me saquen a patadas, le daré de su misma medicina y ese joven le quiero halar las orejas —dijo cuándo me disponía a salir, la miré y le sonreí—. Tiene usted una linda sonrisa.

—Gracias y gracias.

Realicé la comida y me enteré que a los hermanos D'Montecarlos les gusta mucho las sopas y no podían faltar al medio día. También le gustaban la comida al horno, los arroces y las ensaladas. Sonreí al descubrir que mi madre supo criarnos, mientras me deleitaba preparando la sopa, recordé cuando teníamos catorce años y comenzó con su tradicional discurso.

—La verdadera mujer de familia debe saber cocinar. Es de vital importancia, así lograrán mantener un matrimonio más unido.

—¿Qué tiene que ver la cocina con el hombre tía? —preguntó mi prima.

—Sí mamá, ¿a qué viene eso?

—A que ustedes, formarán una familia y al hombre le gusta que lo atiendan.

—¡Eso es injusticia con las mujeres! —le dije.

—No, eso es equilibrio. Hijas, en el matrimonio la mujer es la que impone la

doctrina de la casa. Aunque el hombre presume de serlo, nosotras somos el eje y lo entenderán algún día, tenemos el control si sabemos llevar el matrimonio.

—Si tú lo dices —le contesté.

Me alegré de recordar esas palabras. Era cierto, era una mujer casada, aunque él no me amara yo era la señora, debía cuidarlo así sea a escondidas. No quería que Antonio se enojara, mientras más alejada, será lo mejor, acordé con Clementina que yo me encargaría de la casa a escondidas. El almuerzo y la cena correrían por mi cuenta siempre y cuando él no esté en casa, me emocioné ante esa pequeña travesura, cuidaría de él sin que lo notara. Velaría por la pulcritud de su ropa, de su comida y lo que necesitara. Antonio llegó una hora antes de lo que acostumbraba hacerlo según información de Clementina, quien ahora era mi cómplice. Habíamos terminado el almuerzo hace unos minutos, solo era servirlo, me senté en la mesa donde comía ella y Martín. Al escucharlo intenté escóndeme, acto que rechazó ella y me dijo que él no entraba a la cocina, me tranquilicé, la vi servir el almuerzo. Al salir traté de agudizar el oído para poder escuchar alguna conversación, pero fue en vano.

—¡Qué susto me distes Clementina! —le dije después de pegar un salto, me llevé la mano al pecho. Ella se ríe, al parecer también emocionada con la travesura.

—Lo siento —trató de sofocar una carcajada.

—¿Qué te dijo?

—Nada, que tenía hambre y a partir de este momento almorzará a esta hora para no verla —bajó la cabeza y comenzó a servir mi plato de comida. Cuando me disponía a comer, Antonio entró, tenía en la mano un plato vacío. Su odio fue notorio.

—¿Qué haces aquí? —no pienses Mariana.

—Siendo considerada contigo, en la mañana me dejaste muy claro que te había dañado el desayuno, no quiero dañarte la tarde —se me erizaron los vellos por el dolor que causaron sus palabras.

—¿En qué puedo ayudarlo señor?

—Quería más sopa, te quedaron muy ricas hoy —comentó.

—Ya le sirvo más.

—Gracias —no lo miré por temor a que se me asomara algún brillo de felicidad. ¡Le gustaron mis sopas!, no me importa que otra se lleve los créditos, me alegré, aunque no lo supiera recibiría un poco de mi cariño. Que tonta soy, conformarme con tan poco, no era digno de una Granados.

Pasé la tarde en la cocina, hicimos pan aliñado para el desayuno, postres

cocidos y una variedad de tartas. Cené antes que él y me senté a esperarlo, encendí las lámparas para iluminar la casa, cuando encendí la última en el comedor, me topé con su severa mirada. Me tomó por sorpresa, no escuché su caballo, además venía de la biblioteca.

—Lo siento —dije.

—Fíjate por donde caminas —su voz fue agria. Ya era suficiente por el día de hoy, no era capaz de soportar un desprecio más, no era necesario degradar más mi dignidad, lo mejor era encerrarme y liberar el dolor que me ha causado en el día.

—Hasta mañana Antonio —adoré su nombre, ojalá se dé cuenta.

—¡Lord Antonio! —dijo—. ¡Qué no se te olvide!

No lo miré, ya tenía las lágrimas en mi rostro y la opresión en mi pecho, el corazón comprimido, subí las escaleras y al entrar a mi habitación cerré la puerta, dejé que saliera lo que aguanté durante el día. El desprecio de la mañana, la ironía del mediodía y frialdad de la tarde, el alma me dolía, mi piel completamente erizada, acaricié mis brazos para tratar que volvieran a su estado normal, pero fue imposible. Entré al baño, me cambié de ropa, me puse la bata de dormir y me acosté a llorar hasta quedarme dormida.

CAPÍTULO 17

La misa

Llegó el domingo y le acepté el consejo a Clementina cuando trajo el agua caliente para bañarme. Eran las cinco de la mañana, pronto debemos salir y no es costumbre en Antonio llegar tarde a ningún lado y menos a la eucaristía, además deseaba abrazar a mis padres y a mi prima. Me miré al espejo y me apliqué un poco de fragancia, ya estaba lista, sentada en la cama esperando a que llamaran, por fin tocaron, los nervios se aceleraron, no lo había visto desde que me lo encontré en el pasillo. Él me evitaba al máximo.

—Hola Clementina.

—El joven la espera.

—¿Y bien? —le pregunté haciendo un gesto de que opinara sobre cómo me había arreglado.

—Usted está muy linda, debería arreglarse más a menudo porque es muy hermosa.

Me sequé las manos en el vestido, me sudaban. No lo vi en el living ni en la antesala, la puerta de la casa estaba abierta —suspiré profundo y descendí los escalones—. Esperaba en el jardín, al que aún les faltan las rosas, vestía elegante como siempre, me miró y juró que un leve brillo asomó a sus ojos, y al instante de haberle sonreído su expresión cambió, fue lo peor que pude haber hecho, su mirada volvió a ser la misma, apretó su mandíbula y se dirigió al carruaje que aguardaba. Ingresó primero dejando a Martín la responsabilidad de ayudarme a subir, sentí una picazón en los ojos, me recordé la promesa de no llorar delante de él. No lo miré en el tiempo que duró el trayecto al pueblo, pero puedo jurar que en más de una ocasión él si me miró, solo que no lo comprobé. Llegamos al pueblo.

—Haz tu mejor papel —dijo antes de bajarse, volvieron las ganas de llorar, tomé aire, me di ánimos. Si, tú puedes Mariana el esperaba para ayudarme a descender y salí del carruaje, le extendí mi mano y el recibió con un fingido gusto. Mi cuerpo se estremeció ante nuestro toque de manos y que entrelazamos. Nos miramos el uno al otro, al vernos frente a frente sentí que hablábamos mentalmente y las preguntas surgieron. ¿Por qué me haces esto?, ¿qué te he hecho?, ¿por qué lo hiciste?, ¿qué te hice?, ¿me decepcionaste?, ¿por qué me hieres con tu indiferencia?, y ninguna tuvo respuestas. Me llamó mi prima.

—¡Mariana! —soltó la mano de Eduardo y corrió a mi encuentro, yo hice lo mismo y no aguanté más, las lágrimas salieron sin poder contenerlas, mi madre también llegó y su abrazo era lo que necesitaba, me aferré a ella con fuerza.

—Tontita, no llores por qué me harás llorar a mí.

—Lloro de felicidad —contesté, espero que Manuela me crea.

—¡Estás hermosa! —mi madre se ve tan bella.

Antonio se acercó y me tomó de la cintura, ofreciéndome por cuarta vez su pañuelo, me besó la coronilla, un estremecimiento mayor recorrió mi cuerpo, me atreví a mirarlo y él lo hacía como...como cuando éramos novios, sus ojos brillaban de alegría, su dedo índice recorrió el contorno de mi rostro, parecía amarme.

—No llores cariño —dijo sonriendo.

—Así son las mujeres —comentó mi padre, lo miré y él me tenía los brazos extendido, corrí hacia él.

Sonaron las campanas para dar inicio a la eucaristía. Antonio y yo entramos tomados de la mano y sonreí ante lo que vivíamos, podía ser feliz y aprovechar al máximo la farsa, en esta situación él debe acceder a mis abrazos, caricias y porque no, besos. Que tonta fui al ilusionarme con tan poco, pero me pareció la mejor idea, como tonta seguí mis instintos. Me aferré a su brazo mientras el Padre realizaba la eucaristía, apoyé mi cabeza a un costado de su brazo, no lo miré, solo sentí que él lo hacía con insistencia. No quería que se acabara la misa, lo tenía a mi lado y me sentía la mujer más feliz del mundo. Mi corazón volvió a flotar en los recuerdos y el primero que se me vino a mi cabeza fue la noche antes de nuestra boda, cuando me estrechó en sus brazos, el sentir nuestros labios explorando y fundiéndose uno en el otro, era la primera vez que yo besaba. Eduardo giró y nuestras miradas se encontraron, comprendí que él había leído mis pensamientos.

“No le digas nada a Antonio por favor” —le hice un gesto de no digas nada.

“Sé que puedes escucharme, te suplico que lo bloques. Escucha lo que quieras de mí, pero no le des información a tu hermano” —él asintió—. *“Gracias”* —le dije mentalmente.

“Por cierto, no le hagas lo mismo a mi prima, ella te adora y no es tan fuerte, con la muerte de mis tíos quedó muy frágil, la matarías con un desprecio” —Eduardo volvió a mirarme, en sus ojos había indignación. Me atreví a preguntarle—. *“¿Amas de verdad a mi prima?”* —él volvió a afirmar, le regalé una leve sonrisa.

Al terminar la santa eucaristía. Mi familia se acercó a nosotros, nos reunimos

en el jardín donde esperábamos a que llegara el padre Gumersindo, no le había soltado la mano, dentro de poco regresaría a la realidad. Necesitaba hablar con el Padre. Así que sin decirle nada subí las escaleras y entré una vez más a la parroquia, no lo encontré, suspiré, supongo que será mejor no decirle nada. Al regresar al jardín él ya hablaba con mi familia y Antonio miraba la entrada de la iglesia como si me esperara, sonrío al verme y una pequeña tontería pasó por mi mente, bajé corriendo las escaleras y cual niña me lancé con la ilusión que me sostuviera, una vez vi a mi prima hacerlo y desde ese día he querido hacer lo mismo. Me recibió con los brazos abiertos y una sincera sonrisa, me abrazó y giró sobre sí mismo conmigo en sus brazos.

—¿A qué se debe esto? —no le dije nada, acuné su rostro y lo besé, le entregué mi alma en ese beso. Escuché a mis padres reír y al Padre comentar lo enamorado que estábamos.

—Mariana, Antonio, qué gusto me da verlos —el Padre le ofreció la mano a mi esposo y luego me abrazó, lo miré de reajo, sé que mi repentina euforia lo tomó por sorpresa, quedó desconcertado, pensativo y su mano derecha convertida en un puño. No le gustó, aparentó ante ellos—. Qué felicidad me da que estén de regreso —sonreía.

—Hija ¿cuándo nos visitas? —preguntó mi madre.

—Aún sigo arreglando la casa, te prometo visitarte pronto. Padre ¿puedo pasar esta semana por algunas semillas, flores y plantas? —sonreí—. Mi casa carece de ellas —Antonio me miró—. Dijiste que esa era mi tarea.

—Por supuesto Cariño —como me gustaría que me llamara siempre así. Lo miré y noté que sus manos aún permanecían empuñadas—. Ya debemos irnos.

—¡Claro! Los recién casados quieren soledad —dijo el señor Granados, yo sentí que mi rostro se había sonrojado al comprender que hacían alusión a lo que hacen los esposos, Antonio sonrió. Nos despedimos, mi querido esposo me ayudó a subir y una vez en el carruaje retomó su acostumbrada frialdad.

—¡No abuses en estas circunstancias! No sabes la repulsión que me genera el estar en contacto contigo —se limpió los labios con la manga de su traje, su voz fue tan fría y déspota, sentí su rabia y con ella el desgarramiento una vez más en mi pecho.

—Me dijiste que hiciera mi mejor papel —la voz se me quebró.

—¡Evita tocarme!, y sobre todo jamás vuelvas a besarme, no te das cuenta, ¿qué casi vomito? —los ojos se me humedecieron, aparté la mirada.

No le contesté, si lo hacía mi voz rompería en llanto y era mejor reprimirlo, me estremeció. Era más doloroso así, tener una hora de felicidad por 23 de tristeza,

mi corazón lloró lo que mis ojos no pudieron, mi piel erizada y deseaba encerrarme en la habitación y poder desahogarme. Saqué de mi bolsa una cinta para recogerme el cabello, no funcionó el consejo de Clementina — ¿Por qué no llegamos rápido? —. Mi piel continuaba erizada por tantos sentimientos reprimidos. Una vez se detuvo el carruaje y comprobar que habíamos llegado, salí corriendo en dirección a la casa, las lágrimas salieron sin poder retenerlas una vez entré al cuarto. No salí el resto del día, tenía una tristeza enorme y el recuerdo de él limpiándose la boca por haberlo besado no se me quitaba de la mente, no pude recuperarme, volví a llorar, fui tan estúpida al ilusionarme, yo sabía que era una mentira. ¿Por qué dejé que mi corazón soñara?, el problema es que me volvió a mirar así, como si fuera su todo, y en ese momento no comprendí, él solo necesitaba aparentar, jamás me ha amado. Aferré la almohada para ahogar el grito, me siento tan insignificante.

20 de agosto 1781

Querido diario.

Discúlpame por no escribirte a menudo, cada vez que lo hago quedo desolada, siempre Antonio me evita, nos vemos solo los domingos para asistir a misa, hago los quehaceres de la casa, preparo los alimentos a escondidas, no quiero que regañe a Clementina, esa mujer es un ángel, es lo único que puedo hacer, si no lo hago siento que muero. Debo arreglar el jardín, ya le he dado muchas largas al tema, trataré de hacerlo en esta semana, le falta vida a esta casa, y ya es suficiente de recibir desplantes.

Sabes, no sé en qué trabaja, no sé nada de él, he notado que sale mucho en las noches y regresa tarde, a veces no llega en todo el día, te parecerá masoquismo, pero no quiero que le pase nada. El bosque es muy peligroso y como estúpida rezo a diario por él, es absurdo que no pueda odiarlo o despreciarlo por la forma en que me trata, tengo motivos para hacerlo, es solo que no puedo.

Deseo tanto regresar a mi casa, los extraño mucho. Tal vez sea terquedad mía, pero quiero saber porque se esmeró para enamorarme y mostrarse interesado si no era así, ¿qué ganaba mintiéndome?, me hizo creer que era su vida, yo no puedo estar más equivocada, las rosas, el beso, no siento que eso fuera falso. Lo que sí es verdad es que en estos meses he sido tan desdichada, desde su cambio, no hay noche que no lo llore, no quiero hacerlo, pero no puedo gobernar en mi sentimiento, mi pecho quedó en carne viva y con cada desprecio me quema el

alma. Continúo esperando respuestas a las mismas preguntas, esas que me taladran y carcomen las entrañas, no estaré tranquila hasta obtenerlas: ¿Por qué mintió?, ¿por qué no tengo la fuerza suficiente para exigirle una respuesta?, al menos la merezco.

Salí de la habitación al escuchar el galope de Capricho alejarse. Realicé las labores diarias, como una tonta acariciaba su almohada. Los alimentos fueron preparados desde temprano, Antonio llegó a la hora del almuerzo en compañía de Eduardo, Clementina les arregló la mesa mientras yo almorzaba en el comedor de la cocina, los hermanos se tomaron dos platos de sopa y una vez más se llevó los honores.

—¿Dónde están?

—Siempre se reúnen en el despacho, ahora les llevo un té.

—Yo puedo hacerlo, está su hermano y no me saldrá con grosería. Debo aprovechar los segundos de amabilidad —sonreí forzosamente, ya poco lo hacía.

—¿Está segura señorita? —comprendí su duda.

—Sí —preparó el té, lo puso en una bandeja y me dirigí al despacho, al acercarme alcancé a escuchar la última frase de la conversación que mantenía con su hermano.

—Lo lamento, pero yo si amo a Manuela —le contestó Eduardo a su hermano. Traté de contenerme, ignorando el dolor y el erizamiento de mi piel, últimamente ese es mi estado. Su hermano sabe la verdad, él no me ama, recordé que debía llorar en la noche. Toqué a la puerta.

—Adelante, Clementina —dijo Antonio. Entré sonriendo, Eduardo me regaló una leve sonrisa con una inclinación que no la pude devolver, mi esposo arruinó mi acto de amabilidad.

—¡No seas ridícula Mariana!, entre mi hermano y yo no hay secretos, no te esfuerces en parecer amable —se levantó de su silla y se dirigió a la ventana, dándonos la espalda. Intenté hablar, pero no salieron las palabras, miré a Eduardo quien bajó la mirada avergonzado por el comportamiento de su hermano mayor. Dejé la bandeja en el escritorio, no pude controlar mi dolor, las lágrimas estaban a punto de salir, mi piel se estremecía, di la vuelta y salí del despacho. No pensé en nada, necesitaba tomar aire, salí a la terraza y de un momento a otro emprendí a correr, necesitaba alejarme, corrí hasta que las piernas me pedían descanso. Las voces volvieron, tenía semanas de no escucharlas, traté de controlarme, recordé los ejercicios del padre Gumersindo y minimizaron un poco. Cuando me calmé reconocí el lugar al que había llegado,

aquí pasé un inolvidable día de campo.

Caí de rodillas, me encontraba lejos de la casa, no quería volver. Él no notará mi ausencia, recordé esa tarde, cuando creía en que él me amaba, la forma en que me miraba, me torturé con el recuerdo. Entré en un estado de somnolencia; escuchando la brisa, que revoloteaba a mí alrededor como si yo le diera vida. Las voces cesaron, es como si me observaran, miré a varias direcciones y no vi a nadie. Las horas habían pasado, pronto oscurecerá y prefiero sumergirme en la oscuridad y no aguantar su indiferencia, observé el atardecer, hace tiempo no lo hacía, me pareció lo más hermoso. Estaba triste, pero desde que llegué a ese lugar no había llorado, salí de la casa para encontrar un lugar donde hacerlo y no pude, la naturaleza, la tierra en mis pies, el agua del lago, el viento rozando mi rostro y la representación del fuego escondiéndose ante mí, tenía todo a mi disposición, ellos no me dejaron llorar. No lo sentí llegar.

—Mariana, ha oscurecido —su voz era un canto de ángeles.

—¿Por qué lord Antonio? —ese era el momento perfecto para aclarar su comportamiento.

—Por qué, ¿qué? —estaba a dos pasos de mí, con sus brazos cruzados, tan angelical y al mismo tiempo tan frío, me levanté y lo miré.

—¿Qué ganabas con hacerme creer que me amabas cuando no es así? —alzó su ceja y de la manera más indiferente respondió.

—Yo no te hice creer nada, no es mi problema que te ilusionaras —acababa de recibir un latigazo y sufrí un colapso respiratorio—. De algo si estoy seguro, nunca te dije que te amaba.

—Me besaste —susurré, las lágrimas emergieron y mis labios temblaban, traté de recordar y era cierto, él nunca me dijo que me amaba. Yo lo supuse.

—Desafortunadamente —no pude hablar, las palabras se quedaron enredadas en mi garganta, destrozando mi interior a su paso. Lo miré, me llevé una mano al pecho, mi corazón podía colapsar y la otra a mi boca para ahogar el grito. Intentó acercarse, pero lo detuve. Me dirigí al sendero sin dejar de llorar, había oscurecido y Antonio me escoltó, tal vez pensaba que yo me iría con él en el caballo, no sería capaz de tenerlo cerca de mí. Es preferible caminar.

—Mariana, ya oscureció, yo te llevo —no dije nada, él caminaba con su caballo a un lado, me intentó convencer y yo seguía callada. Comencé a recordar mi relación con él, los recuerdos de mi cumpleaños, las cartas, el bendito beso que me quemaba, todo y fue cierto, él jamás me amó solo fue atento, comencé a llorar con más sentimiento. Yo fui la que se enamoró sola, no pude controlar el llanto y tenía rabia conmigo misma por ser tan débil, estoy llorando delante del

causante de mi desdicha, sigo humillándome, ¿Por qué no puedo mostrar indiferencia? Se alejó de su caballo y se me acercó.

—¡No seas terca, ¡por favor sube!

—No... yo... no... —no pude hablar, no pude. Escuché el galopar de dos caballos, al acercarse, Martín alumbró mi cara, el otro era Eduardo quien se bajó y de inmediato corrí para abrazarlo.

—¡Sácame de aquí! —logré decirle.

—No le... —fue interrumpido.

—¡Ya para Antonio! —jamás los había escuchado alzarse la voz—. ¡Para! —le gritó—. Es suficiente.

Eduardo me ayudó a subir al caballo y comenzó a galopar. Traté de contenerme, pero me era imposible, lloraba y lloraba con tal sentimiento que podía jurar su hermano se había conmovido. Divisé las lámparas de la casa, me aferré al crucifijo que siempre llevo debajo de mi vestido —ayúdame Dios, ya no soporto más y presioné más el medallón—. Y al decir eso me desconecté del mundo.

CAPÍTULO 18

Un regreso inesperado

Observaba desde el balcón el nuevo día que se despertaba ante mí, era un bello amanecer, el sol me dio la bienvenida después del revelador día de ayer, Antonio tenía razón, jamás me dijo que me amaba, yo sola debía afrontar mi sentimiento, mi error fue creer en el brillo de sus ojos y creer que significaba lo mismo que yo sentía, aun así, no era necesario casarse conmigo, esa pregunta necesitada que me la respondiera, ¿por qué lo hizo?, Clementina entró en mi habitación.

—Buenos días señorita, ¿cómo se siente hoy? —dejó el desayuno en la mesa.

—Bien —la miré—. Ya no puedo devolver el tiempo, debo asumir mí... ya no viene al caso. ¿Clementina qué me pasó?, recuerdo que cabalgaba con Eduardo y hoy desperté en mi cama.

—Se desmayó antes de llegar a la casa.

—¿Eduardo me trajo hasta la habitación?

—No. Lo hizo el joven Antonio.

—¿Antonio? —me desconcertó mucho.

—Se quedó anoche en la habitación conmigo, cuidándola hasta la madrugada.

—No recuerdo nada —dije—. ¿Cuidándome?

—Salió esta mañana, el joven Eduardo llegó con noticias del pueblo y salieron.

—¿Pasó algo?

—No lo sé. Usted sabe lo misterioso que pueden llegar a ser.

—Siempre son misteriosos.

Durante el día estuve tranquila, muy triste eso sí, mi corazón ya no sanaría, debía seguir la vida con mi pena, la herida seguiría sangrando hasta que el tiempo decida sanarla.

Los días pasaron eternamente a mi parecer, entramos al mes de septiembre pronto entraremos en otoño. Realizaba mis labores en la mañana y en las tardes me encerraba a escribir mi diario, y confieso, también esperando su regreso, al oír el galope de Capricho me dormía —con la tranquilidad que lo tenía en casa—. El llanto había mermado, a veces pasaban dos días sin que mis ojos se humedecieran. En los últimos días llegaba muy tarde y me quedaba dormida sin

escucharlo, me daba cuenta que amanecía en la casa por su cama desarreglada, últimamente no almuerza en casa y le pedía a Clementina que le guardara su comida. ¿Qué le pasará?, ¿por qué no quiere estar en casa?, la respuesta es muy obvia tonta, le fastidia mi presencia o ¿habrá otra razón para su ausencia? Mi mente me jugó una mala pasada —él no viene porque ama a otra—. Se ve con otra mujer, por eso no me ama, me quedé sin aire al darme cuenta que era muy posible, la rabia se apoderó de mí, eso lo explica todo, su comportamiento, su lejanía de la casa. Clementina tocó la puerta, me encontraba en el balcón, había acondicionado unos muebles para admirar el horizonte, el atardecer pronto ocurriría. Cargaba mi conejo Conín en mis brazos, en ocasiones me visitaba y se quedaba conmigo.

—¡Pasa Clementina! —grité.

—El señor le manda a decir que esté lista, asistirán a una fiesta esta noche en la casa de los Bertalot —la miré desconcertada.

—¿Qué?

—Que se ponga su mejor vestido, suéltese ese cabello que no me gusta vérselo amarrado —ese comentario era de su total autoría.

Han pasado diecisiete días que no lo veo y ahora lo vería con personas a nuestro alrededor, me tratará bien, no me atreví a sonreír, debo evitar cualquier dolor posterior. Me cambié el vestido, este me lo elaboró mi madre para asistir a un cumpleaños y a última hora no lo hice por estar castigada. Era de color rosa y su bordado era un rosa más fuerte, es con sombrero, pero quería tener mi cabello suelto, no por Antonio sino porque he pasado mucho tiempo con el recogido, últimamente lo llevaba con una trenza a misa los domingos, ocultándolo con gorros. El pasado domingo me tocó inventar un compromiso para excusar a mi esposo ante las personas que lo preguntaron. Él y su hermano pasan muy ocupados y debe ser verdad, el Padre lo confirmó —la gente está más enterada de él, que yo—. Me maquillé suave, apliqué un poco de fragancia y sonreí ante el espejo, escuché ruido en la habitación siguiente, era la de Antonio.

—Ya está en casa—me acerqué a la pared y como una tonta la acaricié, sonreí ante la idea de verlo, mi corazón se aceleró igual a... ¡eso fue mentira! Salí y decidí esperarlo en el primer piso. Clementina encendía los candelabros, le ayudé con un par, cuando me dirigí a encender las del segundo piso Antonio me observaba al pie de las escaleras, mi corazón se aceleró desbocadamente, su mirada era tan bella, sus ojos brillaron como hace mucho no lo hacía, fui tan tonta de creer otra cosa, siempre me pasa lo mismo. Le ofrecí una leve sonrisa y se transformó en una roca fría e inexpresiva.

—Ya estás listas, debemos irnos —fue lo único que dijo.

—Un poco de cordialidad no le queda mal. Buenas noches Lord D'Montecarlos —di la vuelta, salí en dirección al carruaje. No pronunció una sola palabra, pero intenta no reírse, en más de una ocasión lo sentí con ganas de burlarse de mí y fui constante su mirada. No pude verlo, la oscuridad me lo impidió, por fin llegamos. Entramos a la reunión tomados de la mano, como era nuestra costumbre ante estos eventos sociales. Me alegré mucho ver que Manuela que ya se encontraba en la reunión, corrí a abrazarla, desde que me había casado solo nos veíamos los domingos.

—¿Cómo estás? —me preguntó con una gran sonrisa.

—Un poco preocupada —dije, mientras la alejaba de los hermanos D'Montecarlos. Sé que le podía sacar información de lo que hacen, Eduardo le contaba más cosas de lo que Antonio me decía a mí, que era nada.

—¿Por qué? —se alteró.

—¿Manuela has visto a Eduardo esta semana?

—Bueno, solo dos veces —arrugó su frente—. El martes y el jueves y han sido minutos. Pasan trabajado con la gente del pueblo. Al parecer los ataques han regresado —me miró—. ¿Antonio no te ha dicho nada?

—Él me mantiene alejada de eso para no alterarme, no lo dejaría ir a ninguna parte.

—Qué lindo de su parte —sonreí.

—¡Qué sorpresa señoritas! —Manuela y yo giramos al escuchar la familiar voz. Era Alfred Colville, era mi mejor amigo de infancia y se fue del pueblo a estudiar medicina en Londres, ya debe de ser un doctor, mi prima lo conoció un par de meses. La familia de Alfred eran los dueños de la hacienda que quedaba en la parte de atrás de nuestra casa. Él me acolitaba todas las bromas, es cuatro años mayor y siempre me protegió como si yo fuera su hermana menor.

—¡Alfred! —dijimos al mismo tiempo, se nos acercó y nos besó en ambas mejillas. Ha cambiado, llegó mucho más guapo, su cabello amarillo como el sol y de ojos tan azules, seguían siendo los mismos.

—Me alegra de verlas —dijo emocionado.

—A mí también —era mi amigo, me alegró verlo—. Has crecido —dije.

—Y estas mucho más guapo —comentó mi prima. No dejó de mirarme, eso me ruborizó un poco, mi prima fue la que lo alejó de la notoria ilusión que reflejaron sus ojos.

—Alfred ¿supiste que Mariana se casó? —el joven palideció.

La noticia lo tomó desprevenido. Antonio llegó y rodeó mi cintura, me acarició

la mejilla y al llegar a mi mentón me obligó a mirarlo, en ese instante me besó, quedé fría, sin saber qué hacer, la gente dejó de existir, mi corazón se desbocó y las mariposas que hace más de dos meses fueron enterradas, salieron a la superficie estrellándose con las paredes de mi estómago. A lo mejor él no me ame, pero mi mano al tocar su pecho y sintió como su corazón galopaba al igual que el mío, no le permití alejarse, el comenzó el beso, ahora que se aguante. Nos correspondimos, sus fuertes brazos apretaban mi cintura y mis manos se apoderaron de su cuello y cabello, sé que esto no está bien, no es la clase de espectáculos aprobatorios de mi madre, pero era lo único que tenía, lo poco que podía saborear, sus labios eran un aliento de vida. Cuando dejamos de besarnos mi prima unía sus cejas —él me miraba desaprobando lo que acababa de hacer, y no me importó, se le pasará el enojo, un insulto más o uno menos a estas alturas me tenía sin cuidado, por lo menos ahora me ofenderá con causa. No puede hacer nada, estábamos rodeados de decenas de personas —al darse cuenta que Alfred mostró incomodidad sonrió y volvió a darme un leve beso mordiendo mi labio inferior, nos miramos y su mirada me gritaba que yo era su todo —sí que sabe mentir—. Le dio la mano a Alfred que seguía desconcertado y sonrojado de la rabia o los celos al ver la escena que ni yo misma esperaba.

—Mucho gusto, Antonio D'Montecarlos, el esposo de Mariana —¿a qué se debe ese tono dominante?, me sorprendió.

—Alfred Colville —se desafiaron, sentí que mi esposo marcaba su territorio, ¿qué desea demostrar?

—Alfred, te presento a mi novio —intervino Manuela, fue lo mejor, las miradas asesinas eran incómodas entre ellos. ¿Está celoso?, mi amigo le extendió la mano a Eduardo, realizando la presentación de caballeros y luego se dirigió a mí.

—Solo quería decirte Mariana que sigues siendo la mujer más hermosa de esta región y tú también Manuela —la miró sonriéndole—. Espero caballeros que sean dignos de tan hermosas damas —me miró—. Hablamos otro día.

Alfred se retiró, mi prima y mi cuñado se fueron a tomar algo, yo aún no sabía si brincar de la felicidad o de esperar a recibir el comentario sarcástico, pero no fue así, no dijo nada, se limitó a mirarme. Los músicos comenzaron a tocar y el salón empezó a llenarse, Eduardo extendió la mano a Manuela invitándola a bailar, Antonio me extendió su mano, fue increíble volver a sus brazos. ¿Por qué me besó si le produzco asco?

—¿Por qué me besaste Antonio? —su risa fue irónica, permaneció en silencio mientras que seguíamos bailando eso es una de las pocas cosas que hacemos

bien juntos—. ¿No vas a responder?

—Mira, no pienses estupideces, me lavaré la boca al llegar a casa —ahí tienes Mariana, ¿qué ganabas con preguntar? Se dio cuenta del cambio en mi respiración, reprimí las ganas de llorar, no sé si lo logre, no quiero darle gusto en mostrarle que te importa. Seguimos bailando, él sonreía, mientras que yo hacía un gran esfuerzo por no llorar, me aferré a su pecho y el dolor fue ganando, el sentimiento superó la dignidad si es que queda algo de ella. Las lágrimas salieron silenciosas y las oculté en su pecho—. ¿Quieres descansar? —preguntó después de varios bailes—. Estas mojando mi traje —apreté los labios y me mordí las ganas de gritarle mil cosas en la cara.

—¿Importa lo que pienso? —logré decirle. Se mordió el labio, mientras pensaba que decirme.

—Debo hablar con alguien si no te importa.

—No hay problema —me encogí de hombros.

Me dejó en la sala con una gran cantidad de personas. No tenía tanta confianza con ninguno, me dirigí a la mesa a buscar algo de tomar, estando allí se acercó Alfred.

—Hola —dijo cerca de mi oído. Me sobresalté.

—¡Me asustaste! —me sentí incómoda.

—Perdóname. Estás, ¿bien?

—Claro, solo fue un susto.

—Me refiero a que si estás bien con tu esposo —quedé desconcertada.

—¿Por qué preguntas eso? —no pude evitar los nervios.

—Tus ojos están tristes, no se asemejan a los que recuerdo... —se detuvo—. Y al parecer tu esposo es muy celoso —miró por encima de mi hombro, seguí la dirección de su mirada y ahí estaba Antonio. Enojado no cabe duda, se acercó y volvió a poner su mano en mi cintura.

—¿La amas? —le preguntó Alfred sin bajarle la mirada. Yo no daba crédito a lo que escuchaba, él siempre fue directo.

—Es mi esposa —respondió.

—No es suficiente.

—Eres muy atrevido, al dirigirte a mí de esa manera —Antonio subió el tono de voz.

—No me interesa lo que pienses, me interesa lo que piensa Mariana. Y te puede parecer atrevido —escuchaba asombrada—. Y resulta que he estado enamorado de ella desde hace mucho tiempo y me sorprendió enterarme hoy de su matrimonio. Es la mujer perfecta para cualquier hombre que tenga los

pantalones que la haga reír, espero que seas digno de su amor —mi esposo apretaba su mandíbula, no pudo ocultar su enojo, esto no será bueno para mí—. Al parecer yo la conozco más que tú, ¿no te das cuenta que su mirada, está triste?

—Lamento que me escogiera a mí, en vez de a ti —Antonio se le acercó a Alfred—. Ella es mía, es mi esposa y espero que la respetes.

—Otro error caballero —miré a Alfred enarcando una ceja y mi esposo unió las suyas—. Yo no necesito respetarla, ella se hace respetar. No le hagas daño porque no me importará su matrimonio, te partiré la cara si la haces llorar —miré a Antonio y después a Alfred—. Lo siento Mariana, regresé a pedirte matrimonio ya siendo un profesional, debía ser digno de ti y ofrecerte lo que te mereces, pero llegué tarde —su mirada estaba triste y yo quedé desconcertada.

—Alfred... yo no...

—Ya lo sé, tenías muchos pretendientes, esperaba a ver si te interesaba alguno, y no fue así, por eso viajé a convertirme en médico. No pensé que alguien dominada tu corazón salvaje —noté que Antonio convirtió su mano en un puño, intentó lanzarse sobre Alfred, pero Eduardo se interpuso, le tomó la mano a su hermano y cruzaron una mirada. No comprendo por qué reacciona de esa manera, yo no le importo—. Ya lo dije Mariana, me conoces desde niño, prefiero la verdad ante todo a si me ponga rojo un momento —Alfred estaba apenado—. Lamento haberte dañado la noche, me quedaré unos días más en el pueblo, hay varios heridos por algunos ataques de animales —besó mi mano, cruzaron miradas desafiantes y se retiró, la gente no se percató del enfrentamiento entre ellos.

—Debo hablar con alguien Mariana —comentó aun enojado.

—¿No has hablado?

—No tuve tiempo —comprendí que se devolvió al ver que mi amigo se acercó.

—Bien, no te demores ya quiero irme.

Me miró y por primera vez no había rabia en su mirada, está llena de otra clase de sentimiento, parecía sufrir. Me quedé hablando con mi prima y él se retiró con Eduardo. Manuela y yo nos sentamos en las sillas, que decían nuestros nombres.

—¿Mariana qué fue lo que pasó?

—No lo sé. Alfred le confesó que toda su vida me ha amado y... él es mi amigo, siempre lo fue... nunca me interesó como hombre, lamento su decepción. Pero no es correcto lo que hizo, soy una mujer casada Manuela.

—Es cierto. Al parecer se tomó varios tragos antes de hablar contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Eduardo lo dijo. Antonio está súper celoso —me miró de reojo.

—¿Tú crees? —me gustó escuchar eso—. Ya quiero irme, no me siento bien.

—Si ves a Eduardo dile que yo también quiero irme, que lo espero aquí.

—¿No quieres acompañarme?

—No, estoy cansada.

—Dales un beso enorme a mis padres, que los quiero mucho y dile a Eduardo que te lleve a la casa —nos despedimos y salí en busca mi esposo. De camino me encontré con Eduardo, le di el recado y me despedí de él, cada día que pasa le tomaba más aprecio mi cuñado. No encontré a Antonio, me dirigí a los salones y nada, faltaba el jardín, atravesé la estancia y me dirigí al jardín trasero de la casa de los Bertalot y en el pasillo, él hablaba muy amable con Isabela Gaudin, lo tomé de la mano y se le acercó al oído y él le sonreía. Esto era inaudito, di la vuelta y salí apresurada tropezándome con la esposa del alcalde.

—Discúlpeme señora Leuscher, no la vi.

—No te preocupes Lady, pareces que vistes al mismo diablo.

—Algo peor y más doloroso —dije.

No esperé a que respondiera. Salí de esa casa, por eso él no me ama, él quiere a Isabela, está enamorado de ella, ¿entonces por qué se casó conmigo?, si es... ¿Con ella es que pasa las noches?, el pecho se me partió en dos, una parte quería llorar y llorar, la otra quería arrastrar a la vagabunda esa, seduce a un hombre casado y se atrevió a tocarlo. Tenía ira, no podía irme sola, era muy de noche para pasar el bosque tenebroso no es algo que quiera hacer. Miré a mí alrededor y vi el carruaje con Martín esperándonos, me dirigí al él.

—¿Puedo hacerle compañía? —no tenía ganas de llorar, la rabia me carcomía por dentro, ese sentimiento era mejor que el llanto.

—Será un placer señora, aunque no soy muy conversador —ellos sabían mi condición con Antonio, en la casa me decía señorita y en la calle era llamada señora.

—El placer será mío y con tener compañía me es suficiente —entré al carruaje y abrí las puertas que daban a la silla del cochero, me observó.

—No voy a llorar tranquilízate, estoy que le pego a tu patrón —comenté con rabia, contuvo la risa.

—¿El señor se demorará?

—No sé qué tanto se ocupe con Isabela —Martín me miró y esa mirada me comprobó que él lo sabía y que a lo mejor lo secundaba, me dio más rabia.

—Ya no quiero hablar contigo tampoco, solo falta que Clementina también lo

sepa.

—Señorita...

—Ya sé que es tu patrón, no te preocupes —dije con amargura.

—No mal interprete, ellos... —cerré las puertas, me senté a esperar a que él se desocupara. Se me revolvieron las entrañas por la rabia, mis pensamientos me martirizaban, ¿la, estará besando?, mi piel se estremeció, no pienses, me imaginaba la escena donde Antonio la acaricia, por más que traté de no pensar no pude. Se demoró más de media hora en salir, yo estaba hecha un demonio.

—¡Martín! —gritó alarmado—. Mariana salió, la esposa del alcalde me contó...

—La señora está dentro del carruaje —se apresuró a decir Martín.

—Qué bien, llévanos a casa —ordenó.

Antonio entró, no lo miré. Se sentó frente a mí y contenía la risa, en varias ocasiones me dio la misma sensación —debe acordarse de los besos que se dio con la estúpida esa—. Llegamos rápido, salí del coche y él trató de detenerme, pero me soltó. Martín se dirigió a los establos a encerrar los caballos. Entré en la casa y antes de subir las escaleras me llamó.

—Mariana la señora del alcalde me dijo...

—¡Cállate! —le grité—. No me restriegues a tu amante, ésta es tu última desfachatez lord Antonio D'Montecarlos.

—¿De qué hablas? —se mordió el labio para no reírse. Estallé.

—¡Qué más quiere de mí!, he aguantado tus desprecios, tu indiferencia, tu rabia aun sin saber el motivo y ¡ahora debo aguantar las habladurías de la gente por tu engaño! —grité—. Juro lord Antonio que me las vas a pagar —sus ojos se volvieron fríos, era la misma mirada de siempre. Yo tenía tantos celos, y comencé a cambiar el tiempo, varios relámpagos cayeron, no podía contener la ira, miró a su alrededor, los truenos y los relámpagos caían abruptamente en la hacienda. Su expresión era severa.

—¡Eso es! Necesito que saques ese demonio que hay dentro de ti —dijo Antonio.

—Puedo perdonarte muchas cosas, pero ¡esto jamás!, me escuchas. ¡Jamás te perdonaré lo que me hiciste hoy! —grité y salí corriendo escalera arriba.

CAPÍTULO 19

El atentado de Antonio

Esa noche no lloré de la rabia por causa de los celos. Una descarga de rayos y truenos azotó los alrededores, la brisa aullaba amenazando con una gran tempestad, mientras que me cambiaba la ropa y buscaba la camisola para dormir —tomé la primera que había en el armario—. Era la misma que mi madre me dio para la noche de bodas, la dejé de nuevo en su lugar, tomé otra. Me arrodillé a orar, debía sacar ese sentimiento de ira que me mataba por dentro, aferré mi amuleto pidiéndole a Dios que sosegara mi alma, y poco a poco una paz recorrió mi interior, los truenos fueron disminuyendo y comenzó a caer una suave llovizna. Me quedé dormida con el arrullo de las gotas al caer en el techo, sumergiéndome a un sueño profundo. Me encontré volando y siendo espectadora de una búsqueda que hacían varios hombres del pueblo, Eduardo la encabezada y gritaba el nombre de Antonio, llevaban en sus manos dagas de platas, se dividieron para buscarlo. Gritaban su nombre, desperté sobresaltada, con la certeza que algo le pasará.

—No, no, no —Dios por favor protéjelo, puedo estar muy enojada con él, pero no quiero que le pase nada, a él no, yo me moriría. Me bañé una vez más con agua fría, Clementina no ha traído el agua caliente, me vestí y bajé las escaleras en silencio, él ya desayunaba en el comedor, traté de que no me viera, entré en la cocina y me dirigí a la puerta trasera que conduce a los establos.

—Buenos días Clementina —dije sin mirarla.

—Buenos días señorita, ¿otra vez se bañó con agua fría? —me encogí de hombros—. ¿Ya va a desayunar?

—Aún no tengo hambre, más tarde, gracias Clementina.

Salí y me dirigí a las caballerizas, mi caballo relincho al verle, lo saludé y me fui en busca de Capricho, era un caballo hermoso, grande y tan blanco como la nieve, lo acaricié y profirió un relincho, respuesta a mi saludo.

—¿Puedes escucharme? —volvió a relinchar con un meneo de cabeza—. Escúchame bien, algo le va a pasar a Antonio y necesito que lo protejas —el caballo se puso atento, escuchando cada palabra—. No regreses sin él, te queda terminantemente prohibido regresar a esta casa sino llegas con tu amo, cuídalo, sabes que es mi vida —le susurré al oído.

—Aléjate de mí caballo —la voz áspera de Antonio me asustó, no le contesté,

anoche fui muy grosera. Además, lo había amenazado, pero fue producto de los celos. Me alejé de Capricho.

—Cuídate —le dije con la mirada en el piso.

—Siempre lo hago —contestó y mi pecho supo que no sería así. Quería que se quedara, que no saliera, pero él jamás me escucharía, me odia. Salió al galope, lo vi alejarse. No podía estar enojada, lo amaba demasiado, es un amor enfermizo, adicto y masoquista y lo amaba con toda mi alma. Llegué a la cocina y medio desayuné, rezaba en silencio. El día me pareció eterno, Antonio no llegó a almorzar, ni apareció en la tarde y ya había anochecido, encendí las velas de la casa.

—Señorita, al patrón no le pasará nada, es un roble.

—No Clementina, mi corazón desde esta mañana presiente algo malo. Temo por él —nos sentamos en la entrada de la casa, me había pasado el día en la terraza con la esperanza de verlo llegar. Se sentó a mi lado tomándome de la mano.

—Señorita, anoche los escuché discutir.

—Él tiene una amante y, por cierto, Martín lo sabe y lo secunda.

—¿Qué barbaridad dice? —por su voz sorprendida supe que no sabía nada.

—Los vi, ella lo tomaba de las manos y se hablaban al oído en un lugar solitario.

—Mi niña, él jamás le será infiel. Simplemente porque es prohibido para los hombres como...

—¡Entonces dame una explicación de su comportamiento hacia mí! —vi pesar en su mirada. Mi medallón emanó una descarga de dolor que abarcó mi cuerpo, lo toqué y las lágrimas salieron instantáneamente.

—¡Le pasó algo a Antonio, Clementina! —grité.

—¿Por qué dice eso?

—Mi corazón lo siente —salí corriendo para el pequeño altar que tiene Antonio debajo de las escaleras. Clementina corrió detrás de mí, encendí una vela, mis manos temblaban y solo pude decir—. Capricho, prometiste traerlo —sentí un golpe en el costado izquierdo de mi cuerpo, luego otro en mi espalda, mi cuerpo se movía conforme sentía esas puñaladas que debía sentir él, lo mataban. Presioné el medallón en la parte superior y escuché que hizo un sutil chasquido y mi alma se trasladó de una forma inexplicable, mis ojos veían el ataque, él al borde de un abismo y un lobo gigante lo arrastraba, debía impedirlo, pero ¿cómo?

“*Los animales Mariana*” —susurró la misma voz de la otra vez.

“*Llama a los animales*” —así lo hice, la vez anterior ese susurro tuvo razón, le pedí a una nube de murciélagos y de la nada ellos se materializaron ante el llamado en el barranco donde vi a Antonio, les ordené que envolvieran al lobo para que lo distrajera y lo llevaran al borde del abismo, no podía ver por la nube negra de los murciélagos. Retrocedió y dejó a un lado a mi esposo sangrando. Susurré.

“*Capricho, tráemelo*”. Sentí la furia de los animales, esa era mi ira hacia el monstruo que atacó al hombre que amo.

“*Los rayos Mariana, controlas el viento y clima*” —susurró nuevo la voz, obedecí. Un relámpago descargó sobre el infernal monstruo, después de pedirles a mis animales que se alejaran. El rayo quemó al lobo gigante y la fuerte brisa lo mandó al abismo.

“*Gracias*” —le dije a la voz. Siento que la voz es una parte de mí.

—Antonio está herido, Clementina —dije, ella estaba perpleja viéndome.

—¿Cómo...?

—Lo vi y lo sentí, pon a calentar agua, viene muy mal herido —quedó pasmada por un instante, dudando sobre mis palabras, fue mi determinación la que terminó por convencerla, corrió a la cocina, el pecho me dolía, lo supe y no hice nada para evitarlo, por mi culpa fue herido, anhelaba escuchar a los caballos, necesitaba tener a Antonio cerca. Los minutos pasaron y a lo lejos escuché el galope de varios. Salí a la terraza, querría verlo y comprobar por mí misma lo que sucedía. Eduardo escoltaba a Capricho y en su silla el cuerpo tumbado del hombre que amo. La opresión de mi pecho explotó en llanto, todo fue real, Clementina me tomó del brazo.

—¡Era cierto! —dijo asombrada.

—Se está muriendo —Eduardo cargó a su hermano con facilidad, en su rostro vi la preocupación, Antonio llegó consciente y eso me alegró un poco, su camisa manchada de sangre, intenté acercarme, pero ella me detuvo, dándole ventaja a Eduardo.

—Suéltame, él está herido —corrí a su recámara y su hermano esperaba que Martín le abriera la puerta, él abrió los ojos para insultarme una vez más.

—Aléjate bruja. No te quiero cerca de mí, ¡lárgate! —sus palabras llenas de rabia taladraron mi pecho cual hierro hirviendo dejando mi piel al rojo vivo.

—Se lo dije señorita —susurró.

Me quedé fría e inmóvil, mientras Clementina entraba a la habitación con Martín y Eduardo cargando a su hermano, cerraron la puerta en mis narices. Me toqué el pecho, ¿cómo me pudo decir eso?, me apoyé de la baranda de las

escaleras, mis ojos se humedecieron... No me permitieron entrar, comencé a balbucear, mientras me deslizaba poco a poco hasta quedar sentada en el piso, frente a su recámara. Las manos me temblaban, me aferré a las barandas de las escaleras temo caerme. Por fin salió el grito de mis entrañas, me dolió que aun en su estado me odiara de esa manera, no me queda nada más que llorar, llorar y llorar, su ama de llaves salió corriendo en dirección a la cocina, regresó con una olla llena de agua. Se percató de mi presencia.

—Señorita, vaya a su cuarto —me sugirió.

—Sálvalo, aunque me odie. Yo no podía vivir en un mundo donde él no exista, por más que me desprecie, sálvalo, no te preocupes por mí. Es él quien te necesita, yo estoy acostumbrada a sus comentarios —me miró con lastima y siguió adelante, cerró la puerta a ingresar. No dejé de llorar ni de rezar, le pedí a Dios que intercediera y tomara las manos de Clementina como su instrumento para salvarlo. Me quedé en el mismo lugar hasta que el alba salió, toda la noche los que salieron fueron Martín y ella, entraban y salían, su hermano no se alejó de la habitación, tenían mucho tiempo de estar adentro, fui consciente de cada movimiento, pero fui incapaz de mover mi cuerpo, eso era lo más cerca que él me permitía estar y aquí me quedaré a esperar a Eduardo me diga el estado real de su hermano. Fue su ama de llaves la que salió e insistió a que me levantara.

—¿Cómo está él?, no me alejes por favor —supliqué.

—Debe lavarse niña, él está inconsciente, el joven lo cuidará. Venga, acompáñeme, báñese, debe dormir un poco. Ya le preparo el desayuno.

—Debes descansar tú.

—Luego lo haré —me miraba con lástima.

—Yo me encargo de la casa, tu cuídalo y habla con Eduardo, dile que, si puedo verlo, necesito verlo —mi voz se quebró, el llanto asomó de nuevo, ¿es que no se me acaban las lágrimas?, vi misericordia en ella, debo inspirar lástima, si eso era lo que inspiraba, lástima. Preparé el desayuno, Martín dormía al igual que Clementina, hice un caldo para Antonio, supuse que era más fácil y rápido alimentarlo con algo líquido. La ama de llaves entró en la cocina.

—No dormiste nada —no tiene mucho de haberse retirado.

—Con dos horas es más que suficiente.

—Ya está listo, ¿te ayudo a subirlo? —me miró con cara de no se exponga a otro desprecio—. Lo dejaré en la mesa del pasillo —comenté y asintió. Dejé la bandeja en la mesa, ella había entrado y dejó la puerta entreabierta, alcancé a escuchar la conversación que tuvo con Eduardo.

—¿Cómo sigue el joven?

—Igual —la voz de Eduardo era fatal, se notaba el cansancio.

—Joven hable con la señorita Mariana, la pobre parece estar muerta en vida.

—Lo haré, ¿dónde está? —me alejé de la puerta y me senté en las escaleras de nuevo. Eduardo salió y se sentó a mi lado, me encontró llorando.

—No tengo pañuelo —comentó sonriendo. Sus ojos eran grises, no lo había notado no son iguales a los de su hermano.

—Yo tengo uno —le mostré la falda de mi vestido, su sonrisa fue más notoria—. ¿Se va a salvar?, ¿por qué no llamamos al médico? —tenía mucha angustia.

—Va a estar bien, no te preocupes —¿cómo no iba a preocuparme?, el llanto no me dejó hablar, comencé a híper ventilar, mi cuñado se conmovió y me ofreció su hombro para que llorara. Saqué mi dolor, por varios minutos solo fui consciente de llorar y llorar, mientras que revivía su desprecio.

—No te martirices más Mariana.

—¿Cómo puede pensar que soy una bruja? No ve lo mucho que me importa, le he aguantado sus desprecios, humillaciones, gritos y maltratos verbales. Aun a si tu hermano es mi vida y quiero que él sea feliz, aunque para mí sería vivir sin alma. Sé que cambió por algo y me gustaría saberlo —comencé a hablar—. Al menos merezco una explicación, sé que él ama a otra —Eduardo me miró sorprendido—. Ama a Isabela, los vi la otra noche, voy a pedirle que anulemos el matrimonio una vez se recupere, supongo que sabrás... —bajé la mirada—. No se ha consumado, es mejor no hacernos más daño.

—Mariana no digas...

—Ya está decidido, quiero su felicidad y así no lloraré tanto con cada desprecio que me hace, ¿tú puedes sentir lo que siento? —nos miramos—. Inténtalo y sabrás como estoy, tengo mi alma desecha, mi corazón esta tan pequeño que temo que dejé de latir en cualquier instante —Eduardo tomó mi mano y yo bajé la barrera que me había enseñado el Padre a ponerle a mis pensamientos. Su piel se estremeció, sus ojos se humedecieron y me abrazó con fuerza.

—Mariana, ¿cómo has soportado?

—Lo amo con toda mi alma Eduardo, doy mi vida por él y él no se da por enterado. No sabes lo que daría porqué me amara... —no pude seguir, el llanto no me dejó y las fuerzas me abandonaron y todo se me oscureció. Cuando volví en sí, me encontraba en mi cama, escuché a Eduardo hablar con Clementina.

—¿Qué pasó joven?

—Sufre mucho, viejita, se está muriendo por dentro y no vi maldad en ella —abrí mis ojos y callaron, él se retiró y me quedé con ella.

—Gracias por cuidarme, ¿cómo sigue Antonio?

—Se tomó toda la sopa.

—Déjame verlo al menos un momento. Por favor —salió y regresó con mi cuñado.

—Voy a casa a cambiarme y a ver a Manuela, vuelvo en la tarde para curarlo.

—¿Puedo verlo? —era una súplica.

—Trata de que no te vea —bajé de la cama y corrí a abrazarlo, él es tan diferente a su hermano.

—Gracias —dije.

—Mariana cuando se mejore mi hermano, pediré la mano a tu prima.

—Te felicito, sé que la harás muy feliz —lo miré con las cejas unidas—. No le hagas lo mismo, ella se moriría, Eduardo —lo señalé con un dedo.

—La amo —fue convincente en su respuesta.

—Perfecto —sonrió.

—Clementina, si Antonio se despierta dile que sus cosas las dejé en el despacho —se miraron misteriosamente. Me dirigí a su habitación, lo vi tendido en la cama, su pecho descubierto, me acerqué y me senté en una silla al lado de la cama, no lo toqué solo lo observé, aun enfermo era el ser más hermoso que había visto. Se ve un poco demacrado, parecía a esas imágenes de los ángeles. Si... se parece mucho a ellos. No me moví de su lado hasta que Eduardo me relevó.

—¿Se ha despertado? —preguntó, me puso la mano en el hombro.

—No. Duerme tranquilamente —le agradecí—. Gracias, puedes irte a descansar, yo me quedaré cuidándolo con Clementina.

—Lo haré, déjame solo para curarle las heridas.

—Claro. ¿Quieres algo de tomar?

—¿Te quedó sopa? —le sonreí y afirmé.

—Me alegra que te gusten, a mi prima le quedan igual. ¿Por qué les gustará tanto? —se encogió de hombros.

—Me agrada saberlo y no tengo idea —me ofreció esa sonrisa cómplice—. No le diré nada, dejaré que mi hermano se enteré por sí solo.

—Gracias, te debo muchas —esa noche fui la que veló por su cuidado, le dio fiebre alta y se la bajé con paños de agua fría.

—Debes ser fuerte Antonio, escúchame, sé fuerte —le susurré. Le tomé la mano, lo acaricié, me deleité adorándolo, idolatrándolo, lo amaba de forma aberrante. Ojalá que Isabela lo ame igual, iba a desaparecer del camino para que puedan estar juntos, por mi parte me refugiaré en un convento. Sino es con él no

viviré con ningún otro hombre en la vida, comenzó a delirar.

—Porque... no... no... ella es mía... —mi corazón se estremeció, sueña con en ella—. No...no... devuélvemela... te mato... —temblaba a causa del escalofrió—. ¡Es mía! No la toques... —le puse otra cobija y le sequé el sudor de su rostro—. Mariana... —quedé fría, ¿me llamaba a mí?, sonreí como una tonta y le besé la mano, ya había tomado una decisión, tal vez me nombró porque era la que interfería en su felicidad. Clementina me relevó pasada las cuatro de la mañana, a esa hora me acosté, no sabía lo cansada que estaba hasta que puse la cabeza en la almohada, me dormí en cuestión de segundos.

Durante el día no entraba a su habitación, él se despertaba constantemente. Preparé las comidas y se las dejaba en la mesa, fueron dos días en la misma rutina. En las noches era yo la que lo cuidaba para que su ama de llaves durmiera, el ritmo de las desveladas mostró en mi rostro sus estragos, demacrada, delgada. Me encontraba en la terraza y me di cuenta que tenía tres meses y no había arreglado los jardines, octubre no es tan bueno para plantar flores, pero no me quedaré mucho tiempo y debo hacerlo antes de que llegue el invierno, si me voy de la vida de Antonio por lo menos debería dejarle un mínimo recuerdo de mi paso por esta casa.

—Entonces, ¿ya te decidiste? —Eduardo se me acercó, él llegaba muy temprano y se quedaba todo el día—. Mariana ¿cómo haces para mantener tu mente sin pensamientos? —sonreí un poco—. Me resulta curioso, es todo —se encogió de hombros.

—Si estoy decidida a irme —suspiré—. Y con relación a lo de mis pensamientos —lo miré.

—Prometo no contárselo sino quieres.

—Me da igual. Cuando era niña sufría de muchas pesadillas y despierta escuchaba voces, gritos, gemidos de personas que suplicaban ayuda y otras me decían que me acercara al bosque —Eduardo me escuchaba con cuidado—. Mis padres temían que su única hija fuera loca, fue el padre Gumersindo quién habló con ellos y les dijo que lo mío tenía cura, él me trató con plantas medicinales.

—¿El padre Gumersindo? ¿el párroco del pueblo? —se había asombrado.

—Sí —esperé a ver si él tenía otra interrupción y al no decir nada, continué—. Nuestro sacerdote ha sido el párroco de la familia desde los tiempos de mi madre. Fue una felicidad para ella saber que sería él quien estuviera a cargo de la parroquia donde mis padres sentaron raíces, por designios divinos lo habían trasladado, se sentía muy dichosa, ella estaba embarazada de mí —me encogí de hombros—. Esa es la historia que me han contado.

—¿Cómo te curó el Padre?

—Me salí del tema, no recuerdo si fueron los brebajes, las misas, el cuerpo de Cristo, lo que si fue cierto es que dejé de escucharlas. Constantemente me decía que el cerebro es capaz de hacer lo que uno le pida, solo debía pedirlo con constancia y el universo conspira para que suceda. Esa es la ley sagrada — Eduardo fruncía sus cejas sin decir una sola palabra—. Cuando no voy a misa, las pesadillas regresan. Sabes, lo extraño es que desde mi matrimonio no he vuelto a sentir miedo, ni las voces. Voy a extrañar esta paz.

—¿De qué se tratan tus pesadillas? —nos miramos, las únicas personas que sabían eran mi prima y el Padre. Él inspiraba la misma confianza de Antonio en ese aspecto.

—Te lo cuento, pero si me acompañas al pueblo.

—¿A buscar las flores para arreglar el jardín antes de tu partida?

—¡Ya sabes leerme la mente! —sonrió.

—Estoy aprendiendo.

Llamé a Martín, le pedí que lleváramos el carruaje más grande, el que utilizaba Antonio para cargar el alimento de los animales de la hacienda, le dije a Clementina que saldría al pueblo con Eduardo y Martín. Me puse un abrigo, la tarde estaba un poco fría y salimos.

—¿Cómo haces eso de leer la mente?

—Me concentró en la persona y escuchó lo que piensa.

—¿Todo? —sonrió.

—Puedo bloquear ciertas cosas, por la intimidad de las personas. Lo utilizo en ciertos casos.

—¿Antonio también puede leer la mente?

—No. Mi hermano tiene otro don.

—¿Cuál? —lo miré.

—Que él te lo diga —bajé la mirada, jamás lo sabré y jamás me contará algo de su vida.

suspirando y comencé a narrar mis pesadillas.

—Siempre corro en el bosque y un demonio me persigue, por más que trato de quitármelo me es imposible, siempre dice lo mismo, cuando crezcas serás mía. La última vez que soñé dijo se acerca el día —miré a Eduardo—. Siempre ha sido el mismo sueño, confieso que le tengo pavor al bosque, aunque la naturaleza me gusta mucho.

—Clementina me dijo que te gustan los animales y me contó que sentiste lo que le pasó a Antonio cuando lo atacaron. Dijo qué hablaste en una lengua

antigua —me encogí de hombros, Eduardo arrugaba su frente. Lo primero fue cierto, pero no hablé nada en una lengua diferente. Entonces recordé la cara de asombro del ama de llaves esa noche, ¿será cierto?

—Los idiomas que hablo son el inglés por mi madre, español por mi padre y el francés por nacimiento, ninguna es lengua antigua. Pero si vi el ataque de Antonio y ha sido desconcertante.

—Mariana... —no terminó lo que iba a decir.

—¿Sabes por qué me llamó bruja? ´

—Mariana, no les diré nada hasta que investigue algo.

—¿Más misterios?, ¿no puedes decirme?

—¿Qué dices? —ya habíamos llegado a la parroquia.

—Ustedes dos son los hombres más misteriosos que he conocido, y no me dan miedo, como otras personas.

—¿Quiénes? —bajé del carruaje.

—Personas que han contratado mis padres, la última persona fue un empleado que me miraba... horrible.

—¿Él que hablaba una mañana contigo en este mismo lugar el día que nos vimos por segunda vez? —miré a mí alrededor y si era el mismo lugar, ¿cómo lo supo?

—Sí. Me dijo que se acercaba el día en el que el mundo iba a cambiar, que nada sería igual, y que yo pronto estaré con su amo. También habló sobre una profecía —con un manoteo me ayudé para expresarme mejor. Eduardo se quedó pensativo y no habló más hasta que llegamos a la parroquia, fue el Padre quien abrió la puerta.

—Hija ¡qué sorpresa tan agradable!, ¿por qué tienes esa cara? —se preocupó.

—Antonio tuvo un ataque —comentó Eduardo.

—Sí. No he dormido muy bien —necesitaba cambiar de tema—. Padre he venido por mis plantas, flores y semillas.

—Ya están listas hija, entren. ¿Por qué tardaste tanto en venir por ellas? No es un buen tiempo para sembrar —me encogí de hombros.

—Soy una mujer recién casada, me acomodo lento a los trabajos domésticos y a las obligaciones que demanda un matrimonio —me sorprendió ver a Alfred y a Louis el monaguillo en el jardín arreglando las plantas, me sonrió al verme.

—¡Louis trae lo que separamos para la casa de Mariana! —gritó el Padre y este salió corriendo a traerlo. Saludé a mi amigo y él se acercó con timidez, le ofrecí la mano para que me saludara.

—Mariana... discúlpame por lo que dije la otra noche, no me sientan bien los

tragos, yo no...

—No recuerdo nada y ¿estabas tomado?

—Ya lo reprendí por ese acto —intervino el sacerdote mirando severamente a mi amigo. Le guiñé un ojo para infundirle ánimos, Louis comenzó a traer sacos y cajas con lo que el sacerdote supuso que era necesario, Martín entró a ayudar a subir todo lo que era necesario para arreglar el jardín, se llegó a la conclusión que serían dos viajes.

—Estás demacrada.

—Sí. Antonio está muy enfermo, no he dormido cuidándolo en las noches —le dolió la respuesta. Tomó una caja y la llevó al carruaje.

—Ya no caben más. Martín regresará a cargar lo que falta —dijo Eduardo.

—Nosotros vamos mañana —comentó—. Así visito a un enfermo —sonrió ante la idea—. Mañana te ayudaremos los tres con el jardín y de paso pasamos un buen día en tu casa.

—Claro, espero que Antonio pueda levantarse —vi a Eduardo—. Puedes recoger a mi prima y que nos acompañe mañana, me alegraría compartir en familia.

—Claro Mariana —noté a Eduardo mirar a cada uno de los hombres presentes, arrugaba su frente, ¿leyéndoles la mente?

Regresamos a casa, Clementina me dijo que él ya caminaba otra vez, Eduardo corrió a su habitación y yo me entristecí al darme cuenta que hoy no lo vería dormir.

—¿No se alegra niña? —se sorprendió por mi reacción.

—Claro, he rezado para que se mejore —se humedecieron los ojos—. Es solo que hoy no lo cuidaré en la noche —la miré—. Será igual otra vez ¿cierto? —bajó la mirada—. Traje lo necesario para arreglar el jardín, mañana tendremos visita y necesito tu ayuda, quiero que la casa se vea muy bien. No quiero que se lleven una mala impresión de la señora de la casa —y en un susurro—. Mientras dure aquí.

—Claro señorita.

—Me voy a descansar —llegué a la puerta de mi recámara, pero no entré, me devolví y toqué su puerta.

—¡Adelante! —tomé fuerzas para recibir algún tipo de comentario, al abrir la puerta no pude entrar cuando vi sus ojos, inexpresivos como siempre.

—Me alegra que estés bien —no dijo nada, me miró por un instante y luego miró a su hermano, volvió a ignorarme, el dolor volvió, miré a Eduardo y este recriminó a acto—. Que pases buena noche —logré decir sin que se quebrara la

voz, cerré la puerta y las lágrimas recorrían las mejillas cuando entré en mi cuarto.

Me acosté a llorar, escribí en mi diario lo ocurrido hasta el día de hoy, me puse la camisola fea que tenía el día en que me besó la primera vez y con ese recuerdo repitiéndose en la mente una y otra vez hasta que me quedé dormida. Me desperté y aún era de noche la casa oscura, tenía sed y hambre, me había acostado muy temprano y sin cenar. Me puse la levantadora, tomé una vela y salí en dirección a la cocina, vi luz por debajo de la puerta —se le olvidó apagar la lámpara, la pobre también debe estar cansada como yo —apagué la vela y quedé a oscuras, al entrar a la cocina ya no había luz la oscuridad fue atroz —pero si vi luz por debajo de la puerta—. Una figura alta salió, el gritó que pegué fue ahogado con la mano que cubrió mi boca.

—No fue mi intención asustarte —era la voz de Antonio—. Solo buscaba algo de comer y no quise despertar a Clementina —mi corazón se tranquilizó al ver que era él.

—No hay problema —dije en un suspiro.

—Lo siento —me soltó y volvió a encender la lámpara, la dejó en el mesón que estaba en mitad de la gran cocina y que iluminó por completo la estancia. Me cerré la levantadora.

—No sé dónde guardan las cosas en la cocina, es la única parte de esta enorme casa que no considero mío. Es de Clementina —dijo para excusar su falta de conocimiento.

Lo miré detenidamente, hermoso mostrando su perfecto pecho. No le dije nada, fui al lugar donde había guardado la sopa, a lo mejor quedé un poco y comprobé que le alcanzaba para darle un plato, la puse a calentar y él se quedó mirándome recostado en el mesón, lo observé de reojo, que atractivo se ve con los brazos cruzados. Tomé un plato y lo dejé en la mesa, luego tomé la canasta donde guardamos el pan aliñado corté varias tajadas lo puse en una canastilla pequeña, saqué dos copas, una para el agua y la otra para el vino. Me siguió con la mirada, deslumbrado o disfrutando de la situación, como si le gustara que lo atendiera. La sopa había hervido, la deposité en el plato, lo dejé en la mesa donde comía con Clementina le puse el pan, las copas y la botella de vino, le di un cubierto.

—Listo, siéntese —tomé un poco de leche hervida, no se había movido del lugar donde esperó mirándome.

—¿Te vas? —parecía sorprendido, suspiré antes de contestarle.

—Lord Antonio, acaba de salir de un atentado y se está recuperando, así que no quiero darle un disgusto dañándole la madrugada —vi tristeza en sus ojos—.

Eso fue lo que usted me dijo, no puedo ocupar el mismo espacio donde usted esté comiendo.

—Mariana... —se le quebró la voz, se mordió los labios y salí de la cocina.

Me quedé al pie de la puerta y vi la sombra de él por debajo, en la misma posición mía. “No te ilusiones, te irás para un convento” —me dije—. El solo hecho de vivir lejos de él se me remueven las entrañas, pero debía ser fuerte. Era lo mejor para todos.

CAPÍTULO 20

El compromiso de mi prima

Al despertar el sol entraba iluminando la habitación —¡Dios me quedé dormida! —me arreglé rápidamente, el vestido gris era ligero y permitía hacer las labores del jardín, recogí mi cabello y lo oculté con el gorro. Al salir la casa ya estaba arreglada —¡ay! Dios—. Bajé y llegué a la cocina, eran pasadas las ocho de la mañana, Clementina preparaba el almuerzo, hoy tendremos visitas.

—Me quedé dormida Clementina, ¿por qué no me despertaste?

—Señorita, usted necesitaba dormir ya se ve mejor —sonreí.

—¿El señor Antonio ya despertó?

—Sí, pero no ha salido de su recámara —bajé la mirada, tomé una manzana y comencé a comerla. Escuché el sonido de carruajes, me dirigí a la entrada y era el de Eduardo, atrás llegaba el de mis padres, corrí a recibirlos. Sentí tanta alegría al verlos, eran las personas más importantes en mi vida, llegaron con vestuario para trabajar. Mi madre no dejó de besarme.

—Hija ¿por qué no nos avisaste que Antonio estaba mal herido? —me reprochó.

—No tenía cabeza en esos días madre, fue horrible, sentí que me moría.

—Por lo mismo, necesitabas apoyo, ¿y cómo sigue?

—Bien, aun duermo.

—Bueno lo veremos más tarde, veo que tenemos mucho trabajo en este jardín —sonreí. El carruaje del padre Gumersindo llegó a los pocos minutos y con él venía Alfred y Louis con palas y picos. El párroco no tenía su acostumbrada sotana, llegó con un pantalón negro y una camisa manga larga del mismo color.

—Buenos días —saludaron los recién llegados.

—Buenos días Padre, hola Louis, hola Alfred.

—Hola señora Mariana —dijo Louis con su acostumbrada reverencia.

—Hola Mariana —saludó Alfred.

Lideré el arreglo del jardín, Manuela y Eduardo se encargaron del costado derecho, mis padres del lado izquierdo. El Padre, Alfred y Louis del jardín central que es bastante grande y yo me encargué del frente de la casa, era la más larga, cada uno se concentró en sus labores, Clementina de vez en cuando nos ofrecía algo de tomar, el trabajo era tedioso, me sentía muy feliz, aceptar tus verdades ayuda un poco a llevar la vida y tal vez eso es, lo que me pasaba.

Acepté mi derrota en el amor.

Abonaba la tierra y sembraba semillas, me concentré tanto en mi labor que el mundo pereció ante mí, lo único que me importaba era que las semillas germinaran rápido, comencé a tararear algo para mis adentros, fue como si les diera vida a mis hijos, ellas eran mis bebés. Una parte de mí sentía que eran parte de su existencia, debe ser la misma sensación entre madre e hijo. Una brisa cálida y reconfortante acarició mi rostro, respiré profundo. Me levanté a buscar más abono, al darme la vuelta me topé con Alfred, me ofreció una flor, él no se daba por vencido y me indignó un poco.

—Alfred, me halaga lo que sientes por mí, pero soy una mujer casada —alcé la mano mostrándole el anillo—. No te aceptaré esa flor y te pido que te abstengas de comentarios y miradas mal intencionadas, si quieres mantener nuestra amistad.

—Siento que no eres feliz Mariana.

—Eso no es de tu interés, amo a mi esposo, daría mi vida y todas las vidas existentes por él, ¿me entiendes? —bajó su mirada—. Sabes que si me casé es porque lo amo.

—Lo sé, es solo que hay algo en él que no termina de pasarme.

—Ese es mi problema, no vuelvas a darme nada.

Tomé la bolsa de abono y la dejé a un lado, necesitaba descansar un poco. Era la única que trabajaba sola, volví a concentrarme en mi labor, pasó el tiempo y escuché al Padre.

—Hijo, ¿cómo sigues? —al darme la vuelta él miraba el umbral de la casa, y ahí se encontraba Antonio, observándome. Le sonreí, debíamos aparentar, Eduardo se asomó y los presentes dejaron de hacer sus labores para acercarse a mi esposo a saludarlo. Todos menos Alfred. No dejé de mirarlo, es tan bello, a pesar que en sus ojos mostraban los estragos de las fiebres altas y los delirios, se acercó a mí.

—No debiste salir de la cama —susurré.

—Ya estoy bien —dijo con ternura—. ¿Te ayudo? —me sorprendió, ese sería el último día con él y mi familia me acompañaba, debía aprovechar para pasar tiempo a su lado sin que me ofendiera—. No soporto un día más en la cama.

—Si no te importa ensuciarte las manos de tierra y agua, eres bienvenido —sonreí, entrelacé mis dedos con los suyos, no me rechazó y una leve ilusión se filtró en mi ser, lo llevé a mi lugar de trabajo.

Parecíamos una pareja armoniosa, abonamos, sembramos y reímos por tonterías, terminamos muy rápido. El Padre descansaba en el borde de la jardinera, echándose fresco con su sombrero y Louis se sentó a su lado, en las

escaleras del costado izquierdo tomaban mis padres un respiro, mi madre lo alentaba, era la primera vez que mi padre realizaba una labor de jardinería, Manuela le limpiaba la cara a Eduardo, supuse que se pusieron a jugar. Alfred se sentó al otro lado del Padre se reían quién sabe de qué, sentí la mano de Antonio entrelazando mis dedos una vez más. ¿Cómo hace para que mis sentimientos los tenga a su disposición? dolerá más tarde, pero quería tener más momentos felices.

—Creo que han terminado —sonreí ante su comentario, me quedaba unas cuantas horas, hoy debo hablar con el Padre y Antonio.

—Hija, acabas de regalarme una de los mejores días de mi vida —le sonreí.

—Me alegra Padre, antes de irse, debo hablar con usted.

—Por supuesto.

—¿Piensas quejarte ante el padre Gumersindo? —no es esa mi intención, pero una vez le diga que anule el matrimonio querrá saber los por menores. Suspiré.

—Sí. Y también... —me detuve, se me formó un nudo en la garganta.

—También ¿qué? —enfaticó.

—También para que me recomiende un lugar donde pueda vivir —no venía al acaso decirle convento—. No me gustaría quedarme en este pueblo después del escándalo.

—Mariana... ¿Qué escándalo?

—Entremos, sigamos con la farsa por unas cuantas horas más —refundí el dolor al comprender que no le intereso. Debo aguantar y llorar en la recámara, suspiré y le sonreí para entrar a la casa, me siguió, pero andaba en otro lugar, tal vez planeando su felicidad con Isabela.

Clementina nos había servido la comida y hablábamos jocosamente, el único que no prestó atención a nada fue Antonio, definitivamente estuvo en otro mundo, de vez en cuando cerraba sus ojos por un largo rato —¿le afectó tanto la noticia de mí partida?—. Yo me integré a la conversación, me di cuenta que los hermanos hablaban mentalmente. Bloqueé mis pensamientos, Eduardo debe de estarle diciendo que pienso anular el matrimonio. La comida terminó con satisfacción, Antonio fue el único que no probó bocado.

—No comió nada señor —dijo Clementina al retirar su plato de la mesa.

—Te quedaron diferente —cruzamos mirada Clementina y yo.

—Son más ricas las sopas de Mariana —dijo el Padre. Antonio me miró y esta vez le sostuve la mirada, le sonreí para no despertar sospechas.

—Sí, tiene usted razón —respondió mirándome, y por más extraño no fue recriminatoria, en su mirada no había rabia—. Tráenos té, pasemos a la sala.

—Yo debo irme Padre —intervino Alfred—. Tengo obligaciones.

—Claro hijo, llévate uno de los caballos.

—Gracias —se despidió amablemente cuando caminábamos en dirección a la sala—. Fue muy agradable la mañana.

—Cuídate —dije mientras se despedía de beso en la mano, Antonio seguía a mi lado con su mano en mi cintura y su mandíbula tensa.

Antes de entrar a la sala, Antonio se detuvo obligándome a detenerme también, me quitó el gorro y soltó mi cabello, me quedé mirándolo mientras que él se deslumbraba, en sus ojos vi el mismo brillo de antes cuando yo creía que me amaba. Su mano jugó con mi cabello por unos segundos, nuestras miradas se encontraron, él acercó sus labios para darme un beso en la frente, ocasionando un colapso respiratorio en mí, no pude respirar por unos segundos, bajó sus labios por mi nariz y terminó en mi boca. Mi cuerpo se erizó y miles de mariposas volaron recorriendo mi piel. ¿Por qué me hace esto?, aproveché cada segundo mientras me tenía en sus brazos besándome, permitiéndole que su lengua esté dentro de mi boca y yo haciendo lo mismo, mordiéndole suavemente los labios.

—¿Por qué me besas si te produzco asco? —le susurré—. ¿Por qué lo haces?, ¿dime qué ganas con ilusionarme si vas a ofenderme? —no respondió, sus ojos gritaban que no me fuera—. Ya lo he decidido Antonio, no es justo que nos hagamos daño, sé que quieres tener hijos y fuiste muy claro al decirme que te produzco asco, además amas a otra.

—¿Qué?

—Es mejor que tomemos rumbos diferentes, deseo tu felicidad y es obvio que a mi lado no la tienes.

—¿Cómo hacen para mantener aun ese respeto? ya son marido y mujer, me gusta saber que siguen siendo novios —interrumpió mi madre con tono de complicidad.

—Lo aprendí de una experta, llevas casada 35 años y aún son un par de novios —mi padre la abrazó, dándome un beso en la frente. Se rieron.

Nos habíamos sentado en parejas, ocupamos los tres muebles grandes que tenía la sala y en los muebles sencillos se sentó el Padre y el otro lo tomó Louis. Mi intención era sentarme sola o manteniendo una cercanía como tomados de la mano, pero no, él se sentó muy cerca de mí, rodeaba mi cintura, me apretaba cada vez que intentaba alejarme un poco. Hablamos de la situación del pueblo, aunque yo volví a subirme en mi nube personal, Antonio jugaba con mi cabello, mientras que los temas de conversación fueron variando y terminaron con los

ataques misteriosos que se han presentado en el pueblo y en los que mi esposo salió herido. Los hermanos se comunicaban desde hace rato lo supe porque no han intervenido en la charla y solo responden lo más básico. En varias ocasiones Antonio cerraba sus ojos.

—¿Te duele algo?, ¿quieres descansar? —le pregunté al oído, me aferró a su cuerpo y me besó en la coronilla.

—No... no te vayas —no dije nada, ese no te vayas era una súplica, ese no te vayas era un no te vayas de mi vida. Clementina entró con la segunda taza de té y Antonio tomó la palabra.

—Señor Granados, me agrada que estén hoy aquí y en especial usted Padre, teníamos planeado decirlo en otras circunstancias, pero mi hermano ya no aguanta más y esta celoso de mi vida matrimonial —lo miré, ¿a dónde quiere llegar?, porque no creo que su hermano envidie nuestra relación —. Dado que mis padres no se encuentran y al ser el mayor de los D'Montecarlos quiero solicitar la mano de Manuela para Eduardo.

Nos quedamos en silencio, analizando lo que acababa de decir. Por mi parte me pareció muy apresurado y sin nada de preparación, bueno ellos no preparan nada en temas como estos. Antonio me miró, no entendí su mirada, fue inescrutable. Mi prima era la que no pudo respirar, era la más asombrada, Eduardo le tomó de la mano.

—Señor Marcos. ¿Me concedería la mano de su sobrina? —preguntó con anhelo.

—¿Tú qué dices hija? —¿qué?, a Manuela le preguntó y a mí me lo impuso, no me enojé, solo que no fue democrático conmigo en ese entonces.

—Por supuesto tío —logró articular mi prima y soltamos la risa.

—No se diga más, será un hecho. ¿Debemos anunciarlo en un mes? —les preguntó mi madre a los hermanos.

—Antes —respondieron al mismo tiempo, eso me pareció sospechoso.

—Hermano, Mariana —miré a Eduardo—. Me gustaría que ustedes fueran los padrinos de boda —sentí que era un vil chantaje. Miré a Antonio y él ya lo hacía, sus ojos me suplicaban que aceptara, no dijo nada.

—Mariana... ustedes ya están casados y se adoran, no puedes ser mi dama de honor porque eres casada, y si quiero que seas mi madrina —no podía negarme. El problema es que debía dejar la idea de la anulación por ahora, así que ¿de eso se trata? —eso era lo que hablaban los hermanos, buscando la manera para que yo no me vaya —miré a Eduardo y me quité el escudo.

“Eduardo, si me entero de que esto es solo una treta para detener la

anulación, no te lo perdonaré” —él negó sutilmente, Antonio se percató y miró su hermano exigiéndole que le informara mis pensamientos.

—Mariana ¿tan difícil es? —la tristeza de mi prima me hizo reaccionar.

—No, no, no. No me es difícil, es solo que... olvídale, será un honor —por la forma en que me miró, supe que entraría a un interrogatorio cuando estemos a solas—. ¿Para cuándo sería la boda?

—En quince días.

Todos quedamos fríos. Mi madre abrió la boca, mi padre por su lado pensó algo peor, mientras el Padre fue un espectador. Por mi parte si tenían afán no era para detener mis planes, sentí una punzada de dolor, ya me había ilusionado con que Antonio no quisiera separarse de mí. ¡Qué tonta eres! —. Fue el señor Granados el que habló en un tono no muy agradable.

—Manuela no será que has...

—¡No señor!, no piense cosas que Manuela no sabe aún, por favor —se apresuró a decir Eduardo, en ese momento entendí a qué se refería mi padre. ¿Cómo puede pensar tal cosa?

—Pero ¿cuál es el afán para casarse?

—No hay mucho tiempo —intervino Antonio—. Entraremos en el mes de octubre y dentro de un mes y una semana... —no sé qué significaba lo que acaba de decir mi esposo, pero fue suficiente para que abrieran los ojos mi padre y cura. El padre Gumersindo palideció al verme a mí, ¿qué pasa?

—Quedé un poco perdida, se casa Manuela y me miran a mi... ¿qué tengo que ver? —dije mirando a Antonio.

—No es tema para las damas —intervino mi padre.

—Perfecto. ¿Entonces por qué lo mencionaste con nosotras presente? —volví a mirar a Antonio.

—Lo siento, no puedo decirte nada más —un misterio más.

—Hay que planear la boda lo antes posible —dijo mi madre, parecía acostumbrada a que la saquen de los temas de hombres. Manuela y yo nos miramos, tanto ella como yo no quedamos tranquilas y sabíamos que algo nos ocultaban. El resto de la tarde pasó algo tensa, mi madre hacia un gran esfuerzo por coordinar los preparativos y asignarnos tareas. Mi prima no quedará tranquila hasta que averigüé el afán de su boda. Llegó el momento de la partida y de bajarme de la nube en la que pasé toda la tarde, no nos separamos, era la primera vez desde nuestro matrimonio que compartíamos varias horas abrazados, tenía su aroma impregnado en mi ropa, Antonio había acariciado mucho mi cabello. El Padre recordó mi petición.

—Hija ya debo irme, ¿querías hablarme de algo? —sentí su tensión, lo miré y podía jurar que sus ojos me suplicaban que me quedara, que esperara. ¿Por qué él tiene ese poder en mí?, ¿cómo hace para doblegarme con solo mirarme?, miré al cura.

—No es nada importante, otro día, ya ha oscurecido —note que relajó sus hombros al escuchar mi respuesta, acompañamos a los invitados a la puerta para despedirlos.

—Hija te espero mañana en la casa, tenemos mucho que hacer.

—Claro mamá, ahí estaré —le dije mientras me aferraba a ella en un cálido abrazo.

—Hasta mañana hija —mi padre me besó en la frente, le dio la mano a Antonio quien me abrazaba.

—Bendición Padre —me la dio a mí y a él, luego santiguó la mitad de los dos.

—Hasta pronto señora Mariana —se despidió Louis, con su reverencia. Debe pasarle algo porque siempre hace eso conmigo.

—Nos vemos mañana —me dijo Manuela, en su mirada vi que me preguntaría mil cosas, ahora tenía algo en que pensar. ¿Qué mentira me inventaré?, le di el beso y un gran abrazo.

—Hasta mañana hermano —Eduardo se despidió de su hermano y besó mi mano—. Hasta mañana cuñada —le sonreí.

Se subieron en sus respectivos carruajes, él me seguía abrazando e incrustó su rostro en mi cabello mientras los vimos alejarse, cuando supe que no nos verían me solté de los brazos de Antonio y antes que él lo hablara y me doliera su desprecio yo lo hice, solo que mi reacción lo tomó por sorpresa.

—Lord Antonio, le suplico que no regañe a Clementina por mi culpa, yo la convencí para que me dejara cocinar, tenía que hacer algo en esta cárcel —no lo miré, sabía que tendría esa mirada fría y déspota que tanto me hiere. Esperé a que hablara, pero no dijo nada—. Que pase buena noche lord, con su permiso —di media vuelta y caminé en dirección a las escaleras, necesitaba llegar a mi habitación. Clementina había encendido las velas de la casa, yo anhelaba mi cama para soñar con el día de hoy.

—Mariana... —me detuve a mitad de las escaleras, no volvió hablar. Pensé que me diría que no tiene nada con Isabela, pero no la mencionó, eso afirma que si la amaba. Mi piel se estremeció, seguí caminando al comprobar que no diría nada, no lo miré porque las lágrimas recorrían mi rostro. Me encerré en mi cuarto a llorar y llorar.

A veces me sorprende con tantas lágrimas que he derramado. Ellas siguen

saliendo en gran proporción, no sé qué me dolía más. Si sus desprecios o saber qué tiene a otra mujer, me carcomen los celos de pensar que otra lo puede tocar, besar o a lo mejor ya han pasado juntos. Entonces ¿por qué me besó hoy de esa manera? Y ¿¡por qué le permito hacer conmigo lo que se le dé la gana!?, el beso de hoy fue muy diferente, muy determinante, me aferré a la almohada para sosegar el grito desgarrador que salió de mis entrañas. ¿Por qué lo sigo amando?, no puedo odiarlo y quiero hacerlo, tengo suficientes motivos y aun así lo sigo esperándolo, seguía siendo mi todo, tomé mi diario, me arrodillé en la mesa de noche y plasmé lo que sentía, no podía decirle a nadie más, él era mi confidente.

6 de octubre 1781

Querido diario.

Tú eres el único que sabe lo que mi alma siente. Ojalá pudieras contestarme todas las preguntas que me están matando, él es mi vida, mi alma aun cuando sé que no me ama, no soy nada. Hoy le comenté que debíamos separarnos, le comenté el motivo y no me lo negó, le mencioné que tenía otra mujer y no lo desmintió, eso significa que si ama a Isabela. Y no sabes cómo me siento, no sé qué es peor, si el desprecio o los malditos celos que tengo, ella puede tocarlo, besarlo mientras que mis caricias le repugnan. Me muero de celos y de envidia.

Mi pecho no se resigna y deja de sufrir, tú sabes lo que sentí cuando casi lo pierdo, supongo que resignarme es mi única salida, aunque no me ame yo no podría vivir sin él, me conformo con su felicidad, aunque esté lejos de su presencia. Pero a veces me confunde, hoy me besó de nuevo y fue tan determinante, sentí que me necesitaba.

También quiero decirte que mi prima se casa dentro de quince días, ese es el tiempo que tendré con Antonio. Me quedan quince días antes de encerrarme en algún convento, porque te juro que, si no es con él, jamás me le entregaré a otro hombre. Te pareceré loca o tal vez indecente, daría lo que fuera por ser suya, aunque ame a otra, sé que parezco una libertina y no me amo lo sufriente, carezco de autoestima, pero mi cuerpo reacciona ante su contacto. No tengo fuerza de voluntad ante su mirada, mi cuerpo parece pertenecerle, carezco de voluntad ante su aroma, su aliento es un néctar adictivo que deseo dejar la cordura y besarlo a la fuerza, pero mi madre no me crio de esa manera. Y solo puedo soñar con ser suya, en mis sueños él no me desprecia, y sus manos recorren mi cuerpo. No sabes lo que daría por llevarme al menos ese recuerdo

conmigo. Sé que esto es un amor enfermizo, amo lo que tanto daño me hace.

Lo cerré y guardé, tomé la vela y entré al cuarto de baño a cambiarme, me metí en las cobijas y le pedí a mi Dios que me dejara dormir profundamente, y así fue.

CAPÍTULO 21

Los Preparativos y la Boda

Me levanté triste y debo ser fuerte, ahora más que nada ya que pasaré muchas horas en casa de mis padres mientras se realizan los preparativos de la boda. Me arreglé, me hice una trenza en el cabello, tomé el paraguas, mi bolsa y un abrigo. Bajé a desayunar.

—Buenos días y gracias Clementina —saludé.

—Buenos días señorita, ¿cómo amaneció?

—Igual, sin ninguna novedad, ¿te regañaron? —la miré—. Ayer le pedí que no lo hiciera.

—Me comentó algo, pero no me regañó, se asombró.

—Buenos días —Eduardo entró a la cocina, ellos rara vez entraban a ese lugar de la casa.

—Buenos días. ¿Cómo se siente el nuevo prometido? —le dediqué una medio sonrisa.

—Muy bien cuñada —miró a Clementina—. Tengo mucha hambre.

—Ya le llevo su desayuno —mi cuñado me miró.

—¿Por qué tan triste?

—Como todos los días, creo que me he convertido en el sufrimiento de una madre desterrada. Dicen... —Eduardo me miró con sus cejas unidas, mi comentario le llamó la atención—. ¿Por qué me miras así? —me encogí de hombros.

—¿Qué fue lo que dijiste? —se acercó.

—Parezco la reencarnación del sufrimiento de una madre sin su tierra. ¿Dije algo malo?

—¿Por qué? —insistía él.

—Porqué, ¿qué? —volví a encogerme de hombros.

—Dices reencarnación de la Madre tierra —enfaticó.

—Es un decir del padre Gumersindo —me miró asombrado—. Me refiero a que, según el párroco de nuestra iglesia, la Madre tierra tiene un alma y llora el abandono de sus hijos que somos nosotros, ella nos abastece de nuestras necesidades y no le agradecemos, al contrario, nos aprovechamos de sus bondades. Y yo sufro con lo que me ha pasado desde mi matrimonio, es una comparación vana —dije. Él se sumergió en sus pensamientos—. A mí se me

acusan de bruja.

—No... no... discúlpame —se apresuró a decir—. Es solo que... —me miró. No dijo nada concreto, quería decirme algo, pero sentí que había tenido una revelación—. ¿Será posible? —susurró.

—Eduardo ¿por qué ustedes son tan raros? —me quejé, tomé el vaso con leche y comencé a beber, se quedó un rato inmóvil a mi lado, salió pensativo de la cocina, Clementina me miraba igual que mi cuñado.

—¿Qué? —me encogí de hombros.

—Nada —ese nada no le salió tan convincente, sus ojos brillaron por algo. A veces son muy extraños. Terminé, le pedí a Clementina que le avisara a Martín para que me llevara a la casa de mis padres. No se demoró, me disponía a subir al carruaje cuando me él llamó.

—Mariana...

—Buenos días lord Antonio —muy seguro me saldrá con un desaire—. Discúlpeme por disponer de Martín, usted no lo ocupará en sus diligencias —lo miré—. Lamentó mi atrevimiento. ¿Será que él puede llevarme a mi casa y recogerme en la tarde? —al parecer mis palabras lo desconcertaron.

—Vas a la casa de tus padres, no hay problema —sus ojos querían decirme algo más, se contuvo.

—Que tenga un buen día lord —me despedí. Se quedó en la puerta observándome.

Llegué a casa de mis padres después de estos meses, me dieron ganas de llorar. Era tan agradable llegar a un lugar donde eres bienvenida, aunque sentí de nuevo esa sensación de miedo, solo que ahora era más intensa y el susurro se intensificó. Puse las barreras que me enseñó el Padre, pero no fue de ayuda, las voces seguían a lo lejos.

Mi prima me hacía señas, quería que saliéramos a caminar y poder hablar, la ignoré, no le presté atención. Pasé el tiempo en compañía de mi madre, quien se dio cuenta que la evadía. Manuela se ausentó en busca de té y la señora Granados aprovechó para interrogarme.

—¿Tienes algún problema con tu prima? —me miró por arriba de sus anteojos, a veces parece más mi abuela.

—No mamá, es solo que... Bueno, ella me está haciendo preguntas sobre la noche de bodas y no sé qué contestarle —mi madre abrió los ojos, palideció un poco, qué Dios me perdone la mentira, pero necesitaba tenerla como escudo, no puedo confesarle mi sufrimiento a Manuela—. ¿Ahorra me entiendes?, eso te corresponde a ti decírselo, yo no le diré nada, me avergonzaría.

—Hija... no te dejaré sola de ahora en adelante —fue un alivio escucharla.

—Te lo agradezco.

La semana pasó muy rápido, trabajábamos en el vestido de novia, en el mío, el de mis padres. Aparté de los preparativos de la celebración, invitaciones, arreglos, comida, decoraciones... en todo, ahora la que no hizo mucho fue Manuela. Me llevaba trabajo para la casa, las invitaciones que según mi madre mi caligrafía era digna de mostrar, bordados en los que Clementina me colaboró y así terminar más rápido, nos acostábamos después de la media noche. Mi suegra se unió a los preparativos y fue de gran ayuda, no cabe de la felicidad porque sus dos hijos terminaron casados con dos niñas de buena familia. Ella y mi madre se habían hecho buenas amigas, me enteré que sus padres regresarían a vivir a Inglaterra y la casa donde viven ahora pasaría a ser la de Eduardo y Manuela. La celebración del anuncio de la boda fue una comida familiar, no queríamos desgastarnos en una gran celebración ya que la boda sería el sábado siguiente. Se realizó una cena en casa de mis padres con algunos invitados que no pasaban a ser más de veinte personas. Antonio esa noche se portó muy especial, se mantuvo a mi lado, entrecruzó nuestras manos, se reía y me besaba en la frente, la mejilla y dorso de mi mano constantemente —su ternura era para darle celos a Alfred—. En más de una ocasión me ilusioné, creí que podíamos entendernos, pero al darme cuenta que después de besarme su mano se convertía en un puño, la ilusión se me esfumó.

Los días pasaron y a decir verdad el comportamiento de Antonio me desconcertaba, tanto en la casa como en cualquier lugar al que asistíamos. Nuestra relación en casa se suavizó, se limitaba a unos buenos días, buenas noches. En un par de ocasiones llegó a la casa de mis padres a comer al medio día, ese se ha convertido en uno de los mejores días de mi vida. La mañana que llegó con una flor roja en su mano y por la forma de mirarme caló hasta mi alma y el beso que nos dimos al frente de mi nana se convirtió en el mejor de todos. Me despegó del suelo y sin dejar de besarme dio la vuelta conmigo, era la segunda vez que me besaba de esa forma, con deseo, suplicándome que lo entendiera, que me amaba, que jamás lo dejara. Quedé sin respiración, mi nana lloraba al ver el espectáculo, la señora Granados bajaba las escaleras y también nos vio.

—Lo siento señora Matilde —mi madre movió su mano en señal de que no pasa nada—. Discutí con mi esposa en la mañana y quería decirle que la amo, por más que piense lo contrario —me beso la frente y susurró—. Solo piénsalo

Almorzamos juntos en la casa de mis padres y cabalgó con su suegro

acompañándolo en las labores de la casa, mientras nosotras trabajamos en el bordado del vestido de novia. Ese día me esperó y a cada instante me besaba, me acariciaba el cabello, incrustaba su nariz en mi cuello. Era la primera vez que se portaba de esa forma y por tanto tiempo. Al quedarnos solo intenté apartarme, pero él me jaló y me besó profundamente, su mano apretaba tan fuerte mi cintura, nuestras respiraciones estaban tan agitadas. Mi padre entró y dijo algo, no escuché, nos mirábamos. ¡¿Qué gana torturándome?! Se fue con el señor Granados mientras yo quedé sumergida en un mundo de sentimientos. El resto de la tarde entró en más de una ocasión a la sala de bordado, parecía un niño, algo le sucede. La última vez se sentó a mi lado y comenzó a jugar con mi cabello.

—¿Cuándo piensan tener hijos? —preguntó mi mamá y mi rostro se tornó rojo, él me miró—. A lo mejor mi hija presenta el mismo problema que yo tuve, al principio no podía tener hijos —Antonio la miró y se puso serio, el comentario no le gustó, me dio un par de golpecitos a mi mano y se retiró. Mi madre analizó nuestro comportamiento.

—¿Por eso han discutido? —intervino mi prima.

—Ya estoy cansada, regreso mañana —me levanté y me despedí.

Regresé al lado de Antonio en el carruaje. Esta vez fui yo quien lo miraba, ¿por qué me besó a solas? Y me dijo que recordara que me amaba. Las mariposas salieron revoloteando todo a su paso, ¿se habrá enamorado de mí y ya no seguirá con Isabela?, como una tonta le acaricié el dorso de su mano.

—¡Ni se te ocurra Mariana! —fue tan seco y la sensación de llanto se atascó en mi garganta.

—¿Por qué me besaste a solas? —logré preguntar.

—Porque quería divertirme —se pasó al otro lado del carruaje, abrió la puerta que da salida a Martín y salió por la ventanilla, se sentó al lado de su capataz. Mientras yo sin importar que me escuchara comencé a llorar tapándome la boca para minimizar los gritos. Qué gana con jugar conmigo y yo sigo creyendo en él. Por momentos me contenía y al recordar su respuesta se reanimaba mi llanto, al bajar del carruaje con la ayuda de Martín, quien bajó la mirada al percatarse de mi estado, no salí corriendo como en otras ocasiones a refugiarme en la habitación, esta vez lo miré.

—Solo falta una semana lord Antonio —arrugó su frente, apretaba sus puños y su mandíbula—. No volveré a ser tan estúpida, no me avergüenza confesarle que me enamoré de usted.

—Tu comentario ¿a qué viene? —Martín nos dejó solos en el jardín de la

entrada, me limpié la nariz, no puedo hacer nada con el rastro de haber llorado todo el trayecto.

—No permitiré que usted vuelva a jugar con el sentimiento que acabo de expresarle.

—No seas ridícula, tu no amas a nadie, está en tu naturaleza jugar con los hombres, ¿te molesta que alguien juegue mejor que tú?

—¿Quién crees que soy? —me le acerqué, las lágrimas volvieron a salir.

—Una vil bruja —los labios me temblaron, de dónde saca esa tontería—. Lamento mucho tu sentir —fue tan sarcástico, sonrió victorioso—. No, no soy bueno mintiendo, honestamente no lamento nada, me llena de satisfacción ver... —salí corriendo, ya no quería escucharlo más—. ¡Mariana!

—¡Suficiente! —grité antes de entrar a la casa—. ¡El domingo me largo de esta casa! —no dijo nada o yo no lo escuché, me encerré en mi habitación.

El resto de la semana su comportamiento me desconcertó más y ya no sabía que pensar. A lo mejor es un hombre con algún problema de personalidad, en fin.

En los días que salía a la casa de mis padres pasaba por la iglesia a escuchar la palabra de Dios. Era raro, apenas me alejaba de los predios de Antonio sentía una presencia maligna, con Antonio cerca no tengo ese desasosiego. Al día siguiente después de una discusión él me busca, siento que me espía, me busca en casa de mis padres, se ha portado muy decente, atento, jocoso y muy caballeroso. Soy yo la que no quiere volver a caer en su juego, desde ese día, era yo la que le hacía los desplantes sin querer —tan acostumbrada estaba que sin darme cuenta me adelantaba, no quería volver a sentir el dolor que me ocasionaba sus ofensas.

Yo no le permitía hablar nada que no se relacionara con la boda. En muchas ocasiones lo descubrí mirándome y bajaba o desviaba la mirada, cuando se sentía descubierto y a pesar de eso lograba despertar las benditas mariposas en mi estómago, que aun no comprendo por qué no se han muerto, y las devolvía al lugar de donde surgieron. Antonio me miraba constantemente, algo le aflige.

Me obligué a no pensar en nada que no fuera bordar, marcar, flores, regalos, cristalería, me acostaba cansada, solo tenía tiempo para dormir, en parte eso me ayudó. También averigüé por mi cuenta los trámites relacionados con mi futuro refugio. Había un convento en el que no les permitían salir. Se limitaban a orar y algunas hermanas realizaban obras benéficas, recibían mujeres viudas que no soportaban la muerte de sus esposos y decidieron entregarle la vida a Dios. Yo también lo haría, de la anulación se encargaría el Padre, por lo que me tocaría

hablar con él después de la boda.

Había visto a Eduardo en cuatros ocasiones y ahora me miraba de forma extraña. Al despedirse él se inclinaba de la misma forma que lo hacía Louis, le realicé el comentario la última vez que lo hizo.

—¿Tú también? —le reclamé.

—¿Qué? —dijo sorprendido mientras nos despedíamos en la casa de mis padres, Martín pasó a recogerme, por petición de Antonio, me ayudó a subir el baúl donde tenía el bordado de la corona.

—Te pareces a Louis, cada vez que me ve o se despide y se inclina como si fuera quien sabe que reina —su mirada fue inescrutable, un brillo fugaz cruzó por sus ojos.

—¿El fraile del padre Gumersindo?

—Sí, el mismo —dije mirándolo.

—Es bueno saberlo.

—¿Qué es bueno?

—Que te vaya bien Mariana, Martín cuídala mucho —su expresión me desconcertó.

Por fin llegó el día de la boda. Me bañé una vez Clementina dejó el agua tibia en la tina, me vestí y bajé a esperar a Eduardo y su hermano. Debíamos llegar primero que la novia.

—¡Qué linda te ves madrina! —dijo Eduardo al entrar a la sala, se había quedado a dormir anoche—. Mariana puedo hablar un segundo contigo.

—Gracias por el cumplido y dime ¿qué necesitas? —sonreí.

—Veo que es definitivo el querer internarte en un convento —lo miré furibunda.

—No te metas en mi mente —le dije seriamente.

—Discúlpame, quiero que te esperes hasta mi regreso de la luna de miel.

—¿Qué?, no pienso hacerte caso, hoy hablaré con el Padre y mañana me iré de aquí.

—Por favor, no te vayas aún. Debo averiguar algo y te prometo que después puedes irte si quieres a un convento. Solo espera diez u once días más. Realizaré una reunión a mi regreso, es lo mínimo que te pido —suspiré.

—¿No es una treta?

—Jamás haría algo así.

Antonio llegó como siempre, elegante e imponente. Le faltó poco para abrir la boca al verme, sus ojos brillaron cual luceros en el cielo. Su hermano fue el que

lo ayudó a hablar.

—Linda ¿cierto? —lo miró completamente rojo, por la rabia o la vergüenza.

—El novio debe llegar primero —dije.

—Mariana ¿cuento contigo? —Antonio lo miró y por ese gesto comprendí que él estaba ajeno a lo que su hermano planeaba.

—Siempre.

—Gracias.

—¿De qué me perdí? —preguntó su hermano.

—Conversación entre cuñados —contestó Eduardo, le sonreí ante la complicidad.

Fuimos los primeros en llegar a la iglesia, la decoración fue en tonos violetas. El padre nos recibió, vestía su casulla para oficializar el sagrado sacramento del matrimonio. Se alejó con su hermano y hablaron en el jardín, Alfred salió de la capilla donde se realizan las ofrendas.

—Mariana... sé que me pediste que no te hablara para elogiarte, pero hoy te ves hermosa, hasta los ángeles te venerarían —en sus ojos vi la transparencia de su alma, si no hubiese perdido la cabeza por Antonio, tal vez habría sido diferente la relación entre él y yo—. Realmente hermosa —lo dijo en un suspiró.

—¿Por qué no te abstienes de realizar ese tipo de comentario a una mujer casada? ¡No te quedó claro la otra noche! —Antonio alzó la voz, me gustó que sintiera celo, lo miré y se notaba la ira en sus ojos—. Mariana es mía y la próxima vez que le digas algo similar, no me importará donde nos encontremos te llenaré la cara de golpes —Alfred alzó sus manos y se retiró.

—No actúes tanto —quedó perplejo.

—¿Te agrada él? —noté su rabia. Creo que era dolor a su ego masculino.

—Al menos es sincero —apretó su mandíbula, yo le di una suave palmadita—. Cambia la cara, ya comenzaron a llegar los invitados —ahora era yo la sarcástica, le tomé la mano y nos dirigimos al altar para ponernos al lado de Eduardo. No puedo negar que me gustó mucho verlo, siente celos no cabe duda.

Mi prima se presentó veinte minutos después de la hora. Se ve tan bella, los ojos de Eduardo brillaron de alegría, el velo evitaba que viera la felicidad de ella. Fue tan diferente su boda a la mía, Eduardo desbordaba alegría, mientras que su hermano no sintió lo mismo. Se me humedecieron los ojos, traté de disimularlo, pero era inevitable y no pude retener las lágrimas. Puso en mi mano su pañuelo, no lo tomé y fue él quien me limpió las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —me susurró al oído.

—Ellos si se aman —nos miramos, en sus ojos se veía que querían decirme algo,

de sus labios no salió ni una sola palabra.

—Lo siento por ti —se estaba demorando en que saliera su acostumbrado sarcasmo. Desvié la mirada, las lágrimas se me atascaron.

Me perdí en mi pensamiento, soñando despierta en mi relación con el hombre que más me ama. Me imaginé en los brazos de Antonio, besándolo, acariciándolo, debía mantenerme apartada del dolor, pero me costaba, no tengo ningún derecho a dañarle el matrimonio a los novios. Me desconecté del mundo, construí una fantasía, un cuento de hadas donde los protagonistas éramos él y yo. La verdad es que no presté atención a la ceremonia, hasta que la audiencia estalló en aplausos. Mi madre lloraba de felicidad y yo disimulé las mías, no sé porque le prometí a Eduardo esperarlo. ¡Por qué di mi palabra! La celebración fue un éxito total. Abracé a mi prima.

—Te deseo lo mejor del mundo Manuela, te lo mereces y espero tener sobrinitos.

—Primero serán los tuyos —dijo y le sonreí.

—Claro.

—Mariana... —arrugó la frente, supe que me iba a preguntar algo que no quería responder—. ¿Te dolió mucho?

—¿Qué? —puso los ojos en blanco.

—Hacer el amor con Antonio —me miró—. Ya sabes, la noche de bodas —dijo en un susurro, me puse de todos los colores. ¿Qué le iba a decir?, no lo sé. Mi mente recordó las palabras de mi madre esa mañana y esas mismas la utilicé.

—Es tal la alegría que será maravilloso entregártelo, ya lo verás —me puse roja.

—De verdad es como lo dijo mi tía, que los hombres tienen ese miembro —debí ponerme morada, nosotras habíamos sido criadas de una forma tan diferente. Algo debió de ver los hermanos D'Montecarlos porque llegaron a nuestro encuentro, llamé a Eduardo mentalmente.

“*No sé qué decirle Eduardo, yo... no... ¡ayúdame!*” —lo vi reírse mientras se acercaba, Antonio lo miraba con el ceño fruncido y luego a mí. Mi cuñado bloqueaba mis pensamientos.

—¿Como se encuentra la señora D'Montecarlos? —mi prima se sonrojó y yo agradecida por salvarme de inventar lo que nunca había visto. El Vals fue magnífico, el brindis, las palabras de Antonio para su hermano me conmovieron profundamente. Se notó lo mucho que se quieren, respetaban y sobre todo lo que se conocían. La velada fue increíble, ya se iban los novios, le di un fuerte abrazo a mi prima.

—Te deseo lo mejor del mundo, no sabes lo mucho que te quiero.

—Yo lo sé, pero me ves débil y por eso me ocultas lo que te pasa. Te he dado tiempo para que seas tú quien me cuente, me da tristeza que no me tengas tanta confianza —dejé de respirar, nunca se le escapa nada.

—¿De qué hablas? —disimulé, nos hablábamos al oído.

—Desde tu luna de miel tus ojos lucen muertos —me alejé. Las lágrimas corrían por mi rostro y ella también lloraba, me abrazó de nuevo.

—Prometo escribírtelo o te regalaré mi diario, ahí he escrito la verdad —le dije.

—Mariana... —me solté de su abrazo y abracé a Eduardo. No tuve necesidad de hablarle con palabras.

“Hazla feliz, porque no respondo de mí, donde me diga que le has hecho lo mismo que Antonio a mí”. *“Y gracias por salvarme hace un rato”.*

—Mariana —me retiró de la multitud mientras que otros se despedían de la novia—. Tú... no lo tomes a mal, pero jamás has...

—¿Qué?

—Nada. Espera mi regreso, no voy solo de luna de miel, sino a averiguar una vieja leyenda, una que pensamos se había extinguido. Tal vez salve tu matrimonio.

—No seas tonto. Ya tengo arreglado mi viaje.

—¿A dónde? —preguntó Antonio a mi espalda. Eduardo me miró y se encogió de hombros, dejándome a mi sola y sin saber que responder.

“Tramposo” —dije, sonrió y abrazó a su hermano.

—Que nuestro Padre celestial te bendiga y proteja —Antonio le dio un beso en la frente a su hermano. Fue un acto tan paternal y emotivo.

—Gracias hermano —fue lo único que se dijeron con palabras, el resto fue mental, se pusieron frente a frente con sus ojos cerrados. Los vi partir, me sentí feliz por ellos, los envidié, nosotros nos quedamos unos minutos más. Fui yo la que le pidió al lord D’Montecarlos que nos retiráramos.

—Ya quiero retirarme, me siento muy cansada.

—Yo no, espero un recado, ¿puedes regalarme unos veinte minutos más? —quise matarlo, respiré profundo y me reuní con mi madre.

Antonio hablaba con unos caballeros y vi cuando le entregaron una nota, me pareció extraño, me despedí de mis padres y mis suegros. Alcancé a ver a Isabela por la ventana, cruzaba la calle, ella no fue invitada a la fiesta porque no le mandé la invitación. ¿Así que esa era la nota que él esperaba?, mi estómago se revolvió de pura rabia. Llegué hasta él, hablaba con el alcalde y callaron al

verme llegar.

—Cariño, ya estoy cansada —le dije.

—Claro —sonreía—. Ya recibí lo que necesitaba —claro, la nota de su amada. Mi corazón se estremeció, presioné mi crucifijo y escuché su chasquido, necesitaba alentarme y que me permitiera las fuerzas para llegar a mi cuarto, mientras lo aferraba, el rostro de Antonio se entristeció y me miró.

El regreso fue en completo silencio, se escuchaban los cascos de los caballos. A mí me hervía la sangre, me bajé del carruaje, él se metió en el despacho mientras yo me dirigí a mi cuarto. A los diez minutos escuché el galopar de Capricho —se fue—. Mi pecho reventó en llanto, se iba a ver con ella, esa era la nota, seguro le contará que dentro de poco será libre para que puedan vivir juntos, volví a llorar como el primer día. La mañana siguiente fue un día común y corriente, los ojos me dolían. Entré a su recámara, preparé la comida y recorrí la casa. La semana pasó y no vi a Antonio, él llegaba tarde y salía muy temprano.

Solo nos vimos un par de días. Una de esas fue para darle un jarrón con flores para que lo dejara en su despacho, y la otra porque él no encontraba algo que yo había cambiado de puesto, no me pareció que ese era el lugar apropiado. Así pasó la semana siguiente. Afortunadamente faltaban dos días para que llegara mi prima y Eduardo, muero por verlos. La reunión en su casa era el 11 de noviembre.

CAPÍTULO 22

La Llegada de Eduardo

Hoy regresa Eduardo y estas serían mis últimas horas con Antonio, me haré a un lado para que él sea feliz. Me arreglé, el vestido era de color verde manzana, cuello alto y manga larga, me recogí el cabello a un lado, dejando que cayera en gajos —así era mi cabello al natural, lizo hasta los hombros y sus puntas terminaban onduladas—. Realicé mis labores, en la tarde era la reunión en la casa de mi prima. Entré en la habitación de Antonio y su cama seguía arreglada —¿no durmió en casa?—. Se me revolvió el estómago, el siempre venía a dormir, ¿se habrá quedado con ella?, mis entrañas se estremecieron y me limpié las lágrimas que salieron. Me encerré en la habitación, el dolor se fue convirtiendo en rabia —¿No podía aguantar a que me fuera para quedarse con esa mujerzuela en quien sabe en dónde?!

No sé hasta cuando seguiré llorando su desprecio, en lo profundo de mi ser he mantenido una leve esperanza... Clementina entró con la bandeja del desayuno.

—Buenos días señorita.

—Hola —saludé con dolor, ella se percató—. El señor no ha llegado a dormir, ¿cierto? —se me quebró la voz.

—No. Pero es normal en ciertas fechas —hizo una pausa—. Por su trabajo.

—¡No soy tan ingenua Clementina! —grité—. Cuando un hombre no amanece en su casa es porque.... ya no vine al caso.

—No piense cosas que no son niña.

—Ya no importa —volví a mirarla—. Sabes, te extrañaré ahora que me vaya.

—¿Cómo?

—Me voy esta noche, saldré de la vida de Antonio para que pueda hacer su vida con Isabela —Clementina bajó su mirada, ocultando el llanto, de esa casa la única que me apreciaba era ella, se retiró en silencio. No salí del cuarto en toda la mañana, saqué el baúl y comencé a guardar mis vestidos más recatados. Me voy a un convento, me refugio por un tiempo y si sentía el llamado iniciaría mi preparación para ser religiosa. Así me había notificado la hermana superiora de la orden religiosa en la que me congregaré. Guardé mis batas de dormir, mi ropa íntima, calcetines y todo lo que quería llevarme.

Agradecí a Dios que él no estaba y que su amante vivía a kilómetros de distancia. ¡Era el colmo!, él sabe que me voy y no tuvo la delicadeza de esperar a

que eso pasara. ¡Qué descarado es, es un falso, ruin, desalmado e hipócrita!

Mientras discutía conmigo misma y recogí mis pertenencias. Dejé en el armario la bata que mi madre confeccionó para la feliz noche de bodas que nunca llego, esa definitivamente es para quemar —solo espero que mi prima si haya disfrutado—. Guardé en otro baúl varios vestidos que se los daría a Clementina para donarlos. Se pasó la mañana. También había gestionado el retiro de una parte de mi dinero, con eso era suficiente para comenzar una nueva vida en cualquier parte. Desocupé los cajones del tocador, las prendas las guardé en un cofre pequeño para mandárselas a mi madre con una pequeña carta que le haría pidiéndole perdón. Saqué el diario, se lo dejaré a Manuela y espero que me comprenda, a ella también le haré una carta, es a la única a la que le daré la dirección en donde estaré, para que me escriba de vez en cuando y devolviera el diario.

Hablaré con Clementina para que les entregue las cartas a mis padres y a mi prima con el diario el próximo lunes, el tiempo suficiente para poner distancia. Bajé el baúl de la cama, pesaba mucho, después de la reunión me iría, hoy salgo en carruaje hasta llegar a la ciudad y mañana a primera hora sale el barco con destino a España.

Miré el reloj, ya era la una de la tarde —¿es que el señor no piensa asistir a la reunión de su hermano? —sentí más rabia. Salí. Había dado mi promesa, iría sola a hablar con su hermano, regresaría y me largaría de su vida.

—¡Clementina! —grité.

—Aquí estoy —su voz sonó a mi espalda, limpiaba la sala.

—Si el señor se digna a llegar dígame que ya me fui a la casa de su hermano.

—¿Le traigo agua?, es mejor que se calme señorita, no le conviene alterarse de esa manera.

—¡Tengo rabia Clementina! —respondí con los dientes apretados.

—Ya regreso. No me tardo, espéreme —se guardó el trapo que tenía en el bolsillo del delantal. No se demoró, tomé un par de sorbos cuando Antonio entró a la casa, estaba muy sucio.

—Disculpa la demora se me presentó un inconveniente.

—No te pido explicaciones. ¡Haz lo que se te dé la gana! —grité—. ¡No te demores! —lo miré con tal odio, parezco desquiciada por los celos, tengo ganas de darle un par de cachetadas.

Me miró sorprendido, su manera de mirarme se fue transformando en un tímpano de hielo, ese que no le veía desde hace tiempo. Nos desafiábamos, no le demostré temor, se retiró y bajó a los pocos minutos vestido con su tradicional

pantalón negro y camisa de seda blanca, tenía un látigo en su cintura y sus facciones transformadas en ira y su mirada era severa e inexpresiva. Di media vuelta y me dirigí al carruaje, él no se subió a mi lado, se fue en su caballo.

—Tomás yo los sigo —era un nuevo empleado que entrenaba Martín, un joven de unos 15 años. Una pequeña punzada se agudizó más en mi interior cuando lo escuché hablar, ya ni siquiera quiere estar cerca de mí, los ojos me picaron.

—Llora más tarde, no le des el gusto Mariana —me animé.

En la entrada mi prima recibía a los invitados en la puerta, se ve hermosa, el matrimonio le sentó muy bien, su rostro irradiaba felicidad. Mi esposo me ofreció su mano, pero no se la di.

—No quiero que me toquen tus sucias manos de hombre infiel —si las miradas mataran, de seguro hubiese quedado aniquilada.

—Hasta que por fin sale lo que eres —respondió con hermetismo.

—Tal vez. Pero soy mucho mejor que tú —dije entre dientes—. No te me acerques, porque apestas —quedó de pie al borde del carruaje, me dirigí a mi prima. Había pocos invitados, en los que se encontraba la estúpida de Isabela. La muy tonta se me acercó, Antonio se puso a mi espalda.

—Mariana, que linda pareja hacen —desgraciada hipócrita. Casi abro mi boca de lo perpleja que quedé.

—No me interesa lo que te parezca, límitate a mantenerte lejos —la fulminé con la mirada.

—¡Mariana! —exclamó mi prima sorprendida por mi comportamiento. La miré y la abracé con fuerza.

—Qué alegría verte —cambié la expresión de mi rostro y sonreí al verla. Isabela miró a su alrededor para ver quien había presenciado el desaire, miró a su amante y se me revolviéron las entrañas de nuevo, seguí sonriéndole a mi prima.

—¿Quieres hablar? —me percaté del brillo en sus ojos. Miró a Antonio y lo saludó.

—¿Cómo les fue en la luna de miel? —le preguntó muy caballerosamente, con una hermosa sonrisa. Tengo tanto enojo, sino me habría derretido ante esa bella expresión.

—Maravilloso —le respondió.

—Me alegro, ¿dónde está Eduardo? —preguntó.

—Salió hace un segundo, me dijo que lo esperen ustedes dos, sobre todo.

—Yo no tengo tiempo Manuela —Antonio me miró fríamente. Mi prima me

tomó de la mano y salimos a caminar al jardín.

—¿Volviste a pelearte? —me preguntó.

—No, anoche... la noche la pasó por fuera y si estoy molesta, muy molesta —debía seguir con la falsa hasta lo último. Conozco a mi prima y sé que se desmayaría si le contaba. Era mejor que lo leyera de mi diario.

—Eso es por su trabajo, Eduardo me dijo que sería común. Por su condición —me miró—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué? —me encogí de hombros.

—El maravilloso sacrificio que debieron hacer por nosotras —arrugué mi frente, quería preguntarle más, pero llegó mi esposo. Me tomó de la cintura y mi prima calló.

—Vamos a integrarnos —dijo, yo le quité la mano de mi cintura, no quería que me tocara después de haber pasado la noche con ella.

Las horas pasaban, era las cuatro de la tarde y Manuela comenzó a preocuparse por la ausencia de Eduardo y no sabía que decirles a los invitados. Por mi parte quería irme, desesperada, se me hacía tarde para irme, hoy debo llegar a Paris, mañana compraré el boleto.

Antonio se ausentó hace más de media hora, no lo veo en la reunión de los hombres, miré al lugar de las mujeres solteras y no vi a la estúpida de Isabela, aunque a ella no la había visto desde que me la encontré en la entrada de la casa —esto es increíble, ¿se ven en mi presencia? —. Salí a buscarlos y si me los encuentro juro arrastrarla por la hacienda. Mis padres llegaron, los abracé no por verlos, sino porque sería la última vez que los vería y quien sabe hasta cuándo.

—¿Te pasa algo hija? —su intuición de madre nunca le falla.

—Nada, los quiero —dije—. Voy a buscar a Antonio.

Dejé a mis padres entrando a la casa y vi como abrazaban a Manuela, me dirigí al jardín, y me detuve al ver que él salía de una de las caballerizas o quién sabe qué cuarto era ese. Miró de un lado a otro y se dirigió a la parte trasera de la casa. Me quedé ahí para ver si salía Isabela, pero no salió. A lo mejor salió antes, me dirigí a las caballerizas y vi a Capricho, lo acaricié, se alegró ante mi contacto.

—Hola —saludé—. No eres un caballo normal ¿cierto?, ¿qué eres? —era tan fuerte, su melena lisa y blanca, me acerqué y puse mi cabeza frente a la suya. En ese instante me entraron ganas de llorar—. Sácame de aquí Capricho —le susurré al oído. El profirió un relincho afirmando con su grande cabeza, no lo pensé. Había esperado a Eduardo, cumplí mi palabra, me monté en el caballo y le susurré.

—Sácame sin que nadie se dé cuenta por favor, llévame a la casa de Antonio.

El caballo sagazmente se fue por el lindero de la finca, tomamos el camino largo, pero nadie se percataría, era demasiado astuto. Salimos cerca de las tierras de mis padres y comenzó a galopar más rápido, parecía que no tocaba el suelo, en otras circunstancias habría disfrutado del viento rozando mi rostro, parecía que volábamos. Llegué muy rápido, me tomó menos de media hora. En las caballerizas, Martín dejó caer el balde de sus manos al verme llegar. Se sorprendió.

—Imposible —exclamó.

—¡Qué!

—Señorita, este caballo solo se deja montar del señor —dijo aun sorprendido—. De mí solo se deja alimentar y quitarle la silla o ponérsela.

—Él y yo somos amigos —acaricié la melena del caballo y él relinchó afirmando lo que había dicho—. Me lo cuidas, protégemelo por favor —le dije al caballo. Martín frunció sus cejas.

—Martín prepara un carruaje —unió más sus cejas.

—¿Para dónde se va? —bajó la mirada, apenado por la imprudencia.

—Me voy de la vida de lord Antonio —se me formó un nudo en la garganta.

—Yo la llevo.

—No, solo ayúdame con los baúles que dejé en mi habitación.

—¿Por qué no espera al señor?

—¡Porque no quiero verlo! —le grité.

Me di la vuelta y acaricié a Capricho una vez más para luego dirigirme al interior de la casa, pronto anochecerá. Tomé papel y pluma para escribir los nombres de mi madre y el de mi prima le daré instrucción a Clementina, sé que entregará los paquetes correctos —deben ser las seis de la tarde —tomé el diario y bajé a entregarle y la encontré llorando en la cocina, me partió el corazón verla así.

—¿Por qué lloras? —me apresuré a consolarla.

—Es muy injusta la vida, no se vaya niña, por lo que más quiera.

—Clementina... —le acuné el rostro, era una hermosa negra de cuarenta y tantos años—. Por lo que más amo es que me voy, sabes que me mata su odio, es lo mejor. Prometo escribirte, te lo juro, jamás me olvidaré de ti.

—Ya está el baúl en el carruaje señorita —dijo Martín entrando a la cocina, Clementina lloró más fuerte, ocasionado un fuerte nudo en mi garganta. Tomé el paquete y le expliqué que se los debía entregar a mi prima Manuela. También le expliqué lo que debía hacer con los baúles a regalar que ya estaban en la cocina.

Le di un beso en la frente, llegué al carruaje, comenzó a llover, el frío fue aumentando, pronto llegará el invierno. El clima está generando una especie de conexión conmigo, al subir me acordé del baúl pequeño, no le di instrucciones a Martín para que lo bajara. Bajé del carruaje apresuradamente.

Corrí, no pude entrar por la cocina, Clementina había cerrado por dentro, me dirigí a la puerta principal, las velas iluminaban toda la casa—. Que rápido las encendió —al entrar me encontré de frente con Antonio, bajaba corriendo las escaleras. Un leve brillo de alegría cruzó por sus ojos. Nos detuvimos en seco, mirándonos, no le dije nada, comencé a subir las escaleras y él me llamó.

—Mariana...

—¡Ya me largo de tu vida!, vívela como se te antojé, al menos hubieses esperado a la anulación del matrimonio —comencé a decir, tenía tanta rabia que me envenenaba sola. Al menos tenía derecho a desahogarme.

—¿De qué hablas? —dijo sorprendido. Eso me ofendió aún más.

—¡Ah, que ya puedes hacer con tu amante lo que se te dé la gana! —grité. Me di la vuelta para buscar lo que había olvidado. Pero necesitaba al menos saber ¿por qué se había casado conmigo si amaba a otra? Me moví dos escalones. Cuando lo miré su actitud fue de confusión—. Dime ¿por qué te casaste conmigo si amabas a otra?

—¿Qué idiotez estás diciendo? —eso terminó por sacar más de mis casillas, me ubiqué frente a él.

—¡¿Tienes el descaro de negarlo?! —grité—. ¡Eres lo más ruin e hipócrita que he conocido en mi vida! —los truenos comenzaron a caer como la otra noche. Él se alejó un poco y su rostro se convirtió en un pedazo de acero.

—Eso... sigue, saca lo que tienes por dentro.

—¡Ya me tienes cansada con el cuento de que soy una bruja endemoniada! —respondí apretando los dientes—. No limpies conmigo tus bajezas, el deshonesto, mentiroso y falso aquí eres tú —se me acercó.

—No vuelvas a llamarme así mujerzuela, la sucia eres tú.

Le di una fuerte cachetada, me arrepentí de haberle pegado, él aferró su mano a su látigo.

—Saca al maldito demonio que llevas Mariana para así no tener remordimiento de matarte.

Hasta ahí llegó mi rabia, los truenos cesaron abruptamente, la lluvia siguió cayendo fuerte, mi respiración se cortó por unos segundos, comencé a balbucear y las lágrimas salieron. No era posible — ¿él quería matarme? —. Terminé de bajar las escaleras lo más despacio que me permitieron mis movimientos, mi mano

presionaba mi pecho destruido una vez más. Mi alma luchaba con mi piel para que la dejara salir, no podía soportar una palabra más de desprecio. Se me acercó, yo alcé la mano para que no lo dijera, era mejor que se callara.

—No me digas más nada Antonio... ya... ya no... No soporto un desprecio más —dije balbuceando.

—Deja el teatro —saqué fuerzas de no sé dónde para enfrentarlo.

—¿Que te he hecho para que me odies de esta manera? ¡Dímelo! Por favor ¡dime qué fue lo que te hice! —grité—. ¡¿Por qué me odias?!, ¡¿Por qué te casaste conmigo?! amas a otra. ¿Por qué? —No lo veía bien. El llanto me lo impedía.

—Que patética eres —volví a pegarle otra bofetada, esta vez pensé que me pegaría, aferró sus puños, aparté la mirada, sentí sus ojos en mi rostro, su rabia hacia mí, pero no alzó un solo dedo en mi contra.

—¡Maldición! —gritó.

Se retiró y le dio un golpe a la baranda de las escaleras partiéndola, se dirigió a su despacho, cerró la puerta de un golpe tan fuerte que hizo vibrar la casa, las piernas me fallaron, caí de rodillas —él quiere matarme—. ¿Cómo le explicaba a mi ser lo que acababa de escuchar? ¿Cómo podía amar lo que me hace daño?, ¿qué clase de amor es éste?, ¿por qué no puedo odiarlo?, ¿qué aberración tenía con su cuerpo, su rostro y su alma?, ¿por qué lo amaba tanto si él quiere matarme? ¿qué clase de amor enfermo es este? —qué hago aquí, sal de esta casa Mariana, concluí. Quería estar con mi madre, abrazarla y refugiarme en sus brazos, deseaba que me arrullara. Me levanté inconscientemente y salí de la casa, comencé a correr en dirección al pueblo, la oscuridad era absoluta, se han formado charcos grandes de lodo por causa del torrente aguacero, quería correr y correr, quería alejarme de su vida, de su casa, quería morirme literalmente.

CAPÍTULO 23

La Gran Revelación

No sé cuánto corrí, y por la oscuridad me salí del camino, tropezaba con las raíces de los árboles y me pegaba con las ramas. No veía muy bien y no me interesaba, era más grande el dolor, *¿quería matarme?* La lluvia seguía cayendo, me he caído en un par de charcos helados, eso hizo que mermara el ritmo. El dolor se fue transformando en miedo, me detuve y analicé mi situación y si había árboles es porque... —“*Estoy en el bosque que le tengo miedo*” —el pánico se apoderó de mí y la suma de mis pesadillas llegaron a atormentarme. Recordé que en cada uno de mis sueños corría sola, comencé a correr de nuevo tanteando para no pegarme con las ramas de los árboles. Una de mis mangas se enredó en una rama, traté de forcejear sin lograr soltarme. Escuché rugidos —*¿animales?* —no podía zafarme así que arranqué la manga desde la costura del hombro dejando mi brazo al descubierto. El agua caía como alfileres helados, que calaban hasta mis entrañas, emprendí de nuevo el camino para salir de ese lugar, no sabía en qué parte del bosque me encontraba, no me ubicaba si debía correr al norte o al sur, al este o al oeste, no hay luna para iluminar un poco el oscuro bosque, sentí que me observaban —“*Es tu mente Mariana, no pasa nada*”—. Comencé a darme animarme sin obtener resultado, algo más oscuro que la noche se materializó frente a mí, dejándome petrificada. Unos ojos inyectados de sangre se hicieron notar, mi cuerpo tembló y no logré mover ni un solo dedo.

—Por fin sales de esa jaula mi diosa —era la voz terrorífica de mis pesadillas, no pude respirar, esto no podía ser cierto, las lágrimas salieron, liberando en mí, un sin número de gritos, esa sombra se lanzó sobre mí.

—¡No me toques! —grité, logré reaccionar, di media vuelta y empecé a correr, sentí unas enormes patas en mi espalda, algo me hizo caer al pantanoso suelo ocasionándome un fuerte golpe contra el tronco de un árbol, el impacto desgarró una parte de mi piel, me ardía el rostro. Escuché un fuerte golpe a mis espaldas y un aullido de dolor.

—Torpe... no olvides quien es ella, será la diosa del señor —supe que no se referían al Señor de los cielos, se refería al señor de las tinieblas. Me toqué la cara, me dolía como si me hubiese puesto un hierro caliente, supe que sangraba por la tibieza del líquido que recorrió mi cuello. Escuchaba risas, presencias malignas y tenebrosas a mí alrededor, muchos seres malos que querían hacer

algo conmigo. La misteriosa sombra se transformó en un hombre de ojos rojos, se me acercó. Seguía en el piso, mi corazón desenfrenado y los vellos de mi piel se erizaron —no era la misma sensación que tenía al tener cerca a Antonio—. Esta era de repugnancia, su dedo comenzó a tocarme la espalda.

—Eres una ricura, tu sangre sería un manjar en mi boca, pero no debo tocarte, mañana es el gran día.

Cerré mis ojos y me aferré al medallón, escuché el sutil ruido que emitía al presionarlo, no podía hacer nada más que esperar mi muerte, susurré. “*Antonio te amo*”. La presencia que tenía en mi espalda se alejó, mis oídos captaron movimiento cerca, seguía tirada en el fangoso suelo, los sonidos eran abrumadores. Al abrir los ojos, el bosque estaba iluminado, al darme la vuelta quedé sorprendida. Había un hombre alto con gigantes alas desplegadas desde su espalda, luchaba con un gran número de bestias, demonios y engendros tan blancos como la nieve con los ojos rojos. Era el ángel de mis sueños... pero... ese ángel... era... ¿es Antonio?

Caminaba en círculos para combatir a su enemigo, en ocasiones con dos contrincantes al tiempo. Era muy ágil y sagaz, manejaba con destreza las espadas, que se transformaban en dagas o estaca de acuerdo a lo que necesitara, las estacas que parecen de madera y se las clavaba a los de ojos rojos, a las bestias los mataba con las dagas, quedaban disecados al contacto del arma que empuñaba. Era un bárbaro peleando, parecía la reencarnación de Hércules, Aquiles y de todos los dioses de la mitología griega que tanto me gusta leer, él solo se enfrentó a más de una decena de adversarios. Sus ojos eran plateados, duros como el acero, de él emanaba una energía diferente. Los ojos del ángel eran insensibles, intocable, emanaba vibraciones de energía pura... daban miedo. No se descuidó, siempre se mantuvo atento, mientras que sus contrincantes quedaban descabezados, desmembrados, disecados, partidos en dos. Algo grande y feroz se me acercó por la espalda, la piel se me erizó, quise gritarle a Antonio, pero me quedé sin palabras. Lo que tenía detrás y que no me atreví a mirar, era enviado desde el mismo infierno. El hombre de los ojos rojos sonreía, mientras que mi ángel aniquilaba al último de sus enemigos, al terminar el engendro comenzó a aplaudir.

—También puedes matarme a mí, pero ya es tarde. Ella será llevada a su reino.

—No mientras yo viva —le respondió Antonio, con una voz tan feroz como la respiración de la bestia que tenía a mi espalda.

—¿Y qué vas a hacer? —el sarcasmo del hombre blanco lo enfureció aún más.

—Matarte a ti —miró a mi dirección—. Y luego matar a esa bestia —la risa

del hombre hizo eco en el bosque. Lo que está detrás de mí es una bestia, esto debe ser una mentira, nada de esto es real, es una más de mis pesadillas.

—Qué iluso eres. ¡Si no tuvieras esas alas te habrías dado cuenta! —el hombre gritaba—. Gracias por no tocarla —dijo, Antonio frunció las cejas—. Eres tan santo como tú maldito Dios —y volvió a reír, el ser alado aferraba su látigo y éste se encendió como fuego ardiente.

—¿A qué te refieres? —preguntó el ángel.

—No la tocaste, aún sigue virgen y pura. Te admiro —me miró con lujuria—. Yo tengo unos minutos a su lado y despertó en mí el deseo de poseerla, pero ella debe ser pura para mi señor —mi cuerpo temblaba bajo la lluvia. ¿De qué hablan?—. El trabajo de Luxmodf fue impecable, aunque lo mataste claro, pero logró su cometido. Hacerte odiarla, esa era su misión, evitar que la tocaras, ahora ya es tarde. Ella... ya es nuestra.

Un fuerte rugido a mi espalda me congeló las entrañas, Antonio me miró, agitó su látigo de fuego azul y comenzó su lucha a muerte con ese endemoniado hombre. La bestia me tomó con su boca por detrás haciéndome lanzar un chillido de miedo y pavor. Tenía enormes cuernos enroscados como un caracol, su cara era gigante en comparación a su cuerpo, su aliento era repulsivo, olía a podrido y sus ojos eran dos bolas de fuego rojo. Corría muy rápido, pensé que volábamos, no me podía zafar de sus dientes, aunque no me maltrataba, presionaba lo suficiente para no dejarme caer. La infernal bestia dio una voltereta cayendo de espalda soltándome de su mal oliente boca.

Quedé tirada en un prado y sentí el dolor en el brazo, una rama rasgó mi piel. Grité de dolor, Antonio había golpeado a la bestia que se levantó para enfrentarlo y logró pegarle, mi alma se estremeció ante el dolor que sintió al caer, estábamos conectados, debió quebrársele un hueso por el impacto recibido contra un árbol. Quería ayudarlo, no reaccioné de ninguna forma, mi mente colapsó, registraba cada movimiento de los luchadores. El ángel se levantó, quedó inmóvil por unos segundos, luego movió su cabeza de un lado al otro como confirmando que no se fracturó ningún hueso. Tomó su látigo y comenzó una verdadera guerra campal, la bestia lanzaba fuego rojo por su boca, mientras el ángel tomó su látigo y lo giró tan rápido creando un escudo que emitía un fuego azul tan hermoso. Las dos llamas se enfrentaban y el ángel por poco le gana la partida a la bestia que se retiró para comenzar de nuevo la lucha. Antonio sacó su espada y un aullido se escuchó de la bestia, no logró derribarlo. Volvió a enfrentarse la guerra de fuego y de un momento a otro el látigo se enroscó en el cuello del animal, haciéndolo gemir terroríficamente, su cuerpo se fue encendiendo con el fuego azulado y lo

convirtió en cenizas tan rápido que no puede registrarlo en mi mente, solo que la bestia desapareció.

—¡Púdrete por el fuego divino bestia del infierno! —dijo Antonio.

El animal se había desintegrando hasta convertirse en polvo. El látigo se enroscó mágicamente en su cintura. Me miró, estaba agitado y recordé sus palabras — “*conviértete en lo que eres para no tener remordimiento de matarte*” —el miedo volvió a mí. Él cree que yo soy parte de esto, se acercó, pero yo temí que me matara, logré moverme retrocediendo arrastrándome de espalda por el suelo.

—No me mates Antonio —logré decir. Se detuvo, sus ojos dejaron ese color plateado y volvieron a hacer los mismos de siempre. La luz fue disminuyendo y sus alas desaparecieron dejándonos en la absoluta oscuridad.

—Mariana...

—¡No me mates! —volví a decir. Me levanté para comenzar a correr, pero mis pies no tocaron el suelo. Me había impulsado sin saber al vacío, lo escuché gritar mi nombre.

—¡Mariana! —

Yo descendía, era mi fin. Cerré mis ojos y esperar el impacto contra el suelo. Unos brazos me cogieron por la cintura haciéndome girar y pegándome a su pecho, sin pensarlo me aferré a él, mi instinto de supervivencia surgió en ese instante. Dejé de descender, ahora subía y en un segundo quedé quieta, me puso en el suelo y no se separó de mí, me abrazaba.

—Te golpearon —su voz fue un lamento.

Un cálido calor recorrió mi rostro, haciendo que el ardor se evaporara, sentí como si miles de punzadas que no dolían se concentraban en la parte donde había recibido el nefasto golpe, luego esa misma sensación llegó a mi brazo. Yo aún tenía los ojos cerrados, tratando de entender lo que había pasado, me abrazó fuertemente contra su cuerpo y comenzó a besarme la frente las mejillas en repetidas ocasiones — *¡reacciona Mariana!* — me dije. ¿Por qué se comporta así si yo no le importo? — *¡Quítatelo!* —volví a decirme. Logré zafarme y abrí mis ojos... estábamos al frente de la casa *¿Cómo habíamos llegado tan rápido?*

—Mariana... —susurró.

—No... no... —no podía hablar, tenía mi mente colapsada de tantas cosas que no sabía de su existencia, logré ordenar un poco mis ideas—. ¿Qué eres?, ¿qué eran esas cosas raras que estaban en el bosque?, ¿por qué me quieren a mí? —intentó acercarse, pero me alejé—. ¿Por qué me salvaste si me odias? —se detuvo apenas hice esa pregunta, su rostro se contrajo en un dolor profundo—. ¡Dime! —grité—.

Por favor dime lo que pasa, yo ya no puedo más con esto. Dime la razón de tus desprecios cuando yo solo te he amado Antonio —las lágrimas brotaron confundiendo con la lluvia fuerte que aún caía—. ¡Es que no te das cuenta! —las palabras comenzaron a salir solas—. Eres tan ciego para no darte cuenta de lo mucho que te amo, me muero de celos porque tú amas a otra y no a mí. Ya no tengo vida, mi pecho está desgarrado por tus desaires, cada desprecio tuyo hace que mi alma sangre —lo miré. Seguía inmóvil mirándome—. Tenías razón Antonio, ¡no!, Lord Antonio, tenías razón cuando me dijiste que no me alcanzaría el cuerpo para albergar el amor que llegaría a sentir por ti, y es cierto... Ya no me cabe, aquí a dentro —me toqué el corazón—. Lo que siento por ti —él intentó hablar, pero lo callé con la mano—. ¡No... no me digas un solo desprecio más!, te juro que me matarías y la verdad es que ya no aguanto, mi alma me duele —susurré, me llevé la mano a la boca—. ¿Por qué no dejaste que me mataran esas bestias? o ¿Por qué no dejaste que me matara en ese abismo! —grité, parecía confundido, tan contrariado igual o más que yo, seguí desahogándome, necesita liberar mi alma—. En este momento no me estaría doliendo el pecho como me duele ahora, en este momento estaría tranquila en alguna parte de la otra vida sin dolor alguno. ¿Por qué eres tan egoísta?, ¿Por qué no dejaste que me muriera? Al fin y al cabo, ya estoy muerta en vida —no dijo nada. Continué llorando, balbuceando, mi cuerpo temblaba a causa del frío, mientras que él seguía inmóvil—. ¿No vas a decirme nada? —me limpié la nariz con la mano. Me percaté de mi estado y mi ropa estaba embarrada y el vestido rasgado. Corrí al interior de la casa, escurriendo agua. Clementina observaba al pie de las escaleras, no dije nada y ella tampoco. Subí corriendo, entré en la habitación y me dirigí al baño, comencé a quitarme la ropa, me metí en la tina, el agua fría igual que la lluvia, eso no importó, me quité el fango del cabello, quería quitarme el olor de esa bestia.

Cuando terminé, tomé una manta del armario, abrí la otra puerta y busqué a ciegas mis batas de dormir, temblaba incontrolablemente, el frío lo tenía hasta en los huesos. No encontré nada. Maldije al recordar que guardé mis pertenencias en el baúl que está en las caballerizas —suspiré—. Tomé la bata que hizo mi madre, era la única en el armario. Busqué ropa interior y no había nada. Tomé dos colchas en la parte superior para arroparme bien, tenía mucho frío. Salí del cuarto de baño, lancé las cobijas en dirección a la cama, me acerqué a la mesa y encendí la primera vela, mis manos temblaban, la tomé y encendí todas las que había en mi habitación, no quería estar a oscuras, no esta noche. Entré al cuarto de baño a buscar mi medallón, me lo había quitado para bañarme, me lo puse dejándolo por fuera. Me acerqué al tocador y como los candelabros iluminaban la estancia pude

darme cuenta que mi cara no tenía absolutamente nada —podría jurar que me había cortado el rostro y que me sangraba igual que mi brazo —Antonio puso sus manos en mi rostro. Él era un Ángel y me curó, miré la mujer de la bata atrevida, era un pequeño vestido de seda y velo blanco ceñido al cuerpo, hasta la mitad de mis muslos, de la espalda salían dos capas de velo que me llegaba hasta los tobillos y lo que la sostenía era dos delgadas tiras, que se podían soltar fácilmente —¿mi madre se pone una de estas para que mi padre la vea? —alejé ese pensamiento de mi mente y tomé el peine para desenredarme el cabello, casi no termino esa proeza, las manos las tenía dormidas. Después de tenerlo desenredado me metí en la cama, ya no podía aguantar más y necesitaba entrar en calor. Titiritaba, aunque me había puesto dos colchas más. Tocaron a la puerta — ¡qué bien Clementina!, le pediré algo de tomar para que mis huesos se calienten.

—Pasa Clementina —dije—. No me apagues las velas... —me quedé muda. No era la ama de llaves quien se quedó en la puerta por unos segundos, era Antonio, él también se había cambiado, suspiré con solo verlo, es bellissimo. Me subí las sábanas hasta el cuello. Desde la noche que me desmayé no entraba en esta habitación y preciso lo hace hoy que tengo la atrevida bata.

—No soy Clementina —su mirada era diferente, sus ojos me miraron con tristeza—. ¿Puedo pasar? —afirmé con un leve movimiento. Cerró la puerta a su espalda, traía en su mano mi.... ¿diario?, pero ¿él que hace con mi diario? ¡Clementina!, recordé que se lo había dado para que se lo entregara a mi prima.

—¿Qué haces con mi diario? —le pregunté avergonzada, si él lo ha leído...

—Clementina me obligó a leer algunas páginas —su mirada era tan nostálgica—. Tenía miedo de leerlo, sabes —tomó una silla y la puso al lado de la cama—. Pensé que encontraría muchos nombres de hombres y en todas las hojas, pero solo está el mío —me miró, las lágrimas amenazaban con volver a humedecer mi rostro—. No merezco que me ames tanto, no cuando te he hecho tanto daño —dijo en un susurro—. Sí que desconoces muchas cosas, estas, ajena a lo que te pasó hoy, ya me di cuenta, no sabes nada de lo que eres y mereces saber qué pasa contigo. Pero antes quiero responderte algunas de las preguntas que tanto te haces en tu diario —lo miraba, por fin iba a decirme la razón de su odio—. No te odio Mariana, no he podido, he tratado con mis fuerzas, solo que no logré hacerlo —suspiró—. Tampoco tengo nada con Isabela, no sé de dónde sacaste esa idea absurda y no fue mentira lo que sentía por ti antes de la boda, porque aún lo sigo sintiendo o tal vez más intenso.

—¿No estás enamorado de Isabela? —sonrió levemente.

—No. No... ¿de dónde inventaste esa calumnia?, si me enamoré de una mujer

prohibida —el estómago se me revolvió y las lágrimas salieron una tras otra. Al menos me lo está confesando.

—¿Por qué cambiaste sino era mentira lo que me hiciste creer?

—Para responderte esa pregunta debo comenzar desde el día en que fuiste concebida.

CAPÍTULO 24

El Relato de Antonio

Me arrojé de los pies al cuello, acurrucada en posición fetal para ver si entraba en calor, pero fue imposible, me miraba maravillado, no sabía por dónde empezar lo que vino a decirme. Se ve tan lindo sentado con sus brazos cruzados, es muy propio, su postura de hombre me hace suspirar constantemente, como quisiera poder perder la cabeza y dejarme llevar por lo que siento.

—Estoy lista para escuchar por qué me has tratado mal —lo animé.

—No sé por dónde empezar. Créeme, ahora no tengo claro nada, he sido injusto —sus cejas se unieron—. No me interrumpas, al terminar puedes preguntarme lo que quieras.

—De acuerdo —susurré, suspiró profundo.

—Tus padres tenían quince años de casados y no habían podido concebir hijos, eso parecía matar a la señora Matilde y esa información resultó ser cierta, lo comprobé la tarde mientras bordabas el vestido de novia de Manuela, por eso me enojé, estaba cediendo a mis sentimientos y esa confirmación fue un recordatorio de que debía cumplir con mi deber y ese era destruir tu vida. Tú eres un peligro, aunque no lo sepas —no entiendo nada—. Vivían en Inglaterra, tu padre mantenía a su familia española alejada y el motivo de esa decisión era porque su única hermana era una bruja malévola, una mujer consagrada a las artes oscuras. Sabes lo que el señor Granados piensa al respecto sobre ese tema, le tenía prohibido a su esposa que hablaran. Pero tu madre en su afán de concebir un hijo la contactó a escondidas de tu padre y se escribieron un par de cartas, esa prueba las tengo en mi poder, si lo deseas puedes leerlas —abrí mis ojos, esa parte de la historia familiar no la conocía. Cambió de postura, ahora sus brazos se apoyaban en sus piernas, inclinándose un poco más a la cama—. Ellas no se conocían físicamente lo que deducimos al leer las cartas. También es notorio el desespero de la señora Granados, ella le preguntaba si podía hacer que pudiera quedar embarazada. Tu tía le respondió que sí, que viajaría con la intención de ayudarla a que concibiera una niña. En la segunda carta tu madre dio a entender que no le importaba si era niño o niña, su deseo era darle un hijo a su esposo que tanto amaba, acordaron un lugar —mi corazón palpitaba más rápido a medida que avanzaba la narración de Antonio.

—Debieron reunirse en algún momento. La señora Matilde fue engañada por

parte de tu tía, ella no supo que tomaron su vientre y lo prepararon para que una vez fuera fecundado por la semilla de tu padre se creara a la mujer que le daría un hijo al mal puro —abrí mis ojos y ahora no sabía si mis temblores eran por el frío o por lo que escuchaba—. Si Mariana, estoy hablando de esa entidad que quiere arrebatarse el universo al Dios nuestro y todo lo que dice la biblia y tantos libros sagrados sobre el fin del mundo es cierto —suspiró—. En algún momento el mundo llegará a su fin —se sumergió en sus propios pensamientos y luego continuó—. Tu tía logró dejar su vientre apto para ser fecundada. Y así sucedió —su mirada me dio tanta tristeza—. La felicidad llegó a tu familia y en ese tiempo a tu padre le salieron algunos negocios en Francia, se vinieron a vivir a este país y aquí naciste... Mariana ya viste lo que soy, cazo demonios, bestias infernales y unos quince años atrás nos enteramos de los planes del mal, sabes que mi hermano puede leer la mente a las personas con solo verlas y yo puedo escuchar lo que él escucha, siempre y cuando yo tenga los ojos plateados y claro... siempre que él lo permita. Esa vez nos enfrentamos a un hechicero y resultó que era íntimo de tu tía, Eduardo descubrió sus planes que se habían puesto en marcha hace un tiempo. En esos días a nuestra orden llegó una carta de un colaborador, donde nos decía que había una mujer malvada y dicha mujer resultó ser la misma que conoció Eduardo en el pensamiento de ese hechicero —¿Cómo puedo estar vinculada a esa historia?

—Los planes del mal dieron sus frutos, la niña que sería la mujer de Lucifer tendría más o menos tres años de vida, pero no sabíamos su paradero. La niña que al convertirse en mujer llevaría en su vientre el fruto del mal puro, se cumplirían todas las advertencias de la Biblia, sería el fin de la naturaleza y por lo tanto de la misma vida en la tierra, caminaría entre nosotros al que se le conocerá como el anticristo. Teníamos tiempo para encontrarla, se supone que el rito es en un día específico, el día en que el señor de las tinieblas puede cruzar el portal que lo aísla de los humanos. Nos tardó siete años encontrar a tu tía. Le dimos muerte y logramos averiguar que tú vivías en algún lugar de Francia —mi tía había muerto hace ocho años. Pero... en ese tiempo Antonio sería un joven.

—Antonio... ¿Mataste a mi tía siendo tú un joven de 16 años? —estaba sorprendida, él sonrió con picardía.

—Mariana tengo 324 años y mi hermano tiene 322 —abrí mis ojos. ¡Eso es imposible! —. Soy inmortal —me miró—. Hasta cuando yo lo decida —me dedicó una mirada de reproche por haberlo interrumpido—. He viajado por pueblos y ciudades de Francia indagando y preguntando si había alguien con el nombre de Marcos Granados. Nos informaron de un par de señores, solo que sus

hijas no encajaban en el rango, eran muy mayores o muy menores. Hasta que llegó a nuestra orden una nueva carta del mismo colaborador que tenemos desde hace muchos años, no lo conocemos, aunque su información ha sido siempre muy certera. En esa carta nos pedía ayuda para alejar a una fuerza maligna que se estaba apoderando del pueblo, así lo hicimos, era un pueblo que no habíamos registrado y era en Francia. Hace siete meses nos instalamos en este pueblo, detectamos una concentración del mal. La misma persona que nos escribió, también le escribió al padre Gumersindo, quien nos daría la información necesaria. Y acordamos aparentar. Él sabe que pertenecemos a esa sociedad secreta y que nos enfrentábamos al mal, ese mismo que merodea el bosque. Mientras combatíamos a los engendros, bestias y demás demonios también hacíamos a escondidas nuestra labor de investigación y descubrimos que en el pueblo vivía un señor distinguido en la sociedad llamado Marcos Granados y que tenía una sola hija que pronto cumpliría 18 años y que se llamaba Mariana.

—Hicimos contacto con él y le propusimos hacer negocios. Nos pareció un buen hombre y resultó adorar a su hija más que a su vida. Nuestra misión era matarte, pero debíamos hacerlo limpiamente, aparentar un accidente, lo menos doloroso para una la familia tan noble, tu padre era lo opuesto a su hermana. Habíamos concretado una cita con él y tener acceso a su casa y poder conocerte, mientras tanto nosotros ya no teníamos dudas que tú eras la elegida, aunque no te conociéramos. En los días que llevábamos en el pueblo habíamos tenido más trabajo de enfrentamiento de los que no habíamos tenido en años mi hermano y yo. Esa tarde íbamos a ver la casa que compramos cerca de las tierras de tus padres y así poder vigilarte, mi hermano se quedó en el pueblo mientras nosotros nos instalábamos. Y apareciste tú de la nada, estrellándote con mi carruaje, no sabía quién eras y mi naturaleza es proteger a los humanos. Volé para atajarte y evitar que te dieras contra el árbol. No sentí maldad en ti, cuando llegó tu prima y te llamó supe que había cometido un gran error.

—Me presenté amablemente con tu prima y al escucharte a ti confirmar tu nombre, me dio tanta rabia, destruí la ocasión perfecta para que fuera un accidente, dañé la mejor oportunidad de acabar contigo, por eso no quería volver a tocarte. Eso explicaba la agitación del mal que se formó en el bosque, tú saliste de ahí —por un momento no habló, tal vez recordando y mirando la mejor manera de seguir con su relato—. Esa tarde en tu casa mientras charlábamos tú entrantes con ese vestido azul y el cabello suelto... —me miró y susurró—. Parecías un ángel, eras la niña más hermosa que había visto en mis trescientos años de vida, cambiantes algo dentro de mí, activaste mi lado humano, quise

abrazarte Mariana, jamás había sentido algo similar, creció en mí el deseo de cuidarte, no cuidar a la humanidad, solo de velar por ti. Me enfrentaría al mundo entero por protegerte. Mi hermano escuchó lo que mi mente decía, y bloqueé una parte de mi mente. No podía ser cierto, yo no tengo derecho a sentir nada por ti, tu eres la prometida del demonio lo que significa que eres mi enemiga.

—Esa tarde traté de contenerme sin tener éxito, aunque demostré frialdad, otra parte gritaba de felicidad por haberte encontrado. No sé porque el destino jugaba conmigo de esa manera —lo miraba, me tapé la boca, no quería que me viera morderme los labios por la emoción al escucharlo hablar de mí. No me importaba lo que dijo del demonio, solo que yo era la mujer más hermosa. Se volvió a cruzar de brazos, si supiera lo que me gusta verlo así—. Esa noche hablé con mi hermano de ti y él de tu prima. Discutimos posibles estrategias, debíamos cerciorarnos que tú fueras la prometida del demonio, mi hermano no logró leerte el pensamiento y eso era lo que nos confundía. Mientras tanto tus ojos eran transparentes y hermosos que era imposible no creer en tu inocencia. Decidimos analizarte, bueno mi hermano fue el que decidió, yo no tenía nada claro, no saliste de mi pensamiento ni por un instante, te metiste en mi pecho y tu rostro invadió mi ser, necesitaba volver a verte, eso era lo único claro que tenía. Me enteré que toda la gente asistía a la misa del domingo lo que me alegró, era la excusa perfecta.

—Esa mañana te vi hablando con un brujo y comprendí que esa era tu naturaleza, me dio rabia, mucha rabia. Así que planeé derrotarte con mi hermano y quedamos en matarte, aunque solo pensarlo me costaba aprobarlo. Fue a Eduardo a quien se le ocurrió darte un tiempo prudente y se le vino a la cabeza la gran idea de casarnos, así podía controlarte de cerca y saber tus movimientos —sus ojos parecían lamentarse de algo—. Jugamos sucio, sabíamos la aberración de tu padre ante los temas de brujería, así que le mentimos, le dije que éramos miembro de una sociedad secreta la cual mataba seres endemoniados y le comentamos que tú eras una bruja —abrí mis ojos, sorprendida. Por eso me pegó mi padre—. Le dijimos que eras una niña y aun podíamos controlarte, le propuse el trato, obtuvimos una aprobación, se indignó por tu supuesto comportamiento y esa tarde nos ofreciste una prueba irrefutable, cambiantes el tiempo al escuchar que te casarías conmigo, tu padre aterrado te golpeó, lo extraño Mariana es que yo también recibí ese golpe, no puedo explicarlo, me conecté con tu dolor, te iba a volver a pegar y no podía permitirselo. Por eso intervine. Quise consolarte, pero recuerdo lo que eres y me abstengo. He dejado que nuestra situación pase como debe pasar.

—Ahora entiendo, solo un tema como ese pudo transformar a mi padre —hablé muy bajó. Asintió.

—Pasó esa semana y entre más te analizaba y observaba, tú te afianzabas en mi alma. Tú no podías ser un demonio, las horas en que te visitaba se habían convertido en mis mejores momentos, quería reírme de cada tontería y pataleta que hacías. Eres tan niña, traviesa, inocente y sin maldad alguna. No sabes lo que me gustaba ver tu rostro de dama indomable, me reía al verte con un libro y darme la espalda. Aunque te parezca mentira jamás me habían retado de esa forma tan infantil. Tú me retaste al poner sal a la sopa —sonrió ante ese recuerdo—. Me gustó, aunque me causantes un gran malestar de estómago. Mi hermano no dejaba de reírse de mí, él ya lograba leer fragmentos de tus pensamientos y en ninguno percibió maldad. Luego llegó la fiesta de compromiso y Mariana cuando te puse el anillo que le había pertenecido a mi madre y que ha estado en mi linaje por miles de años... —suspiró—. Fue demasiado especial para mí... —se detuvo—. Temía en dártelo, pero soy tradicional y mi familia es muy estricta. Soy el mayor de la dinastía y ese anillo lo debía tener mi esposa. Lo que no esperaba era sentir esa sensación de felicidad cuando te lo puse —se levantó de la silla y caminó a la ventana del lado derecho, yo lo seguí con la mirada—. Mariana he estado perdido en este mundo por más de trescientos años, amando a la gente, ayudándolos, mi condición lo amerita y me gustaba, creía que era feliz, pero al ponerte la sortija descubrí el vacío tan grande de mi pecho y que solo podía ser llenado contigo. Me ataste a ti de una forma que aun no comprendo y eso me atormenta, me anclaste a tu vida, tal vez fue un hechizo, en todo caso comencé a girar alrededor tuyo, me fundí en tus ojos, tu cabello es como un imán, quería tocarte y lo hice. Y eso aumentó la necesidad de tenerte. Tu piel me quemó de una forma que no daña, pero que marca, rocé tu mejilla con mi dedo y yo hervía por dentro —volvió a sentarse—. Ya no podía retroceder el sentimiento, ya era más fuerte que yo y no sabía que pensabas tú.

—Tuve la misma sensación —él me miró y luego miró el diario.

—No lo he leído todo, no he tenido tiempo, tomé varias hojas al azar.

—Si quieres saber lo que pensé de ti ese día, busca el día 30 de mayo —Antonio tomó el diario y buscó la fecha, lo leyó y creo que más de una vez. Lo vi sonreír.

—No sé a qué juega el destino. No deberíamos sentir esto, somos enemigos por naturaleza —dijo amargamente—. Desde ese día me encontré feliz por tenerte cerca —siguió narrando—. Soñaba contigo, en el viaje que realicé me sorprendí a mí mismo sonreír solo, me enamoré por completo de la prometida

del diablo, “que ironía”. Yo no sabía qué hacer, Eduardo era quien me decía que el creador de todo y la vida, nuestro padre Celestial le dio a cada ser viviente el derecho a escoger, el libre albedrío, tu parecías ajena a la maldad, si te mantenía así no tendría que matarte y si hacía que me amaras como yo te amaba venceríamos al mal. Eduardo sabe mi sentimiento hacia ti, pero no sabe hasta qué punto, lo he mantenido bloqueado. Él me dijo que sería un buen sacrificio. Yo sé que el amor verdadero sin condiciones es la mejor arma, con esa idea tonta decidí escribirte, para dejar entrever al menos un poco tus sentimientos. Me arrepentí a última hora y le quité la carta al mensajero y escribí las que si me costaron escribir —sonrió ante el recuerdo—. Quería estar seguro si me amabas y lo descubrí a mi regreso, tus ojos son una puerta abierta ante quien sabe interpretarlos y me volví experto en ellos, no tenía la ayuda de mi hermano. Aunque él decía que tú parecías no pensar —solté una carcajada, arrugó su frente.

—Eduardo tiene razón, casi no pienso, solo actuó. Ese es mi gran defecto, por eso me han castigado tanto —sonreímos. Bajé la mirada dándole a entender que me perdonara por interrumpirlo, la felicidad no cabe en mi pecho, tengo tantas ganas de brincar y gritar.

—Esa tarde supe que te interesabas en mí, lo vi cuanto intentaste reprimir tu llanto. Esa fue la mejor tarde de mi larga vida y el comienzo de un sin números de buenos días, no podía estar más feliz y sin que supieras me has brindado una alegría infinita. Dejé de reprimir mis sentimientos, fue suficiente con lo que vi. Quería que me abrazaras, pero no quería forzarte, me limité a ir a tu ritmo, aunque me costara. Teníamos suficiente trabajo en los bosques y el mal supo de tu compromiso, no sabes la cantidad de enfrentamientos que tuve para mantenerte lejos de ellos. Mi hermano y yo vigilábamos tu casa en las noches y en especial las que eran de luna llena. La tarde que llegué sin avisarte fue porque ya no aguantaba más sin verte, Eduardo había tenido un atentado y se recuperaba, él no demoró en sanar, pude curarlo. Me gustó verte llena de harina, esa niña traviesa que pidió que la abrazara, no sabes lo que anhelaba que lo hicieras. De ahí en adelante fue un cuento de hadas y lo sabes. Nada fue mentira Mariana, nada. Me complaciste manteniendo tu cabello suelto, no sabes la aberración que tengo con él y aún no lo entiendo. Ya había perdido la cordura por ti, el día de campo fue la ratificación de tus sentimientos y no sé por qué significó tanto para mí que fueras tú la que me buscara, quería besarte, lo deseaba. Por eso antes de la boda fui a buscarte. Estuve hablando con mi hermano al respecto de dejar la inmortalidad, él tuvo miedo, pero yo no podía

controlar mis deseos de hacerte mía, aunque le dije a él que sería por un buen sacrificio —la piel se me erizó al escuchar la palabra “mía”—. Eduardo quedaría a cargo, sería el presidente una vez me casara, él sería quien continuara con la inmortalidad, yo iba a renunciar la noche de bodas frente a ti, quería que vieras el sacrificio que hacía por esta unión yo había empezado a pensar como humano y me dejé llevar por mi sentimiento y cuando menos lo pensé, subí al balcón de tu casa. Conté con suerte que aún seguías despierta. Tu saliste con la bata más horrible que he visto en mi vida —me puse roja—. ¿Es tu favorita? —preguntó.

—Es la más caliente, desearía tenerla puesta ahora para ver si me caliento.

—¿Tienes frío? —afirmé. Tocó la sábana y una onda caliente recorrió mi cuerpo. Mantuvo la mano por medio minuto, el frío se esfumó.

—Gracias.

—De nada —sus ojos reflejaban la tristeza que habita su alma—. Me fascinó besarte, fue lo más dulce, tus labios son más suaves que mis alas, me enviciaste con tu aliento, me embriagaste con tu aroma, enredar mis dedos en tu cabello fue monumental para mí. Por fin me encontraba vivo. Aunque me dolió besarte al principio por ser lo que soy. Pero no me importó, tus labios lo merecían. Esa parte si la leí en tu diario y también me sorprendió que hablaras de mí como un ángel cuando tú no lo sabías. Esa noche me dirigía a la casa y presentí al mal merodeando. No podía permitir que se te acercaran, era peligroso y nunca he deseado que te pase algo malo. Lo investí y me encontré con que era el mismo hombre con el que te vi hablar una mañana en la iglesia, dijo cosas horribles de ti, cosas que hacías con él, y no te las diré por respeto a que aún eres... bueno jamás has estado de esa forma con un hombre, todo lo que me dijo esa noche las creí. Mariana deseé ya ser humano, en mi condición hay que pasar un duelo de alejamiento con respecto a mis alas y ya pensaba como humano, mis pensamientos se transformaron... te deseaba carnalmente. Gracias al sacramento y los anillos hacen que no sea traumático el paso a la mortalidad, se debe pasar por un proceso de sentimientos desconocidos y me invadieron los celos, además Eduardo esa noche se quedó en casa de mis padres leyendo los libros de nuestros antepasados —me miró—. Se ha obsesionado mucho con ese tema. No lo tenía a mi lado para que corroborara lo que el brujo decía, esa sabandija supo hacer su trabajo. Ese demonio dijo que el plan marchaba a la perfección, la idea era que yo perdiera la inmortalidad, así podrían matarme más fácil.

—Le dije que ya no serviría de nada, él me contestó que nadie se podía resistir a tus hechizos y a tu forma angelical. Me describió tu beso tal cual como lo sentí y me dijo que así lo habías besado en miles de ocasiones. Me desquicié Mariana,

me llené de ira y la descargué contra él, esa ha sido la peor de las muertes que he realizado, no quedó pedazo alguno, lo descuarticé, no me arrepiento de haberlo matado, pero sí de la forma en que lo hice. Tenía tanto dolor y era un sentimiento nuevo en mí, ¿Cómo fue posible que tú me mintieras?, yo te amaba, iba a convertirme en humano para poder morir en tu tiempo, el grito que salió de mi lo sentiste. Esa parte de tu diario me sorprendió... —dejó de hablar por un segundo—. Hace un momento, cuando Clementina me reprendió y no sabes lo que es un llamado de atención de mi vieja, me obligó a que leyera fragmentos de tu diario y lo primero que leí fue el beso que nos dimos. Me gustó saber que fui yo quien te dio tu primer beso.

—Ahora entiendo. Ellos querían que no te tocara, de haberlo hecho hubiera dañado sus planes —se mordió el labio. ¿Qué pensaré?, continuó con el relato—. No me iba a casar, te iba a dejar plantada en el altar. Quería vengarme, sentía rabia, celos e ira, pensaba como humano. Eduardo me convenció de lo contrario, lo mejor era tenerte vigilada y que ya sabíamos tus intenciones. Yo tenía que aguantarme las ganas de matarte, por mí estúpido desliz estuve a punto de poner a la humanidad en peligro. Por eso envié a buscar tu ropa lo más tarde posible, le pedí a Clementina que sacara mi ropa de esta habitación. Por eso me comporté contigo de esa manera en la boda, a Eduardo le tocó salir y pelear con esos engendros, querían arruinarla. Por eso te traté y te dije lo que te dije esa noche, tenía tanta rabia conmigo mismo y contigo, me traicionaste o eso fue lo que me imaginé. Yo creí en esas mentiras y todo con la intención de mantenerme alejado.

—En estos cuatro meses he sentido tu dolor, no sé cómo podía conectarme de esa manera contigo, era imposible siendo tú lo que eres. Llorabas como si en verdad te importara, te echaste a la muerte y aunque sería una buena solución yo no podía permitir que te murieras, entre esa noche a este cuarto y te sané. No probaste comida en esos cuatro días, pensé que era teatro, que lo hacías para despertar lástima en mí. Mi alma de alguna forma también sufría. Por las noches llegaban momentos en que por poco tumbo esa pared, quería hacerte mía, sin importarme que a la mañana siguiente me decapitaras, en ocasiones era tal el desespero que al decidirme a entrar y besarte hasta desgastar mis labios por saborear los tuyos, tú te desconectabas del mundo. Las dos primeras veces me preocuparon, entré para ver si no te habías matado, pero tú solo dormías —sus ojos se cristalizaron y me dio la impresión que le dieron ganas de llorar. Por mi parte las lágrimas comenzaron a salir silenciosamente—. No sabes lo mal que pasé al saber que yo era el causante de tu desdicha, como te dije, pensé que era

teatro, ya lo habías hecho antes en hacerme creer que eras una mujer casta, pura y buena. Debo reconocer que en más de una ocasión pensé que flaquearía, por eso comencé a ser más distante, ser más cínico para hacerte sentir peor, quería que sacaras al demonio que debes de tener dormido y así no tener remordimiento de conciencia al matarte. Aunque sabía que no sería capaz —se tapó la cara con sus manos y luego siguió con el relato —Tus ojos permanecieron tristes Mariana, parecían muertos no podía explicar cómo lograbas hacer eso sin necesidad de algún hechizo. Mientras yo habite la casa y en mi ausencia quedaba Clementina protegiéndola, tu quedabas bloqueada para realizar actos de brujería. Eso me hacía dudar, tu tristeza y tu silencio, tu llanto en las noches. Me cohibiste de ver tu cabello, por eso el domingo se convirtió en mi día sagrado. Ahí podías lucirlo.

—Con el tiempo lo amarraste en esa horrible trenza, la hora de la misa y las reuniones sociales se convirtieron en mis días felices, no fingí, aunque te decía lo contrario. Comencé a adorarte en las noches, tras dormirte entraba a verte dormir. Me gusta mucho verte dormir. Eres... tan hermosa —habló en voz baja—. Me dolió cuando me comentaste que querías anular el matrimonio. No quería que te fueras, debía evitarlo. Por eso planeé lo de la boda de Eduardo, él ya me había dicho que quería casarse con tu prima, la amaba. Tenía un mes más contigo y algo se me ocurriría para que no te fueras y empecé a darte indicios de mi amor, te besaba más de la cuenta, el amor logró bajar el resentimiento y te besé a solas porque quería que supieras que me importabas. Pero tu madre me recordó quien eras y cuando habló de su problema para concebir hijos recordé por qué no puedo amarte.

—Esta tarde cuando llegué y entré en tu recámara, al verla vacía, sentí que perdía mi alma. Iba a volar hasta encontrarte, y no me detendría hasta lograrlo, luego entraste, ¡me alegré tanto de verte! —se encogió de hombros—. Tú hoy estas más enojada que otros días y no sé por qué.

—Por celos. No dormiste en la casa —lo interrumpí—. Me hervía la sangre y pensé que amaneciste con ella, haciéndole lo que por meses he deseado que me hagas a mí —sonrió ante mi comentario, le agradó lo que le dije.

—¿Por qué pensaste que tengo una aventura con ella? Para tu información, en mi linaje no se puede amar, desear, ni tocar a una mujer diferente a la que porte los anillos que tú llevas en tu mano. Y créeme, sería la deshonra en mi dinastía y la ruptura sagrada para que vuelva a vivir en la Tierra.

—No te entiendo —comenté. Ladeo una sonrisa y se mordió los labios.

—Solo pienso en hacer el amor contigo —mi corazón se detuvo, me escondí

más en el edredón, no podía creer lo que me decía—. He soñado con niños corriendo por la casa y lo deseo contigo, no habrá nunca nadie en mi mente diferente a ti Mariana, y no sé qué pase con nuestras vidas, pero jamás habrá otra. Así que dime ¿de dónde sacaste esa blasfemia?

—Los vi en el jardín en la reunión de los Bertalot y tú le sonreías aparte que le tenías la mano tomada.

—Creo que sufrimos un grave problema de confianza —me miró—. Si te hubieses quedado un segundo más te habrías dado cuenta de mi rechazo.

—Lo siento —sus ojos eran mi refugio, así los sentí cuando me miró de esa forma tan intensa. Desvió la mirada y continuó con el relato.

—Tú comenzaste a lanzar truenos y tus ojos se convirtieron en una amenaza, emitías tanta energía. Sabía que ya era el momento de enfrentáramos, me dolió decirte lo que te dije, lo lamento. Pero no fui capaz de levantarte la mano, no pude pegarte, supe que serías tú quien me matara, yo no tenía el valor de hacerlo, no podría matar lo que tanto he amado, esto ha sido un amor enfermizo —dejó de hablar, había resumido nuestra historia desde que nos conocimos, mientras yo no dejaba de llorar, me limpiaba las lágrimas con el edredón, él tomó mi diario y me lo ofreció, yo no podía sacar la mano, me vería casi desnuda.

—No puedo recibírtelo —le dije.

—No lo leí completo —dijo arrugando su frente.

—No es eso —me mordí el labio, pero decidí contarle—. Es que mis batas de dormir están en el baúl que amanecerá en las caballerizas y la que tengo puesta es algo indecente —sus ojos brillaron como un par de estrella y me regaló una hermosa sonrisa.

—Entiendo. ¿Dónde lo guardo? —continuaba mirándome.

—En el baúl de mis porquerías —utilicé las mismas palabras que él utilizó la noche que llegué a esta casa. Bajó su mirada, miró a la mesa, se acercó, lo abrió y miró lo que se encontraba en su interior—. Esas son mis porquerías, aunque para mí sea lo más valioso que he tenido en mi corta vida.

—Mariana... —mi nombre fue una súplica—. Sé que te he hecho mucho daño. Entiéndeme por favor, no ha sido fácil para mí... —guardó el diario y se dirigió a la puerta. No quería que se fuera, no cuando me confesó que me amaba, no me interesa para quien había nacido, yo sabía que mi vida le pertenecía, y al diablo con el diablo, jamás me prestaría para engendrar en mi vientre a la criatura del mal, en eso él se equivocaba. Mi vientre solo llevaría a los hijos de Antonio. Llegó a la puerta y yo no lo pensé, salí de la cama precipitada.

—Antonio...

CAPÍTULO 25

El Descubrimiento

Me arrepentí de haber salido de la cama, él quedó mirándome, un calor abrumador se concentró en mi cuello y rostro como jamás lo habían hecho. Tenía puesta la corta bata, y es quedar casi que desnuda, seguía inmóvil. Pero... él no me miraba a mí... él... miraba... ¿mi medallón? En un abrir y cerrar de ojos desapareció de la puerta y apareció frente a mí con el medallón en su mano. No comprendí la expresión que tenía su rostro, fue algo indescriptible, me asusté de tenerlo tan cerca.

—¿Quién te lo dio? ¿Desde cuándo lo llevas? y ¿por qué lo tienes? —habló muy suave. Yo no le dije nada, su manera de mirarme me tiene desconcertada. Volvió a repetir las preguntas.

—Mariana por favor esto es muy importante, ¿Quién te lo dio?

—El padre Gumersindo —¿Por qué actúa así?

—¿Desde cuándo lo tienes? —cada pregunta parecía ser de vida o muerte.

—La mañana que fui a misa y tú me viste hablando con el hechicero que mataste la noche antes de la boda —contesté sinceramente.

—¿Por qué te lo dio? —esa parecía ser la pregunta más importante.

—No entendí lo que me dijo, lo sacó de un compartimiento secreto que tiene su altar y me dijo que la legítima dueña debía tenerlo, que las cosas se han tornado peligrosas y que... —no seguí hablando, Antonio cayó de rodillas ante mis pies, su rostro reflejaba un dolor auténtico, que me estremeció por completo y me dolió en lo más profundo al escucharlo hablar.

—¡Qué te he hecho! Mariana... —el tono desgarró mi alma. Él no podía estar triste, su tristeza me mató más que sus desprecios.

No dejé de repetir una y otra vez “qué te he hecho Mariana”. Se tapó el rostro ocultándola de mí, lloraba con sentimiento. No supe que hacer, me quedé inmóvil esperando a que se calmara, al rato, su llanto se fue calmando, se alejó y su espalda quedó apoyada en la cama, aún se tapaba la cara, sus brazos apoyados en sus rodillas. Permaneció así por unos minutos más, lo miraba, me acerqué tímidamente.

—¿Qué te causa ese dolor Antonio?, no me gusta verte así. Me duele más que un desprecio, por favor dime ahora que te he hecho.

—Tú nada Amor —jamás me había llamado así—. He sido yo el bruto, yo te

hice daño.

Se levantó muy rápido, lo vi cuando comenzó a caminar de un lado al otro, pensativo y empezó a reírse —me levanté más confundida que antes, como lograba cambiar de ánimo tan abruptamente, él se detuvo para mirarme con su rostro completamente transformado en una felicidad absurda, ¿cómo lo hace? Sus manos iban de la cabeza a la cintura con intención de hablar, pero las palabras no le salían, sus ojos se tornaron expresivos. Era evidente que quería brincar, correr, gritar de la felicidad. ¿Qué le produce esa felicidad? Era como si hubiera encontrado el camino después de sentirse perdido en un laberinto. Su hermosa sonrisa fue en aumento.

—¿Cómo lo haces? —no me contestó, permaneció sumergido es sus pensamientos se acercó a mí con la intención de cargarme, luego se contuvo y comenzó a decir cosas tan incoherentes.

—Eres real —logró decir—. ¡Existes!, no eres la mujer de Lucifer, eres... La Leyenda es cierta —y ese comentario me desconcertó.

—¿De qué hablas? ¿Qué leyenda? Siguió callado. Me abrazó fuerte haciendo que mis pies quedaran en el aire, me besó la frente y volvió a dejarme en el suelo sin dejar de abrazarme.

—Por eso manipulas el clima —comenzó hablar para sí mismo—. Por eso tu prima cree que hablas con los animales, por eso Capricho te respeta, por eso no he podido odiarte —sus manos acunaron mi rostro, obligándome a verlo—. Eres real —por supuesto que era real. No soy un fantasma, soy de carne y hueso—. Naciste para mí como yo para ti —esas palabras me derritieron. Sus ojos volvieron a tener el matiz plata que le he visto en dos ocasiones, ese matiz que me obliga a seguirlo hasta el fin del mundo—. Pensé que tu linaje ya no existía. Eduardo lo averiguó, por eso me dijo que si no hablaba contigo hoy y arreglábamos nuestras diferencias me daría de golpes mañana —me miró—. Pensé que tú lo habías puesto en mi contra.

—¿Por qué será que en tu vida rige el misterio?, ¿por qué no puedes decirme de una buena vez que soy?

—Eres mi diosa —susurró, mirándome de esa forma que tanto me gusta.

—¿De qué hablas? —le susurré. Volvió a reír, sus ojos ya no tenían duda, el desbordaba felicidad.

—El Padre debe decirme y aclararme... —comenzó hablar para sí mismo—. ¿Por qué el mal cree que tú eres su diosa, si eres mía? —quedó pensativo—. Algo no encaja, falta una gran pieza en nuestra historia Mariana y además el Padre debe ser tu Guardián, si te entregó el medallón —volvió a sonreír, se

alejaba y volvía a mi lado—. Eres real, el universo conspira de miles de formas para que tú y yo... —no terminó la frase, la interrumpió una fuerte carcajada. Jamás lo había escuchado reír de esa manera, sonreí también de verlo en esa forma tan extasiado, embriagado de alegría.

—El Padre también tiene esa frase en su repertorio y a cada rato me la dice — comenté.

—¿Qué te dice?

—Eso —me llevé una mano a mi cintura y con la otra me pasé un mechón por detrás de mi oreja. Me miró de pies a cabeza y sus ojos volvieron a tener ese matiz plata, me sonrojé al darme cuenta que esta vez sí reparaba mi cuerpo. Desvió la mirada y podría jurar que también se sonrojó—. Que el universo conspira —le dije, tenía tanta pena, la bata es transparente y no tengo ropa interior... él tuvo que haberlo notado. Mientras más pensaba más roja sentía mi rostro—. ¿Por qué dices que soy tu diosa? —tenía que desviar la energía que surgió entre nosotros dos. Se me acercó más, mi corazón comenzó a palpar. Se desabotonó la parte superior de su camisa y las mariposas en mi estómago se reprodujeron, ya no estaban en esa parte de mi cuerpo, sino en todo mi ser. Sacó una cadena en la que también colgaba un medallón igual al mío, pero la de él era cóncava y la mía era convexa. Tomó el mío y como si supiera que hacer los unió. Encajaban a la perfección, cientos de rostros masculinos llegaron a mi mente, diferentes culturas, diferentes tiempos. Se proyectaron faraones, emperadores, reyes, guerreros y muchos más, a ellos los amé como lo amo a él, porque todos habían sido... ¿Él? La última imagen era la de Antonio. No entendí, ¿por qué había visto el rostro de tantos hombres?, él también se quedó pensativo, habrá visto algo similar.

—Siempre has tenido el mismo color de cabello —fue lo que dijo—. Y siempre has sido hermosa —Yo vi los rostros de los hombres que han portado ese medallón y a él se le revelaron los rostros de las mujeres que han llevado el mío. Me encontraba más confundida que antes—. ¿Qué viste? —tenía curiosidad.

—Muchos hombres de ojos verdes como los tuyos. ¿Por qué? —volvió a ignorar mi pregunta. Se mordió los labios.

—Mañana —tragó saliva—. Mañana buscaré al Padre para que te explique la parte de las reencarnaciones en esta historia. Es conveniente que un hombre de Dios te lo diga.

—¿Hasta mañana? —realicé una pataleta.

Él sonrió, su dedo acarició un mechón de mi cabello, luego lo deslizó suavemente por mi hombro, recorrió mi brazo hasta llegar a mi mano —los vellos de mi cuerpo se estremecieron como nunca antes—. Tomó mi mano, donde tenía

los anillos, la llevó hasta la altura de mi cabello, dejó de mirarme para ver el color de la piedra que era el mismo al de mi cabello.

—Que ciego fui. Tuve la prueba en mis narices —menos mal que habló porque me faltó poco para lanzarme a sus brazos.

—Manuela fue la que se dio cuenta —le dije, volvió a mirarme. Yo deseaba que me besara mientras que él lucha consigo mismo.

—Debo irme, nos vemos mañana —no quería que se fuera, no sé cómo insinuarme a que se quede.

—Hasta mañana —mi voz fue un lamentable susurro.

Besó con ternura mi mano, se dio la vuelta y al dar el primer paso, me llevó consigo, nuestros medallones seguían unidos, me jaló y yo no tuve equilibrio, me tambaleé y me agarró antes de caer al piso.

—Discúlpame, se me olvidó soltarlos —también está nervioso.

—Menos mal que solo caminaste. No sé qué habría pasado si desapareces —su sonrisa fue más notoria. Volvimos a estar cerca y tomó los medallones.

—Si es el legítimo, tú me sostienes y tú me sueltas —dijo mirándome, presionó los laterales del medallón y se escuchó un leve crujido, se soltaron, él sonreía. La flor de mi crucifijo se había retraído y al dejar de presionar los laterales volvió a salir.

—¿Cómo lo supiste?

—Mañana lo sabrás. No me alcanzara la vida para reparar el daño que te he causado —esta vez se alejó caminando, yo me quedé de pie con deseos, que se quede. Se detuvo en la puerta.

—Mariana... —lo miré resignada, no pasará nada más—. ¿Me permites cortejarte? —no me miró, yo no pude contestarle, él mal interpretó mi silencio —. Lo comprendo... —antes de salir me apresuré a decir.

—No... no... no es eso. Es solo que el cortejo es para conquistar a una dama.

—Exactamente —me miró.

—¿No escuchaste nada de lo que te grité hace dos horas? —frunció la frente —. Antonio, ya no tengo espacio en mi cuerpo para abarcar todo lo que siento. Te amo más que a mi vida, así que el cortejo... —no me dejó terminar, en un santiamén me envolvía en sus brazos con mis pies a veinte centímetros del piso y mis labios en los suyos. Me besaba, yo no daba crédito a lo que pasaba, me besaba sin ningún testigo, se apoderó de mi boca, su lengua recorría cada milímetro de ella y yo hacía lo mismo. Percibí su intención de alejarse, pero yo no quería dejarlo ir, mis dedos se enredaron en su cabello, él comprendió y nos fundimos en un largo, apasionante y desenfrenado beso, como si nuestra alma

dependiera de eso.

Era el inicio de una excelente noche. En ese intervalo él curaba mis heridas, cada llanto, cada desprecio, cada indiferencia las borraba. Ahora era como si jamás me hubiese hecho llorar. Sus manos aferraban mi cintura contra su cuerpo presionándolo tanto al suyo, yo no tenía voluntad del mío. Se alejó un poco de mí, sus ojos habían cambiado, ahora eran de un plateado líquido, del deseo de pertenecernos el uno al otro era notorio. En ese instante la habitación se vio envuelta en una luz cegadora, él brillaba, sus ojos se tornaron plateados duros como el acero. Dos gigantes alas emergieron de su espalda, sus brazos rodeaban mi cintura. Inconscientemente mi mano se extendió para tocarlas, eran tan suaves, se estremeció ante mi tacto.

—Son muy suaves y hermosas —le susurré, maravillada por sus alas.

—Tú eres más suave y más hermosa —me respondió.

Se quedó pensando y al rato profirió un grito desgarrador. Me asusté al verlo, su rostro reflejaba un dolor profundo, de sus plateados ojos emergieron dos lágrimas, entonces miró para el techo y volvió a gritar, me estremeció. No sabía qué hacer ni que le pasaba, no quería que sufriera. Poco a poco su respiración se fue normalizando, la luz disminuyendo y sus alas desaparecieron. La habitación volvió a quedar bajo la luz de las velas. Me miró, fui yo la que acunó su rostro.

—¿Qué hiciste?

—Renuncié a mi inmortalidad.

—¿Por qué?

—Porque no podría morir en ningún otro tiempo que no sea en el tuyo. Y porque deseo morir de viejo tu lado y porque deseo más que nada poseerte.

—¿Seguro?

—Completamente —volvió a besarme.

Sus manos ahora se movieron por toda mi espalda, sus labios bajaron suavemente por mi cuello —yo no me pertenecía, mi cuerpo deseaba fundirse en el suyo—. Sus labios recorrieron mi cuello, mis hombros. Su mano soltó uno de los tirantes que sostenía mi bata.

—Por cierto, esta bata sí me gusta —sonreí al escucharlo—. Te amo Mariana.

—Eso es lo que necesitaba escuchar...

Soltó el segundo tirante y la suave tela se deslizó por mi cuerpo dejándome desnuda, sus manos acariciaron mi espalda... Por primera vez y después de cuatro meses, nuestro matrimonio fue consumado.

CAPÍTULO 26

Confesiones

Al despertarme me dio miedo abrir los ojos, los mantuve cerrados, lo sentí a él, no había sido un sueño. Mi rostro descansaba sobre su pecho, mi brazo lo rodeaba por la cintura, mis pies entrelazados a los suyos, continuábamos desnudos. Pronto saldrá el sol, los pájaros ya cantaban —suspiré—. Recordé lo que experimenté anoche. Me dolía el cuerpo, era mi primera vez con el hombre que juró en un altar ante Dios que moriría de viejo a mi lado, pero abucé un poco, fue más intenso mi amor por él y quería sentir la fuerza de Antonio, era yo la que le pidió que me abrazara más fuerte, que me estrechara contra su cuerpo, necesitaba fundirme con él. Ese recuerdo me hizo sentir pena, yo fui la que... ¡Ay! Dios, ¿cómo voy a verlo ahora? Su mano acarició mi cabello y espalda, está despierto, yo aún mantenía mis ojos cerrados.

—Buenos días —su voz fue tan dulce.

—Buenos días —contesté. No me cabe la felicidad de tenerlo por fin en mis brazos, me aferré más a él, ese movimiento me recordó la molestia de mi vientre. Abrí mis ojos y el sol entró por la ventana.

—Debo suponer, que, si el sol salió de esa forma y a esta hora, los pájaros comenzaron esos cánticos y el aire tiene ese aroma a flores... ¿Es por qué estás feliz? —qué evidente soy.

—Presumido —contesté y era cierto, mi felicidad contagió la naturaleza. Soltó una gran carcajada—. ¿No te has vuelto viejo y arrugado?

—Pues yo me siento feliz, muy feliz —lo estreché aún más y le besé el pecho—. Y no, estoy igual. ¿Cómo te sientes?

—Me duele el cuerpo y... todo.

—Es natural cariño, en dos días ya no te molestará.

—¿Te gustó?... bueno... ¿yo estuve bien? —tenía que preguntarle, él fue un experto.

—Mírame —me negué, no me atrevía a mirarlo a los ojos, no después de lo que había pasado. No hubo un lugar de mi cuerpo que sus labios no hayan tocado. Esperó, y al ver que yo no tenía la intención de mirarlo, él se movió, giró mi cuerpo y ahora quedó sobre mí.

—Mariana. No sé cómo estuviste, porque yo tampoco sé cómo estuve —lo miré—. También fue la primera vez para mí —su mirada me recriminaba algo

que parecía ser obvio. Sonrió.

—Tú... nunca... anoche parecías saber muy bien que hacer —el calor llegó a mi rostro.

—El que sepa que hacer, no significa que lo haya hecho —me besó de nuevo—. De haber sido así, no te hubiese conocido, sería muy mayor o estaría muerto —me tomó por el mentón obligándome a mirarlo—. Era un inmortal, no tenía ese tipo de pensamientos, jamás los había tenido hasta que te vi esa tarde en tu casa, esa hermosa tarde de mayo. Cuando te vi, deseé hacerte mía Mariana —me gustó mucho escuchar eso, fui su primera vez también—. Pero es cierto al decir que lo sabía, pertenezco a una sociedad antigua y estos temas son naturales, el mundo sexual es tema de estudio, mato a los engendros que no entienden la importancia de respetar el cuerpo humano como templo sagrado para tu esposo o esposa y permitir usarlo para beneficio mutuo por amor. Para ellos el acto sexual es vano y lujurioso al punto de ser obsceno. Solo puedo decirte que ha sido la mejor noche de mi vida, fue maravilloso.

—¿Seguimos con secretos? —le recriminé.

—Hasta que llegue el Padre cariño, todo va relacionado —contestó.

Volvió a besarme, esta vez su beso fue más dicente, mi cuerpo se estremeció. Era sorprendente como cada célula de mi ser reaccionaban ante su contacto, mi cuerpo no me pertenecía era de él. Se contuvo cuando su mano llegó en mi cintura.

—No puedo ser inconsciente —dijo con su respiración agitada—. Si lo hacemos te haré daño —yo necesitaba sentirlo de nuevo, no comprendía la necesidad de mi cuerpo. ¿Le habrá pasado lo mismo a mi prima?, ¿será normal?—. Debemos esperar un par de días amor.

—Tú puedes curarme —le susurré, me miró y el color de sus ojos fue cambiando del verde al tenue plateado líquido, cristalino por el deseo.

—Pensé que no me lo pedirías —sus labios tomaron posesión de los míos, su mano la puso sobre mi vientre y sentí un tibio cosquilleo, el malestar había cesado.

—¿Cómo te sientes ahora? —no contesté, mi cuerpo respondió por mí. Lo había alineado al suyo y volví a fundirme en sus hipnotizantes ojos plateados, él volvió a tomar el control y yo fui receptora de cada sensación, caricias, besos y me dejé transportar a un sinfín de vibraciones tan desquiciantes, hasta terminar agitados. Aun seguíamos acostados, no sé qué horas eran, nos alabábamos el uno al otro, nos acariciábamos mutuamente.

—¿Nos bañamos? —me sonrojé de imaginarlo enjabonar mi cuerpo, aunque él ya lo ha recorrido. No contesté, una leve brisa me azotó. Hace un instante lo

abrazaba en la cama y ahora me encontraba en el cuarto de baño en sus brazos.

—¿Debo acostumbrarme a estos cambios de lugares? —sonrió. Me dejó sobre mis pies y comenzó a llenar la tina, siempre había recipientes de agua en el baño, y no demora Clementina en traer la olla con el agua caliente.

—El agua debe estar fría —me quejé.

—Calientala —comentó mirándome, arrugué mi frente.

—¿Qué? No... como... ¿a qué te refieres? —preferí preguntar, han pasado tantas cosas extrañas en un día, ahora todo puede ser.

—Eres la reencarnación de... —se detuvo—. Cariño puedes manipular los elementos de la naturaleza y debes convertirte en uno en especial, por la forma que manipulas el clima supongo que eres viento —ahora si, en vez de ayudarme a aclarar me deja más confundida y yo no me convierto en nada. Ignoró mi expresión y tomó la cerilla y la encendió—. Pídele al fuego que esté en tu mano y que caliente el agua —dijo. Tal vez sabía más de mí que yo misma.

—Te demostraré que no tengo esa habilidad.

Miré al fuego, casi quema el dedo de Antonio. Extendí mi mano y mentalmente lo llamé. mis ojos registraban lo que pasaba y no lo creía. La pequeña llama se posó en mi mano sin quemarme, como si me entendiera, luego le ordené que se expandiera por la bañera sobre la cantidad de agua que había, al poco tiempo comenzó a hervir. No tardó mucho, quedé paralizada mirando con mi mano aun extendida y la boca abierta, la llama volvió a mi mano.

—Gracias —susurré y se extinguió, Antonio echó más agua. No pude hablar, era imposible que yo pudiera hacer eso, se me acercó y me tomó en brazos.

—Sabes hacer más cosas cariño, créeme. —me abrazó fuerte.

—Antonio. Mi mente no... ¿nada es normal?

—Creo que debo ir lo más pronto por el Padre. Temo que te dé algo, perdóname por ponerte hacer ese tipo de cosas —comentó arrepintió.

—No. No es eso, no te pongas así, es solo que... ¿Quién soy?, ¿una hechicera?

—¡No! Jamás pienses eso, eres lo contrario —se mordió el labio, entendí que prefería respetar que sea el Padre quien me dijera.

—Es hora de bañarnos, arreglarnos, debemos ir y hablar con nuestro párroco.

—Gracias —sonrió—. Tengo mucha hambre —me miró, me siento extraña—. Quiero mostrarte algo, antes de salir y aún es muy temprano. ¡Apenas iban a ser las seis de la mañana!

—Pensé que era más tarde.

—El sol salió antes de las cinco —me miró con picardía.

—Había jurado no manipular el clima —confesé—. Pero a veces me es imposible, la conexión no la comprendo. Espero que el Padre me lo explique —volvió besarme. Creo que nos costaba mucho estar a más de veinte centímetros separados.

—Vamos señora D'Montecarlos —me sonrojé.

—Me encanta verte sonrojar —acarició mi mejilla. Se puso la misma ropa que tenía anoche, su tradicional vestimenta de cazador, creo que es por algo más y no quiere decirme aún. Por mi parte no tenía nada que ponerme, Antonio comprendió y en un abrir y cerrar de ojos apareció en la habitación con el baúl en su mano, saqué uno de los vestidos que eran para regalar.

—¿Así que te ibas para un convento? —preguntó, me di cuenta de que tenía el medallón en la mano. Afirmé.

—Si esa era la idea —terminé de vestirme.

—¿Eduardo lo sabía? —preguntó un poco serio.

—No te enojas con él, lo dejé entrar en mi mente la mañana siguiente de tu atentado.

—Por eso me pidió que hablara contigo apenas llegara y si no, él mismo me haría entrar en razón a punta de golpes. ¿Por qué no me lo dijo?

—Por qué él no leyó eso, créeme que de haber sabido hace tiempo seríamos marido y mujer.

—Claro que hablaré muy seriamente con él —se acercó a mí—. Ese vestido no te lo conocía —paso su dedo por el escote de mis pechos y volví a ponerme roja, es imposible no reaccionar a su deseo, debo estar engordando, todo me queda apretado y mis senos los veo más grandes—. Te estas sonrojando y me agrada mucho verte cambiar de color.

—A mí no —le confesé.

Me tomó de la mano y caminamos a la puerta, al salir Clementina tenía una bandeja, con mi desayuno. Abrió los ojos sé que fue más por aparentar asombro, había felicidad al verme a estas horas con Antonio y sonriendo tomados de la mano, me avergoncé, si ella sabe lo que pasa entre un hombre y una mujer... mi rostro se tornó rojo y con disimulo me escondí detrás de mi esposo. Él sonreía, me miró y su risa fue más abierta.

—Mi vieja, gracias por todo —me jaló y me puso delante de él, sus brazos me envolvieron—. Ahora si somos una feliz pareja de casados y gracias a ti —los ojos de Clementina brillaban de felicidad.

—Desde ahora desayunarán en la mesa y su ropa volverá a la habitación principal —hizo una pausa—. Qué jamás debió salir de aquí —le recriminó.

—Tú lo has dicho. Mi esposa se queda conmigo, es mía —en mi cuerpo no cabía la felicidad, me gustaba cuándo decía eso. Él también es mío y que nadie se atreva a quitármelo.

—Discúlpeme señora por lo de su diario, fue lo único que se ocurrió.

—No te disculpes, gracias a ti, resucité y volví a tener alma —me acerqué y le di un beso en la frente.

—Es hora de desayunar —bajó con la bandeja en dirección al comedor, era la primera vez que desayunaba con él.

Al terminar Antonio me tomó de la mano y me llevó a su despacho. Tenía afán de mostrarme algo, entramos abrazados, me costaba estar lejos de él, su aroma es tan adictivo. Nos acercamos a la chimenea y él presionó la pequeña estatua de madera que era un retrato en miniatura de Capricho y moví los candelabros torcidos.

—Adoras a tu caballo ¿cierto?

El crujido de una puerta al abrirse me llamó la atención, la chimenea se partió en dos y cada lado tomó dirección opuesta, dejando ver una pequeña escalera de unos cuatro escalones, al bajar, un corto pasillo que era la antesala de un gran salón que iluminado por el sol. Antonio me condujo, la puerta a nuestras espaldas se cerró. Percibí su mirada en mi rostro, el lugar parecía un taller de carpintería, había cuadros y esculturas tapadas con sabanas. El salón era rectangular, su techo era en forma de pirámide en vidrio, por eso la luz del sol iluminaba la estancia. Al lado derecho una pared fue adornada con varias armas, en el centro se encontraba el látigo que había utilizado el día de ayer, a sus costados las dos dagas que se convertían en espadas. También tenía otras armas, de diferentes tamaños, arcos, flechas, espadas, más dagas, hachas y muchas más variedades de armas. Al lado de esa pared hay otra puerta. Jamás he visto ese techo en forma de pirámide.

—¿En qué parte queda?, no recuerdo haber visto ese techo.

—En el costado derecho cerca de las caballerizas. De hecho, esa puerta da al establo donde está Capricho, la casa tiene paredes altas y ocultan este refugio —me miró—. Y sí, él era mi única adoración hasta hace un tiempo —sonreí al deducir que ahora era yo. Seguí observando la estancia, al otro extremo había un gran piano y una gran pintura, del tamaño de la pared, que también fue cubierta, al igual que las otras.

—¿Esto es un taller de carpintería? —le pregunté.

—Se puede decir que sí —miró a su alrededor—. Para mí es casi un santuario, este lugar es lo que soy Mariana. Aquí ocultaba lo que sentía por ti.

—¿Te gusta la carpintería?

—Es mi hobby, los varones de mi dinastía se entretienen con la madera, que algo tiene que ver con la naturaleza —me di cuenta que la mayoría de la decoración de la casa son hechas en madera, lo miré sorprendida ¿será posible?

—Todo lo que hay en la casa ¿fueron hechas por ti?

—Sí. Y algunas las hizo Eduardo.

—Siempre admiré al carpintero —sonreí.

—Gracias —respondió orgulloso.

—¿Qué es lo que cubren esas sabanas? —señalé a mí alrededor, lo miré y su expresión fue pensativa, luego se encogió de hombros—. ¿Puedo?

—Claro —bajó su mirada, se sonrojó, quieté la sabana que tenía al frente, me sorprendí al ver que era yo, había realizado una escultura de medio cuerpo. Se dirigió al piano, salí a quitar la segunda sabana y para sorpresa mía, era otro retrato mío. Cada sabana tapaba uno. El salón estaba repleto de cuadros y esculturas en todo tipo de madera con mi rostro, donde se resaltaba mi cabello.

—Ya sabes cuál es mi adoración ahora —sintió pena, volvió a bajarme la mirada avergonzado, cuando mis ojos le pidieron una explicación, él se dio la vuelta dándome la espalda, pasó los dedos a las teclas del piano y comenzó a tocar una hermosa melodía. Era alegre, transportaba a quien la escuchaba a brincar de felicidad por haber encontrado el amor. Era una melodía de amor puro y trascendental, me encantó escucharla.

—¡Qué linda melodía!, ¿cómo se llama?

—Mariana.

—¿Dime?

—No —sonrió—. La canción se llama Mariana —menos mal me daba la espalda porque mi rostro enrojeció. Cambió el ritmo y las notas se convirtieron en una batalla a muerte consigo mismo, eso era lo que transmitía, las notas eran cargadas de rabia, ira, desprecio y repugnancia, no me gustó.

—¿Y esa cómo se llama?

—¿Por qué? —contestó.

—No me gusta, transmite rabia, odio y dolor al mismo tiempo.

—Esa no tiene nombre. La compuse la mañana antes de nuestra boda.

Me miró de reojo. Las notas volvieron a cambiar, estas eran tan tristes, la melodía era tan melancólica y llena de tristeza que me recordaron los días de oscuridad que sentí después de la boda, a la soledad que azotó mi alma, las notas eran nostálgicas, como si se perdiera al ser querido, me hicieron llorar, me acerqué a la pintura cubierta en la pared, me quedé pasmada. Antonio siguió

tocando esa triste melodía, mientras yo miraba mi retrato. El gigante cuadro era mi rostro, dormía. Lo único que había pintado era mi cabello casi del mismo color.

—¿Cómo se llama la que ahora tocas?

—Tampoco tiene nombre, la inspiraron tus ojos —dejó de tocar. En un santiamén me envolvían sus brazos—. Aquí podía amarte y adorarte lo que no podía hacer en tu presencia —comenzó a decir—. Y ya te he dicho que tengo una aberración con tu cabello Cariño. Eres hermosa durmiendo, no podía pasar por alto ese detalle, es el cuadro más bello que he hecho. Y confieso no pude dar con el color exacto, pero ese se asemeja al de cabello —sonreí—. Cada vez que te ofendía o te trataba mal me refugiaba en este lugar para que el dolor me consumiera. No sé quién sufría más, si yo al ofenderte o tú al recibir mi ofensa, me desahogaba realizando algún retrato tuyo. Me dejaba atender por ti, era una forma de disculparme por haberte ofendido, conozco la sazón de Clementina y sabía que no era ella quien cocinaba, me gustaban esos pequeños detalles.

—¿En qué tiempo hacías esto? Trabajas todo el día y en la noche duermes.

—Jamás había dormido tanto hasta anoche —lo miré—. Era inmortal, no necesitaba dormir muchas horas. Con solo una o por mucho dos era suficiente, me quedaban el resto de tiempo para distraerme en algo.

—Pero dormiste cuando te atacó esa bestia, aquella noche —me miró extrañado.

—¿Cómo sabes que fue una bestia?

—La vi amor. Ese día, lo presentí, sabía que te iba a pasar algo y...

—Por favor dímelo —me condujo al mueble ubicado a un lado del piano, él se sentó en el suelo y su rostro lo apoyó en mis rodillas, nuestras manos entrelazadas.

—Me dirigí a las caballerizas para hablar con Capricho —nuestras miradas se encontraron—. Le pedí... Bueno, le exigí que no podía llegar a esta casa sin ti. No podía decirte que no salieras, tú no me habrías hecho caso ni si te lo hubiera pedido de rodillas. Por eso recurrí a tu caballo, el problema fue que tú...

—Pensé que lo embrujabas.

—Supongo. Estuve intranquila durante el día y puse a Clementina con los nervios de punta. ¿Ella sabe lo que tú eres? —afirmó—. El hecho es que nos habíamos sentado en la banca a esperar tu llegada, cuando comencé a vivir tu desesperación, corrí a tu capilla a encender una vela y pedirle a Dios que te diera fuerzas. Mi cuerpo se conectó al tuyo, vi a al hombre lobo que te atacó por un costado, yo caí al piso, luego sentí el otro golpe en mi estómago —prestó

atención a mi relato—. Escuché la voz que me había hablado en una ocasión anterior, me decía que utilizara a los animales. Debía defenderte Antonio como fuera y no me importaba matar a alguien con tal de salvarte.

—¿Enviaste la nube de murciélagos y el rayo?

—Sí. Tenía tanta ira, te atacaron. Mi alma se trasladó al borde del abismo, estuve contigo. Clementina le dijo a Eduardo que yo había hablado en un lenguaje diferente.

—El antiguo lenguaje de la Tierra.

—Yo no sé cuál es —me encogí.

—Eduardo me dice que cuando tengo el látigo y al enojarme demasiado también hablo diferente. Aunque el mío es el lenguaje del universo —arrugué mi frente—. No me preguntes, porque no lo sé —contestó la pregunta que no formule—. Gracias por salvarme y perdona por haberte gritado bruja esa noche. Capricho te obedeció, me encontró y me llevó hasta donde mi hermano —jugaba con mis dedos.

—Creo que nuestros medallones se comunican —dije.

—¿Cuándo llorabas esas tantas noches lo tomabas en la mano? —afirmé.

—Sí. Le pedía a Dios que me desconectara del mundo, en ese estado no sentía dolor. ¿Por qué?

—Cuando lo tocabas yo sentía tú dolor Mariana —apoyó su cabeza en mis piernas—. La noche que me atacaron fue por un descuido mío, me aferré a él, pocas veces lo hago, pensé en ti —levantó su rostro y me miró—. ¿Anoche en el bosque tú lo tocaste?

—Sí. Me aferré a esperar la muerte y lo único que dije fue Antonio te amo —nuestras miradas se encontraron—. ¿Por qué?

—Porque sentí tú miedo y supe en qué lugar te encontrabas. Como tenía alas solo era pedir trasladarme y en un instante llegaba al lugar que quería.

—¿A qué linaje perteneces?

—A uno muy antiguo igual que el tuyo, a uno sagrado, guardianes de los instrumentos sagrados del universo. Cariño jamás toques el látigo y las dos dagas, tampoco toques las armas sagradas de Eduardo son dos espadas que se convierten en varas muy afiladas. Solo los descendientes varones de mi dinastía pueden tocarlos sin que mueran. Por favor no los toques.

—Te lo prometo. ¿Me mataría? —sentí una extraña sensación en mi estómago.

—Completamente, solo los que tengan sangre del universo pueden portarlas.

—¿Sangre qué?

—Hablé de más. Vamos, es hora de buscar al Padre —en sus ojos vi ganas de

comentarme algo.

—Dime lo que estás pensando —sus ojos eran espejos cristalinos y yo desde anoche los comprendía más que nunca.

—No lo tomes a mal, pero creo que en mi condición completa de humano soy algo celoso, si lo fui siendo un inmortal.

—¿Lo dices por Alfred? —sonreí.

—Sí, la verdad me ha sacado de mis casillas ese jovencito —su mano acarició mi mejilla—. Aunque me gustó lo que le dijiste la tarde que arreglamos el jardín —sonreí, recordando ese maravilloso día—. Lo frenaste de la mejor forma, tan digna, me gustó cuando le mostraste el anillo. Me ofreciste una fidelidad incondicional, aunque yo no la merecía —se detuvo—. También te agradezco los dos días que me cuidaste, me alegró mucho tenerte a mi lado.

—Yo también soy celosa y que no se te acerque nadie, me puedo convertir en una bruja de verdad —comenté. Él sonrió.

—Una mujer me está molestando —dijo arrugando su frente y reprimiendo una sonrisa—. Y no sé cómo quitármela, es una dama y no entiende que estoy completamente enamorado de mi esposa —dijo con picardía.

—¿Isabela? —asintió.

—Es muy insistente.

—Déjame a mí. Se quedará sin cabello si te vuela a tocar —contuvo la risa, al ver cómo me alteré.

—Sí —se mordió los labios—. Eres tremenda y un poco grosera —me ayudó a levantar, no quería que se fuera. Me aferré a su cuerpo en un fuerte abrazo, le besé el cuello, su piel se estremeció ante mi gesto.

—Mariana no hagas eso... solo tengo pocas horas de ser humano y para mí las emociones por estos días son más intensas —su respiración se fue entrecortando, mis labios se acercaron a la comisura de los suyos—. No voy a poder contenerme cariño...

—No quiero que te contengas —dije.

Me gustaba la forma en cómo cambiábamos de lugar. Él corría tan rápido que con solo cerrar y abrir los ojos estábamos en lugares diferentes. Cerramos la puerta de nuestra habitación y comenzamos a desvestirnos. Mi cuerpo sediento del suyo, en esta ocasión no fuimos tiernos, habíamos perdido la pena uno del otro. Fue ancestral, la conexión que existía entre él y yo, era inexplicable, queríamos fundirnos uno en el otro para convertirnos en una sola alma, un solo cuerpo, nuestro corazón era el mismo. Él era mi grandeza y yo soy su templo, creábamos nuestra propia religión.

—Perdóname —le dije mientras me aferraba a su cuerpo.

—¿Por desear a tu esposo? Que solo desea que pasemos el día de esta forma —me avergoncé.

—¿Será normal esta necesidad? Porque es necesidad amor, necesidad de ti.

—Tal vez. Además, debemos recuperar cuatro meses —dijo sonriendo, mientras acariciaba mi cabello.

—Tú me debes una luna de miel —le recriminé.

Reímos. Me besó la frente, bajó suavemente por mi nariz deteniéndose un rato en mi boca. Jamás me cansaré de besarlo, pasó a mi cuello y siguió su recorrido, dejando huella en mi piel, gravándose con cada caricia, con cada beso hasta llegar al lugar que él quería y que para vergüenza mía yo deseaba que estuviera. No creo que sea pecado, el mismo Dios lo creó, nos bendijo en un altar, es magistral cuando estás con tu esposo, con esa persona que amas incondicionalmente y solo él puede poseerte de esa manera. Dejé que mi mente viviera cada segundo, cada caricia hasta llegar a un mar de vibraciones. No puedo pedirle más a Dios, cada creación suya ha sido perfecta, la naturaleza, el universo, el ser humano. No creo que sea pecado experimentar las reacciones de tu cuerpo, no mientras sea bajo el respeto mutuo a tu cónyuge. Antonio me dijo que los engendros profanaban la intimidad, sabotaban el acto sagrado del sacramento matrimonial. ¿Cómo podría ayudarlo ante esa profanación de burla al cuerpo humano?, siento que esa será la perdición de la humanidad a futuro, en las próximas generaciones, nos debilitarán de esa manera, eso es lo que el demonio quiere. Nos quedamos abrazados por un largo tiempo, besó mi frente y salió de la cama a vestirse.

—No quiero que te vayas —me sonrió.

—Te prometo darte todas las lunas de miel que quieras —sonreí al darme cuenta que le costaba separarse de mí, mis pensamientos íntimos eran los mismo que él sentía—. Debo irme. Tengo muchas preguntas para el padre Gumersindo —se me acercó, me dio un beso tierno y sutil—. Cariño no salgas de la casa mientras regreso. En tu diario leí que has estado segura aquí y por alguna razón los demonios creen que tú eres su diosa. Hoy es día del solsticio, el día en el que el mal puede pasar el portal.

—No quiero que te enfrentes a ellos. Prométemelo —me envolví en la sabana y me senté en la cama—. Ya no eres inmortal.

—Te lo prometo, no saldré hoy a pelear, no puedo dejarte sola en horas de la noche, no hoy, no demoraré.

—¿Llegarás en diez minutos? —hizo una mueca—. ¿Qué pasa?

—Capricho, no creo que esté feliz conmigo, el también perdió sus alas anoche —abrí mis ojos.

—Después de lo explico todo —me besó y salió. Me arreglé y bajé a buscar a Clementina, hablaba en la cocina con Martín.

—Clementina necesito pedirte un favor.

—Claro señora —sonreímos al escuchar esa última palabra.

—Por favor entrégale esta nota a mi madre y espera a que al menos te de uno —le entregué la carta en la que le solicitaba que debía cambiar mi vestuario de dormir. Todas mis batas las iba a cambiar. Ella me miró, lo hizo de una manera extraña. Yo por otro lado me sentía cada vez más cansada, cuando me vestí costó abrocharlo, los senos me dolieron, no pude ponerme el corset.

—¿Puedo ir con Martín?

—Claro, así irán más rápido. No hay problema yo me quedaré dormida. Me siento cansada —noté la picardía en los ojos de Clementina y me sonrojé.

—No me tardo, cuando regrese, le haré un buen plato de sopa —dijo Clementina, arrugué mi rostro, no soy amante a la sopa—. Algo me dice que las va a tomar mucho.

Los vi marcharse en el carruaje. Cerré la puerta y me dirigí a la cama, quería descansar. No sentía dolor, me miré en el espejo y puedo notar que mi vientre está inflamado, lo noté extraño, además, las piernas las tenía pesadas. Me acosté y comencé a recordar lo sucedido, ahora si asimilaba la situación. El mundo está rodeado de magia, misterio y hechicería, eran ciertas las leyendas de bestias, engendros y seres endemoniados, pero también de ángeles, seres alados y almas buenas. ¿Quién seré yo?, Antonio no me lo dijo, puedo manipular el fuego, el clima, los animales y sé que puedo crear el viento o hacer que la brisa haga lo que quiero.

Me quedaba dormida, los ojos se me cerraban, mi vientre con cada segundo que pasaba lo notaba más pesado, me siento mareada. Poco a poco me fui sumergiendo en un profundo sueño, cuando escuché la voz que siempre me había ayudado.

“Protege al niño”.

“¿Cuál niño?”.

Me levanté asustada, toqué mi vientre y estaba un poco más inflamado a lo que lo tenía hace unos minutos, sentí la presencia de los seres que me atacaron anoche, llegaron por mí. Quedé inmóvil en la cama al ver materializarse una nube negra...

CAPÍTULO 27

Antonio

Bajé la velocidad del caballo al entrar al pueblo. Desde hace 300 años no sentía el frío, vuelvo a experimentar las consecuencias de ser humano otra vez, por fin me siento pleno y completo. No era tan malo volver a serlo. Como pude haber sido tan bruto e ignorante, no me alcanzará esta vida terrenal para enmendar el estúpido daño que le he causado a la mujer que más amo y que sin duda me adora.

Me dirigí a la parroquia, las puertas estaban abiertas —espero que no esté ocupado—. Amarré a Capricho y entré al jardín, subí las escaleras de dos en dos, estoy impaciente por saber cómo es que no desapareció la dinastía de la Madre tierra, quería saber qué pasó, se perdió el rastro por tantos años, la última unión que se efectuó fue hace poco más de 500 años. Además, es de suma importancia saber por qué a Mariana la confunden con la abominable mujer de Lucifer. El sacerdote arreglaba las flores del altar, el sacristán barriendo y... ¿Por qué está siempre ese Alfred con el Padre?, sentí rabia al verlo. Donde vuelva a mirar a mi mujer como lo hizo la última vez, le partiré la cara —“debes controlar las emociones. Ahora eres humano” me reprendí—. No se habían percatado de mi presencia hasta que los saludé.

—Buenos días —saludé amablemente.

Alfred fue el único que no sonrió al verme. Observé al padre Gumersindo, era ágil a pesar de su edad —¿cómo terminó siendo él, el guardián de este monumental secreto? Debe ser un hombre muy culto, fuerte e inteligente. No todos tienen el don de la protección.

—Caramba hijo, que sorpresa es tenerte a estas horas en la casa de Dios —sonreía y caminaba hacia mi—. ¿En qué puedo ayudarte? —me miró—. ¿Le pasó algo a Mariana? —se alertó, los otros dos jóvenes dejaron de hacer sus labores y ahora caminaban en dirección a nosotros.

—No... no Padre, ella está bien, muy bien —sonreí ante el recuerdo, no pude evitar sonreír engreídamente y recordarla desnuda, disponible para mí, era una sensación que jamás cambiaría por nada en el mundo—. Los dos necesitamos hablar con usted ya mismo.

—¡Qué susto me diste muchacho!

El padre desvió la mirada y observó en dirección a la entrada, seguí su mirada

y era Eduardo el que entraba. Di media vuelta me dirigí a él con cara de pocos amigos, al verme disminuyó el paso y bajó su rostro al darse cuenta de mi enojo, al acercarme lo tomé por el cuello con mi brazo, dejándolo inmóvil y con el otro comencé a desordenarle el cabello, teníamos trescientos años de no jugar así. Soltó una carcajada al comprender que ya era humano igual que él. Se soltó de mi gancho y sus manos tomaron mi rostro, puso su frente junto a la mía, mirándome a los ojos.

—¿Es ella? —sonreí.

—Sí. Es mi diosa —me abrazó, también se alegró por mi felicidad. Entró en mi mente, traté de no pensar en Mariana de forma íntima —volvió a reír—. Supo escoger mis recuerdos y pensamientos.

—¿Por qué no me dijiste de tus sospechas? No la habría tratado de esa forma.

—Hermano, solo hasta hace unos días, comencé a atar cabos —me soltó—. Iba a tu casa, pero vi a Capricho en la entrada de la iglesia. ¿Qué haces aquí? —miré al Padre que observaba la escena entre nosotros.

—Vengo a buscar al Guardián —hablé en voz alta. Los ojos del sacerdote se abrieron y los dos jóvenes se pusieron en guardia para atacar en cualquier momento.

—¿De qué hablas? —el Padre me escudriñaba con la mirada.

—De esto —saqué mi medallón y se lo mostré. Palideció, sus ojos cambiaron, no lograron ocultar su asombro, la emoción brotó por su ser.

—Padre santo... —tomó el medallón—. Eres el complemento... eres el elemento... pero si eres tú... —se inclinó ante mí—. Eres sangre... —lo tomé del brazo.

—No es necesario que haga eso, ¿es usted el Guardián?

—Sí. ¿Cómo es que hasta ahora se dan cuenta? —no supe que contestarle. Suspiré y confesé la verdad.

—Es una larga historia, solo hasta anoche descubrimos que somos los portadores —no lo miré, desvié la mirada a mi hermano—. Yo pensaba que era otra persona —Alfred se había acercado. Tenía dos varas de madera una en cada mano, me sentí incómodo.

—¿Es que Mariana no porta su crucifijo?

—¿Crucifijo?

—Bueno es un medallón que parece una cruz extraña —me miró—. Soy sacerdote hijo, para mí es un crucifijo.

—Si lo porta —contesté.

—¿No lo portabas tú? —me escudriñaba con la mirada.

—Jamás me lo he quitado en trescientos años.

El Padre meditó, procesando lo que había dicho, su rostro se puso rojo. Cerré mis ojos para leer el pensamiento de mi hermano y saber lo que pensaban y él llegó a la conclusión correcta.

—Cómo osaste...

—¡Pensé que era otra persona! —me adelanté a defenderme—. Creí que era la mujer que llevaría en su vientre el hijo de Lucifer.

Alfred me puso una de sus varas en mi cuello, comprendí que ellos también eran guardianes o por lo menos principiantes y que esté en especial tenía un gran coraje. ¿Cómo osaba a desafiarme cuando ya sabe quién soy?, ese acto me irritó, no era santo de mi devoción y me ofendió su falta de respeto. Me quité lo que presionaba mi cuello y lo tomé por la camisa llevándolo contra la pared —hace rato tenía ganas de hacerle eso.

—Quiero que te quede algo muy claro —lo miré—. Amo con toda mi alma a “mi mujer”, ella es la razón por la cual existo en este plano terrenal y si tú vuelves a mirarla como la miraste la otra vez te juro que se me olvidará lo que soy y te sacaré los ojos. Ella es mía. Muero y mato por ella —se zafó.

—¿Por qué la hiciste sufrir? —preguntó retándome a que le pegara.

—No tengo porqué explicártelo a ti —sentí un leve golpe en mi cabeza, era el Padre me pegó con un manajo de papeles.

—Sé lo que eres y por eso solo te pego con esto. ¿Cómo osaste dudar de mi niña? —lo miré. Mi hermano soltó una gran carcajada, cruzado de brazos mirándonos.

—No sabe lo que me ha pesado desde ayer, haberla hecho llorar tanto.

—¡Qué la hicisteis llorar! —gritó. No le contesté, tenía el derecho de recriminarme como lo hacía—. ¿Y no te distes cuenta de quién era? —dudé antes de contestar.

—Solo hasta ayer consumamos nuestro matrimonio... Sentí que me moría cuando la vi caer a ese abismo.... Yo... —comencé a negar ante el recuerdo, mis expresiones con las manos me ayudaron un poco, las palabras se me han atascado en la garganta igual que anoche cuando Mariana me decía lo que sentía.

—¿Qué?, ¿Cuál abismo? —el Padre se movía de un lugar al otro en el altar.

—Ayer... —me interrumpió.

—Más te vale que me digas la verdad, muchacho. Porque se me olvidará quién eres y te daré la paliza que Alfred no te dio.

—Y yo lo ayudo —comentó Louis. Vaya al parecer ese joven si habla, siempre lo había visto callado.

—Y yo también —contestó Alfred.

—Y yo no me meteré para defenderte hermano —Eduardo alzó las manos en señal de rendición.

—Gracias —les dije mirándolos, respiré profundo antes de hablar y aclarar mis palabras—. Le contaré todo, vamos a mi casa, no quiero dejar a Mariana mucho tiempo sola. Sé que ella no es la mujer del demonio, pero ellos no lo saben y hoy es el día del solsticio —el Guardian me miró indignado y al analizar lo que le decía, su rostro se fue palideciendo.

—¿Hoy es el día en que el engendro de las tinieblas puede pasar a nuestro mundo? —se echó la bendición, yo afirmé. Confirmé su miedo, quedó pensativo unos segundos para luego tomar su habitual forma de regañar—. ¿No recuerdas que en la boda te dije que te entregaba a una diosa? —me miró y siguió hablando—. Alfred, Louis, nos vamos a defender a nuestra señora —los miró—. Ya saben qué hacer y que llevar. Tienen tres minutos.

—Padre yo... lo siento, me dejé envenenar por culpa de los celos.

—¿Celos de qué?, si en la mirada se nota que Mariana es más pura que la misma palabra —dijo Alfred, y esta vez no le discutí, tenía razón. Yo en miles de ocasiones me dije como hacía para poner esos ojos de inocencia.

—Sé que fui un estúpido y no me alcanzará la vida para compensar cada lágrima que por mi derramó —respondí alzando la voz, ese joven lograba sacarme de quicio. Tenía razón. Hoy lo que me digan será poco para lo que merezco, se quedaron callados esperando que el Padre les volviera a dar la orden. Pero el habló en voz alta lo que eran sus pensamientos.

—El ser supremo, la energía pura a veces coloca las fichas y el universo se conspira a sí mismo para lograr su objetivo. Una vez puestos en la Tierra cualquier cosa puede pasar. Y el sufrimiento los fortalecerá... Increíble —me miró—. ¿Cómo lograste aguantar cuatro meses lejos de ella? Si la historia dice que es imposible estar lejos de su piel y viceversa.

Miré a todos. Mi hermano ya lo hacía, él quería saber cómo se lo había ocultado.

—Hasta que me quedaba solo —respondí a su pregunta en voz alta. Me miraba.

—Puedo leer los pensamientos de las personas —habló Eduardo, respondiendo a la pregunta mental de ellos—. Tenemos algunos poderes y ustedes saben bloquear muy bien sus pensamientos, pocas veces han bajado la guardia —los miró.

—Esperando una respuesta —habló el cura.

—¡No lo sé! No sé cómo logré aguantar tanto cuando lo que deseaba era otra cosa. Perdóneme Padre por lo que voy a decirle, no sé cómo mantuve su cuerpo lejos del mío, eso fue lo que más me atormentó. El querer hacerla mía siendo un ser inmortal, usted tiene razón en algo, me era imposible estar lejos de ella, por eso todas las noches entraba a su recámara para adorarla una vez se dormía —miré a mi hermano—. No puedo tomar un pedazo de madera sin que le haga un retrato o una escultura. Y me odié por eso, porque pensaba en ella a cada instante. La amaba aun sabiendo que era la que engendraría el hijo del mal y aun así no podía odiarla, la adoro de una forma aberrante. Quería hacerla mía y en varias ocasiones sentía su dolor —sentí que mis ojos se humedecían—. No saben las veces que la escuché delirar mi nombre y debía contenerme, ella pensaba que no la amaba y me frustraba el no poder decírselo. Me atormentaba la idea de matarla algún día y me agobiaba reconocer que sería ella quién lo hiciera, porque no podría maltratarla ni un cabello. No saben a diario mi frustración por defraudar a mi linaje porque estaba enamorado de una mujer destinada a otro o por lo menos eso era lo que pensábamos. La he adorado creyéndola un demonio ahora pueden imaginar lo que siento al saber que nació para mí. No quiero perderla y me convertiré en su esclavo para compensar todo el daño que le hice. Merezco lo que me dicen y entiéndanme un poco. ¡He estado a punto de volverme loco!, la amo más que a mi propia vida, moriría por ella. Es algo más fuerte que yo, la idolatro, anoche se convirtió en una religión, su cuerpo es mi templo y no sé si es correcto. Sé que fue mi culpa creerle a ese hechicero. Tengo tanto amor por dentro que a veces siento que explotaré en mil pedazos.

—Sufrimiento... tu linaje debe sufrir igual al de ella —dijo—. Pero aun así ¡no te lo perdono! —y volvió a darme con los papeles en la espalda, no alcanzó a pegarme en la cabeza—. Pasaremos todo el día en la casa de ustedes hasta después de la media noche, cuando haya pasado el peligro.

—Gracias Padre, no se demoren.

Salieron a la casa parroquial. Eduardo me miraba, yo bajé el muro que le había puesto a los sentimientos que sentía por Mariana. Miré al piso, mi hermano seguía escuchando en silencio, hasta que hablé.

—Es mi adoración, desde que la vi entrar a esa habitación en su casa con su cabello suelto —lo miré—. Es mi vida completa, anoche cuando nuestros medallones se unieron... supe que la he amado por toda la historia del hombre en la tierra, siempre ha tenido el mismo color de cabello, diferentes estilos, liso, crespo, ondulado, largo, corto, rizado, pero siempre el mismo color. Este sentimiento es más grande que yo, se me sale de las manos lo que siento y por su

cuerpo... —sentí como Eduardo bloqueó su mente. Sonreí.

—Trata de no pensar en Mariana de esa forma —mi hermano se sonrojó.

—Discúlpame, no alcanzaste a verla desnuda —dije—. Mantén el bloqueo tú, me es difícil no pensar en ella, de esa forma —afirmó—. ¿Te pasa lo mismo con Manuela?, ¿sientes lo mismo?, ese deseo aberrante de tenerla en tus brazos Eduardo, de tocarla, besarla y poseerla hasta que se te olvide lo que eres y solo vivir en su cuerpo —mi hermano escuchaba, parecía entender mi deseo—. ¿Como controlas esa ansiedad? Es cierto que solo tengo horas de ser humano, ¿tú también sientes esto?

—No con la intensidad tuya. Sí deseo a mi mujer como tú no tienes idea, pero percibo en ti algo más allá que es inexplicable. Será por lo que eres.

—Tu sangre es igual a la mía.

—Eres el primogénito, el que Dios escogió para llevar el alma del universo.

—Sabes que no tiene nada que ver con que sea el primogénito. Puede ser cualquiera de nuestra dinastía.

—Solo será de la tuya —me abrazó.

—Ha sido lo más maravilloso que he experimentado en mis trescientos años de vida. Ella es tan cálida Eduardo, es tan suave, su cabello es embriagador, su aroma, su cuerpo.

—Hermano debes esperarte un par de días para volver a tenerla. Créeme. —no pude contener la risa—. ¿Qué?

—Siento que Mariana me desea de la misma manera, al hacerla mía es... no lo sé... no lo entiendo —sonreí—. No tuve que esperar —tenía las cejas encontradas—. La curé —su golpe me dio duro en el hombro.

—¡Eso es trampa! —dijo riendo.

—Al menos tú sabes cómo te fue con ella y sabrás si le gustó —me acaricié el hombro, sentí el golpe—. ¿Me vas decir que no entraste en la mente de Manuela, para ver cómo te fue como hombre? —trató de mentir y no pudo, nos conocemos muy bien.

—Solo un poco —dijo avergonzado. Nos reímos.

—Ahora que soy humano siento los golpes —me quejé.

—Estamos listos —dijo el Padre, nos dimos la vuelta y quedamos sorprendidos.

Los tres vestían de pantalón negro, con dos bandas de cuero entrecruzadas en el pecho, donde cargaban dagas, estacas y en la parte de atrás, cada uno tenía al parecer su arma favorita. El Padre portaba un arco con sus flechas. Louis un hacha y Alfred dos espadas. Se prepararon para la guerra, el sacerdote tenía un

antiguo libro grueso. Paso por mi lado mientras nos dirigíamos a la salida. A un lado de la silla de su caballo guardó el libro y lo cubrió con una manta, parecía muy receloso con ese manuscrito. Mi hermano y yo fuimos los últimos en bajar las escaleras de la iglesia y al instante sentí un golpe de la nada —fue como si me hubiesen empujado—. Di la vuelta en el aire y caí apoyando una rodilla en el piso. Eduardo se quedó en el mismo sitio mientras que los tres guardianes se bajaron de sus caballos al darse cuenta que algo pasaba, tomé mi medallón, Mariana tiene miedo. Un ser maligno la empujó, nuestra casa fue invadida por seres endemoniados.

“Antonio” —me llamó.

“Mariana” —se desconectó.

—¿Por qué siempre hace eso?! —la ira inundaba mi pecho, fue Eduardo el que traducía lo que leía de mi a los guardianes, mis ojos se transformaron y los cerré para no asustarlos.

—Atacan a Mariana —dijo Eduardo.

—¿Quién? —preguntó el sacerdote. Yo no esperé a que terminaran de hablar y no me importó guardar apariencias, di dos zancadas y de un brinco estaba en mi caballo. Necesitaba llegar a tiempo a impedir que le hicieran daño. No miré atrás, mi hermano me alcanzó en un segundo y mis oídos detectaron tres galopes desenfrenado detrás de nosotros.

“Controla tu rabia” —decía Eduardo.

“Juro que los mataré”.

“Tus ojos hermano, han cambiado” —mis ojos eran mi segundo poder, ellos se ponían de color plata, duros e inexpresivos, al tenerlos de esa forma lograba comunicarme con mi hermano, mis sentidos se extra desarrollaban, al menos esto no lo perdí al renunciar a la inmortalidad. Él decía que era demasiado fría e inexpresiva a diferencia de lo que yo miraba, para mí todo era más nítido. Lamenté no poder volar y aunque Capricho seguía siendo veloz no era lo mismo. Nos tardamos más de la cuenta, me levanté sobre la silla de Capricho y me impulsé para alcanzar la terraza aun con el caballo corriendo. Las puertas de la casa fueron destruidas como si un huracán hubiese entrado, los vidrios hechos añicos, esparcidos por todos lados. Mi vista se fue normalizando, mi alma se fue desgarrando. Tomé el medallón, quería saber si la sentía, se ha desconectado del mundo —di vueltas sobre mí mismo eje antes de caer de rodillas con mis manos en mi rostro.

—Se la llevaron y yo lo permití.

—¿Qué pasó? —preguntó el Padre al entrar.

—Se llevaron a Mariana... —fue muy suave la voz que salió de mi pecho—. ¡Esos malditos demonios se la llevaron! —grité.

—Si al menos supiera convertirse en su elemento, eso no se lo enseñé —comentó el Guardian.

—Es viento, ¿por qué no se transformó? ¿Por qué no se ayudó a si misma?

—Sus razones habrá tenido hijo. Ella siempre sabe qué hacer, enséñale eso a tu dinastía, no la juzguen, tal vez les parezca injusto o desquiciado, pero la Madre tierra siempre sabe lo que hace.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Eduardo.

—Solo te menciono lo que dicen los escritos.

Me dirigí al despacho, los demás, me siguieron y llegaron detrás de mí, los dejé entrar a mi santuario para tomar mis armas. Tomé a Fooilyuu mi látigo que se amarró como siempre a mi cintura, tomé a Assuurer las dos dagas y las dejé en mis botas. Al darme la vuelta el Padre se encontraba a mi espalda. Y mi hermano llegó con Immulius, jamás ha dejado su arma en ninguna parte que no sea consigo mismo y la guarda en una vaina de cuero para que no lastime a nade.

—Sabes que siempre está conmigo —le sonreí más por cortesía que por emoción.

—¿Esas son las armas sagradas?

—A si es Padre, estas armas fueron dadas al primer cuidador de la sangre del universo, además quiero aclarar la confusión que se ha generado en varias ocasiones, no es lo que estaba ocultó en el arca de la alianza, usted sabe perfectamente que las nuestras son más antiguas, están desde el mismo momento en que el universo se encarnó en un ser humano. Han perteneció a mi familia por milenios y milenios, antes de la época de Moisés. Recuerde somos más antiguos. Debemos irnos —mi voz era fría, debía poner de mi parte para no perder la cabeza ante el desespero que sentía mi alma al no tener a Mariana cerca. El resto se quedó deslumbrados con el cuadro de mi esposa dormida frente al piano.

—¡Vaya! Es hermoso —dijo Alfred.

—Antonio —me llamó el Padre aún seguía en el mismo lugar—. ¿Puedo tocarlas? —sus ojos brillaban.

—No puedo dejarlo que toque mis armas ni las de Eduardo. Se quemaría solo con un leve contacto.

—La furia de Dios —susurró.

—Solo los varones de nuestro linaje pueden hacerlo.

El padre alzó las manos, lamentó no poder tocarlas, salí del despacho, tenía el medallón aferrado a mi mano por si despertaba en cualquier momento. El reloj

de la casa marcaba las diez de la mañana, sino alcanzamos a rescatarla antes de la media noche. El alma se me quebró, si me la tocan...

—Vamos a encontrarla —dijo de mi hermano animándome.

—Sí... —no pude hablar por la ira.

—No le pueden hacer nada aún, ellos creen que es su diosa, eso cuenta a nuestro favor.

—Si descubren que ya... la matarán... no podría... —el sacerdote puso su mano en mi espalda.

—Debemos entrar al bosque, cuando ella vuelva, podrás rastrearla.

—¿Cómo? —tomó mi medallón.

—Ya están juntos, el actúa como brújula, sabrá donde está su otra parte, así será.

—No logro comprender como logra desconectarse del mundo. Me asusté varias veces mientras...

—¿La hacías llorar? —en los ojos del Padre vi que le costará perdonarme.

—Si —bajé la mirada.

—Debes darme una muy buena explicación y estaré gustoso de escucharla mientras la buscamos, ¿me la contarás?

—Por supuesto, usted pregunte. Por ahora salgamos de aquí —dije entre dientes.

—Antonio. ¿Dónde se metieron Martín y Clementina? —no había pensado en ellos hasta que mi hermano los nombró.

Corrí a la cocina, y no los vi, me dirigí a las caballerizas y el carruaje no estaba. El nuevo aprendiz de Martín bañaba a los caballos, se levantó al verme llegar, ese joven no tenía más de quince años, negro, alto y delgado. Cuando llegó tenía un grado de desnutrición grave, se escapó de la granja donde vivía, sale muy poco por miedo a que se lo lleven otra vez a trabajar en los sembrados, volverlo esclavo de nuevo. Todo lo que nos dijo resultó ser verdad, lo compramos una tarde. El dueño era un ser amargado y ambicioso, la libertad de Tomás nos costó una buena suma de dinero, no podíamos dejarlo ir, Martín vio en él, lo que es necesario para instruir a un cuidador de nuestro linaje. La magia se le será entregada si es fiel a nuestro linaje y si su corazón es bondadoso para guiar al universo. Eso solo se sabrá si algunos de mis hijos reciben las alas. Hasta el momento es un buen chico.

—Señor.

—Clementina y Martín...

—Salieron a cumplir un recado de la señora Mariana —ni por enterado estaba,

su miedo a ser descubierto por más de que le dijimos que ya era un hombre libre y puede salir no lo hace. Además, no podría haber escuchado los ruidos, los establos quedan alejados de la casa y para oídos humanos serían imperceptibles, aún no está dotado de la magia.

—Tomás, ve a casa de los padres de mi esposa y diles que es importante que vengan pronto.

—¿Pasa algo señor? —dejó el cepillo con el que peinaba al caballo—. Si señor.

—Dile a Clementina que se llevaron a Mariana, salimos con los guardianes a buscarla.

—¿Eso es algo que solo deben escuchar ellos? —miré a Tomás, es sutil e inteligente.

—Sí. Solo ellos.

—Cosas de esta familia.

—Me agrada que lo comprendas Tomás —el joven tomó la silla al lado de la caballeriza. Comenzó a amarrarla al caballo y salió en dirección a buscar a nuestros Protectores.

—¿Dónde están Antonio?

—A salvo, Mariana los envió a la casa de sus padres a llevar un recado.

—Siempre sabe porque hace las cosas —comentó el Padre.

—Estoy comenzando a creer en lo que dice —me tranquilicé al saber que mi viaja está a salvo. Monté a Capricho y el resto montaron sus respectivas bestias.

Dentro de poco serán las tres de la tarde y Mariana no se ha despertado aún. Giramos en círculos y nos hemos perdido en el laberinto de árboles y arbustos del bosque. A los caballos tocó dejarlos en el barranco donde me enfrente la noche anterior con el sabueso del infierno. Nos detuvimos, era imposible llegar a cualquier parte, este bosque está embrujado, Mariana tenía razón al llamarlo así, se siente el aire pesado. Nos sentamos en una zona rocosa, el tiempo pasaba y yo desesperándome. A Eduardo la mortalidad le afectaba con los pequeños animales, eso lo irritaba mucho, tenía un bicho que no lo dejaba en paz.

—¿Padre usted no sabe hablar con la naturaleza?, tal vez...

—No hijo, eso solo lo puede hacer la diosa, aunque no sabe aún.

—Puede manipular el clima y también el fuego.

—¿La viste? —afirmé—. Traté de tenerla alejada de eso para que no la confundiera el mal y ahora ella no sabe defenderse. Si la hubiese instruido.

—No se atormente, lo hizo para protegerla. Aunque sin que usted le enseñara ha

desarrollado su naturaleza, algo se le ocurrirá.

—Y tú, ¿por qué la confundiste? —le narré la historia al Padre sentado en las piedras. Él escuchó con atención, no me interrumpió, no tenía caso seguir sin que Mariana se conectara a su medallón. Le conté todo, intenté preguntarle en más de una ocasión sobre la Leyenda. Yo supe de ella al morir mi padre, los documentos posaban en manos de los guardianes de la Madre tierra, es uno de los misterios que he anhelado saber siempre, pero solo dijo que la historia la contará una sola vez y era en presencia de mi esposa. Tenía mi medallón en la mano cuando escuché su voz.

“Antonio”.

“Cariño” —Eduardo me miró y el resto se levantó al percatarse de que algo pasaba conmigo.

“Mis animales”.

“Pequeña, dime ¿dónde estás?”

“Tengo mucho miedo, ellos...”

“Voy en camino, se fuerte amor. No sueltes el medallón”.

“Hay mucha maldad, mis animales” Se desconectó.

“Mariana”.

—¡Mariana! —grité. Ellos esperaban instrucciones y yo frustrado, ¿¿por qué haces eso?! —. ¿Por qué te desconectas del mundo?

Eduardo seguía quitándose una avispa que lo tenía cansado por sus piquetes. Sumergido en tratar de matar al pequeño animal... me había dicho... mis animales —sonreí, mi Mariana desde hace rato ha intentado informarnos su ubicación.

—¡Espera Eduardo! —grité. Me acerqué, tenía el cuello rojo de tanto rascarse y lleno de picaduras.

—Esto es lo que no me gusta de ser humano. Cómo arde la picazón de este bicho —comentó enojado.

—Me dijo... mis animales —al Padre le brillaron los ojos, entendí su mensaje, extendí mi mano y la avispa se posó en ella. Puse los ojos plata, el pequeño animal movía sus patas. Trataba de decirme... volví a sonreír.

—Te seguiremos —le susurré, mis ojos volvieron a su estado normal.

—¿Por qué se ensañó conmigo? —se quejó, me acerqué, puse mi mano en su cuello y mi energía sanadora le alivió el dolor del veneno de la avispa.

—¿Mejor? —asintió—. Deja de quejarte tanto.

—No es que me queje, pero arde —suspiró—. Gracias, ya no siento dolor —movió el cuello.

—Andando —les dije.

La pequeña avispa indicaba el camino. Habíamos pasado varias veces por ese lugar. Se perdió en un barranco que quedaba justo al frente de nosotros, nos quedamos quietos al frente al vacío. Ya comenzaba anochecer y con él, mi paciencia se vio afectada.

—Perdonen, ¿vamos a saltar? —dijo Louis.

Extendí mi mano y Assuurer salió de mi bota para posarse en mis manos —nuestras armas obedecen al llamado de la sangre del universo, nuestros cuidadores solo protegen el baúl en el cual pueden ser guardadas —las tomé en mi mano, los guardianes se quedaron asombrados. La extendí presionando el pequeño botón inferior que hace cambiarla, se alargó en una espada delgada que tiene el poder de partir cualquier material de la Tierra—. La introduje por donde desapareció la avispa y esta desapareció, metí mi mano, luego mi brazo hasta que entré por completo, era un espejismo. Detrás de mí ingresaron al tiempo el resto de mis acompañantes. El lugar olía a puro azufre, el aire era húmedo, pesado y espeso. Instintivamente mis ojos se tornaron plateados, mi hermano percibió el mal puro en pleno esplendor. Sacamos nuestras armas, me atreví a verlos y eran humanos con buenas almas, igual que mi Mariana cuando la miré anoche, su alma es tan pura que deslumbra con solo mirarla, no se me ocurrió mirarla de esta forma en las noches mientras dormía, temía que su alma fuera negra, esté era otro don que conservaba. Seguí al insecto, escuché su aleteo y sabía a qué dirección dirigirme. Las paredes eran de barro y descendíamos, caminando cuesta abajo por pasillos como en un laberinto, un silencio absoluto, seguí al pequeño y valiente animal. Me seguía el Padre, Alfred en la mitad seguido de Louis y mi hermano había quedado de último, aunque en este estado de percepción él escuchaba mis pensamientos y yo los de él.

“¿La percibes?” —me preguntó.

“Si, hay maldad pura en el lugar, nunca en mis trescientos años la había sentido a tal grado”.

“Cuídate, ya no somos inmortales, ahora pueden matarnos” —tenía razón.

“No lo harán hasta que Mariana salga de este horrible lugar”.

“Así será”.

Comencé a escuchar voces, puedo escuchar a un kilómetro de distancia si estoy transformado. Le trasmití el mensaje a mi hermano.

“Voces a un kilómetro”.

“Este lugar es inmenso, hay que destruirlo, esta fortaleza del infierno no puede existir y mucho menos crecer cerca de la casa en la que vives”.

“*Vamos camino al infierno, ¿no sientes el calor en las paredes?*” —le dije.

Seguimos descendiendo por varios minutos, mi desespero fue en aumento. ¿Cómo sacaré a Mariana de aquí?, dejé de tocar barro, miré mis pies y el piso era compacto al parecer, de piedra, ya no descendíamos. El Padre tuvo razón, mi medallón emitió una onda a mi cuerpo.

—Mi esposa se encuentra detrás de la puerta —les dije en voz alta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntaron al tiempo.

—El medallón —siento vibraciones.

—Te lo dije —contestó.

Lo que me impedía llegar a mi esposa era la puerta, miré en todas las direcciones, tratando de buscar otra entrada, pero no hay forma de ingresar sino es por la puerta. Si la derribamos o la cortamos nos escucharán y no puedo arriesgarme a que le hagan daño.

—Hay que entrar —dijo mi hermano. Alfred se acercó, se arrodilló y tomó un par de pinzas y después de unos minutos logró abrirla sin el menor trauma.

—No eres medico ¿cierto? —dije mirándolo, esta vez sin acusarlo.

—También. Esto es solo un hobby.

—Buen chico.

Entramos al lugar. Era oscuro, frío y repulsivo. El medallón a través de vibraciones me decía que pasillos recorrer, caminamos por varios hasta que escuché las voces más fuertes, hablaban de la organización del lugar, planeaban el acto sexual con Mariana. Sentí la furia por mis venas, si la tocan sería capaz de ir al infierno a matar a cada uno de los miles de demonios que hay incluyendo al mismo Lucifer. Nos asomamos por uno de los balcones, había muchos, no había presencia de engendros, aunque sabemos que el lugar esta infestado de ellos, dentro de poco los balcones se llenarán de ellos a la media noche para ver como Lucifer toma a mi esposa, los alabarían.

—Esperemos aquí —les dije.

—Es mejor seguir buscándola —comentó el Padre.

—No. Creen que Mariana aún es virgen, la seguirán cuidando hasta que sea la hora y ya sabemos dónde se llevará a cabo.

—Tienes razón solo debemos esperar.

Nos escondimos en ese horrible lugar, observando cada movimiento de los engendros, a la espera de sus ritos. Mis ojos se normalizaron, no quería llamar la atención con dos puntos plateados en la oscuridad, mientras adecuaban el altar con sábanas negras, pusieron a cada extremo unas varas de acero con cadenas, para amarrar las extremidades de la doncella. Colocaron cuatro candelabros con

velas en cada esquina e iluminaron la sala con cientos de ellas, mientras lo hacían nosotros observábamos, es un gran salón. El altar lo adecuaron en el centro del recinto sobre la estrella de David. ¿Cómo utilizan símbolos sagrados para un fin tan abominable como la brujería?

—Los símbolos no son los malos, ellos significan lo que significan —respondió Eduardo en voz alta a mi pensamiento—. Malos son los rituales con lo que invocan y utilizan los símbolos, esa es la diferencia —el lugar parecía una iglesia en ruinas, había grandes arcos en la parte inferior uno al lado del otro que formaba un cuadrado perfecto y en el centro el altar

—Esto es una burla —la ira se apoderó de mí, escuché voces en la parte inferior, al altar llegó un hombre corpulento, vestido con una capa negra satinada, feliz por el día de hoy, por fin se le cumpliría el deseo de ver engendrar al mal puro. Pero ya no podían.

—¿La traemos? —ese comentario llamó mi atención, un hombrecillo jorobado de dentadura podrida hablaba con el hombre de la capa.

—Si, ya es hora, tráiganla y amárrenla. Al señor de las tinieblas le excita que pongan resistencia —dijo, la sangre volvió a hervirme y no fui el único que se enojó al escuchar ese comentario.

—Sobre mi cadáver le ponen una mano a mi esposa —dije entre dientes.

—No lo permitiremos hijo, contrólate —comentó el Padre.

—Yo te ayudaré —miré a Alfred, mis ojos ya eran dos témpanos de acero, tiene mucha nobleza, es un hombre de palabra.

—Te lo agradezco.

Esperamos hasta que apareció Mariana, la vi tranquila, es muy probable que sintiera mi presencia y sabía que en cualquier momento entraría a rescatarla. La amarraron de pies y manos, no se opuso. Mi hermano la observaba, no pude leerle el pensamiento, me bloqueó o ¿no podía leer lo que pensaba mi esposa? El hechicero pasó sus manos y lengua por el cuello, ella apartó su rostro al leer su intención de besarla.

—Aún no sabes quién eres ¿cierto? —no contestó—. Eres muy deliciosa, pronto haremos cosas ricas contigo y serás tú y mi señor el que nos muestre el arte del sexo —su risa retumbó por todo el lugar, yo no pude controlarme más y salté del balcón, aterricé en el altar, a los pies de la diosa. Tampoco controlé la furia de mis ojos. El hombre de capa dio un salto al verme caer, sus ojos mostraron temor.

Ese era el efecto que causaban mis ojos ante los demonios, veían reflejado su propia maldad ante la justicia divina. Mi hermano aterrizó de la misma manera

con el Padre a su espalda y los dos jóvenes guardianes saltaron cayendo cada uno a un costado del altar.

Una docena de bestias se lanzaron a nosotros, debo admitir que los guardianes respondieron sagazmente, están familiarizados con los combates cuerpo a cuerpo. ¿Dónde o quién los entreno?, hay muchas cosas que aclarar, lo cierto es que son dignos guerreros de la Diosa, el hacha de Louis era de plata y con ella volaban extremidades de cada bestia que se le interponía. Alfred demostró su destreza, su estilo de pelea era del oriente, era entrenamiento de los samuráis, domina todas las técnicas de las artes marciales, con sus dos espadas de plata, las bestias no fueron gran adversario para él. Quien me sorprendió fue el padre Gumersindo, con la agilidad de un felino y una puntería perfecta lanzaba sus flechas con punta de plata directo al corazón de las bestias, dejándolos disecados. Nosotros tenemos trescientos años matando toda clase de endemoniadas criaturas, acabamos con todos ellos, el hombre de la capa negra miraba atemorizado.

—No has sacado tus alas.

—¿A que le temes? —dije—. No es necesario, puedo matarte sin ellas.

El soltó una risa macabra y el recinto se estremeció, aparecieron los seres fríos recién convertidos, eran fuertes, pero ingenuos, parecían volar. Tomé mis dagas y deslicé el botón que las hace cambiar y se cubrieron en dagas de madera. Mi hermano hizo lo mismo con su arma, los guardianes vieron el cambio y ellos cambiaron las suyas. El Padre cambió las flechas, ahora eran delgadas estacas de madera bendecidas y comenzó la segunda batalla, esta fue más intensa, saltaban y parecían levitar. No temía por mí ni por mi hermano, tendríamos que matar más engendros para que no dañaran a los guardianes, aun así, ellos lucharon con un valor y honor.

Sentí un extraño orgullo por ellos, eran dignos de confiar. Los engendros quedaban disecados al contacto con la estaca en su corazón. Al Padre ni lo tocaron, ese anciano era muy rápido y como por arte de magia caían con una estaca en su corazón cada vez que volaban en su dirección. Sentí el cambio en mi resistencia física, con mis alas no me cansaba, ahora es diferente. Un vampiro me enfrentó, no flaqueó y me costó un poco acabar con él, solo un poco. Le di una patada que lo lanzó directo a la estaca de mi hermano que estaba al otro extremo del recinto, eso es lo bueno de tener un hermano lector de mentes, es que está siempre a apoyarte y viceversa, cuando lancé al vampiro dos más llegaron para seguir peleando.

“No demuestres cansancio Antonio. Ellos te creen inmortal”.

“Ya lo sé y no temo por mí, sino por Mariana, la pueden matar”.

“Yo si estoy cansado”.

“Libérala Eduardo. Debo enfrentarme al hechicero que tocó a mi mujer, lo mataré”.

Mi hermano brincó hasta la mesa donde Mariana permanecía amarrada. Mis ojos siguen iguales y no quiero que se asuste con mi aspecto como anoche, Eduardo extendió su arma en afiladas y largas espadas, el filo parte todo lo que se le atraviese. Con un leve giro cortó las cadenas de los pies y luego las de las manos. Llegaron más demonios, le di la espalda a mi hermano para interponerme a un vampiro que le se lanzó a Alfred, se disecó antes de caer.

—Gracias Señor —dijo Alfred.

—No bajas la guardia, eres un digno guardián —le di una palmada en el hombro.

Los demonios se alejaron, volví al centro de la estancia y poco a poco los guardianes llegaron a mi lado. Eduardo se puso a mi espalda y Mariana caminaba lentamente alrededor del altar.

“¿Qué pasa?” —le pregunté a Eduardo.

“No puedo leerle el pensamiento”.

“¿Por qué la dejaste sola?”.

“Ella lo pidió” —contestó.

En ese instante mi piel experimentó la sensación más escalofriante. Un humo negro tomaba forma de hombre, con ojos tan oscuros, registré el grado más alto de maldad, entonces era él, el ángel caído de los cielos de mi Padre Celestial. Pero no fue eso lo que me heló y petrificó, sino la persona que habló.

—No eres tan feo, eres muy atractivo querido —Mariana le hablaba con amor al demonio, debí escuchar mal.

—Vaya y a mí me dijeron que eras hermosa, solo que no te hice honor con mi imaginación —se le acercó y ella le sonrió.

—No quiero que me ates, quiero disfrutarlo también.

La risa que azotó el recinto fue terrorífica, todos quedamos desconcertados, no podía ser cierto lo que escuchábamos, Mariana no podía decir eso. Ella lo miraba y me ignoraba, no se atrevió a verme y no supe si lo que decía era cierto o no.

—¿Ya es hora? —preguntó.

—Dentro de poco, te confieso que te lo haría a cada instante, eres demasiado deseable —volvió a reír—. Tu tía supo engendrarte, sabe cómo me gustan las mujeres.

—¿Lo haremos frente a ellos? —señaló con su dedo a los presentes.

—Deben adorarte, como yo lo estoy haciendo.

Sonrió. Me quedé inmóvil, mi cuerpo no reaccionaba, a duras penas seguía respirando, si alguien intentara matarme este era el preciso instante de hacerlo. Ella lo hacía con lo que decía, enterraba un puñal delgado y silencioso en mí pecho, cuando termine de hablar habré muerto de pena.

—¿Y delante de ellos? —nos señaló.

—¿Mariana? —fue el Padre quien habló, el resto nos encontrábamos en trance.

—Lo siento viejito, usted me caía bien, aunque debo decirle que me torturó con esas hostias a diario —volvió a mirar al mal quien le extendía los brazos.

Debe estar embrujada, si, debe ser eso. No podía haberme engañado, es imposible, la duda fue creciendo y con ello mi muerte, no podría vivir sin ella. Le dio la mano, él se la besó jalándola, intentó besarla, ella apartó su rostro, ofreciéndole el cuello quien no dudó en lamerlo, sonreía de placer. No pude más con dolor, mi pecho se partió y el dolor fue infernal. Se alejó sensualmente, en los ojos de él había lujuria desmedida, Mariana comenzó a soltarse los botones del vestido, era diferente al de la mañana, este se abotonaba en la parte de adelante. Caminó en dirección a mí, con su mirada en el suelo ¿Por qué no tenía la suficiente valentía de mirarme?

—¿Ya es hora de entrégame a ti? —preguntó, a menos de un paso mío, era el momento oportuno para matarla y liberar al mundo del mal que les acechaba, pero no pude, jamás lo haría.

—Sí. Ven a mí.

—Hay un problema, espero que no sea mucho pedirte. ¿Me podrías complacer?

—Lo que pidas —le sonrió. Solo logré pronunciar una frase.

—Yo no soy tan fuerte para soportar este dolor, Mariana.

—No tienes porqué soportarlo, mírame —me había pedido y como un tonto lo hice, ya sabía lo que vería en ellos. Pero su mirada era la misma de anoche. No entendí.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó el demonio.

—Que ya no soy virgen —mi hermano extendió su arma lo más que podía. Y las varas llegaron a mis costados, me protegía. Para los engendros fue desconcertante—. Y porque mi vientre ya está ocupado —dijo Mariana. Con una rapidez que jamás pensé que tuviera tomó mi látigo y lo extendió hasta que el mal puro fue envuelto en el fuego del universo, el mismo Creador lo juzgó.

—¡Púdrete en el infierno de donde no debiste haber salido! —él gritaba de

dolor, ya no podía zafarse, una vez el látigo aferra a su presa no la soltaba hasta que esta se reduce a cenizas—. Mi vientre jamás fue destino a engendrar a tu hijo. ¡Yo no nací para ser tuya! —sacó el medallón y se lo mostró, gritó de rabia al verse engañado fue lo más gratificante. Se disecaba, no creo que desaparezca del todo, pero si volverá al infierno y le costará mucho volver a salir a este plano astral.

Y comprendí muy tarde, Mariana no era de nuestro linaje, por sus venas no corre sangre del universo. Se sacrificó por salvarnos, el látigo cumplió su cometido, se lo quité de las manos y este se envolvió en la mía, mi esposa quedó por un instante en pie, luego se desplomó en mis brazos. Eduardo y los guardianes se enfrentaron a una avalancha de engendros que surgieron para hacer venganza por la frustración de su noche. No me enfrenté a ninguno, no podía moverme, en mis brazos yacía mi mujer muerta.

—¿Por qué cogiste el látigo? —susurré, aferrándola a mí pecho, un fuerte grito emanó de mi alma, deseaba acabar con todos, para morir después. No sé quién ganaba, si nosotros o ellos, por mi parte espero que me maten pronto, deseo estar con ella en la otra vida. Deseaba que me mataran, fue el Padre quién me sacó del trance.

—Debemos irnos Antonio.

—Mátenme... solo mátenme...

—Lo hacemos afuera si quieres, por ahora debes sacarla de aquí. Mariana debe tener un funeral digno de ella.

Tenía razón, mi pensamiento me llevó a otro mundo, la vida no podía ser tan injusta de quitármela de esta forma. Mi Señor, perdona que te cuestione, ¿era necesario? Intenté revivirla, aún tenía el poder de sanción, mi mano se posó en su pecho, y no fue suficiente, ya no era un ser inmortal. El sacerdote le tomó el pulso.

—No está muerta, tiene pulso —comentó.

Solo bastó eso para tomarla en brazos, pegué un salto hasta la mesa del altar y de ahí hasta el segundo piso. No me importaba el resto, por primera vez en mi vida fui egoísta, solo tenía un propósito y era sacar a Mariana lo más pronto de este lugar. El pensamiento de Eduardo llegó a mi mientras corría en dirección a la salida.

“Antonio, el Padre dice que la lledes al estanque, nosotros tardaremos un poco”.

“No se demoren por favor”.

“Que esté sobre tierra, agua y viento...” —no escuché más. Había salido del

rango de distancia en que podía escucharle. Iba a una velocidad exorbitante, no sé cómo logré salir tan pronto del laberinto. Llegué al lugar donde había traído a Mariana la tarde de campo y donde le dije que jamás la he amado, me arrepiento de haberle dicho esa mentira. Dejé su cuerpo sobre la tierra, le quité las zapatillas y sus pies entraron en el agua del lago, la tomé en brazos, aún no reaccionaba. El dolor se fue apoderando de mí, volví a enviarle mi energía, pero fue inútil. Mis manos acunaban su frágil cabeza, la aferré contra mi pecho, besándola por todas partes. Las lágrimas salían y salían, jamás había llorado tanto, en mi alma había un dolor que jamás pensé que existiría. Había muerto, se sacrificó por nosotros, volví a darle energía... ya es demasiado tarde.

—No me dejes Mariana, por favor no me dejes. Cariño, escúchame, regresa. No sé vivir sin ti, llévame contigo —lloraba como niño—. Sin ti no soy nada, no soy tan fuerte como tú, por favor regresa. ¡No me dejes! —grité. Mi hermano llegó con el guardián al hombro, se arrodilló al lado de ella.

—No reacciona y no le siento pulso.

El rostro del Padre me gritaba que no sabía qué hacer. Comencé a pegarme en la cabeza, por mi culpa fue secuestrada pude enviar a Martín o a Tomás a la parroquia, yo la dejé sola. Aferré su cuerpo contra el mío. Fue mi hermano el que pensó y analizó la situación, yo no tenía razonamiento, ni alma y mucho menos corazón. Con la muerte de Mariana se había ido todo.

—Antonio... Mariana no se quemó con el látigo —dijo mi hermano.

—Tal vez porque era muy noble, ella es pura, su alma centellaba cuando la vi —respondí sin pensarlo.

—No. Tú sabes que si no tiene sangre sagrada se prendería en llamas y mírala.

—¡Está muerta y no puedo revivirla! —grité, no sé a qué viene con estas conclusiones.

—También dijo que su vientre no estaba vacío —analicé, que quiso decir... no puede ser, miré su cuerpo y era notorio que su vientre estaba abultado, todo esto es tan nuevo—. Sí, está embarazada de un varón y es obvio que ya viene destinado a la inmortalidad.

—Pero cómo... ella... ¿cómo lo supo?

—De la misma manera que te vio en sus sueños, sin que supiera que tú eras un Ángel —respondió el guardián.

—Yo no soy un ángel, era un ser dotado de algunos poderes dados por nuestro Dios para proteger a la humanidad, la sangre del universo corre por mis venas.

—Pídele que salve a su madre —dijo Eduardo. El rostro del Padre se iluminó.

—¿Y si es una niña? —volvió a preguntar el sacerdote.

—No se habría prendido el látigo. Nuestras armas solo responden al gen masculino —respondí.

—Es cierto, que tonto soy.

—Eduardo él solo tiene un día o menos de vida.

—Como...

—No tengo la más mínima idea, en todo lo que leí no dice nada al respecto, lo que si es cierto es que ya viene en camino un inmortal, mira su vientre. Guíalo, él sabrá y te tiene a ti —sé que somos especiales, pero ¿desde tan temprano? —. ¿Puedes comunicarte con él? —Sí. Mi sobrino será muy fuerte y es algo créeme que jamás había pasado.

—Traduce mis pensamientos —pedí, tenía una gran esperanza, lo que dijo mi hermano era cierto. Tomé mi mano y la puse en el vientre y comencé hablarle a mi hijo.

“Lorenzo” —mi hermano arrugó su frente.

—Debe tener un nombre —susurré.

—Bien, ¿Lorenzo? —alzó sus manos conteniendo la risa y yo me siento algo tonto.

“Hijo, tu madre te necesita. Por favor ayúdame a que regrese”.

“¿Cómo?” —la piel se me erizó al escuchar la voz de mi hijo en mi cabeza, tan pura.

“Sigue mi energía y emana de ti la tuya, yo la enviaré a donde tu mamá la necesita”.

De mi mano salió energía esperando la de mi hijo. Y así fue, su energía era pura y llena de tanto amor, la adoraba, trasladé la luz de Lorenzo hasta el corazón de Mariana, cabeza y funcionó.

“Gracias hijo. Ahora tu madre y yo cuidaremos de ti descansa mi pequeño”.

“Gracias papá”.

“Te amo Lorenzo” —un par de lágrimas recorrieron mis mejillas y eran diferente a las que salieron hace unos pocos minutos. Sentir la pureza de su alma caló en lo más profundo de mi existencia. Percibí su felicidad. Mariana regresaba en sí, mi alma y corazón igualmente.

—¿Ganamos? —susurró.

Salió un llanto de felicidad en mí al escucharla —las sensaciones humanas son tan contradictorias, pasar del dolor profundo a la admiración total y luego a la felicidad absoluta en tan poco tiempo. Las lágrimas eran la minucia más elemental y maravillosa que he experimentado en tantos años, nunca supe lo que era el dolor, el rencor, la rabia, el amor, la felicidad hasta que apareció la niña

más bella. Soltamos una gran carcajada, Alfred y Louis no hace mucho llegaron y se quedaron inmóviles mientras que debatíamos lo que era mejor para ella.

—¡Ganaste, Cariño! —contesté.

—Tengo frío.

—Ya te llevo a casa —la cargué, ella se recostó en mi hombro, me incliné para acariciarla con mi rostro.

—Los veo más tarde —les dije. No esperé a que me contestaran, salí directo a la casa, feliz de regresar con mi esposa y mi hijo en su vientre.

CAPÍTULO 28

Mi Despertar

Abrí mis ojos, estaba en mi cama, había amanecido, giré para abrazarlo y no lo encontré. En su lugar había una hermosa rosa roja florecida con un pequeño capullo pegado a su tallo. Sonreí, él ya sabe que espero un hijo. No soy experta en el tema, pero sé que el desarrollo de mi bebé va muy rápido. Recordé lo sucedido en el día anterior, el dolor de Antonio en la asquerosa caverna donde me llevaron los demonios, sé que dudó de mí, debía ser así. Era necesario ocultar su humanidad, no era una opción para mí que se dieran cuenta de que ya no era inmortal, lo hubiesen matado y yo sin él... —suspiré profundo, me acordé de su forma de llorar—. Lo había escuchado, cada palabra que dijo en su desesperado intento por revivirme.

No sentía nada en ese estado en el que quedé después de haber tomado el látigo de mi esposo. Aunque, solo fui el instrumento de mi hijo, fue él, quién lanzó la ira divina al mal puro, a ese demonio. No pensé que podía morir —es normal en mi—. Y era necesario, era la única manera de salvarnos, si Antonio se enfrentaba a él, podría haber muerto. Después de desvanecerme quedé en un nexo, no sentía mis piernas, ni mis brazos, todo era blanco, solo escuchaba la voz de mi esposo, escuché su afición, su reclamo por haber tomado el látigo, no pude contestar, no tenía dominio de mi cuerpo, por más que lo intenté no logré estimularlo. De un momento a otro sentí mis piernas, mis brazos, pero seguía pesado, luché, sin lograr hacerme sentir. El llanto de Antonio me atormentaba, necesitaba consolarlo.

“No me dejes Mariana...”

“No quiero dejarte amor”. —tampoco puede escucharme. ¿Los medallones se desconectaron?

“No me dejes, por favor no me dejes” —me partía el alma escucharlo hablar de esa forma—. *“Cariño, escúchame, regresa”*.

No quería irme a la luz, yo no quería dejarlo.

“No puedo vivir sin ti. Llévame contigo” —su llanto me atormentaba. Y la agonía de no saber lo que pasaba conmigo, la angustia de querer gritar y decir *“aquí estoy”*, ¡espera!, solo dame tiempo. Después de un tiempo pude sentir estímulo en mis extremidades. Una agradable sensación, siento el agua, ¡sí!, mis pies ahora los sentía sumergidos, y mis manos tocan tierra. Poco a poco fui

reaccionando y mi cuerpo se conectaba entre sí. Poco a poco me alejaba de lo que me arrastraba y comencé a ver que la luz se alejaba, mi lugar no era entrar en ella, no aún. Espero un hijo, mi hijo debe nacer. Luego escuché las voces del Padre y de Eduardo. ¿Por qué su hermano no le decía lo que mi mente gritaba? Pero él fue más astuto, logró sacar a Antonio del dolor. Una tibieza emergió de mi vientre, era la sensación más cálida y pura que había sentido, fue protegida por una más fuerte y firme, esa calidez se concentró en mi pecho y sentí como bombeó mi corazón. Al instante sentí la brisa, el agua, la tierra, y un calor dentro de mí. Las voces fueron más claras y percibí la alegría, abrí mis ojos y al frente tenía al inmenso universo, esas estrellas esperaban mi regreso. Y los presentes sonrieron al verme abrir los ojos.

—¿Ganamos? —le pregunté al hombre que poseía los ojos que me dominaban. Me sentía cansada, me acunó en su pecho lleno de alegría.

—Ganaste Cariño.

Le dije que tenía mucho frío, lo siguiente que recuerdo... me acomodó en la cama, Clementina lo ayudó a cambiarme y quedé en sus brazos, en un sueño profundo.

—¿Antonio? —lo llamé, sé que pone sus sentidos en torno a mí y en cualquier...
—Buenos días —dije cuando entró al cuarto con su habitual forma de hacerlo, de la nada se presentaba.

—Cariño, ¿cómo te sientes? —se sentó a mi lado.

—Muy bien —me besó en los labios y luego besó mi vientre, me pareció el acto más tierno del mundo.

—Buenos días hijo —le susurró. Una descarga de energía salió de mí y él la sintió.

—Te está respondiendo “que muy bien, papá” —soltamos la risa—. Gracias por la flor. ¿Dónde encontraste una con un capullo?

—Cariño, todas las rosas del jardín están igual, supongo que la naturaleza te hace un homenaje —su mirada era tan bella, enorgullecido—. Gracias por darme un hijo. Me has hecho el hombre más feliz del mundo —le acaricié el rostro. Como amo a este hombre.

—Te amo.

—Y yo a ti.

—El padre Gumersindo espera para hablar contigo y contarte sobre tu linaje. Durmió anoche en la casa, los dos guardianes...

—¿Alfred y Louis son guardianes?

—Sí, y qué guardianes amor, dignos de cuidarte, no estarás en mejores manos.

El Padre me sorprendió, créeme no dudaré nunca de su puntería.

—Y Alfred...

—Ya me cae bien —me miró, para ver qué cara ponía—. Es un buen muchacho y ahora que sabe quién soy, dejará de verte como lo hacía.

—¿Y Eduardo?

—Mi hermano se fue anoche, quedó en llegar más tarde con Manuela. Él me contó el acuerdo que hizo contigo, no debiste exponerte.

—Era necesario, temí que te mataran.

—Pudiste morir —un tenue recuerdo de lo que debió pasar pasó por su mirada.

—Lo siento—me besó la frente.

—El Padre te espera.

—Debo bañarme... —aún no me acostumbro a los cambios de lugares. De un momento a otro ya estaba en el baño, toqué el suelo y me besó.

—Yo te baño —su voz fue tan seductora.

—Amor...

—No tengo problema en volver a bañarme —dicho esto mis piernas se enroscaron en su cintura, comenzó a besarme de una forma muy diciente.

—Estoy embarazada...

—Eso no es un problema, cariño no haría nada que lo ponga en peligro, créeme, hacer el amor no es perjudicial. Volví a besarlo... No me había percatado, cuando comenzaba a temblar dentro de mí, sus ojos se tornaban plateados como los tuvo la noche en que lo vi pelear con esos demonios, me miró y sus inexpresivos, furiosos y fríos ojos se fueron diluyendo hasta quedar en el hermoso matiz plateado, tenía miles de estrellas en el interior de sus ojos, vi al universo en miniatura.

—Tus ojos cambian... —le susurré.

—Si. Perdona por la frialdad y dureza que reflejan.

—No. Es que cambian, se transforman en un mini universo —dije. Sonrió.

—¿Sientes el cambio? —Si. Pero pensé que volvían a ser verdes —volvió reír—. Soy tu complemento, lo que te falta, soy tu universo —no entendí—. Lo que nos une es el quinto elemento. El Padre nos explicará bien la leyenda amor, yo tampoco entiendo algunas cosas. Como lo que me acabas de decir, por ejemplo —volvió a besarme. A los pocos minutos me sumergí en un mundo de sensaciones, sus brazos me aferraron mientras mi cuerpo temblaba de placer y mi sensibilidad se calmaba. Si yo no hubiese sido testigo de su inocencia y pureza de sus alas no habría creído. Parece ser un Casanova experto en la

seducción y para vergüenza mía, reconozco que me encanta.

—La gloria no es solo para el hombre —me susurró al oído.

—Gracias.

Nos arreglamos, me puse un vestido suave, no quería apretar a mi bebé, tal vez son locuras mías, pero siento mi vientre pronunciado, en fin, no quería apretarlo. Podía decirme lo que fuera, yo lo sentía abultado.

—Serás una madre sobre protectora.

—Es mi bebé y tiene hambre.

—Ya le digo al Padre que entre y a Clementina que te suba el desayuno amor —me besó en la frente, me cargó hasta la cama de nuevo.

—Puedo caminar —refunfuñé.

—Lo sé, soy yo al que le cuesta estar lejos de ti —me miró—. Perdóname por ser tan posesivo, recuerda que todos mis sentimientos se intensifican, se me pasará con el tiempo, cuando me adapte a ser humano de nuevo. Solo tengo dos días, dame tiempo.

—Te perdono —dije sonriendo.

Me metí en la cama otra vez. Mientras que él salía a buscar mi desayuno y a mi guardián. Acaricié mi vientre.

—Gracias por existir mi pequeño. Anhele abrazarte.

—Yo también —contestó Antonio, detrás venía el padre Gumersindo con una cálida sonrisa.

—Buenos días, hija.

—Buenos días, Padre —Clementina entró con mi desayuno, el hambre fue abrumadora. Tomé la bandeja, tenía leche, pan tostado con mermelada de fresas, huevo cocido, comencé a comer, dejé el huevo de último, al darme el primer mordisco el olor me revolvió el estómago. Quité la bandeja lo más rápido de mis piernas y corrí al baño. Boté lo que había comido, Antonio sonreía en la puerta del lavado, tenía un aura de felicidad que embriagaba mi alma, no sé cómo me complementa, pero lo hace, Clementina entró.

—Es normal, son los síntomas del embarazo, serán más intensos, el bebé demostró que será un inmortal, y los primeros tres meses evolucionan diferente a los embarazos normales. Pensamos que la Leyenda se había perdido, cuando las alas al joven Antonio fueron dadas el padre de mis niños nos contó sobre ella, pero no ultimó detalles, ni nos advirtió que podía tardarse tanto en aparecer la Madre tierra —miré a mi esposo, inclinó un poco la cabeza, dándome a entender por qué no se le ocurrió que yo era su complemento—. A los dos años al joven Eduardo también se le otorgaron las alas sagradas y comprendimos que a partir

de ese momento todo sería diferente, y tenemos un propósito superior que se debe cumplir.

—¿A qué te refieres? —Antonio miraba a Clementina, deben conocerse muy bien, ella es como una madre para ellos, tanto tiempo a su lado.

—Hijo con ustedes ya nos habían dado un aviso del cambio, pero...

—Pero ¿qué?, ¡Clementinaaaa! —el Padre se acercó a la puerta del baño.

—Nunca antes las alas se habían dado a dos miembros en el mismo tiempo y en los registros que tenemos los cuidadores, jamás la inmortalidad se había detectado tan pronto, es un proceso de humanos con dones y pasados los veinte se obtienen las alas.

—¿Me quieres decir que mi hijo nacerá con alas de una vez? —pregunté.

—No lo sé. Lo que sí es seguro es que algo cambió y por muchos milenios nos concedieron privilegios. Temo que ahora debemos pagar el precio.

—Sufrir no es un privilegio —contestó mi esposo.

—Han amado por muchos años después de sufrir un poco. Siento que se aproxima el momento en que el Creador los necesite, algo maligno se está tomando al mundo.

—Lo derrotamos ayer.

—No, la semilla del mal ya está germinando, que no se ha consolidado es diferente, debemos prepararnos mucho más para lo que se avecina, y es para ambos linajes.

—Son especulaciones —intervino el Padre—. Están en este mundo para amarse.

—Para amar Guardian —contestó Clementina—. Para amar y se puede amar muchas cosas. Toca escoger que aman más.

—Siempre vamos a escogernos el uno al otro —contesté.

—Tal vez —suspiró—. En todo caso este bebé ya es diferente. Por eso sus síntomas se intensificarán —cambió el tema, nos quedamos mirándonos.

—Sigo con hambre —dije. Sonrieron, la preocupación se evaporó, pensaré más adelante en eso, cuando nos toqué enfrentarnos a lo que sea, lo haremos juntos.

—Debes comer de nuevo.

—¿Para volver a vomitar Clementina? —hice un puchero.

—Esos son los síntomas mi señora, con un buen plato de sopa quedará llena.

—Clementina... no me gustan las sopas, las tomo de vez en cuando.

Ella sonrió mirando a mi esposo. Me limpié la boca, el Padre esperaba sentado en la silla, la misma donde se sentó hace dos noches Antonio. Clementina salió

con la bandeja y a los diez minutos regresó, traía un plato de sopa. Confieso, las sentí deliciosas, me las tomé toda, no dejé nada, era como estar comiendo un delicioso pastel de vainilla que tanto me gusta.

—¿Ya te sientes mejor amor?

—¿Cuál es la gracia? —desde hace varios minutos no deja de sonreír.

—Te ves hermosa embarazada.

—Gracias —me gustó mucho su comentario, como puedo amarlo tanto.

Esperaron a que terminara da desayunar.

—¿Lista? —Antonio se había sentado a mi lado en la cama, entrecruzamos nuestras manos.

—Padre, necesito saber que soy o quiénes somos.

—Hija... —sus ojos brillaron—. Antonio es la reencarnación del Universo y tú la reencarnación de la Madre tierra...

CAPÍTULO 29

El Relato

No podía creer lo que había dicho el Padre, ¿cómo es posible?, dijo que era la reencarnación de la ¡Madre tierra!, Antonio me miraba, él ya sabía mucho de nuestra historia, en cambio yo no conocía nada al respecto.

—¿Cómo dijo? —abrí la boca.

—Lo que escuchaste —acarició el manuscrito que tenía en la mesa—. ¿Por dónde empezaré?

—Primero dígame ¿por qué creían que Mariana era la mujer del mal y no la Madre tierra hecha mujer? —miré a mi esposo.

—Buena pregunta... —respiró profundamente, Clementina entró con una bandeja de té y panecillos, la dejó en la mesa y se sentó en la otra silla. La puerta se abrió de nuevo, era Eduardo con mi prima y Martín. Me alegró tanto verla, Manuela se sentó a mi lado y Eduardo al lado de su hermano mientras que Martín se ubicó al lado del ama de llaves—. Veo que ya no habrá más interrupción, las preguntas traten de hacerlas al final.

—Trataré —dijeron los hermanos al mismo tiempo.

—Solo lo narraré una vez, hay situaciones que no me enorgullecen.

—Entendemos, cuénteme por... —Antonio fue interrumpido.

—Creo que fue mi culpa —comenzó a decir el Padre—. Entré en la orden guardiana de la Madre tierra a los siete años de edad. Querían instruirme y con el tiempo quería alcanzar el privilegiado puesto del Guardián. El instructor mayor era el guardián de la mamá de tu abuela hace setenta años. El segundo guardián que era mayor y al terminar sus estudios fue preparado para proteger a la descendiente que había nacido. La abuela de ustedes dos, mientras ella crecía y se hacía mujer, bajo la supervisión de su guardián a mí me instruían para su descendencia —me miró—. Tu madre, ella sería mi responsabilidad.

—La abuela de Mariana después del año de haber nacido Matilde murió de una extraña enfermedad, tuvo dos hijos, tu tío y tu madre —miré a Manuela y me sonreía, lo que me dio a entender que Eduardo la había puesto al tanto—. Yo era muy joven, por eso el guardián de tu abuela pasó ser el de Matilde y yo cuidaría a la hija de ella. Solo que la suerte no estuvo de mi lado y el guardián quien era mi instructor murió a mis veinticuatro años y Matilde tenía solo dos años —se encogió de hombros y su mirada se perdió en el pasado de sus jóvenes

años—. Yo no me había instruido por completo, me tocó aprender con los libros y registros que escribimos, hay centenares de los cuales Mariana debes conocer y continuar, leer lo concerniente a tu dinastía hija, y aprender a desarrollar tus dones. Pero bueno, más adelante hablamos al respecto, me he salido del tema. Soy bueno con las relaciones personales y logré quedarme en la parroquia cerca de la casa de Matilde. No era capaz de tener un aprendiz, no cuando yo ni siquiera sabía el arte por completo. Lo importante era mantenerme cerca de la descendencia, eso era lo único que me importaba, era el único que tenía el conocimiento de tan grande secreto y debía prepararme por si volvía la reencarnación de la Madre tierra. Sé que es complicado, trataré de explicarme mejor. De ustedes dos deben salir los linajes, el único que mantiene su estirpe intacta es el Universo para que la reencarnación pueda encontrarlo. La Tierra por el contrario cambia cuando es el momento, por eso manipula su propia sangre, la que los une como familia y volver a nacer. Les parecerá extraño, pero la naturaleza es perfecta y Dios que es el gestor de todo —hizo una pausa—. Permite que suceda.

—Me mantuve cerca de Matilde, siendo el párroco de su congregación, velando por ella y también tenía la tarea de velar por su descendiente que era mi principal responsabilidad —me miró—. Y esa, eras tú, solo que te tardaste en nacer. Con los años tu madre se casó, no lograba quedar embarazada, pasaban los años y nada. Temí por la extinción del linaje, había días en los que temí que fuera el fin. Una tarde Matilde llegó llorando a la parroquia, me dijo que se sentía mal por mentirle a su esposo; le había dicho que se iría unos días de viaje a ver a su hermano y no era así, su cita era con la hermana de Marcos. Me contó que ella era una bruja y que su esposo le tenía prohibido, quedaron en verse para que le arreglara el vientre y así poder darle un hijo a su esposo. Cuando salió de su casa, la invadió el remordimiento, se arrepintió a última hora, traté de calmarla y me presté para ayudarla. Le dije que se quedara unos días escondida en la parroquia y accedido, si la tenía cerca podía darle de tomar toda clase de plantas que le limpiara el vientre, me contó que temía por la hermana de Marcos, si se enojaba y por resentimiento la acusaba ante su esposo tendría problemas por incumplir lo pactado, esa era una gran posibilidad. La tranquilicé, le dije que me encargaría de eso, yo le di a beber varias plantas que tiene propiedades curativas asociadas a la limpieza del cuerpo; no le di nada diferente a lo que dicen las escrituras de la Madre tierra, también le llevaba sus alimentos.

—Le pedí que me diera la dirección de la hermana de Marcos para arreglar el problema. —se acarició la frente—. Creo que ahí fue donde cometí mi error. Le

pedí el favor a una mujer la cual me ayudaba con las labores de limpieza en la casa parroquial, le di vestimenta de Matilde, debía verse bien vestida, era muy humilde. Le pagué para que se hiciera pasar por alguien y aceptó por necesidad, le di una buena cantidad de dinero, nos presentamos en el lugar acordado con la cuñada de Matilde. No sabía lo que iba a pasar y de eso me arrepiento y me arrepentiré eternamente. Me hice pasar por el cochero y Clara, así se llamaba se memorizó su papel. La reunión era en Londres, teníamos la dirección de una vieja casa que me produjo escalofríos con solo verla. Tocamos y nos abrió la puerta una mujer bonita con el alma negra en sus ojos, se notaba lo malvada que era, no me imaginé que una mujer así fuera la hermana de un hombre tan noble como lo es Marcos. No me dejó pasar, se llevó a Clara, estaba tranquilo, era muy inteligente y se fue bien preparada y con instrucciones muy específicas, ella se mostraba muy bien interpretando el papel de Matilde de Granados. Al cabo de una hora salió Clara, se veía normal y me dijo que ese trabajo si le gustó, se ganó una fortuna por dejarse untar varias cosas en el vientre y tomar unas bebidas algo desagradables... pasaron los quince días y Matilde se purificó, fue renovada, cambió, dijo que escuchó la voz de un ángel que le susurró y le profetizó una hija.

—Supo desde el principio que iba a tener una niña —el Padre me miró—. Se fue contenta. Y a los días llegó a darme las gracias porque estaba embarazada, las aguas que le di le ayudaron mucho, y su hija sería un milagro... no sabes la alegría de mi alma al saber que la descendencia seguía. Al señor Granados le salieron negocios en Francia y como serían padres decidieron alejarse de Inglaterra y la razón más importante es por la llegada de su hermana, se enteró que se radicó en ese país y sus deseos eran alejarla de un posible encuentro con su esposa y su hija. Le pedí a Matilde que me escribiera y me dijera en que parte vivirían con la excusa de ir a visitarla. Yo necesitaba mantener el contacto con ella y me aproveche del aprecio que me profesaba por haberla ayudado. Me escribía cada semana y yo le contestaba para animarla a que me mantuviera en contacto —me sumergí en la narración del Padre. De vez en cuando Antonio me acariciaba el rostro, él prestaba atención a la otra parte de la historia—. Debía arreglar mis influencias para que me trasladaran al pueblo donde vivía Matilde, donde nacería su hija y yo debía permanecer cerca, eso era lo primordial. También necesitaba conseguir un aprendiz, debía velar por la descendencia que tuviera la hija de Matilde.

—Padre, perdone que le interrumpa, usted no menciona a Manuela —dije, los presentes miraron al Guardian, nadie se había percatado de eso.

—Manuela es hija de tu tío, solo llevan el gen las hijas de las hijas. Aunque, tu

prima tiene un don muy desarrollado, pero ella no posee el gen necesario para que la Madre tierra nazca. No me lo preguntes, eso fue lo que leí en los libros que tengo bajo custodia, éste —acarició el libro que tenía en la mano—. Es uno de tantos, recuerda hija, mi instructor murió antes de perfeccionarme, y en mi cayó la responsabilidad de no dejar sin protección a las descendientes.

—¡Vaya! —dijo Manuela—. Algo debo tener, ya que Eduardo se fijó en mí —comentó.

—Nosotros podemos enamorarnos de cualquier mujer, cualquiera que esté destinada para nosotros. Mi madre no era, la encarnaron de la Madre tierra —le comentó Antonio—. Ella era una hermosa mujer, lo de nosotros es algo más allá de toda lógica. Ya lo verás.

—Antonio tiene razón —continuó hablando el sacerdote—. Sigo con mi relato... Pasaron dos meses cuando a la puerta de mi parroquia se presentó Clara. Su aspecto era desencajado, yo esperaba a que llegara la carta de aprobación para irme a la parroquia del pueblo donde vivía Matilde en Francia. Pero mi instinto me alertó, no debía dejar a esa mujer en ese estado, pasaron los días y Clara no mejoraba, tenía constante vómitos, mareos, tenía los síntomas de una mujer embarazada. Le pregunté si se relacionó con un hombre y me dijo que sí, y que fueron varios y no sabía el porqué, era una necesidad de lujuria que no entendía. Me acordé de las razones acordadas de esa reunión con Matilde y su cuñada. Entré en pánico y culpabilidad, por mi culpa esa mujer estaba manifestando actos endemoniados. Me dijo que su madre la había echado por ser una deshonra, la dejé quedarse. No saben los días de temor que me invadió en esa época, algo extraño se apoderó de la parroquia y supe que era lo que Clara llevaba en su vientre, la comida empezó a pudrirse muy rápido, cuando tomaba el cuerpo de Cristo parecía morir, se retorció en la cama y me suplicaba ayuda, su vientre se contraía de forma inhumana hasta caer desmayada. Dejó de asistir a la misa y diariamente encontraba los crucifijos boca abajo. Supe que algo malo hizo la bruja de tu tía y con el tiempo y ahora con lo que pasó ayer concluyo con seguridad que esa tampoco habría sudo la mujer para llevar en el vientre al anticristo, ella sería un demonio más, el acto se debe hacer con un alma pura.

—Me llegó el permiso y lo pospuse por un par de meses más, era el tiempo que le faltaba a Clara para dar a Luz al engendro que llevaba en su vientre. Sabía que era malvado, torturaba a su madre de formas que es mejor no decirlas, no pienso alterarte Mariana con historias de terror. Con tiempo trasladé los manuscritos y confieso que en ocasiones parecía paranoico, temía qué me hicieran daño. Por otro lado, la hija de Matilde había nacido, tu madre me escribió contando la gran

noticia, decía que eras la niña más hermosa del mundo y me pedía que te bautizara. Le envié respuesta diciéndole que me esperara un par de meses y que sería para mí un honor bautizarte.

—Sería irresponsable de mi parte dejar a Clara sola. La noche en que dio a luz —el Padre habló suavemente, recordando a lo mejor esas malas experiencias—. Tuve una revelación, mientras la partera la atendía y los gritos retumbaban en la casa, una voz femenina me habló. Dijo que debía matar a esa criatura, me dijo que si quedaba viva mataría a la Madre tierra. Yo no quería hacerlo, no podía matar a un bebé, cuando la partera salió me asusté, el rostro de esa mujer reflejaba el miedo puro, sus manos temblaban al entregarme a esa pequeña envuelta en una manta y con solo tocarla percibí la maldad pura. Me dijo que la madre murió. Le pagué, le dije que enviaría a la bebé a un orfanato, me miró y en su rostro vi qué algo más sucedió mientras nacía y no quería hablar de ello. Le pregunté, su respuesta fue... “esa niña es malévola, mató a su madre con solo mirarla”. La partera lloró y salió corriendo. Me atreví a mirar a la criatura y para ser un recién nacido sus ojos estaban muy abiertos, eran negros, fríos y penetrantes, no tenía una mirada angelical como todos los niños que había visto y bautizados.

—No quise volver a mirarla. Recordé las palabras de la voz hace unos minutos así que llegué a la parroquia y al entrar la criatura en mis brazos comenzó a llorar y llorar, las imágenes se fueron quebrando, los crucifijos se caían. Me petrifiqué, pero tenía una responsabilidad con la Madre tierra y con mi doctrina religiosa, no podía dejar vivo a quien llevaría el por la tierra, debía seguir. Llegué al pilar del agua bendita y la sumergí, comencé a practicarle el sacramento del bautismo... Jamás he sentido tanto miedo como esa mañana, supuse que quién trabajaba en mí, era mi condición de Guardián. La mantuve sumergida en el agua bendita —apreté la mano de Antonio, lo que narraba el Padre me puso los nervios de punta, me acarició el dorso y sentí las descargas de energía, sé que nada malo pasaría no mientras este siempre a su lado, bajo su protección—. No la solté hasta que dejó de moverse, los sonidos que se escuchaban en la iglesia eran ecos de gritos, era con escuchar una batalla del mal contra una legión de ángeles, fue la, pero sensación que he experimentado en mi vida. Al mirarla, tenía los ojos rojos, estaba muerta. Incendié todo, después de sepultar a la bebé en un sarcófago de la parroquia. Fue un gran suceso y una tragedia. Todo quedó bajo cenizas, piedras y bigas quemadas. A la semana siguiente viajé a Francia, a mi nueva parroquia a conocer a la descendiente del linaje, la razón por la cual me convertí en un guardián —me miró—. En el viaje me encontré con un niño callejero pidiendo dinero para comer. Vi algo en él, me

inspiró confianza, le propuse, que si quería ser monaguillo y él solo preguntó que si habría comida las tres veces en el día. Desde que llegué a este pueblo Louis vive conmigo. Y esa fue la respuesta ante tantas plegarias que le hice a Dios. Siempre le pregunté, en qué momento sabré cuando estaría listo para entrenar y él me respondió con un niño de siete años, apareció de la nada. Tenía la misma edad con la que inicié mi preparación y desde ese día comencé a instruirlo.

—Por eso ellos creían que Mariana era su diosa —interrumpió Eduardo, los cuidadores solo escuchaban—. Nunca supieron de su intervención —comentó asombrado y Antonio pensativo.

—Era un verdadero demonio desde que nació —dijo con una voz amarga, lo miré, él ya lo hacía y la tristeza asomaba en sus ojos—. Como pude ser tan estúpido, tus ojos jamás mostraron maldad y me ensañé contigo...

—Ya eso pasó, no te atormentes cariño —acarició mi cabello.

—Al llegar al pueblo —comenzó a narrar de nuevo el sacerdote—. Emocionado porque conocería la descendiente, lo primero que hice fue visitar a Matilde y a su hermosa hija que debía tener unos tres meses. Cuando te vi Mariana, envuelta en esas mantas blancas con tus manitas moviéndolas en los brazos de tu madre, con ese extraño color de cabello que es único y la prueba del regreso de la Madre tierra, después de quinientos años. Te juro, por poco me desmayo, quedé arrodillado ante ti. Tus padres se asustaron con el color de tu pelo, pero los convencí de no cambiártelo, eso significaba que eras única. Al señor Granados le gustó el contraste de tonos, y decidieron dejártelo. Tu madre quería utilizar algunas esencias naturales para cambiártelo, era indispensable que tu cabello siguiera con el mismo color.

—¿Qué tiene que ver el cabello? —sabía que Antonio haría esa pregunta—. Porque créame Padre, tengo una obsesión con su cabello que no comprendo, me encanta verlo, tocarlo —se encogió de hombros y el Guardian sonrió.

—Significa que la Leyenda es cierta.

—¿No me lo va a decir? —hizo un jadeo de disgusto.

—Cuando te lea la Leyenda lo sabrás.

—¿Por qué tanto misterio? —intervino Manuela, nos miramos y sonreímos.

—Querida prima, que parte de esta historia no ha sido un completo misterio —comenté.

—Ya sabía que la Madre tierra había reencarnación de nuevo lo que significaba que la reencarnación del Universo también se encontraba en la Tierra y si la historia se comportaba como siempre, el señor del Universo hace años

caminaba entre nosotros y no sabía dónde —se levantó y se sirvió una taza de té, caminó por la habitación mientras se lo tomaba, Antonio jugaba con mis dedos, los cuidadores se miraban. El Padre sonrió ante algún recuerdo y volvió a hablar—. Mientras Mariana crecía y se convertía en una hermosa niña traviesa llena de vida, al mismo tiempo instruía a Louis, le enseñaba el arte del guardián. Una mañana llegó Alfred, lo dejaron abandonado en la puerta de la parroquia, no sé quién, llegó a los siete años, me pareció muy curioso. Ese jovencito manifestó una inteligencia innata y una fuerza en su interior, siempre puesto en su sitio. Hablé con los señores Colville que no habían podido concebir hijos y aceptaron encantados adoptarlo, solo les puse una condición, que él debía pasar tiempo conmigo —el Padre nos miró—. Ya con un aprendiz bajo mi tutela y con un as bajo la manga, si no lograba encontrar a la reencarnación del Universo Mariana debía casarse y continuar con la descendencia, le inculqué ese pensamiento a Alfred. Le dije que algún día él sería tu esposo —me miró, no le gustó esa parte a Antonio lo vi en su gesto—. Para él, el entrenamiento era diferente. En ese mismo tiempo viajé constantemente a Inglaterra a averiguar sobre la sociedad de los cuidadores del Universo —los hermanos se miraron y comprendí que esa era la sociedad a la que pertenecían—. Y los busqué en todos lados y a posibles integrantes.

—¿Quiénes son ustedes? —se quedaron en silencio por un par de minutos al preguntarles.

—Cariño... es una sociedad secreta, encargada de protegernos —Antonio miró al Padre, mis ojos se abrieron—. Somos sangre sagrada, nuestra orden es tan antigua como el hombre mismo, por eso te dije que era importante la presencia del sacerdote para que te lo corroborara.

—Pero... ¿la sangre sagrada no es la de Jesús?

—No hija —intervino el Padre—. Dios nos ayuda de infinitas formas. Jesús es el hijo de Dios y de las naciones, Jesús es sagrado y santo, el hijo directo del Creador, que fue enviado para salvarnos espiritualmente. Esto es diferente, sin dejar de ser divino, ellos o ustedes son el deseo mismo del amor hecho carne. Es cierto que la iglesia ha tergiversado muchos secretos, y eso de alguna forma nos ha protegido dejándonos en una mera leyenda. Es cierto lo que dice Antonio, ustedes han reencarnado miles de veces en la historia. El amor de ustedes es lo que Dios busca en el alma de cada ser humano, es la muestra viviente que no solo la vida necesita la Tierra, el Aire, el Fuego y el Agua, también es fundamental el Amor, y ese quinto elemento es la esencia que compacta a la vida en el arma del Creador.

—Por eso vi a tantos rostros cuando uniste nuestros medallones —hablé en un

susurro. Él afirmó, ¿por qué no se sabe nada de esto?

—Por evitar la codicia, la ambición, el poder, la riqueza —intervino Eduardo al leerme la mente—. Incalculables factores están de por medio, no es conveniente para la mentalidad del hombre saber tantas verdades que se pueden lograr con instruir la mente adecuadamente, nuestros cuidadores desde un principio decidieron tenerlo en secreto y a estas alturas solo somos leyendas en ciertos grupos selectos y de algunos malignos que han estado cambiando para dominar a los humanos.

—Que en definitiva ese es el regalo que se disputa el bien y el mal —intervino Martín—. La humanidad.

—Es cierto, por favor déjenme retomar el curso del porqué ustedes se presentaron en el pueblo —los hermanos se miraron y luego miraron al Padre—. El Universo comandado por Dios ayuda cuando menos lo esperas —comenzó a narrar—. Por cosas de la vida en uno de los viajes a Inglaterra y mientras realizaba mis averiguaciones en la biblioteca —miró a Antonio y a Eduardo—. Tuve una nueva revelación, la misma voz que me susurró el día en que nació la hija de Clara me dijo que siguiera al señor que acaba de llegar. Así lo hice, lo seguí hasta que entró por una puerta que jamás pensé que existía. Me quedé escondido y vi entrar a un gran número de señores muy distinguidos, cuando lo creí prudente entre. ¡Gloria a Dios!, me parecía imposible presenciar una reunión secreta de una sociedad que no existe. El hombre al que seguí parecía ser el protector de o el líder de la organización y o sorpresa... ustedes llegaron con su padre y resultó ser el mismo. Esa tarde en la biblioteca escuché maravillado lo que hablaron de las estrellas y de las galaxias —los ojos de los hermanos se abrieron de par en par—. Sí —dijo el Padre—. Esa tarde conocí a quien se hace pasar por su padre, sabía quién era, lo seguí y supe donde vivía y cuál era su lugar de trabajo. Yo lo único que tenía claro era que, si ya ella había nacido, él también existía y el presidente del grupo lo sabía, el problema era unirlos —se encogió de hombros—. Volví a interferir, a lo mejor ese es mi papel y Dios me tenía destinado para ello... debía ganarme la confianza primero de una sociedad hermética y tan reservada. Ya había escuchado mucho de ustedes y había comentarios callejeros que enfrentaban al mal y reconozco que me extrañó esa parte, no conocía esa faceta, supuse que era una cuartada o ¿siempre se han enfrentado a esos demonios? —miró a los hermanos.

—No se equivoca. Es una sociedad que desde milenios se ha enfrentado a esos demonios. Lamentablemente el humano es débil de espíritu y somos seres diferentes, me gusta creer que somos humanos con dones, nacemos de una

humana. Somos guerreros enviados por Dios a proteger a su más grande creación. Para algunos seremos ángeles que tenemos libre albedrío —respondió Antonio. Permanecí callada, escuchando información nueva—. Ellos no saben quiénes somos, solo mi padre sabe que somos algo especiales y porqué le fue dada esa misión al morir el anterior líder, los miembros no nos conocen, solo el líder sabe de nuestra existencia. Quienes permanecen con nosotros son nuestros Cuidadores —señaló a Clementina y a Martín—. En estos 10 años ellos optaron por ser nuestros criados, en años anteriores fueron nuestros padres, utilizan algo de magia para mantener una buena fachada —al mirarlo comprendió mi pregunta—. Ellos por ciertas horas pueden cambiar el tono de su piel, son como los camaleones, tienen magia, se les otorgó ese privilegio, en este momento están como son ellos realmente, como lo eran cuando fueron escogidos en la noche que se nos entregaron nuestras alas.

—Ahora entiendo porque no me prestaron atención, realicé una carta dirigida a tu padre donde comentaba que la Leyenda se forjó de nuevo, el Universo y la Tierra vivían en el mismo tiempo y que debían ser unidos. Pero no respondieron nunca.

—Ellos no saben toda la verdad, solo quien en este momento se hace pasar por nuestro padre. Y si somos sinceros, nosotros apenas teníamos noción del tema relacionado con la Leyenda, mi verdadero padre no alcanzó a contarnos todo, por eso el bajo conocimiento de los Cuidadores —miró a su hermano—. Debemos mejorar ese tema, es algo para solucionar otro día. Ahora lo importante es comprender esta situación. Nunca se nos dio por leer los libros sagrados que tenemos bajo custodia —dijo Eduardo—. Por eso mi luna de miel fue en parte para leer los antiguos libros que reposan en nuestra casa de París y que hace mucho dejamos guardados —Antonio lo miró—. Comprendí lo que Mariana era.

—Luego les envié otra carta y les di información sobre la bruja, la tía de Mariana para que investigaran —el Padre tomó el relato y suspiró profundo—. Les di a entender que sabía quiénes eran y que hacían parte de la nueva sociedad de limpieza maligna. Dejé una dirección falsa, pero sabía que me guardarían lo que llegara a nombre de...

—Usted es... —preguntaron los hermanos al mismo tiempo.

—El que les ha enviado cartas esporádicamente, soy el que se hace llamar un colaborador.

—Imposible —dijo Eduardo, Antonio parecía estar sumergido en su mundo.

—Pasaron muchos años y aunque les enviaba cartas y ustedes respondían, jamás mencionaron nada de los descendientes y fui perdiendo la fe. La voz después de

muchos años sugirió que ustedes llegaran al pueblo, y lo único que se me ocurrió fue decirles sobre los sucesos que rodeaba a Mariana. No entendía porque seres malos la perseguían, la atormentaban en sueños, traté de mantenerla alejada y protegí su mente con bebidas naturales. Le enseñé a bloquear sus pensamientos con el fin que el mal no la encontrara, pero siempre había un demonio acechando. No la tocaban y ahora lo comprendo, la necesitaban pura para el gran día. Yo no sabía nada de eso y me atormentaba. La voz me dio la idea, si lograba hacer que la orden se fijara en el pueblo y conocían a Mariana, tal vez le dirían a él que ella existía —me señaló—. Y de paso al llegar traerían consigo a los que enfrentaban a los malvados, así protegerían a la diosa. Yo he matado a varias de esas bestias, nosotros también hemos combatido con esos seres endemoniados.

—Lo que usted no sabía es que al darnos la información de la tía de Mariana y como no sabíamos la intervención de usted... también creímos que era la prometida del mal —el Padre afirmó.

—Exactamente, lo que me gustó saber es que Mariana se enamoró de un hombre que la protegería, aunque no sabías que tú eras el único nacido para ella, tu aura me reconfortaba. Temía que apareciera la reencarnación del Universo y se dañara el amor tan bonito que nació entre ustedes dos. El pueblo habló de eso, ustedes parecían iluminados —sonrió—. El Universo los unió y sin querer yo ayudé. Aunque fui ajeno a lo que pasó después y de lo que ustedes creían, el mal ganó esa batalla. La Leyenda dice que el sufrimiento reforzará el sentimiento y ustedes debían sufrir para amarse más de lo que ya se amaban —miré a Antonio.

—También se debe tener presente que desde que en la misma familia se dieron dos alas algo ha cambiado —intervino Clementina, los hermanos la miraron—. Es indispensable que todos los libros los tengamos en el mismo lugar, es hora de entender que es lo que el Creador nos trata de decir —mi esposo me miró—. Y es cierto, entre ustedes deben sufrir para fortalecer el amor.

—El padre sabe...

—Le conté todo amor —me interrumpió Antonio, mientras Eduardo miraba a sus Cuidadores—. Le dije todo lo que te hice llorar, el dolor que te hice sentir.

—¿Y también le contaste lo mucho que me adoras?, tú también sufriste.

—Si... ellos entraron a mi santuario. ¿Por qué?

—Porque no quiero que el Padre te odie —comenté.

—Jamás podría hija. Él es él, aunque si le di su par de manotazos.

—Merezco una buena paliza.

—Que no se atrevan a tocarlo —dije y soltaron la risa.

—¿Qué dice la Leyenda Padre? —preguntó Antonio.

—Tengo hambre hijo. Después de comer se las leeré —tomó su manuscrito y salió de la habitación. Ya era medio día, bajamos a comer, me tomé dos platos de sopas. Era lo que mi estómago soportaba.

—¿La sopa es el plato de familia? —pregunté en la mesa y sonrieron.

—Creo que esa parte también se las aclarara la Leyenda —miramos al Guardian, todos reímos y comenzamos a bajar, quien lo diría, al Padre también le gusta el misterio.

CAPÍTULO 30

La Leyenda

Nos pasamos a la sala, Eduardo se sentó en uno de los muebles dobles con Manuela. Mi prima no salía del asombro con la historia que contó el padre Gumersindo, nosotros nos sentamos lo más junto que nos permitía la decencia. La historia fue muy tenebrosa y me alteró un poco, solo me sentía bien en brazos de Antonio. El Guardian se sentó en mitad de los dos muebles, los cuidadores han permanecidos muy callados, ellos se sentaron en las sillas a un lado de nosotros. Él Padre tomó el viejo libro, lo acarició, se nota que es muy importante, estoy impaciente, quiero saber sobre la Leyenda. Después de un largo suspiró comenzó el tan anhelado relato.

—¿Quieres comprobar que eres la reencarnación la Madre tierra? —me miró, afirmé, le dio la vuelta al libro y en él había un mechón de cabello del mismo color al mío—. Este es el de la última descendiente, tenemos registros de todas, aunque sabrás que, con los años, por más que hemos tratado de conservar se nos es difícil, nuestro más grande enemigo para ello es el tiempo. Por eso este es el tomo que se transcribe cada vez que nace de nuevo la Madre tierra —dijo el Padre—. Tenemos registros de 2000 años atrás aun en buen estado, 300 años antes de que nuestro señor Jesús naciera. Desde entonces con cada nacimiento tomamos un mechón y narramos su historia y transcribimos la Leyenda. Hay que dejar el tuyo, necesitaré un poco de tu cabello y debo comenzar mi trabajo como escritor por unos cuantos días, a pesar de los años, nunca se ha deteriorado el cabello, es lo único que prevalece —sonreí—. Es muy curioso —quedó pensativo una vez más, era una de las facetas que hasta hoy conocía de él—. Una de las tantas historias, en ese tiempo, hace dos mil años, nacieron dos mujeres de la misma descendencia, algo inesperado según lo narra el Guardian —se encogió de hombros—. La primera hija de ese matrimonio nació con el color de cabello que la acreditaba como la reencarnación y al año volvió a nacer otra niña. Al guardián lo tomó por sorpresa, era la primera vez que eso pasaba, entonces supo que se avecinaba un cambio o algo malo pasaría.

—Se salía por completo del patrón de la dinastía que por siglos solo tenía una sola mujer y así sucesivamente, podían dar a luz varios varones, todos los que Dios les regalaba, pero solo una mujer —miró a los cuidadores—. Cada que sucede este tuvo de sucesos es un aviso de un cambio, en ese tiempo el cambio

lo presentó la Madre tierra y ahora es el linaje del Universo, debemos de analizar muy bien lo que nos quiere decir Dios. El guardián de aquella época no se equivocó, según esa narración y por eso lo traigo a colisión porque se conoce en nuestra orden como la historia más drástica y dolorosa hasta entonces de tu vida. Ella creció y se convirtió en una hermosa mujer, se le entregó el crucifijo que la identificaba como la reencarnación y si había nacido era porque desde hace años el Universo caminaba en la tierra. Él es tu complemento, tu quinto elemento.

—Se encontraron, él había sido criado y destinado a otros ideales... ideales de sacerdocio. Su amor fue catalogado prohibido y a ella la juzgaron de la peor manera. El tío que, ajeno a lo que él era se opuso rotundamente a ese sentimiento. El Universo había nacido en cuna de reyes y mientras que ella era de buena familia, no con el dinero suficiente para calmar la codicia del tío, quien lo tenía bajo custodia. Él fue manipulado después de la muerte de sus padres y el Cuidador en esta historia no intervino mucho, creo que lo alejaron o mataron. El tío quería poder en la política y sabía que los sacerdotes eran intocables, la avaricia logró hacerles mucho daño. La hermana de la diosa se casó un año antes de que se conocieran las reencarnaciones, ella dio a luz a otra hembra. Ya MarGareth sabía su razón de vida, ella desarrolló sus habilidades con su elemento natural y dominaba los otros, mientras que él no sabía quién era, portaba el medallón, pero su cuidador no le enseñó o no le explicaron de su relación con el universo. En el escrito dan a entender que él vivía solo y de ahí me apoyo para decirles que no existía el Cuidador. El señor del Universo pensó que sus alas eran una maldición.

—Lo alejó el tío, fue prisionero por años y esclavizado, es una de las historias más duras y no se equivoca en redactarlo bajo ese calificativo Padre —intervino Eduardo—. Hay un destino trazado para cada encuentro entre los linajes y deben cumplir una razón específica. Mi antepasado liberó a su Cuidador que fue sentenciado a vivir en la esclavitud con una máscara, evitando que hablara. Recuperaron las armas que el Cuidador había escondido y se refugiaron, entre el pueblo, su tío no lo buscaría entre la multitud de los pobres —Eduardo miró a Antonio—. Leí mucho de nuestras historias, hay centenares de libros.

—Continúe Padre y perdone la intromisión de mi hermano.

—Se conocieron —retomó la historia el Padre—. Se enamoraron profundamente. La historia de ellos se conoce en la orden del Guardian como una de las más trágicas hasta el momento. Él no disfrutó mucho de sus poderes, renunció a sus alas para pertenecerle a la diosa. A los meses MarGareth quedó embarazada y la noticia de la confirmación de que el ya no portaba las alas

volvió loco a los sacerdotes, querían seguir dominando a la gente con teorías absurdas, por eso la reencarnación del Universo se vio abatido por el pueblo, acorralado por los sacerdotes a tal punto que se ensañaron con él. Fue sentenciado a la hoguera, y por eso salieron de los dominios de su tío y su grupo de fieles sacerdotes. Huyeron a las tierras de los padres de MarGareth. Por eso blasfemaron de traición e inventaron que ahora adoraba al demonio, corrieron la voz que se dejó influenciar por una bruja.

—La gente comenzó a temer, y fueron el pueblo los que los delataron. Una noche antes de ser prisionero, él habló con MarGareth y le entregó el medallón, le dijo que era para su hijo en camino. Le ordenó que se fueran, estarían protegidos bajo la supervisión de su Cuidador, quién volvió a tener sus poderes a través de su cayado. Le costó mucho convencerla, ella no aceptaba, no quería dejarlo solo, tenía los poderes para salvarlo. Pero el Universo sabía las consecuencias si los sacerdotes, en especial su tío se apoderara de su descendencia, hasta la misma MarGareth correría peligro una vez diera luz, ellos solo querían mantener el poder y su hijo era la solución para sus planes, y ese no eran los deseos de él, no deseaba que viviera lo mismo que él padeció, por eso le ordenó a su Cuidador que la protegiera. Por otro lado, la reencarnación de la Madre tierra debía dejar su dinastía a salvo. La hermana de ella dio a luz a una hembra, y comprendió lo que debía hacer, en sus manos estaba la responsabilidad de esa pequeña. De su vientre no podía volver a nacer otro hijo y se debe seguir con la dinastía. Por su parte ella jamás se le entregaría a otro hombre que no fuera su esposo... Pasaron situaciones extrañas en el pueblo y la gente comenzó a incrementar su miedo y llegó a los oídos de los sacerdotes dónde se ocultaban y antes de que llegaran a encontrarla, él se entregó para darles tiempo de escapar.

—Fue sentenciado a la hoguera, MarGareth no lo vio, lo sintió y su ira hizo que la tierra temblara. La sabiduría divina tiene todo calculado, en ese entonces tu desapareciste junto con el Cuidador. En esa época te perseguían porque nunca te casaste con el padre de tu hijo. Ellos no supieron que te habías casado cuando recuperaron las pertenencias que guardaba el Cuidador, eran las armas sagradas y su cayado. Para los ojos de muchos fue un sacrilegio porque era un sacerdote, una persona prohibida... en fin, el amor de ustedes es... no sé cómo describirlo, es superior a todo lo que podamos entender. Sus crucifijos... —el Padre fue interrumpido una vez más.

—Padre no se conocía la cruz, este símbolo es posterior a la muerte de Jesús —le dijo Antonio.

—Saquen sus crucifijos —nos miró, hizo un ademán con la mano —Bueeeno saquen sus medallones —los dos lo hicimos.

—No es una cruz, es un cuadrado si se completaran los extremos y en el centro hay un círculo, símbolo de la divinidad y dentro, está la rosa, símbolo de la feminidad —el Guardian nos miró—. No es una cruz lo acepto, que puedo decirles, soy un sacerdote, creo en Dios y sé que él ha enviado muchos mensajeros a la tierra a protegernos de mucha maldad. Jesús es su hijo y vino a limpiarnos de nuestros pecados. Y ustedes son la realización de un deseo y para Dios todo es posible. Con respecto al objeto que cada uno tiene yo le digo crucifijo —siguió hablando—. Lo milagroso en ese entonces fue que de la misma descendencia nacieron dos mujeres, como les comenté y es la segunda hija de la madre de MarGareth —tocó el mechón de cabello—. Quien quedó embarazada y tanto el Guardian y la diosa comprendieron que ella era quien seguiría con el legado, todo se confirmó con el nacimiento de una hermosa niña. Es verdad lo que comentó Clementina, debemos prestarles atención a los cambios drásticos en el comportamiento de los linajes. Su hermana había dado a una niña. Eso hizo pensar a MarGareth que le quedaba poco tiempo, su alma se consumía, ella llevaba el hijo del Universo en su vientre que antes de ser capturado él le entregó su medallón, su hijo sería el descendiente del linaje sagrado. En las narraciones del Guardian describe lo mucho que ella sufrió, lloraba diariamente por el recuerdo de la muerte de su amado —mientras el Padre hablaba, yo revivía la historia, las lágrimas recorrían mi rostro, me moriría sin mi Antonio. Y si en esa época fui yo también debí sentirme terrible—. Organizó todo, al Cuidador le pidió proteger el baúl con las armas sagradas. Debían cumplir con el cometido que el señor del Universo le dejó y era cuidar de ella hasta que naciera su hijo y que debían dejar enraizados sus descendientes para que él en un futuro volviera a este mundo y así poder amarse.

—Deseo de corazón que se les conceda a ustedes el tiempo de tener una vida larga juntos en algún momento de la historia —se encogió de hombros—. Perdón por el comentario, en los libros el tiempo juntos es corto para ustedes —suspiró—. Retomo la historia. El Universo dio instrucciones al Cuidador, le pidió que se refugiaran por un tiempo en uno de los terrenos que los sacerdotes no sabían que era de su propiedad. En Inglaterra bajó el nombre de un reinado se podían ocultar. Mientras tanto MarGareth con la ayuda de su Guardián raptó a su propia sobrina para dársela al cuidado de la orden de la Madre tierra, le entregó su medallón.

—Sabes que hacer —le dijo la diosa—. Vela por ella, ahora entiendo... la

Madre tierra quiere volver a encarnar cuando muera en mi cuerpo y lo haré de nuevo en otro tiempo, espero poder ser feliz por un tiempo más largo a este.

—Mi diosa —dijo el Guardian.

—Nada. Mi sobrina debe ser protegida, sabes que matarán a mi familia, es tu responsabilidad seguir con tu trabajo. Toma —le entregó un mechón de su cabello—. Ya sabes que si nace una mujer con este color de cabello es porque he regresado y él ya está en la Tierra buscándome. Escribe sobre esto y que escriban sobre cada una de nosotras. Es una orden.

—¿Qué hará usted?

—Debo proteger la dinastía del Universo. De mi depende que él pueda volver en otro tiempo. Ya es hora de irte —le entregó oro, títulos y propiedades—. Críala como tu hija.

—Ese es un fragmento al pie de la letra del escrito que te leo hija. MarGareth sintió el dolor de su amado, el ardor del fuego, ella moría por dentro a su lado, una parte de la diosa murió con su esposo. Le mataron la razón por la cual existía y al morir no se controló, el día se volvió noche por varios días, la tierra se estremeció en un fuerte temblor, no podía morir con él, porque debía velar por la vida en su vientre. Quedó muerta en vida, las tres armas sagradas; un látigo que debía llevar el primogénito que desarrollara el gen divino, dos dagas que se convertían en espadas y estacas al mismo tiempo y dos espadas que se convertían en largas y afiladas varas o en una lanza si se unían... ahora entiendo porque solo los hombres deben portarlas —comentó el Padre—. En los escritos estaba la respuesta y lo había olvidado. Solo descendiente masculino puede tocarlas sin que mueran, pero quienes desarrollen el gen de la inmortalidad lograrán hacerlas cambiar de forma, y encender el fuego.

— MarGareth desapareció con el Cuidador del Universo. En alguna parte de Europa y veló porque su hijo contrajera matrimonio y tuviera descendencia. Ocultaron el linaje mezclándolo con distinguidas y poderosas familias de reinos y casas. Nunca averiguo nada sobre su sobrina, confió en su Guardián. Con el paso de los años y de generación en generación los cuidadores de la nueva dinastía notaron el poder que tenían, el don de sanación, eran seres dotados con ciertas habilidades y descubrieron que en determinado tiempo se hacían inmortales, eran ángeles hasta que deseaban dejar de serlo.

—En nuestros escritos solo nacía en determinados momentos de la vida, siempre duramos décadas, la más larga había sido la nuestra, hace 500 años no se presentaba un inmortal —habló Eduardo. El Padre suspiró y miró a los

hermanos, Eduardo comprendió lo que mentalmente hablaba—. Aunque... en nuestro tiempo nosotros dos nacimos inmortales.

—Es cierto —dijo Antonio—. Soy el mayor y mis alas me salieron a los 24 años, junto con la furia en mis ojos. Es curioso, si la historia de nosotros es correcta, los inmortales vivimos hasta que decidimos ser humanos y siempre es cuando nos encontramos con la Madre tierra. Y los que llevan sangre sagrada, pero no son inmortales viven una vida normal, siempre hemos estado enrolados con títulos de reyes, príncipes, condes, faraones. Siempre estamos en medio del poder de la humanidad y vivimos...

—No hasta que ustedes decidan —intervino Clementina—. Viven hasta que encuentran a su complemento, hasta que conozcan la razón por la cual ustedes existen.

—¿Lo sabías desde siempre? —Antonio miraba a su cuidadora y ella afirmó sonriendo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Sabía de la historia, pero no que era ella, solo sé que usted nació para alguien y los gustos de su mujer se me fueron noticiados el día que le otorgaron sus alas, y no sabía que debía pasar tanto tiempo. Nos olvidamos de la historia, creo que el Universo así lo deseo.

—Él siempre se conspira —habló Eduardo.

—Yo desarrollé energía, fuerza, rapidez. Mi hermano era normal, cuando cumplió sus veinte años una mañana despertó con la capacidad de leer la mente y sus destrezas eran iguales a las mías, mi padre no podía creerlo, solo nacía un inmortal en un mismo tiempo. Éramos los reyes de Escocia en ese entonces. No se tenía registro de que nacían dos, era algo nuevo. Dijo que algo había cambiado, la tarde que papá nos iba a narrar la historia de nuestra familia tuvo un accidente con mi madre y mi pequeña hermana que tenía 15 años, Eduardo también cayó en ese barranco y fue él quien cargó a toda la familia, sus alas se las habían dado ese mismo día. La orden que presidía mi padre había desarrollado una pequeña sociedad para que cuidaran de nuestros bienes, pero quienes velaban por nosotros eran los Cuidadores. Con el tiempo le confesamos al presidente de esa sociedad y con los años armamos la fachada con la que nos conoce usted Padre. La verdad solo la sabe el presidente y una verdad medias.

—Interesante... debías tener a una persona razonable a tu lado que lograras pensar y mantenerte al lado de Mariana —comentó el Guardian.

—No lo había pensado así —respondió Eduardo, los hermanos se miraron.

—Si no fuera por tu hermano, jamás te habrías enterado que había una niña en Francia que debía ser encontrada —comentó el Padre—. Si no fuera por Eduardo

habrías matado a diosa una vez escuchaste su nombre, sin saber quién era. Dios es perfecto, la naturaleza es sabia y el universo se conspira a sí mismo, no me cansaré de decirlo.

—Adicional a lo que dijo padre —intervino Martín—. Ciento que el joven Eduardo tiene aún un papel muy importante en todo esto.

—¿Quieren escuchar la historia de cómo el Universo y la Tierra se unieron? —intervino el Padre.

—Por supuesto —me aferré más al costado de Antonio y él correspondió, su mano comenzó a jugar con mi cabello.

—Me encantaría escucharla —comentó Clementina. El padre pasó las hojas y quedó en la primera página. Nos miró y se dispuso a leer.

—¿Ese tomo no es el original? —Eduardo miraba el libro.

—No. Ese está muy deteriorado, pero se conserva intacto en el idioma primitivo —miró el libro que tenía en su mano—. Este lo realicé yo. Cada Guardián debe dejar su escrito sobre la reencarnación, se narra el tiempo, las costumbres, como eran y el elemento que domina. Al parecer te conviertes en uno y dominas a los otros tres, he leído que te puedes convertir hasta en el mismo elemento. La reencarnación anterior a ti se convertía en agua y tierra.

—En los libros que están bajo nuestra custodia debe decir algo al respecto —comentó Martín—. Tenemos mucho que estudiar y no podemos pasar los cambios por alto.

—Tienes razón —Antonio habló más para sí, permanecía sumergido en sus pensamientos.

—Esperemos que nunca pase, por ahora tenemos trabajo hija, tu infancia ya fue escrita. Este libro tiene unos 50 años más o menos —miró a Eduardo—. Los verdaderos, permanecen escondidos y en diferentes idiomas, la información pasa de guardián a guardián.

—Como los nuestros, de familia a familia —Eduardo miró a su hermano.

—Supongo que ahora debo leerlos.

—Son fascinantes, solo que nosotros somos los que narramos nuestra propia historia, no nuestros cuidadores.

—Señores, estoy un poco cansado y me gustaría acabar con esto, al finalizar me llegarán cientos de preguntas.

—Padre, perdóneme, tengo una duda con lo que usted dijo hace unos minutos.

—Dime hija.

—En alguna de las historias me he convertido en varios elementos. ¿Qué pasaría si me convierto en los cuatro?

—No ha pasado hasta el día de hoy, y dicen que si lo haces es el fin —nos miramos, el Padre bajó la vista—. Creo que nada es para la eternidad, en algún momento terminará tu historia, sé que falta mucho.

—¿Y eso es bueno o malo? —se encogió de hombros.

—Hija, no hablaré mucho del tema porque no se tiene registro de nada, salvo por lo que dice la historia, y no es normal que eso pase, si en una reencarnación se convierte en los cuatro elementos, ese es el fin de la historia de ustedes.

—¿Nunca más volveré? No creo que llegemos a eso.

—Recuerden que están por permiso divino, y siempre he sentido que es prestado el tiempo otorgado. En algún momento el Creador les pedirá un favor, o están en este plano para algo más que amarse —Clementina miraba a los hermanos.

—Discúlpenos Padre, el tema es bastante interesante —respondieron los hermanos.

—Lo sé, ahora si me lo permiten, debo narrar una leyenda.

La Madre tierra lloraba amargamente su desdicha. Él Ser Supremo la había creado para albergar a su máxima creación, ella les proporcionaría lo necesario para su existencia, vivirían gracias a sus cuidados, a esa manera de entregar sin importar las consecuencias, ella solo estaba para proveer bienestar a los humanos.

Tenía el poder de los cuatro elementos vitales, la máxima creación debía emerger y ser digno no solo de la confianza y del amor del padre Supremo, sino de la Tierra también. Pero no fue así. La máxima creación llamada hombre hizo lo contrario y aunque había una parte femenina llamada mujer, fue rechazada, ignorada. Habían sido creados para ser uno solo, para complementarse y nada salió como lo esperaban.

Con el paso de los días, crecía una energía maligna en el interior del hombre que se apoderaba de su mente alejándolo de su complemento, dejaron de ser uno. Desafiaron la voluntad de Dios y con ello perdían el poder de seguir siendo dignos de estar sobre la superficie de la Madre tierra. Ella los amaba, se los otorgaron y los cuidó como a un hijo. Pero el mal se agitaba y tomaba auge, logró que la mujer fuera desterrada en su grandeza y con ello también la naturaleza. Dejó de ser importante, ya no se le brindaba tributo y respeto, a la humanidad se les olvidó que se debía respetar, para ellos la tierra era de su propiedad.

Por ese motivo la Madre tierra sufría. Aunque dotada del poder de los cuatro

elementos, era esencia pura, no sabía que le faltaba para poder hacerse notar. Una noche en su amargo tormento logró emerger del centro de la Tierra y ponerse de rodillas ante el Creador e implorarle que le diera la fuerza necesaria, debía curar su alma, la misma que se consumía y... al salir a la superficie, quedó maravillada con lo que sus ojos vieron, un inmenso panorama negro repleto de luces plateadas, le pareció lo más hermoso que había visto. Nada de lo que poseía se comparaba con lo que sus ojos veían. Mirar hacia el cielo en las noches, se convirtió en su necesidad, se deleitaba admirando la majestuosidad del universo. Verlo fue para ella su todo, no había día, lugar o momento en el que ella no admirara el firmamento...

El Universo imponente, inmenso y majestuoso era conforme con lo que era. Hasta que su Creador creó un nuevo planeta de color azul. Algo en él lo atraía, no sabía que era exactamente, comenzó a sentirse inconforme, se dio cuenta que carecía de algo especial. Él sostenía a millones de estrellas y tenía la fuerza suficiente de cientos de mundos. Y aun así se sentía vacío, carecía de vida, quería pertenecer a un lugar, depender e importarle a algo o alguien, ser un universo para alguien en especial... era extraño, qué desde el nacimiento de ese nuevo mundo se sintiera incómodo, anhelaba lo que no conocía.

Con el paso del tiempo él se deslumbraba observando el planeta azul, se preocupaba por mostrarle las estrellas fugaces, que las estrellas iluminaran más el firmamento, que la luna se mostrara majestuosa para que ese planeta lo notara, se acercaba para conocerlo un poco y en momentos le gustaba los colores que mostraba, unos destellos purpuras y rosados se dejaban ver por fracciones y eso le gustaba. Algo lo anhelaba. No sabía que... pero una fuerza lo admiraba, no como los otros mundos, ésta era una admiración diferente, ese planeta era especial. Llegó un momento en que no miraba al resto, solo miraba a esa pequeña esfera azul que parecía llamarlo a gritos. Comenzó a sentir cosas extrañas, le faltaba esencia, vitalidad, vida... Eso era, él era materia pura, pero no tenía vida...

Una noche el Universo y la Tierra se postraron ante su Creador, les suplicaron que le concediera por un tiempo vivir junto. Él deseaba ese planeta azul... y ella deseaba vivir en el Universo... tal fue su amor del uno al otro que conmovió a Dios, lo convencieron y se les permitió, se les concedió su deseo, con ciertas condiciones que ellos mismo debía elegir en determinado momento...

El Creador viajó en el tiempo y le permitió al Universo encarnar en el cuerpo de un hombre, crecería igual a un humano hasta cierta edad, luego se convertiría en un ser alado hasta encontrar lo que había ido a buscar. Él era

materia pura, fuerte como el acero, frío como la noche, guerrero y misterioso. En sus ojos llevaría la furia del universo, que solo podrían ser descubierto por la que portara el cabello del color de la aurora boreal, la del color de la fe y las rosas, ella vería en sus ojos al universo, ella activaría la necesidad para lo que él fue enviado a la Tierra. Él tenía la potestad de justiciar al malvado, vengar a los inocentes y castigar al descarriado. Así mismo cuidaría del noble, protegería al indefenso y amaría al bueno. Tendría la fuerza para acabar con el mundo si fuera necesario. Dotado de varios dones, en su sangre corría vida divina del Creador y portaría las armas sagradas del universo. Solo él y sus descendientes serían los encargados de cargarlas y utilizarlas. El niño fue puesto en la habitación donde sus reyes fueron privados de la bendición de un hijo y contaban con un gran mago blanco, al que fue notificado de los poderes del niño por medio de una revelación, él fue el primer Cuidador...

Esa misma noche el Creador volvió a viajar en el tiempo y tomó la esencia pura de la Tierra y la transformó en una mujer. La creó libre como el viento, hermosa y delicada cuál flor en sus campos, su cuerpo ardiente como el fuego, necesaria como la tierra y vital como el agua. Ella llevaría en el símbolo femenino la esencia, en sus cabellos se escondería la necesidad del Universo, el misterio para lo que fue creada. El color único que dominaría la furia del universo. La Madre tierra lo solicitó cada noche de llanto, sería la que llevara en su vientre la descendencia que en tiempos futuros nacerían nuevamente...

La revelación fue vista por una mujer conocedora de los beneficios de la naturaleza y una guerrera en su tiempo, ella se convirtió en la primera Guardiania... Ambos niños trajeron consigo un objeto que simboliza que son el complemento del otro. El de la Madre tierra fue forjado con el acero del centro del planeta, mientras que el de él fue forjado con el acero de un meteorito. Ella lo sostiene a él, en ambos se esconde el secreto de lo que son y lo que deben hacer. Solo se les revelará su propósito cuando logren el equilibrio perfecto y forjen el quinto elemento.

El Creador sonrió, feliz por su nueva obra, había creado a dos seres que se amaban sin saber quiénes eran. Materia y esencia, los elementos necesarios para alcanzar el equilibrio perfecto de un ser. Uno solo, en dos cuerpos... el Padre dejó que el Universo se moviera y alineara, dejó que sincronizara los acontecimientos, el mismo se conspiró...

Los años pasaron, el joven príncipe ahora era Rey, sus padres murieron y el mago entrenaba a su reemplazo, tenía 149 años, aunque pareciera un hombre de cuarenta y tantos; todo cuidador se convierte en inmortal una vez se le es

entregada las alas al descendiente de las armas del universo, y duraría los años hasta que él las encuentre. Al cuidador le preocupaba que no se haya casado en esos 125 años, solo le gustaba ayudar y pelear, amaba a los humanos.

Las revelaciones se convirtieron en realidad, pero aún faltaba lo primordial. Con los años los territorios del Rey que eran tan inmensos, y él los supervisaba cada cierto tiempo y pasaba de castillo a castillo. Hasta que llegó a la provincia...

Mientras el nuevo soberano era amado en la Provincia, ella se convertía en una hermosa jovencita, indomable, alegre y vital. Era la alegría de la guerrera quien le enseñó a conocer la naturaleza, los animales la escuchaban, la obedecían y adoraban. Su felicidad era jugar con ellos, aunque también hablara la lengua de la Madre tierra, salía poco. El mal se agitaba, tenía 14 años de edad cuando la devastación se azotó contra el pueblo, una avalancha de maldad y cientos de guerreros se enfrentaron comandados por el nuevo Rey que llegó de lejanas tierras para combatirlo. A ella lo que le preocupaba eran los animales que morían en batalla, los caballos, sufrió por ellos y no le importó las advertencias de su madre, se encaminó al lugar donde fue el enfrentamiento, no solo encontró animales muertos, sino seres humanos. Pero halló a uno con vida, estaba mal herido, aun así, lo subió a su caballo, lo llevó a su casa. Algo la impulsó a cuidarlo, no sabía quién era, estaba lleno de sangre, sabía que su madre lo sanaría. Debía hacerlo, una voz en su interior se lo gritaba. No le importó el llamado de atención de su madre y al final decidió ayudarla a sanar al joven, comenzaron a curarlo, le pidió que buscara ciertas plantas y lograron curarlo. Era hermoso, ella quedó enamorada, mientras que él no reaccionaba, las heridas causadas por algún animal le habían abierto un costado de su dorso. Pasaban los días y no abría los ojos, algunas veces deliraba y su única alimentación era las sopas que la Guardiana le daba.

Con los días las heridas sanaron de una forma casi que mágica. La madre había salido y ella se fue a buscar más de las hojas medicinales que le solicitó el día anterior y que al parecer eran los que lo habían curado tan rápido, las otras no le realizaron ningún efecto. Mientras buscaba se sorprendió al darse cuenta que la naturaleza pasó a un segundo plano, ahora lo que importaba era el joven que se descasaba mal herido en su casa. Al regresar él ya no estaba, dejó una nota donde agradecía la hospitalidad. La niña lloró, no sabía por qué había quedado vacía, no sabía quién era y temía el no volverlo a ver...

Pasaron cuatro años, ella se convirtió en una belleza. Desde la gran batalla

había quedado con una gran tristeza y un vacío que no sabía cómo llenarlo. Sus días los compartía con sus animales, eso la reconfortaba un poco, pero no lo suficiente, por eso pasaba mucho tiempo en el estanque...

Él una tarde decidió volar por donde fue atacado por primera vez hace unos años atrás, mientras lo hacía decidió detenerse en la copa de un gran árbol, cerca de un estanque, le llamó la atención el agua cristalina, le dieron ganas de bañarse y cuando comenzó a quitarse sus prendas. Vio que el lugar estaba ocupado por la mujer más hermosa que había visto.

Se escondió para admirarla, algo en él cambió y no pudo explicárselo. Se quedó el resto de la tarde viéndola nadar y jugar con los peces. Lo cautivó el color del cabello y al verlo desplegarse como abanico en el agua lo embelesó. La joven salió del estanque y al observarla desnuda, emergió de él un deseo que jamás había sentido en su vida, quiso tenerla, hacerla suya. Un gran lobo se le acercó y él se envaró para defenderla, quería protegerla, pero ella no mostró miedo, por el contrario, lo acarició. Se detuvo al darse cuenta que ese enorme animal era su amigo y parecía protegerla. La siguió hasta su morada.

Al regresar al palacio no logró concentrarse, solo pensaba en ella y creó un mundo donde giraba a su alrededor, no pudo sacarla de su mente. Tenía ciertos pensamientos... y en él se afianzó un sentimiento que no podía identificar. No hubo día, tarde y noche en el que no volará para verla. Le encantaba el color de su cabello que era diferente, parecía un tono violeta combinado con rosado. Su cabello era rizado, durante esos días jamás se lo vio amarrado, siempre suelto para que el viento jugara. Se obsesionó a tal punto que la quería para él. Decidió hacerla su esposa y habló con su Cuidador, le solicitó que hablara con la madre de la joven, si era soltera y sin compromiso solicitó que le permitiera hacerla su esposa. Esa noche, mientras descansaba en su cama sintió el dolor de su amada. Su pecho se estremeció como nunca antes, tomó su medallón y vio lo que ella observaba. Unos hombres bárbaros la tenían amarrada y su casa ardía en llamas. No lo pensó, la ira lo invadió y con pensarlo aterrizó en el prado de la casa de la joven.

Él había desplegado sus enormes alas y acabó con los hombres que amenazaban con hacerle daño. Empleó su látigo sin molestarse en utilizar las otras armas, sus ojos inspiraban terror. No dejó a ninguno con vida, ella lloraba a su madre quien murió quemada. Cuando él se acercó y la soltó, sus ojos se encontraron, algo había visto en la hermosa joven, asombrado por la luz de su alma. Ella acarició sus ojos y él experimentó una extraña sensación. Su sonrisa lo dejó deslumbrado.

“Eres tú”— le dijo—. “Volviste”.

No sabía a qué se refería. La tomó en brazos y ella se aferró a él, por primera vez alguien la abrazaba y el vacío que tenía ya no estaba, se sentía completa, su mundo se completó. Mientras él por fin encontró lo que por años ha anhelado y abrazar su frágil cintura se convirtió en una necesidad. Comprendieron que eran el uno para el otro, no se separarían de ahora en adelante, su conexión era tan fuerte y una necesidad tan grande de permanecer uno cerca del otro no era suficiente. Ella vio en sus ojos lo que tanto amaba, el Universo en miniatura y él sintió la esencia que lo embriagaba.

Se la llevó consigo, ella seguiría a esos ojos hasta el fin del mundo. Se casaron y antes de estar juntos debió renunciar a su divinidad. Y mientras sus cuerpos se unían en una sola persona sus medallones también lo hicieron, escucharon la voz del Creador. Donde les decía lo que eran y lo que debían hacer.

Debían dejar descendientes, uno varón que llevaría la sangre divina para poder portar las armas y enfrentar al mal cuando fuera necesario y volver ante el llamado de la Madre tierra. También debían dejar una hembra, de ella nacería la descendencia de la naturaleza.

Cuando ella esté lista para volver cortará el vínculo familiar y así puede volver a nacer. Mientras tanto el Guardian debe velar por cada descendiente hembra que nazca de su hija, deben cuidar una tras otra. La clave del regreso de la Madre tierra es el cabello. Cuando nazca una niña con ese tono es porque regresó, solo ella debe portar el medallón. Del resto las mujeres que nazcan serán importantes, la verdad no debe saberla más que un grupo selecto y se debe instruir, ustedes son los primeros y la diosa enseñará a un guardián y así hasta que yo lo decida. Se amarán en un corto tiempo, y lo harán hasta que sea el momento de demostrar cual grande es el amor que ustedes se tienen y le tienen a la humanidad y la naturaleza. Solo ámense, dejen descendientes uno femenino y otro masculino. Los necesitaré...

El padre cerró el manuscrito. Nos miró mientras cada uno pensábamos en alguna parte de la historia.

—Es un pequeño resumen, no es mucho lo que duran juntos, pero mientras lo están es intenso su amor —comentó.

—Por eso me gusta tu cabello —susurró Antonio incrustando su rostro en mi cuello.

—Eres mi Universo —dije mirándolo y perdiéndome en la profundidad de sus ojos.

—¡Vaya!... siempre supe que eras especial y no sabía hasta qué grado —mi prima le tomó la mano a Eduardo.

—Lo raro es ¿por qué fui inmortal también? —dijo Eduardo, habló para sí mismo—. Debe haber algo más que mantener a Antonio en la raya.

—Por la misma razón que en el linaje de Mariana —dijo el Padre lo miramos—. Ya se los he dicho, la naturaleza es sabia, ella sabía que MarGareth no se entregaría a otro hombre. Solo están en este mundo para pertenecerse el uno al otro y el hijo que llevaba en su vientre era varón. Se debía seguir con el linaje de la Madre tierra y por esa razón su madre dio vida a dos hembras. Me he dado cuenta, que cada vez que hay cambios drásticos en la tierra, ustedes alteran las cosas para adaptarse a lo que se deben enfrentar —miró a Eduardo que fruncía el ceño—. Hijo, será bueno y con el permiso de Mariana, leamos ambas historias y así podemos analizar los cambios que cada linaje han realizado en la historia. En tu caso, eres el freno de tu hermano o a lo mejor, aún no has jugado tu mejor papel, con el tiempo lo sabremos —ahora era yo la que uní mis cejas, Antonio prestaba atención a las palabras del Padre—. Si no fuera por ti, habrían matado a la diosa... fue tu capacidad telepática la que lo frenó. O me equivoco...

—Tal vez —dijo Eduardo—. Siento que hay algo más que mantener a Antonio en la raya.

—Puede ser, tal vez tu historia debe ser más heroica —bromeó Antonio con su hermano—. De haber matado a Mariana, también me habría muerto —contestó.

—Fue Eduardo el que comprendió las palabras de Mariana anoche —miramos al Guardian.

—Es cierto.

—Por esa razón —dijo el padre—. Son dos inmortales en el mismo tiempo y jamás se enamoraron porque era indispensable tu ayuda hasta que ella apareciera —nos miró—. Bueno ya es hora de irme, ya está en orden esta historia.

—Padre —dije—. En la historia dijo que ella creaba un elemento y dominaba el resto, ¿a qué se refiere?

—A que debes leer los libros, cada una parece crear un elemento y por lo que me dijo tu esposo dominas o creas el viento.

—También manipulo el fuego.

—Puedes manipular los cuatro elementos, a lo que me refiero es que si te entrenas te convertirías en viento —quedé con la boca abierta—. Bueno tenemos tiempo para que conozcas de ti misma. Ya es hora de irme, por el momento el

peligro pasó y mis huesos son viejos.

—No todo el peligro paso Padre —el tono de voz de Antonio me alteró—. Aún está vivo el engendro que la besó y presiento que él no se quedará quieto. Además, los que eliminamos fue una mínima parte del mal.

—Aún estamos con vida y podemos manejar las armas sagradas —dijo Eduardo. Manuela y yo nos aferramos a nuestros maridos.

—Padre... una pregunta más. ¿Tiene algo que ver que todas las mujeres de mi familia sus nombres comiencen con la letra M? —Preguntó Manuela. Él sonrió.

—Claro y así deberá seguir siendo, es en honor a la Madre tierra —nos miró—. Ustedes darán de nuevo a los dos linajes. Ya está en camino el varón, falta la hembra.

—No se preocupe, no dejaremos de tener hijos hasta que nazca una hermosa mujercita —lo miré y sus ojos tenía ese matiz tan deseado por mi esencia. Despedimos al Padre y nos quedamos en la sala hablando de la Leyenda.

—Cariño... Si el padre es mi Guardián y Clementina tu Cuidadora como dice la historia, ¿quién será el cuidador de mi hijo? —lo miré.

—Es cierto —me besó la frente, miró a Clementina.

—Nosotros instruimos a más de uno y al momento que reciba las alas el Universo es quien escoge y se debe pasar por un sin número de pruebas en una misma noche. Solo la lealtad es el requisito principal, que amemos al descendiente —miré a la Cuidadora de mi esposo.

—Siempre es gente que está a nuestro alrededor y que nos aprecia —le sonreí a Eduardo.

—Eso yo ya lo sabía —dijo Manuela—. Eduardo me lo contó anoche. También me dijo que viviremos cerca —sonreí ante el comentario.

—Sí. Eduardo construirá su casa al lado de la nuestra —dijo Antonio, yo me puse feliz de tener a mi prima cerca.

—Bueno creo que después de tanta tristeza es hora que la felicidad llegue —mi marido me miró y acunó mi rostro, besándome con ternura.

—Amor, de ahora en adelante no volverás a llorar, te lo prometo cariño.

—Que así sea —dije. Recordé algo de la leyenda—. ¿Tenemos que marcharnos algún día?

—No —me miró—. Ya no somos inmortales y el apellido nos lo cambiamos al mismo de nuestro padre adoptivo. Creo que con ese moriremos.

—Y seguiremos, las cosas han cambiado y hay que conformar una firma para asegurar los bienes de nuestros descendientes —comentó Eduardo.

—Creo que la historia no termina aún, algo nos depara el destino, algo del

cual nos tomará por sorpresa.

—¿Qué te pasa Mariana? —miré a mi prima y una fugaz ayuda le solicité, ella en su audaz telepatía me comprendió.

—¿Ese no es tu apellido real? —preguntó mi prima antes que notara mi revelación.

—Esa es otra historia, tenemos muchos años para contarla. Creo que debemos dejar que Mariana descanse. Y además señora Manuela usted y yo tenemos trabajo pendiente —los miramos—. También quiero ser papá.

—Esa conversación no creo que debe ser en público —lo reprendió Antonio dándole un manotazo en la cabeza a su hermano. Nos reímos y mi prima se puso roja, después me miró y comprendí que me someterá a interrogatorio.

CAPÍTULO 31

Seis Años Después

Soñaba que caía al vacío, esa sensación de agonía, de angustia y desesperación, mis manos se extendían con la intención de abrazar o alcanzar algo, el vacío me esperaba. Luego se materializaba uno de mis hijos, lo anhelaba tocar y al verlo caer e intentar agarrarlo se desvanecía, no tenía manos, solo era viento, no podía materializarme para sostenerlo.

Me desperté sobrestada. Antonio estaba aferrado a mi cuerpo, han pasado los años y no hemos podido mermar el deseo entre nosotros, nuestra necesidad aumentaba, cada día nos uníamos más. Hoy cumplía treinta años, aunque él cumple el 21 de enero yo le celebraba también su regreso a la mortalidad el 11 de noviembre. Tengo cinco años realizándole una comida con las personas que saben quiénes somos.

Dormía tranquilo, salí suavemente de la cama, me dirigí a la mesa de noche y encendí una vela, me acerqué a la cuna y comprobé que mi pequeña de seis meses, María Ángel también dormía plácidamente igual que su padre —recordé la polémica que se generó en la familia por su nombre, en últimas acudí al registro de los nombres que ha utilizado las reencarnaciones en vidas pasadas, y no hay muchos nombres con M que me gustaran—. Respiraba, tan hermosa, parecía un ángel, si para Antonio yo le parecía lo más bello, María Ángel no tenía comparación. Le besé su mejilla, parecían de algodón por lo suave y abullonada. Salí de la habitación y me dirigí al cuarto de los niños, miré el reloj del corredor, marcaban las cinco de la mañana —suspiré, pronto saldrá el sol y yo no he dormido, tengo una gran incertidumbre, odio sentirme así, ¿pasará algo relacionado con uno de mis hijos? Protégelos ángel de la guarda — entré al cuarto y me acerqué a la cama de Lorenzo, se parecía tanto a su padre, demasiado inteligente para su edad, desde que nació ha demostrado las habilidades que tiene un verdadero portador de la sangre del universo, no alcanzaba la agilidad de correr como Antonio, pero si era muy veloz, hace bellezas con la madera y desde que cumplió los cinco años los hermanos D'Montecarlos, el padre Gumersindo, Alfred y Louis lo entrenaban en defensa. Y no solo a él, también al hijo mayor de Eduardo.

Antonio le enseña el manejo de las armas sagradas igual que su tío, en algunos de sus entrenamientos he asistido con Luciano quien intenta hacer lo mismo que

su hermano con cualquier palo o arma disponible, no le pasa nada, pero algunas son muy grandes para él que aún es un bebé. El Padre le regaló en su cumpleaños un arco y vaya puntería la que resultó tener Lorenzo, Eduardo se encierra un par de horas en las tardes y les enseña la historia de la dinastía familiar. Sé que la educación de nuestro hijo es diferente y le exigen mucho más que al resto. Recordé la mañana en que les llamé la atención al respecto.

—¿No crees que se les pasa la mano con Lorenzo? —le comenté a mi esposo y a Eduardo.

—Amor no te preocupes por los golpes, te has dado cuenta, se le pasan al cabo de un par de horas.

—Cuñada él es el directo descendiente y de todos los D’Montecarlos es el que nació con muchos dones. Mis hijos son fuertes, solo después de los veinte veremos si desarrollaran algo más.

—Temo que no crezca como un niño, apenas cumplió cinco años y ustedes le tienen una lista de obligaciones y estudios que no son acordes a su edad.

—Cariño —me tomó por la cintura y acunó mi rostro—. Vivirá por muchos años si le dan sus alas, pasarán décadas, debe fortalecer su mente, cuerpo y espíritu. Yo viví lo mismo.

—Pero... —besó mis labios.

—Sabemos lo que hacemos.

Alfred lo entrena en las artes marciales y lo trata igual que su padre y ni que hablar de su tío, le exige demasiado. Hasta Louis le enseña a manejar el resto de las armas, me les revelé ante sus maestros y accedieron a darle espacio para que se recree en lo que el desee, y me alegra verlo convertirse en un niño cuando juega con su hermanito o al reunirse con sus primos, se quieren mucho —me senté al borde de su cama—. Me acerqué y comprobé que respiraba, no sé si otras madres lo hacen, yo me levanto cada noche solo para verificar si respiran, lo besé y me cambié de cama. Mi pequeño Luciano, dormido en forma fetal, es nuestro consentido. Aún no demostraba signos de alguna destreza, si era fuerte, inteligente y aprende muy rápido, es tan diferente a su hermano y tiene una hermosa sonrisa que nos cautivaba. Él era el que estaba en la mitad de las dos leyendas.

Lorenzo tenía la responsabilidad de mantener el linaje del Universo y María Ángel el de la Madre tierra. Mientras que Luciano aprendía a hablar nos reíamos con su evolución lingüística, tiene muchos rasgos de su padre, aunque la gente dice que se parece más a mí —“Mariana no dañes el día de hoy, es el cumpleaños

de tu esposo”—. Era cierto, desde ayer había arreglado la celebración en el lago, haremos un día de campo.

Hace meses le había pedido a Antonio que colocara bancas y realizara una pequeña cabaña para acampar y descansar en caso de lluvias repentinas. Invité al padre Gumersindo. Alfred y Louis desde que nació María Ángel no dejaban de visitarla, Louis nunca quiso ser cura, él quería casarse y al parecer añoraba que su descendencia cuidara a mi linaje —suspiré de nuevo—. Besé a mi bebé, tenía dos años y medio de vida. No seas paranoica, regresa a la cama, al salir de la habitación de mis hijos, Antonio abrió la puerta de la nuestra.

—Amor ¿qué tienes? —hablaba entredormido—. Te has levantado tres veces de la cama —se acercó y me abrazó.

—No lo sé. Algo me oprime el pecho cariño y siento que tiene que ver con mis hijos —lo abracé por la cintura desnuda, tenía puesto su medallón. Han pasado años y nuestro deseo carnal no ha disminuido, al contrario, lo deseo cada día más y más, como si no me alcanzara la vida para perderme en sus brazos.

—¿Qué has soñado? —suspiré e incrusté mi rostro en su pecho.

—Siento que caigo al vacío.

—Si sucede eso no sería un problema para ti diosa del viento —sonreí—. Eso es, tranquilízate.

—Es diferente —mi corazón dice que es diferente.

—Si quieres nos quedamos en casa —incrustó su nariz en mi cabello.

—No. La reunión es en nuestras tierras no creo que tengamos problemas. Además, ya limpiamos el bosque.

—Como quieras —cada vez sus caricias eran más insinuantes.

—Pero... hoy llévate tus armas —me miró, y vi en sus ojos un rayo de preocupación.

—¿Qué sucede Mariana? —y su tono ya fue diferente.

—Sabes que sigo mis instintos, dile a Eduardo que también lleve las suyas y mándale un recado al Padre con Martín para que los guardianes vengán preparados.

—Mariana... ¡Mariana, cariño! —el suave zarandeo me sacó del estado soñoliento al que había caído ¿por qué dije eso?, fue en estado de trance.

—¡Qué!

—Amor, nos preparas como si fuéramos a combatir —acunó mi rostro—. Es mejor que nos quedemos en casa.

—No... es solo que tengo una sensación extraña, es todo.

—¡Es todo! Tus instintos son tan buenos como las afirmaciones de tu prima —

nos abrazamos—. No dejaré que te pase algo —su voz protectora me regocijó.

—Gracias —quise ser convincente, pero no pude.

—Vamos a la cama —me tomó en brazos y regresamos a las tibias sabanas. Comenzó a besarme suavemente y poco a poco me fui relajando, al minuto no era tan suave el beso, nuestros cuerpos reaccionaron al instinto del deseo.

—¿Alcanzaremos antes que María Ángel se despierte a comer? —sonreí.

—No lo sé... —se puso sobre mí y sus ojos se tornaron plateados, no con la misma intensidad de antes, pero aun así eran mi vida entera. Sus besos se esparcieron por todo mi cuerpo y estábamos listos para empezar a pertenecernos cuando el llanto de mi pequeña se escuchó.

—¡Ay no! —no pude contener la risa—. No te rías amor, no sabes el malestar que me ocasionará en mi parte más sensible esta interrupción.

—Trabajaré doble en la noche, te lo prometo —me sonrió, salí de la cama en busca de mi chiquilla que no da espera ante el hambre, su llanto podría despertar a los tíos que vive en la casa de al lado.

El sol se filtraba por la ventana, escuché la fuerte respiración de frustración de Antonio y al salir de la cama se acercó a nosotras, se arrodilló ante María Ángel y la besó mientras que yo la alimentaba.

—Eres un poco imprudente pequeña... y saber que te quedarás dormida por dos horas de nuevo —sonrió y volvo a besarla—. Te amo mi princesa.

—Feliz cumpleaños —corrió las cortinas para que entrara la luz del nuevo día—. Se ha convertido en un hombre muy interesante lord Antonio —se sonrojó y se dirigió al lavado. Salió con su tradicional traje de domador, Clementina entró a ayudarme a bañar a María Ángel, cuando mi pequeña quedó arreglada me la entregó.

—Listo mi señora.

—Quedaste preciosa —dije cargándola.

—Bañaré a los jóvenes y me iré a ayudar a la señora Manuela.

—No te preocupes. Yo baño a los niños y tu ayuda a mi prima.

—No señora, esa es mi responsabilidad. Usted me ayuda con lo concerniente a la casa y en la cocina.

—Bien... no me regañes —sonrió.

—Creo que son los años, espero dejar lista a Clara en mi reemplazo.

—¿Cansada?

—Señora, he caminado en esta vida por más de 355 años, es hora de que descanse.

—¿Y tú aprendiz?

—Le falta poco, cuando esté lista me perderé un año viajando.

—No te he dado permiso, vieja —comentó Antonio, nos reímos.

—Viajaré, ya la señora me dio permiso.

—Así es —dije.

Se retiró en dirección al cuarto de los niños y yo dejé a María Ángel en la cuna que le había hecho su padre, era hermosa, lo que hace con la madera le quedaba muy bien. Ahora trabajaba en un gran cuadro en madera donde nos retrataba a nosotros, la familia completa. Me dirigí al baño a arreglarme. Al bajar al primer piso a desayunar un zumbido me detuvo en seco.

—¡Lorenzo! —le grité a mi hijo mayor—. Me harás caer y tengo a María Ángel en brazos.

—Ma... Ma... —Luciano jalaba el vestido implorando mi atención, me agaché, lo besé y él besó a su hermanita. Lorenzo llegó a saludar y besar a su hermana también.

—Cariño —Lorenzo me miró—. Ya te he dicho que no quiero que corras dentro de la casa.

—Está, bien mamá —dijo con una mueca en su bello rostro.

Antonio llegó y los dos salieron a su encuentro. Tomó en brazos a Luciano y de la mano a Lorenzo dirigiéndose al comedor para desayunar en familia. Mi familia era perfecta, me encanta el papel de madre desmedida en el día y de amante insaciable en las noches. Comprendíamos lo que éramos y sabíamos que en cualquier momento dejaríamos esta vida, ya las dos descendencias nacieron. Solo era cuestión de tiempo... —eso era—. Por eso amanecí con este sentimiento, nos quedaba poco tiempo. Intenté hablar, pero las palabras no salieron, se quedaron atascadas en mi garganta. Clementina ponía el pan en la mesa y se percató de mi expresión.

—¿Le pasa algo mi señora? —no pude responder, Antonio llegó a mi lado, y no pude pronunciar palabra, me quitó a la niña de los brazos y se la entregó a Clementina, Lorenzo se bajó de la silla al comprender que algo me pasaba, tomó a su hermanito de la mano y se lo llevó a jugar al caballito. Ese era el juego preferido de Luciano, en un abrir y cerrar de ojos del comedor pasamos al despacho.

—Cariño ¿qué tienes?, dime.

—No... yo... —las palabras no salían.

Me había dejado en el mueble mientras me calmaba y ese ahogamiento que tenía se evaporara, después de unos minutos las lágrimas comenzaron a salir. Él sabía que debía darme un poco de espacio, me ofreció su pañuelo.

—Hace más de seis años no me ofrecías uno —dije.

—Y esperaba no ofrecértelo nunca más —se arrodilló acunando mi rostro entre sus manos—. Amor ¿qué tienes?, no me gusta verte llorar.

—Antonio, comprendí el porqué de mi incertidumbre.

—¿Qué revelación tuviste?

—Pronto moriremos... —se quedó pensativo sin moverse por un lapso de tiempo—. Ya están los dos linajes, por las venas de Lorenzo corre sangre divina y ya demostró su destreza y por las de María Ángel... ¿comprendes?

—Mariana...

—Nos queda poco tiempo con nuestros hijos y no quiero dejarlos, tampoco quiero que mueras —las lágrimas corrían por mi rostro sin poder contenerlas.

—Ese es nuestro destino —dijo en tono bajo, parecía un lamento—. Volveremos en otro tiempo, nuestras almas volverán amor.

—No quiero... quiero tener años contigo y con mis hijos, ¿por qué no ver a nuestros nietos? ¿Es mucho pedir?, lo único que quiero es que por primera vez estemos por mucho tiempo juntos —pensé en mis hijos y mi mano aferró el medallón. Él sintió mi pena, mi tristeza. Dejar a mis hijos me partía el alma igual que si él me faltara.

—A mí también me duele amor —me abrazó fuerte—. Cálmate, no vamos a morirnos hoy, aprovechemos cada momento con ellos. Sonreí y vamos a ese delicioso día de campo —me daba ánimos. Era cierto, él también sufría, me tomé el vaso con agua que me había dado al entrar al despacho, al salir sonreí. Él tenía razón, nos queda aprovechar el poco tiempo que nos queda, regresamos al comedor y los niños desayunaban, Clementina cargaba a mi princesa. A los pocos minutos el carruaje de Eduardo llegó en nuestra búsqueda, subimos a nuestro carruaje, y Martín, Clementina, el joven Tomás y Clara en el otro.

Tomás le tomó un gran afecto a Lorenzo desde que nació. Eduardo y Antonio conducían cada uno los respectivos carruajes familiares y me di cuenta que mi cuñado vestía igual a su hermano, hace tiempo no los veía así. Nos instalamos, ese lugar era como un oasis, espero que me dé tiempo para transformar varias cosas y dejar de este lugar un verdadero paraíso. Siento que ella lo necesitará, los niños comenzaron a jugar, Lorenzo le llevaba a Carlos dos meses y entre Luciano y Eduardo junior había 6 meses, siendo el segundo hijo de mi prima mayor.

Seguíamos siendo las mismas de siempre. Mis padres se marcharon hace dos días a Paris en busca de los regalos de navidad, viven felices con sus cinco nietos, decían. “Solo tuvimos una hija y la vida nos regaló la segunda. Que

bendición tener tantos nietos”.

Una vez por semana nuestros hijos se quedaban en la casa de los abuelos, salvo María Ángel, aun dependía de mi pecho. Mi prima se percató de mi estado de ánimo, por más que trato no puedo ocultar mi preocupación, y como siempre, se da cuenta de todo. Desde hace mucho venimos desarrollando una telepatía entre nosotras, en las reuniones que tenemos, al mirarnos, vemos y rastreamos al mal de forma diferente a nuestros esposos. Siento en mi alma que algo cambiará a tal punto que no será igual mis siguientes reencarnaciones, siento que algo en mi muere lentamente.

—Qué te pasa Mariana, estás algo distante —su videncia, o revelaciones esporádicas con el tiempo eran más acertadas y el Padre la ayuda a desarrollarlo más. Como a mí a desarrollar por completo mi poder, ya me convierto en viento, solo debo ser precavida si estoy en cinta. Jamás podré descomponerme y volver a mi estado humano si estoy embarazada, mataría al bebé.

—Nada... —era absurdo ocultarle, será peor después si no le digo lo que ella ya debe imaginarse.

—Conozco esa mirada, no desafíes mis instintos, ¿qué te pasa?

—Tienes razón. Es solo que ya tenemos los descendientes y eso significa que dentro de poco Antonio y yo moriremos o morirá uno de los dos.

—No... —se detuvo y analizó un poco, iba a comenzar a hablar cuando llegó el carruaje del Padre con los dos guardianes.

—Buenos días —el sacerdote se nos acercó a darle un beso a María Ángel que dormía en brazos de Clementina, saludó. Alfred y Louis llegaron vestidos como la noche en que me sacaron de la cueva, el Padre tenía su sotana, hace varios meses había soltado su mandato de Guardian y ahora era Louis quien estaba al frente.

—Buenos días —dijo Louis besando a mi hija, la razón por la cual se había preparado.

—Buenos días —dijo Alfred quien se convirtió en el aprendiz de los hermanos D'Montecarlos, se encargará de la orden, ahora es el actual presidente. Eran muy buenos amigos, se comprometió con una de las sobrinas del padre adoptivo de mi esposo. Su boda fue programada en cinco meses y nosotros una vez más seríamos los padrinos.

La mañana fue increíble, se me había pasado ese sentimiento de dolor, ese era nuestro destino, no podía cambiarlo. La reunión se efectuaba como lo había planeado, la comida quedó deliciosa, Lorenzo jugaba con sus primos y en ese momento tenía a Luciano en la espalda para correr con él. A mi pequeño le

encantaba, pero a mí me ponía los nervios de punta.

—Antonio —me miró—. Por favor habla con tus hijos, entran y salen del bosque, se pueden caer.

—Lorenzo no lo dejará caer amor. Déjalos que disfruten.

—Por favor —alzó las manos dándome entender que ya mismo iría a buscarlos.

Me dirigí a la cabaña a darle de comer a María Ángel. Cada momento con mis hijos era lo más gratificante para mí y saber que ella se alimenta por mí, no puedo describirlo. Les había dado seno a los tres —miré a mi princesa—. Le saqué los gases y salí del lugar a reunirme otra vez con mi prima. Mis hijos no estaban.

—¿Antonio los niños?

—Ya los regañé amor, están... —señaló con su dedo el lugar donde los había dejado, no los vio. Miró a todas las direcciones al igual que yo, pero no los vimos—. Estos niños, ¡ahora si se ganaron un castigo! —dijo con su rostro serio. En ese instante mi pecho se estremeció, fue como si mis hijos me llamaran.

—¡Búscalos Antonio! —grité. Algo les había pasado, mi esposo vio en mi la preocupación y cuando se giró para emprender a correr. Lorenzo se lanzó a sus brazos, estaba lleno de lágrimas y completamente golpeado, sangraba, su rostro lleno de moretones y llegó sin Luciano, las piernas me flaquearon, los presentes se pusieron en alerta.

—¿Dónde está tú hermano Lorenzo? —Antonio lo zarandeaba.

—Se... lo... Lleva...ron. peleé papá, como me enseñaron, pero... —lloraba con gran sentimiento, mi pecho se comprimió más—. Y te... deja... ron esto... —Lorenzo no podía pronunciar palabra. Sabía que mi hijo se sentía culpable por no defender a su hermano.

Antonio tomó la nota que traía Lorenzo en sus manos y al leerla los ojos se le pusieron plateados, mi mente analizó la situación. Recordé el sueño de la mañana, recordé la conclusión a la que llegué, pronto partiríamos y moriríamos, recordé que no todos los engendros fueron asesinados, uno quedó con vida. Supe quién tenía a mi pequeño antes que mi esposo hablara.

—¡Debí matarlo hace seis años! —la ira en su voz estremeció a los presentes, ellos no le entendieron, él habló en el lenguaje del Universo.

—¿Qué pasa hermano?

—Que debió de matarlo hace seis años —me miraron cuando traduje las palabras. Tenía que reaccionar, debía canalizar el dolor que se apoderaba de mí, lo transformé en ira y fue la misma decisión a la que llegó él.

—Antonio... —lo llamé, me miró con Lorenzo en brazos, yo tenía a María Ángel, tomé mi medallón:

“Recuerda la conversación de esta mañana, es la hora”.

Afirmó una vez. Sabía lo que tenía que hacer, miré a mi bebé, me habría encantado verla crecer. Saber con quién se casaba... miré a Lorenzo con su hermoso rostro lleno de lágrimas, como me gustaría ver a mis nietos, miré a los presentes, estaban a la expectativa de nuestra reacción, no comprendían lo que nos pasaba, dejé a mi esposo de último, sus ojos se normalizaron y al hacerlos reflejó la pena que lo embriagaba. Besé la frente de mi hija y él abrazó a Lorenzo, me dirigí hacia Louis.

—Te la entrego, sabes lo que debes hacer con ella, sobra decirte que la cuides, háblale de mí por favor —se me quebró la voz.

—Mi señora...—el rostro de Louis era inescrutable.

—¡Pero nada! Ella es tu responsabilidad —me quité el medallón lo puse sobre las cobijas que envolvían a mi hija. Caminé en dirección a Lorenzo, me extendió los brazos, lo aferré con todas mis fuerzas, él comprendió la situación sin necesidad de decírselo.

—Prométeme que cuidarás de tu hermana, te portarás bien, obedecerás lo que te diga Clementina, Alfred, el Padre, y sobre todo lo que digan tus tíos. ¿Me lo prometes? —no puede seguir hablando. Las palabras se me atascaron, fue mi hijo quien besó mi frente.

—Te amo mamá —no pude hablar, lo abracé por última vez y se lo entregué a Alfred. Él era el que se encargaría de entrenarlo, me quité el anillo de compromiso y el de matrimonio, se los entregué a Lorenzo.

—Cúidamelo... —le dije a Alfred. Antonio no habló, sabía lo que hacía, se quitó su medallón y el anillo para dárselo a Lorenzo.

—No te lo quites hasta que nazca tu hijo, y conserva los anillos como si fueran un tesoro, se lo entregaras a la futura reencarnación de la Madre tierra. Te amo —lo besó en la frente.

Me quedé mirando a mi familia, solo faltaron mis padres, Manuela sabrá que decirles y sé que comprenderán, les contamos lo que somos delante del padre Gumersindo para que confirmara la existencia de los linajes en la historia. A mi madre le encantó mientras que al señor Granados le costó comprender que no éramos brujos, y en eso ayudó su nieto Lorenzo.

—Mariana ¿por qué te despides? No...—interrumpí al Padre.

—No regresaré sin mi pequeño. Ya los sucesores de nuestro linaje viven, si al atardecer no hemos regresado, ya saben que deben desaparecer, el mal les dará caza —les dije a todos.

—Y yo no regresaré sin Mariana —dijo Antonio entrelazando sus dedos con los míos.

—Amor sácame de aquí, no quiero pensar más y... —no me dejó terminar. Con su particular rapidez me tomó por un brazo y me acomodó en su espalda y emprendió la carrera desbocada caminó al bosque, al cabo de medio minuto Eduardo corría junto a nosotros, le agradecí con un leve gesto su colaboración.

—Sabes que también haría lo mismo.

—Gracias por apoyarme en esto.

—Eres mi hermano.

No he pensado en mi hijo, si lo hacía, me descontrolaría. Debe estar muy asustado y pensando que lo abandonamos, no pienses. En el camino encontramos tres cuerpos sin vida en el bosque, uno tenía una rama incrustada en el cuello, los otros dos no sabemos cómo murieron.

—No me digas que...

—Lorenzo amor, Dios... —me tapé la boca, mi hijo no tiene edad para matar, es un niño.

—Antonio —reprimí el llanto que amenazó con salir.

—Concéntrate cariño —es lo mejor, no pienses. Eduardo se inclinó para ver los cuerpos.

—¿Cómo los mató de esta forma?

—No lo sé, si regreso se lo preguntaré —Antonio me abrazaba—. Debemos continuar.

Canalicé mi dolor y lo convertí en rabia, comprendí lo que una madre hace por sus hijos. Yo no podría vivir sin ninguno de ellos, no es que dejara de amar a mi esposo, no. Por el contrario, lo amaba más que nunca, es solo que Dios es tan perfecto, que le da a la mujer la capacidad de reproducir corazones para cada hijo que tiene. Sin pensarlo, daría mi vida por ellos, me enfrentaría al mismo Lucifer otra vez con tal de defender a mi familia. Que ese engendro del demonio no se atreva tocar a mi bebé porque yo misma lo mataré.

Llegamos. Antonio me bajó con cuidado y sus ojos estaban completamente plateados.

—No quiero que te...

—Es mi hijo, no pidas que me haga a un lado —le respondí entre dientes.

—¡Pueden hacerte daño!

—¡No me importa! —lo empujé y me abrí paso, habíamos llegado al mismo lugar donde Antonio se enfrentó a esa bestia. Nos esperaba Lusmudf, el horripilante hombre que intentó en más de una ocasión besarme mientras estuve en esa fea caverna, no me percaté que Eduardo podía leerme la mente y que mi esposo en su estado de ira escuchaba lo que su hermano leía. El portador de la sangre del Universo desenroscó su látigo, el arma que deja para los demonios más poderosos. Le prendió fuego en un santiamén.

—Nunca me dijiste eso —lo miré.

—Ya no importaba. —su mirada era terrorífica y poderosa.

—Esa abominación se arrepentirá por intentar besarte, juro que lo mandaré a lo más profundo del infierno.

—Antonio —dijo Eduardo, los dos seguimos la mirada de él.

Lusmudf cargaba a mi bebé que lloraba con gran desesperación. Mi corazón se estremeció, me dolió en lo más profundo, escuchar el llanto de mi pequeño. Varios demonios llegaron mientras el brujo se acercaba al borde del abismo —el viento comenzó a azotar con fuerza, un vendaval se avecinaba. Traté de controlarme, pero me fue imposible—. En ese instante Antonio miró al otro extremo, Eduardo y yo hicimos lo mismo y nos quedamos asombrados. Se acercaba Louis y Alfred — ¿qué hacen ellos aquí? —Louis se puso en la parte de atrás entre Eduardo y yo y Alfred entre Antonio y yo, eran guardianes, me protegían.

—Lo siento mi señora, quiero que María Ángel crezca con su madre —sonreí, mis ojos se cristalizaron un poco.

—Y yo no estoy preparado aun para tomar la presidencia de una orden a la que apenas conozco, necesito un poco más de entrenamiento —dijo sonriendo.

—No saben lo que se los agradezco —dijo Antonio.

—Somos Guardianes, proteger a la diosa hasta el día de su muerte. Es el juramento. —Yo le sonreí a mi amigo. Nos dirigimos hasta el lugar en el que Lusmudf cargaba a mi hijo, quien me regaló una sonrisa al verme y me extendió sus pequeños brazos. El brujo también sonreía sínicamente, pregona una victoria. Éramos cinco, ellos decenas de demonios infernales. No los miré, mi objetivo se encontraba en brazos de ese monstruo, ¿cómo haré para rescatar a mi pequeño?

—Debiste matarme hace seis años —dijo Lusmudf.

—¡Lo haré ahora! —respondió Antonio. Los demonios en su mayoría brujos estallaron en risas. Aminoré el viento, cuando sea necesario crearía tornados.

—Ya no eres inmortal.

—Eso no importa. Aun puedo enviarte a lo peor del infierno —la risa que salió de ese demonio fue escalofriante.

—No... no lo harás.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté. Sin dejar de ver a mí bebé que ya nos vio y seguía extendiendo sus bracitos.

—Excelente pregunta.

El resto de las bestias infernales se acercaban, Louis y Alfred se dieron la vuelta para proteger nuestras espaldas, sacaron sus armas. Eduardo extendió sus espadas y Antonio volvió a agitar su látigo. Eso distrajo un poco a Lusmudf, quien por un momento dudo, pero luego sonrió cínicamente.

—Quiero proponerles un trato.

—No haré tratos contigo demonio —dijo Antonio.

—Lo harán... ya verán...

—¿Por qué tan convencido? —dijo Eduardo a lo que escuchaba de su mente. La risa volvió a retumbar el lugar.

—Necesito un vientre para que mi señor deposite su semilla dentro de él, y como ustedes me arrebataron ese placer... yo intercambiaré una vida por un vientre....

—¿De qué hablas? —poco a poco me fui acercado.

—Me refiero a esto —tomó a Luciano con una sola mano por su camisita y lo puso en el abismo, si lo suelta mi pequeño caería, mi alma se quebró. Intenté hablar y no pude, fue Antonio quien intentó detenerlo con el látigo y se arrepintió, podía hacerle daño a Luciano.

—¡Detenlo! —le dije.

—También podría matar a Luciano, Mariana.

—Es cierto. Mi trato es este, salvo al niño y ustedes me dan el vientre de su hija para que sea fecundado — ¿Qué? ¡este hombre es un loco demente! Como se le ocurre hacer semejante trato. No sé qué cara puso mi esposo, pero yo lo miré con pavor—. Solo tienen unos segundos para decidir... si dicen que si salvo al niño — no comprendo lo que dice, lo comprendí muy tarde, cuando lo soltó. Dejó caer a mi pequeño al vacío.

El grito que salió de mis entrañas fue desgarrador y todo pasó tan rápido. En un instante decenas de engendros se lanzaron sobre nosotros, ellos comenzaron a luchar, mientras yo me lancé al vacío a tomar a mi bebé. El grito de Antonio me estremeció.

—¡Mariana!!!

Ya iba cuesta abajo, vi a Luciano gritar. Soy la Madre tierra, manipulo los

elementos —piensa, soy viento—. Y solo con decir “*Viento ayúdame*”. No sé si lo dije en mi lengua o en la antigua. Tal vez fue en la última, una ráfaga de aire me impulsaba y con mi mano impulsé a mi hijo en mi dirección. El abismo era grandísimo, sonreí, ya controlo mi elemento a la perfección, al alcanzarlo se aferró a mi cuello. Ya lo tenía en mis brazos y era lo único que importaba. Me detuve en el aire, le pedí al viento que me subiera con mi pequeño en brazos, y completamente iracunda. Un torbellino de aire fuerte me sostenía comenzó a subirme, comencé a cambiar el clima, truenos y relámpagos comenzaron a caer desde el cielo, ráfagas de aire alzaban a los brujos y los estrellaba contra el piso, son engendros, pero al fin y al cabo también son humanos. Los tiraba con fuerza que sus huesos se quebraban ante el impacto.

Tenía mucha rabia y es la Madre tierra la que ha tomado dominio de mi cuerpo, esos demonios por miles de siglos han intentado destruir al mundo. ¡¿Cómo osaban destruirme?! —Definitivamente no era yo quien actuaba. Era la misma Tierra la que salía de mí—. Antonio no me ha visto, estoy sobre el abismo, me sostiene el torbellino en que se convirtieron mis piernas. Lusmudf se aterró al verme. Los buenos combatían contra los malos, una vez más el bien contra el mal, siempre la legendaria disputa de las almas y la obtención del dominio del mundo. Los hermanos D’Montecarlos peleaban incansablemente y con furia el látigo iluminaba como nunca. Todos al verme se quedaron asombrados por la manera en que lo hacía.

Los observé, era como si el tiempo se hubiese detenido. Las facciones de Antonio cambiaron al verme con Luciano en brazos. Pero no era yo en ese momento de alegrarnos, en mi había tanta decepción, sentí el dolor de la naturaleza, y temo más por lo que viene. Con la mano libre alcé y le pedí a la tierra que temblara y abriera huecos donde estaban los engendros para que fueran adsorbidas y quedaran sepultados hasta los hombros, los que intentaban correr eran impulsados por los torbellinos de aire, y quedaban atrapados con tierra compactada, no podían zafarse, con cerrar mi puño los reducía a nada, los dejaba listos para que los guerreros del bien terminaran el trabajo. La tierra dejó de temblar, el viento me dejó en tierra firme y mis piernas aparecieron de nuevo. Pronto atardecerá, pero tenía una cuenta pendiente con quien se atrevió intentar matar a mi hijo.

Caminé hasta llegar a donde Eduardo y a su lado estaba Alfred. Le entregué a Luciano, sin pensarlo dos veces tomé una de las espadas de Alfred y me dirigí hasta el cuerpo enterrado Lusmudf.

—¡Jamás pongas en tela de juicio lo que una madre puede hacer por salvar a su hijo! Y te metiste con la madre equivocada —alcé mi brazo con la intención

de cortarle la cabeza y partirlo en dos. Cuando alcé mi mano no se pudo mover, giré y vi que una de las espadas de Antonio la bloqueaba, caminó hasta quedar frente a mí.

—¡Intentó matar a mi pequeño! —dije con lágrimas en mis ojos.

—Lo sé amor —me quitó la espada y se la entregó a Alfred—. Luciano te mira y no quiero que tu alma se ensucie, yo tengo la potestad de ajusticiar. Así como la tiene Lorenzo por eso tampoco quiero que te aflijas. Además, desde que lo vi intentar besarte he querido matarlo —me acarició la mejilla—. Pronto atardecerá, debes ir a la casa yo me quedo con Eduardo para terminar esto —me besó en la frente—. Saca a Luciano de aquí, no quiero que presencie esto —tenía razón.

—Prométeme que volverás. Júramelo Antonio.

—Te lo prometo.

Louis y Alfred me tomaron del brazo, Louis cargaba a Luciano mientras Alfred me arrastraba, no dejé de mirar a Antonio hasta que llegamos a los caballos, cargué a mi pequeño en brazos y subí a uno de los caballos que llevaron los guardianes. Louis y Alfred subieron los otros. En veinte minutos llegamos al camino en dirección a la casa, en media hora estaremos en ella. El padre y mi familia tenían instrucciones de irse del pueblo, comencé a galopar, Luciano aferrado a la montura y a mi brazo para sostenerse, a quince minutos de camino, unos brazos fuertes me bajaron del caballo con Luciano en brazos. Era él, mi Antonio había regresado, acunó mi rostro y me besó, estaba feliz de saber que regresaba a salvo.

—Te juro, esperaba a matarlos a todos para lanzarme cuesta abajo y morir junto a ti —nos abrazó fuertemente—. Gracias al cielo no piensas cariño. Jamás pensé que...

—¿Se te olvidó lo que me dijiste esta mañana? —me miró con el ceño unido—. Soy viento cariño —sonreí.

—Te amo y te amaré siempre.

—Intentaron matarme un hijo, que nadie se atreva a tocar a mi familia Antonio porque puedo convertirme en un completo dolor de cabeza.

—Gracias por volver y con mi hijo en brazos —arrugó su frente—. Ya van dos veces que te veo caer por ese abismo. No sabes lo que sentí al ver que no tenía alas para rescatarte.

—Hermano no se te olvide quien es ella —dijo Eduardo sonriendo.

—Lo sé. Hay que regresar pronto a la casa, no quiero que teman por nuestra ausencia —no escuché ninguna respuesta, solo la fría brisa rozando mi rostro.

Luciano sonreía, a él le encantaba jugar al correr. En un abrir y cerrar de ojos entramos a la casa y esperaban nuestro regreso tranquilamente, con una taza de té cada uno. Antonio al bajarme de sus brazos, tomó a Luciano para abrazarlo.

—¿No se supone que tenían que desaparecer del pueblo? —les pregunté. El Padre sonrió.

Lorenzo se les lanzó a los brazos de su padre, su rostro ya había sanado. Mi hijo mayor abrazaba a su hermanito, vi como mi hijo le entregaba el medallón y los anillos de matrimonio.

—¿Qué pasa?

—Hija, ustedes durarán por primera vez muchos años juntos, o por lo menos superarán los tiempos registrados —al Padre se le iluminó el rostro. Yo arrugué el mío.

—¿A qué se refiere? —preguntó mi esposo.

—Cuando Eduardo salió a ayudarlos, escuché la voz que me ha hablado en algunas ocasiones. Dijo que enviara a Louis y a Alfred, que pasarían apuros si ellos no peleaban a su lado.

—Y así fue —dijo Eduardo—. Ellos vienen en camino con los caballos, lo que, si queda claro hoy, es que con la familia de Mariana no se deben meter nunca —soltó la risa mientras se dirigía a abrazar a su esposa e hijos, sonrieron. El padre miró a Eduardo.

—Ahora le contaremos, esperemos a que lleguen los guardianes.

—Cariño —Antonio se me acercó y me puso los anillos en mi dedo, besó mi mano—. Durarán muchos años en tu mano —el sacerdote me entregó el medallón.

Llegaron desbocados Louis y Alfred, entramos a la casa y nos sentamos en la sala, les narramos lo que había pasado, aunque fue Antonio el que orgullosamente narraba mi aparición en los aires, y como una fuerte sacudida del viento y la tierra lograba desestabilizar a los engendros para que ellos le dieran la estocada final.

—De algo estoy seguro —dijo Louis sonriendo—. No hay que meterse con la familia de la diosa porque se puede convertir en la peor pesadilla de cualquiera —soltaron una carcajada los presentes. Mi esposo cargaba a María Ángel, Lorenzo en la mitad de los dos y yo tenía en brazos a Luciano. Juntos, en familia, y así será por muchos años.

—Luciano se quedó dormido amor —dije al oído a mi esposo, necesitaba que me ayudara a llevarlo a su cama.

—Ya es tarde. Nos vemos mañana en la misa, hijos —los guardianes se

despidieron.

—Por supuesto —le dije—. Sin falta ahí estaremos —Eduardo tenía a Carlos cargado, él también se había quedado dormido, mi prima tenía en brazos a Eduardo, nos despedimos. Lorenzo también tenía sueño, la que permanecía despierta era María Ángel.

—Sabes que no se dormirá si no le tocas una melodía en el piano —sonreí.

—No sé cómo las mujeres de tu linaje me doblegan la voluntad —dijo riendo—. Esta princesa se va conmigo.

—Ayúdame con Lorenzo primero también se está durmiendo.

—No amor, debo hablar con Lorenzo antes.

—De que papá —Clementina nos dejó unas cuantas velas encendidas.

—Hijo, ¿cómo mataste a esos tres hombres? —nos miramos y nuestro hijo abrió los ojos.

—Con esto papá —extendió su mano, de ella emanó una luz azul.

—Esa es energía, pero...

—Si la pones en el corazón y la expulsas de ti, les detienes el corazón a los malos —Antonio rio y lo besó la frente, yo le acaricié la mejilla.

—Te amo —le dije.

—Yo también mamá, Antonio me paso a María Ángel mientras que el subía a Lorenzo, bajó y se llevó a Luciano. Cuando volvió tomó a la niña en brazos, me dio un beso y se dirigió a su despacho, tocará el piano hasta que se duerma. Me dirigí al cuarto de mis hijos, los desvestí y les puse su ropa de dormir, les di el beso de las buenas noches y di gracias a Dios porque no perdí a Luciano. Me senté en la cama a contemplarlo, no pude retener las lágrimas y de solo recordar se me estremeció el alma. Acaricié su mejilla, lo besé en la frente y me acerqué a la cama de Lorenzo, lo besé una vez más y me retiré. Antonio no había llegado —sonreí—. Me cambié de ropa, estrené una nueva bata de dormir más atrevida que las anteriores, era de color violeta, y combinaba con el color de mi cabello. Me puse la levantadora, salí al balcón a mirar el Universo. No sé qué tiempo pasó mientras me perdí en la razón de mi existencia, es hermoso el firmamento. No sentí a Antonio, había dejado a María Ángel en su cuna, me rodeó la cintura abrazándome por la espalda.

—¿En qué piensa señora D'Montecarlos? —me besó el cuello, mi piel se estremeció—. Me encanta darme cuenta que aún ejerzo en ti este tipo de reacciones —su rostro se incrustó en mi cabello—. ¿En qué piensas?

—En lo cerca que estuvimos de morir en el día de hoy.

—No pienses en eso cariño —me hizo girar, me iba a decir algo más, pero sus ojos se desviaron y recorrieron mi cuerpo, intentó hablar sin obtener respuesta,

sus ojos se tornaron con ese leve matiz plata—. Esta bata es un delicioso descaro —sonreí pícaramente, ya había logrado mi cometido—. ¿Como haces para lograr que te ame tanto Mariana?

—Feliz cumpleaños amor... —no me dejó terminar, sus labios se apoderaron de los míos y caminamos en dirección a la habitación.

Antonio cerró la puerta del balcón y mientras seguíamos besándonos nos desvestimos. Era insaciable nuestra necesidad, era mágico hacer el amor con mi esposo, ser testigo de la perfección y obtener el equilibrio era indispensable. Ser conscientes de sentir como la materia y la esencia se funden en una sola alma, como dos piezas encajaban perfectamente, como la luz y la oscuridad, como la noche y el día, mujer y hombre unidos por algo más fuerte que ellos mismos, amarrados el uno al otro con el hilo imposible de cortar que es el amor verdadero. Ese es el equilibrio, esa es el arma más poderosa que tiene nuestro Creador. Ese sentimiento que es capaz de fundir lo infundible, de unir lo imaginable, que es el motor de la misma vida. Es el quinto elemento y el arma secreta de nuestro Dios, bienaventurados los que vivan en armonía de ese sentimiento.

Felicidades al que logra amar incondicionalmente sin esperar nada a cambio, dar por el simple hecho de dar. Me perdí en el inmenso universo que es mi esposo, en esos ojos que lograban en mí lo que jamás pensé que podía hacer. Era mi todo, mi razón de vivir, de mi existir y sé que para él soy igual. Nacido el uno para el otro, esta noche nuestras almas se fundieron, no nos habíamos percatado que nuestros medallones se conectaron... Sentimos a Dios, la energía pura conectada con nosotros, percibí su felicidad y Antonio también.

“El amor es el máximo sentimiento, ténganlo presente, por esta razón amó a la humanidad, son capaces de hacer increíbles cosas mientras tengan en sus corazones tal sentir invaluable. Sé que cumplirán con su propósito”.

—¿Lo escuchaste amor?

—Sí —las lágrimas corrían mi mejilla—. Te amo Antonio, en esta vida y en las futuras que tengamos en adelante, te amarré eternamente.

—Igual que yo. Siempre seré tuyo, por ti existo, gracias por darme en este tiempo a tres bellos hijos, gracias por amarme como me amas Mariana. Después de esta vida juro volver para estar de nuevo en tus brazos, besar tus labios, y para hacerte mía... solo mía —sonreí.

—Sabes que lo soy. ¿Por qué eres tan celoso?

—No lo sé. Me encanta que me digas que solo yo seré tu dueño.

—Soy la Tierra que te hizo venir a este planeta... ¿De quién más podría ser?

—De nadie, este Universo siempre vendrá a ti —sonrió con picardía—. Solo mía

—y su beso me llevó al cielo. Habíamos alcanzado el equilibrio. Mujer y hombre, hijos y familia, hogar y espiritualidad, sobre todo, eso, tener a Dios entre nosotros...

LA CARTA

16 de enero 2011

—Joven Lorenzo, esta carta se la envió su tía, espero que esto le ayude a recordar.

15 de enero de 1801

Querido Lorenzo

Si estás leyendo esta carta, es porque serás el único varón sobreviviente de tu linaje y espero que Louis logre proteger a tu hermana María Ángel. Durante el viaje que realizáramos tu tío y yo, se me fue revelado el holocausto que se avecina y los cambios que habrá en la Tierra.

No sé en qué generación se llevarán a cabo, tal vez tú las vivas. Has sido el más fuerte de todas tus encarnaciones y en el mismo instante en que tu padre renunció a la inmortalidad, el Universo dio indicio que volvería a través de ti, siempre nos preocupó eso, tanto a tus padres como a nosotros. Ahora lo entiendo...

Te enfrentarás a un mundo evolucionado, hasta el punto que mi intelecto no comprende. Te profeso dos guerras y una de ellas se conocerán como un gran holocausto. La naturaleza tratará de defenderse ferozmente con seguías, inundaciones, catástrofes y cambios extraños en el clima como consecuencia de la mano maligna del hombre. Los humanos han sido contaminados. Tú la encontrarás, pero no es seguro que tus futuras encarnaciones lo logren, se extinguirá en un futuro... Comprende, la Madre tierra morirá si no haces las cosas bien.

Me fue revelado el fin del mundo, ese que se avecina y en alguna de las siguientes generaciones tuyas pasará, no sé en cuantas, pero debes dejar preparado a tus hijos y si puedes al mismo mundo. Recuerda que cambiará la forma en que hasta el momento se han desempeñado las tradiciones en ambos linajes.

Este último párrafo es para tu futuro. Perdónanos por lo que te hicimos, era necesario, debía de ser así, creo saber la decisión que tomará Mariana. Ella te ama con toda su alma y por eso debes sobrevivir a lo que te espera Lorenzo, no será nada fácil, nada. Se fuerte e inteligente porque serás el encargado de traer

el bien y el mal a la misma era, una vez más perdónanos, era nuestra manera de ayudarte ante el mal que envuelve a la Tierra...

—Tomás esta carta fue escrita unos meses antes de...

EPILOGO

A lo lejos escuchaba varias voces que hablaban y se lamentaban, ¿hablan sobre mí?, no logro salir del estado en el que me encuentro, tal vez esos comentarios son dirigidos a mí. He recibido cuidados por meses, siento las manos de personas que hacen su trabajo, me limpian y cambian de ropa. Las escucho hablar del paciente solitario, al que ningún familiar ha preguntado, ni visitado y el problema es que no recuerdo nada ni a nadie, no sé quién soy, no tengo ni una sola imagen en mi memoria, no recuerdo el color son mis ojos, ni el de mi cabello. ¡Es desesperante! ¡¿Quién soy?! ¡¿De dónde vengo?!, malditas preguntas que me carcomen el alma.

Son repetitiva en mi memoria, una y otra vez he escuchado a las enfermeras decir que tengo mucho tiempo en estado de vegetal, van meses. ¡Sorpresa!, soy un puto vegetal consciente, si las personas que me cuidan escucharan mis lamentos, groserías y pensamientos ya me habrían desconectado, no sé si es correcto, ético y en este momento me vale. Ya estoy cansado de ser el conejillo de indias del departamento médico.

Lo cierto es que escucho las oraciones y las charlas de un sacerdote que viene todos los días, me lee una novela y lamento decirlo, me ha leído todas salvo una, desde que empezaba en el primer capítulo ya sabía la historia, eso quiere decir que soy un hombre ilustrado, o por lo menos me gusta la literatura, pero cuando los doctores hablan de mi estado también comprendo los términos, lo que me confirma que tengo conocimientos de medicina. El sacerdote me lee un libro semanal, y solo el de hace dos semanas no lo había leído antes y me entretuvo mucho escuchar cien años de soledad de Gabriel García Márquez.

En las tardes me lee el periódico después de que me asea alguna enfermera. Debo estar en un lugar religioso porque los pocos visitantes, siempre rezan por mí, ¿seré un sacerdote? Trato de moverme sin obtener avance, al final termino agotado mentalmente, frustrado y maldiciendo y después de maldecir pido perdón, una extraña sensación me invade. En todo caso es frustrante.

Oigo pasos acercarse, ¿quién será ahora?, otra vez el sacerdote, no es un horario en el que habitúa una visita, lo saludaron y escuché que le pidieron su bendición. Si, es el cura que me lee las novelas y el periódico.

—Este es el joven del que le he hablado, mi señora —esa era otra de las cosas que me incomodaban, soy una especie de trofeo, me muestran continuamente—. No sabemos su nombre, cuando lo encontré en esa calle solitaria, sentí

compasión por él, usted es la única persona que puede ayudarlo.

—¿Crees que es hora de que utilice los conocimientos heredados? —su voz era delicioso un susurro—. Puede ser un adicto o asesino, no lo sabemos — ¡No soy nada de eso! Quise gritarle, me retorció en mi mente, ¡qué frustrante!

—Los exámenes realizados, dan como resultado a un joven sano y...

—¿Y qué? — cortó la mujer.

—Nada mi señora, dejémoslo en que es una corazonada.

—Lo haré por solo por ti, mi guardián — ¿de qué hablan?, ¿qué van hacerme?

—Se lo agradezco mi diosa.

Se alejaron. Desesperado, sumergido en el nexo en el que me encuentro desde que volví a recordar, frustrado por saber ¿quién rayos soy? ¿Por qué estoy aquí? ¡Por qué no recuerdo nada! Las enfermeras y el sacerdote volvieron, alguien frotó algo en la cabeza, el olor era penetrante, mi mente se removía comencé a moverme de un lugar al otro, no podía respirar más que ese penetrante olor, las enfermeras empezaron a correr y a llamaban a los médicos a gritos.

—¡Es un milagro de Dios! —habló una de ellas.

—Él la envió, usted es una creación directa del Señor, por consiguiente, si es un milagro, que sabía es la naturaleza —dijo un fraile, varias mujeres salieron y me quedé con enfermeros y médicos. Logré respirar, la mezcla que me pusieron en la frente penetró hasta el fondo de mi cerebro y como alfileres sentí que se incrustaron, me dolió.

—Se está moviendo, ¡reaccionó! — ¿Qué? Yo no me estoy moviendo, las mujeres que salieron no me las imaginé, las vi—. ¡Sujétenlo! —unos pitos perforaban mis oídos y hacían que me retorciera más en mi desespero por callar el ruido—. ¡Ay qué sedarlo!

El estómago me crujía, hace una hora desperté y una tierna monja de edad avanzada me daba sopa, algo que me pareció glorioso y debe de ser normal después de haber estado tanto tiempo inconsciente, con este era el cuarto plato. Sonreía cuando le preguntaba si podía darme un poco más, el sacerdote se sentó al frente de la cama, a lo mejor inspeccionando mis reacciones.

—¿Quieres un plato más? —preguntó sonriendo.

—No hermana, ya fue suficiente, que Dios le pague —había escuchado hablar tanto de Dios que me fue muy natural hablar en los mismos términos.

—¿Cómo te llamas jovencito? —por fin preguntó, era hombre de estatura media, con poco cabello, la mitad de su cabeza lucía una calvicie anticipada, porque no debe tener más de cuarenta años el Padre, lo miré y no me fue familiar

ningún nombre, el me escrudiñaba por encima de sus anteojos.

—No lo sé —me acomodé en la cama y pegué mi espalda en la pared fría.

—¿No recuerdas nada? —arrugó su frente.

—No señor —decidí acostarme otra vez.

—¿Nada? —se levantó del sillón. La habitación tenía una cama, un sofá y la imagen de Jesús en la cabecera, caminó de un lugar a otro en el estrecho espacio —. Entonces no sabes dónde están tus padres o cómo podemos encontrarlos para que sepan de tu existencia —enfaticó las últimas palabras, negué—. Bueno no sé si te interesa este ofrecimiento, podrías quedarte en nuestra institución y si quieres aprender nuestra doctrina podrás hacerlo.

—No tengo a donde ir, no sé quién soy, tampoco recuerdo mi pasado. Lo único que recuerdo es su voz leyéndome todos los días y que de todos los libros que leyó, solo uno lo había leído —lo miré con agradecimiento y el alzó una de sus cejas—. Es usted la persona que más se asemeja a un familiar, le agradezco lo que ha hecho por mí y si no hay problema, mientras mis recuerdos vuelven estaré a su lado. En el monasterio que usted lidere.

—Buen chico, tienes sensatez —seguía reparándome—. Cuando te encuentres recuperado vendré por ti. Y no es un monasterio, estarás en la orden de la Madre tierra —su mirada fue más escrutaste, me encogí de hombros, no sé porque me mira de esa manera.

—Gracias —fue lo único que le dije.